



**LEN DEIGHTON**

PARECÍA UNA LOCURA,  
RESULTÓ UNA PESADILLA

**EL PABELLON  
DE LOS LOCOS**

Lectulandia

Mickey Murphy es un abogado penalista con una oficina de renta limitada en el distrito centro de Los Ángeles, una exesposa que le exprime hasta el último dólar, clientes de los que están obligados a invocar la Quinta Enmienda y una pasión no correspondida por la mujer de un rico cliente.

**Lectulandia**

Len Deighton

# **El pabellón de los locos**

ePub r1.0

Titivillus 17.06.2019

Título original: *Violent Ward*  
Len Deighton, 1993

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# **EL PABELLÓN DE LOS LOCOS**

Len Deighton

## CAPÍTULO 1

—Hay una mujer sentada en el alféizar de mi ventana —dije en voz baja y tranquila por el teléfono.

—¡No puedo verle a usted, señor Murphy! —me indicó la señorita Magda Huth, mi secretaria.

El acento alemán se le hacía más pronunciado cuando estaba nerviosa, como ahora, y la voz se le quebraba siempre que se ponía de puntillas para asomarse a mi despacho por encima del vidrio esmerilado que servía de separación.

—Hay una mujer sentada en el alféizar de mi ventana. Usted no puede verme porque estoy detrás de mi mesa.

—Pues debe de estar usted en el suelo.

—Sí, bueno, intento no asustarla —dije—. ¿Quiere usted hacer algo al respecto, por favor?

La señorita Huth no tiene sentido de la urgencia más que cuando se marcha del trabajo.

—El café se le está quedando sin espuma aquí fuera —comentó—. A lo mejor si se lo llevo ahí dentro...

¡Dios mío!

—¿Es que no me escucha usted? —le pregunté—. Esa mujer no ha venido aquí a tomarse una taza de café y un bollo. Va a arrojarse a la calle de un momento a otro.

—No hay necesidad de ponerse agresivo. —Magda Huth no era joven. Había sido maestra de escuela o algo así en Dresde, hasta que la reunificación le dio la oportunidad de marcharse, y a veces me trata como a un alumno retrasado en un jardín de infancia de régimen autoritario. Y así era como me estaba tratando en aquel momento—. Veré si puedo comunicar con los bomberos —dijo en tono remilgado.

—Sí, eso, hágalo —le indiqué.

La señorita Huth no llevaba mucho tiempo en el bufete de abogados. Antes, y durante cinco años, yo había tenido a Denise, una mujer realmente

sensata y una secretaria muy eficiente. Pero luego se fue a esquiar un fin de semana a Big Bear, en un viaje organizado —se me debió de ablandar la sesera para concederle tanto tiempo libre—, y al cabo de ocho semanas se casó con un odontólogo mejicano que conoció allí, en un bar para solteros. Durante mucho tiempo mantuve la esperanza de que se cansara de vivir en Ensenada y viniese a pedirme que le devolviera el empleo. Pero las Navidades pasadas recibí una larga y dicharachera carta llena de noticias acompañada de una instantánea borrosa de ella, su marido y los gemelos, y ahora yo intentaba acostumbrarme a la señorita Huth empezando de nuevo por el principio. Y no era cosa fácil.

—Eso es —le repetí—. Llame a los bomberos y dígales que se espabilen o tendrán que despegarla de la acera con una manguera.

—No debería hablar de ese modo —me recriminó la señorita Huth con desdén; y cortó la comunicación antes de que yo tuviera tiempo de replicarle. Colgué con tanta delicadeza que no se oyó el más leve ruido.

Miré por debajo del escritorio, por el hueco de la mesa, a fin de poder ver la ventana. La mujer seguía allí, sin dejar de removerse, y trataba de mirar hacia abajo, hacia la calle. Y todo eso tenía que pasar precisamente aquel día.

Mi nuevo jefe, el poderoso Zachary Petrovitch —el jefe supremo, magnate *extraordinaire*—, se encontraba pasando unos días en su mansión de Los Ángeles con la intención de ser el invitado de honor en la «fiesta sorpresa» que sus subalternos llevaban semanas preparando. Petrovitch quería tener su propia firma de abogados aquí, en la ciudad, y aportaba a este bufete algo que nunca antes había tenido: dinero. Tras poner a uno de sus sumisos abogados en la empresa detrás de la mesa que Korea Charlie había dejado vacante, había encontrado el modo legal de obtener el control de un bufete de abogados. Se había decidido por decreto que yo estuviera en la fiesta aquella noche arrastrando el flequillo por allí, haciendo profundas reverencias y diciéndole a todo el mundo lo agradecido que estaba de haberme convertido en una laboriosa hormiga del zoo de Petrovitch.

El teléfono sonó y lo cogí bruscamente. Era la señorita Huth de nuevo.

—Los del economato de la empresa de construcciones Graham han salido a la calle; y están todos mirando hacia aquí arriba, señor Murphy.

—¿Y qué?

—Pensé que a usted le gustaría saberlo.

—¿Qué han dicho los bomberos?

—Me tienen a la espera —dijo ella.

—¿A la espera?

—Sí, por la otra línea. Me han preguntado si era un incendio y yo les he dicho que no, que no se trataba de un incendio.

—Bueno, eso está muy bien. Lo que haré será tirar un puro encendido a la máquina de triturar papeles y así a lo mejor se plantean la posibilidad de dejarse caer por aquí a alguna hora.

—¡Están en la línea ahora! —me gritó la señorita Huth con vehemencia.

Y cortó de nuevo la comunicación. Yo tenía que agacharme muchísimo para lograr ver bien. La mujer que estaba en la parte exterior de mi ventana seguía moviendo el trasero de un lado a otro. A lo mejor los mirones de la calle creían que se estaba preparando para saltar de la comisa, pero yo tenía mis motivos para suponer que a ella le había dado un calambre en el glúteo y se estaba removiendo con intención de ponerse más cómoda. Se oyó un golpeteo —imperioso y persistente— en el panel de vidrio esmerilado. Era la señorita Huth, que formaba una amenazadora sombra contra el cristal blanquecino; asomaba solamente el flequillo, y aquellos pequeños y brillantes ojos suyos me miraban por encima del panel. Me hizo señas para indicarme que yo había colgado mal el teléfono. Descolgué el auricular y entonces me dijo:

—Ya vienen. Los bomberos. Vienen... ahora mismo.

—Eso espero. —Se oyó el sonido de una sirena, pero se fue debilitando y se alejó en dirección norte por la avenida Oeste hacia Hollywood—. Puede que ahora me viniera bien esa taza de café —le dije—. Si la deja usted sobre el felpudo, por el lado interior del despacho, me acercaré a gatas e intentaré cogerla.

—No sé de qué cree usted que sirve estar ahí sentado en el suelo, señor Murphy.

Volvía a estar asomada por encima del vidrio esmerilado; se lo noté en la voz.

—Intento no alarmarla.

—Cuando lleguen los bomberos esa mujer tendrá que verlos por fuerza, ¿no es cierto? ¿Por qué no se levanta usted, se acerca a ella e intenta hablarle?

—¿Y si salta, cargo yo con la culpa? Venga usted si quiere a hablar con ella. Tal vez usted tenga la intuición necesaria para percibir las motivaciones que mueven a las mujeres a querer saltar desde la comisa.

La señorita Huth pasó por alto aquel comentario y se ocupó en colocar dos vasos altos de plástico sobre el felpudo, junto con un pastelillo que colocó sobre una servilleta de papel. Le había pedido sólo un café y un *croissant* de almendra; los pastelillos eran demasiado grandes y estaban rellenos de

gelatina de fresa de color vivo que no me gustaban nada. El pequeño y viejo vietnamita que se había hecho cargo del establecimiento Tony's Deli proporcionaba trabajo a todos sus familiares, y algunos de éstos no entendían ni una palabra de inglés. Cuando Big Tony y su hermano llevaban el establecimiento, los Tony-ccinos —unos capucemos grandes listos para llevar— tenían una capa de espuma que podía cortarse con cuchillo. Ahora la espuma se marchitaba y desaparecía en cinco minutos; supongo que el vietnamita no entendía bien cómo funcionaba la máquina de espuma. Aun así, en Tony's Deli seguían haciéndose los mejores *capuccinos* de esta parte de la ciudad. Gracias a Dios, aquellos tipos les habían pasado la receta a sus sucesores, porque yo era adicto a los *capuccinos*.

Tiré suavemente del felpudo y cogí los cafés. Todavía estaban algo calientes; los saboreé. Allí sentado en la alfombra persa, de cuyos últimos dieciséis plazos se había hecho cargo ahora nuestro nuevo dueño, tuve ocasión de reflexionar acerca de los preparativos para la fiesta de aquella noche. Tenía que salir bien. Yo necesitaba el dinero, lo necesitaba de verdad.

Antes de que me hubiera terminado la segunda taza de café oí una sirena que se acercaba por la calle Olympic. Me acerqué por debajo de la mesa para mirar por la ventana. La mujer que se encontraba allí afuera debía de haberla oído también, porque se estaba levantando lenta y trabajosamente. Primero puso un pie sobre la comisa y luego se quedó allí de rodillas. Finalmente, moviéndose como alguien a quien las alturas le producen terror, consiguió ponerse en pie y se apoyó contra la ventana con ambos brazos muy apretados sobre la misma. Llevaba puesto un traje pantalón de algodón ligero y caro y un pañuelo de Hermés dorado y azul en la cabeza, la clase de conjunto que una mujer refinada necesita para tirarse por una ventana de Los Ángeles en primavera. Estuve observando con gran interés los cautelosos movimientos de la mujer. Teniendo en cuenta el modo como había estado comportándose allí fuera, en la cornisa, y la forma como había disfrutado todos los movimientos que hay que hacer para cometer un presunto suicidio, ahora estaba pasando por grandes penalidades con tal de asegurarse de no perder el equilibrio.

Crucé la habitación. Ahora la mujer estaba de espaldas a mí. Subí la ventana de guillotina y le dije:

—Entra, por Dios.

Volvió la cabeza bruscamente y me miró con odio en los ojos.

—¿Has sido tú quién ha llamado a los bomberos?

Tosió para aclararse la garganta. Se le habían puesto las mejillas rojas; vi que tenía frío. Quizá fuera por eso por lo que había decidido entrar.

—¿Por qué yo? —le pregunté—. Cualquiera de esas personas que están ahí fuera ha podido hacerlo. Todo el vecindario ha estado mirándote. — Nosotros estábamos en uno de los pocos edificios altos que había en una calle de barracas de una sola planta; de manera que todo el mundo podía verla—. ¡Entra!

—Eres un mierda —me espetó.

De pronto comenzó a moverse, metió los pies en la habitación y se dio impulso hacia dentro con encomiable destreza. Cuando vio los vasos de plástico sobre el felpudo se acercó a ellos para tomar un trago caliente. Al descubrir que los dos estaban vacíos, los arrojó al otro lado de la habitación con una violencia que me produjo escalofríos. Por lo visto no le apetecía el pastelillo; supongo que sería por la gelatina de fresa. Se dirigió a la puerta.

—El jefe de bomberos querrá hacerte algunas preguntas —le indiqué desde atrás.

—Pues contéstalas tú, puñetero abogado —me gritó ella—. ¡Vosotros siempre tenéis respuesta para todo!

Salió hecha una furia por la puerta que da a la escalera trasera justo cuando las sirenas se apagaban fuera, en la calle. La mujer conocía muy bien el camino hacia la puerta trasera; había entrado por allí.

Unos instantes después la habitación estaba llena de hombres fornidos que llevaban brillantes impermeables de hule, botas de caucho y cascos amarillos. Estaban furiosos conmigo.

—¿Cómo que es culpa mía? —les grité a mi vez—. Ustedes la han dejado escapar.

—¿De dónde había venido? —me preguntó un corpulento bombero al tiempo que cogía el pastelillo y le daba un bocado.

—¿Cómo voy a saber yo de dónde había venido? A lo mejor se ha escapado del zoo.

—Pues usted nos ha llamado y ha dicho que se trataba de una emergencia —intervino un individuo menudo con cara de rata que parecía ser el jefe. Olía a limpiador de metales y a pastillas digestivas de menta.

—¿Y qué? ¿Es que acaso he interrumpido una partida de póquer o algo así? ¿Qué se supone que debo hacer cuando alguien entra en mi despacho y se empeña en tirarse por la ventana? ¿Sacarme una licencia de espectáculos?

El bombero corpulento tiró las sobras del pastelillo a la papelera, donde aterrizaron con un sonoro golpe metálico. No es extraño que me produzcan indigestión; cuando se tira un *croissant* de almendra sólo se oye un suave roce.

Si me hubiera mostrado un poco más diplomático, tal vez Cara de Rata no se habría puesto desagradable y no habría enviado a dos de sus hombres a buscar por todo el edificio cualquier violación del Código del Departamento de Bomberos.

—Ustedes deberían haber hecho eso en su propio edificio antes de que se les quemase —le indiqué.

Pero aquellos tipos eran unos críos jóvenes; no llevaban el tiempo suficiente en el cuerpo como para recordar aquel escándalo. Finalmente llegó Cara de Rata con una tablilla para sujetar papeles en la mano y se puso a leer en voz alta lo que, según él, eran veintidós infracciones.

—La escalera de incendios está oxidada —dijo dando golpecitos con el dedo a la tablilla.

—Se nos acaba de terminar el minio —dije.

Miré por encima de su hombro y leí la hoja. La mayoría de las faltas eran leves, pero por lo visto alguien iba a tener que renovar el sistema de rociado de agua, instalar nuevos detectores de humo y poner alguna clase de puertas contra incendios. Y si yo sabía algo acerca de la letra pequeña del contrato de arrendamiento, ese alguien no iba a ser mi rapaz casero, pero daba igual. No era cosa mía. Dos meses antes, el mínimo aceptable para llevar a cabo una obra de esa clase habría bastado para arruinarme, pero ahora era sólo una cosa más que pasarle al nuevo propietario, el poderoso Petrovitch.

—Habría que derribar estas viejas ratoneras que corren peligro de incendio —comentó el tipo que había tirado el pastelillo o la papelera—. O mejor, habría que echar abajo toda la manzana. Esto no es más que un barrio de chabola.

—No todos podemos vivir en Bel Air, amigo.

Cuando se marchó toda la tropa, me quedé mirando la alfombra y las huellas sucias que habían dejado las botas de los bomberos. De todos modos la alfombra necesitaba una limpieza, pero aquellas manchas extra no iban a favorecerme precisamente cuando Zachary Petrovitch viniera a ver qué clase de instalaciones iba a obtener a cambio de su dinero.

Cuando por fin tuve libertad para sentarme a la mesa y echar un vistazo a todo el trabajo pendiente, me encontré con que había mucho que hacer. Hurra, un cliente nuevo. Una vieja estrella de culebrones que estaba borracha y se había negado a permitir que la detuvieran. Me costó un buen rato reconocer el nombre; no hay limbo más inhóspito que aquél al que se ven relegados los actores de culebrones. Luego había dos guiones de películas, uno muy manoseado el otro prístino. Este cliente era escritor —un tipo inteligente y

hasta entonces, agradable— que se había metido en un rugiente frenesí acerca de una película que estaba haciendo un productor con el que había trabajado en muchas ocasiones con anterioridad. Quería que yo leyera los guiones y demandara a la compañía productora acusándola de plagio. ¡De plagio! Aquel tipo debía de vivir en otro planeta. Si empezásemos a buscar las cosquillas por esa clase de latrocinio, Hollywood iría rodando cuesta abajo hasta quedar completamente paralizado. ¿Acaso se creía que esos tipos que llevaban trajes de Armani sabían escribir juntando unas letras con otras sólo porque tuvieran estilográficas Montblanc? ¿Ideas originales?

Pero ninguno de los asuntos era más urgente que el de la carpeta roja en la que se leía «*Sir Jeremy Westbridge*». Un abogado se hace a la idea de que la mayoría de sus clientes se encuentran inmersos en una trayectoria de autodestrucción, pero este británico era un caso aparte. Cada día en el correo llegaba la noticia de alguna nueva y terrible fechoría. Yo no veía la manera de evitar que fuera a la cárcel, sólo era cuestión de intentar que le cayeran diez años en vez de veinte. El único consuelo era que me adelantaba los honorarios y pagaba religiosamente. ¿Cómo llegué a verme metido en semejante lío? Cuando salí del instituto lo tenía todo a punto para embarcarme en una carrera de ladrón de coches.

Al echar toda la pila de papeles otra vez en la bandeja, me encontré mirando de nuevo hacia aquel maldito alféizar de la ventana, así que finalmente decidí ir a ver a Danny. Cogí el teléfono y le dije a la señorita Huth:

—Me voy a ver a mi hijo.

—No. Tiene usted una cita a las once y media.

—Cancélela.

—Es demasiado tarde para hacerlo, señor Murphy. Ya son las once y veintidós.

—¿Con quién estaba citado?

—Con el señor Byron —repuso la señorita Huth con un ronroneo: reconocía el nombre. Todas las mujeres lo conocían. Budd Byron era ya lo bastante viejo como para que sus películas se emitieran en horario diurno.

—Oh —exclamé.

Supongo que sus viejas películas también las daban por televisión en Alemania.

—Me parece que ya ha llegado —dijo la señorita Huth; y entonces oí el timbre de la puerta exterior—. ¿Le digo que pase?

Pude percibir la emoción que había en la voz de mi secretaria. Ninguna mujer podía tener delante a Budd Byron sin perder el equilibrio emocional.

—Sí, hágalo, señorita Huth... ¡Budd! Me alegro de verte.

Budd estaba delgado y bronceado. Entró en mi despacho con esa clase de confianza fría y calmada semejante a la del general McArthur cuando se dirigía a la orilla al desembarcar en las Filipinas, a la de Newton al demostrar la fuerza de la gravedad o a la de Al Capone cuando le debía impuestos a Hacienda.

Budd y yo habíamos sido compañeros de facultad; puede que nadie lo imaginase por el modo de saludarnos. Budd tenía cierta clase de formalidad típica de Hollywood. Clavó en mí una mirada sincera y me apretó la mano con fuerza mientras me daba una palmada en la parte superior del brazo: un saludo californiano.

—Tienes un aspecto estupendo —le dije—. Estupendo.

Llevaba zapatos con agujeros de estilo inglés de Oxford, pantalones de franela gris hechos a medida y una chaqueta de lana, esa clase de prenda gruesa que suele llevar en los meses de invierno la población masculina del sur de California. El cuello de la camisa terminaba en punta y lo llevaba prendido con alfileres de oro para sujetar el apretado nudo de una corbata de seda a rayas azules y rojas. El efecto era el de un próspero y joven banquero. Era la apariencia que estaban adoptando muchos actores de Hollywood ahora que otros tantos banqueros iban por ahí con pantalones vaqueros descoloridos y botas de *cowboy*.

—¿Café? ¿Algo de beber?

—Agua Perrier —me pidió Budd. Para completar el atuendo llevaba un bonito sombrero gris, que se quitó y colocó cuidadosamente sobre un estante.

Me acerqué al frigorífico, camuflado en la estantería de libros, y le llevé agua de sifón.

—¿Un cigarrillo?

Cogí la caja de plata que había encima de mi mesa y le ofrecí un cigarrillo.

Negó con la cabeza. No puedo recordar cuándo fue la última vez que alguien me dijo que sí. Algún día alguien daría una calada de uno de aquellos cigarrillos viejísimos y me echaría las tripas encima de la alfombra blanca.

—El otro día leí que la Facultad de Medicina de la Universidad de California en Los Ángeles calcula que un porro tiene un contenido de monóxido de carbono igual a cinco cigarrillos normales y el mismo alquitrán que tres —me dijo Budd.

—Esto no son porros —dije moviendo un poco más la pitillera ante él.

Budd se echó a reír.

—Ya lo sé. Sólo quería impresionarte con mi erudición.

—Pues lo has conseguido.

Budd no tenía que esforzarse mucho para ser un hombre encantador: en él era algo innato. Habíamos seguido en contacto cuando él abandonó los estudios de Ciencias Sociales para integrarse en el Sindicato de Actores. Se había ganado una modesta reputación y su rostro les resultaba muy conocido a aquellos que se pasan mucho tiempo a oscuras, pero se gastaba hasta el último centavo que ganaba en llevar un nivel de vida muy por encima de sus posibilidades, porque tenía que fingir ante sí mismo y ante todo el mundo que era una gran estrella. Supongo que sólo alguien que viva permanentemente fuera de la realidad trata de emular la gran época del cine en Hollywood. Los comedores de candad y los asilos de ancianos resuenan con el parloteo de personas que todavía hablan acerca de la gran oportunidad que se les presentará cualquier día. Pero Budd no vivía permanentemente fuera de la realidad, sólo de vez en cuando. Como escribió de él el estudiante listillo que dirigía la revista anual de nuestra facultad, tenía la cabeza en las nubes pero los pies firmemente plantados en el suelo. Realmente disfrutaba con lo que hacía para ganarse la vida, ya fuera como actor de primera clase o no. Allá por los años cuarenta, cuando todas las estrellas de cine tenían un aspecto juvenil, saludable y caballeroso, Budd podría haberlo hecho de primera —o incluso en aquel breve período de los años sesenta en que el aspecto de colegial estaba de moda—, pero hoy día son los degenerados en cuya barbilla florece una barba de tres días y que hablan entre dientes los que tienen su nombre en los créditos por delante del título. Budd estaba pasado de moda.

—¿Vas a venir a mi juerguecita de cumpleaños a base de champán y hamburguesas? —me preguntó.

—No podrías impedírmelo —repuse.

Yo había recibido una elaborada invitación impresa para un almuerzo en Manderley, su vieja casa encaramada en las colinas de Hollywood, cerca del cruce del Laurel Canyon. Budd era una de esas personas que se esfuerzan por no perder nunca el contacto. Siempre sabía a qué se dedicaban sus antiguos compañeros de clase, y cuando llegaba la hora de reunirse allí estaba él poniendo las direcciones en los sobres.

—Una comida, del domingo en una semana. Durará hasta que se acabe el champán.

—Lo dices como un desafío.

Se removió en el sillón, se pasó una uña por la mejilla y habló con un tono de voz diferente.

—Mickey, necesito consejo. Tú eres mi abogado, ¿verdad?

—Tú no necesitas un abogado —le dije—. Eres demasiado listo. Si todos mis clientes mantuvieran la nariz tan limpia como tú, me quedaría sin trabajo.

Era cierto. Yo enviaba cartas de apremio en su nombre o le resolvía algún malentendido de vez en cuando, pero la mayor parte del trabajo que le hacía podría hacérselo una secretaria a media jomada. Quizá no le cobraba bastante.

Asintió, sonrió un poco más y miró por la ventana.

—Este barrio es horrible, Mickey.

—Ya lo sé, todos los que me vienen a ver me lo dicen. Pero tenemos policías en todas las esquinas y una estupenda comida étnica. ¿Qué puedo hacer por ti, Budd?

Hizo una pausa; la mandíbula se le puso tensa.

—¿Puedes conseguirme una pistola?

—¿Una pistola? ¿Para qué quieres una pistola? —le pregunté conservando un tono de voz muy firme y natural.

—Por ningún motivo en particular —respondió de ese modo nervioso en que la gente dice esas cosas cuando sí que tienen algún motivo en particular. Luego vino la respuesta preparada—: Por lo que tengo entendido, en breve van a poner toda clase de restricciones legales a la venta de armas de fuego. Quiero hacerme con una pistola mientras aún sea legal adquirirlas encima de un mostrador.

—Supongo que viste aquel documental en el canal Discovery. Pero tú no necesitas una pistola, Budd.

—Sí que la necesito. Mi casa es muy vulnerable, allá arriba. Ha habido dos atracos en la tienda de rosquillas desde Navidad. A todos mis vecinos les han robado.

—¿Y el hecho de que tengas una pistola evitará que te roben? Escucha, las probabilidades de que entren a robar mientras tú estás en casa son casi inexistentes. Cuando no estés, una pistola no te servirá de nada, ¿cierto?

—Haría que me sintiera mejor.

—Vale. Veo que estás decidido. No me hagas caso; cómprate una pistola.

—Me gustaría que la adquirieras tú.

—Venga, Budd. ¿Cuál es el problema?

—Es que a mí me reconocerán. Mi cara resulta familiar. A lo mejor sale en los periódicos. Y ésa no es la clase de publicidad que me conviene.

—¿Comprar una pistola? Si ése fuera el secreto para conseguir publicidad en los periódicos, habría unas colas a la puerta de las armerías que llegarían a la frontera mejicana.

—El papeleo, la licencia... Tú entiendes de eso, Mickey. Hazlo tú por mí, ¿quieres?

—¿Te refieres a que lo haga bajo el secreto profesional que implica la relación entre abogado y cliente?

Budd asintió.

Me recosté en el sillón giratorio y lo miré. Justo cuando ya creía estar de vuelta de todo, aparece un cliente que quiere que le compre una pistola. Después me pedirá que le lime el número de identificación y que le haga cortes a las balas para convertirlas en balas dum-dum.

—No sé si puedo hacer eso, Budd —le dije con voz pausada—. No estoy seguro de que esté dentro de la ley.

Budd se agarró a la ambigüedad.

—¿Quieres hacer el favor de averiguarlo? Quiero que se haga todo legalmente. ¿No podrías decir que es para un conocido actor de cine que quiere evitarse todo el jaleo?

—Desde luego. Y les prometeré fotos firmadas y entradas para tu próximo preestreno. —Cuando Budd ya iba a empezar a protestar, levanté una mano para atajarlo—. Preguntaré por ahí, Budd.

—Una Saturday-night especial o una pistola pequeña servirán. Sólo la quiero para asustar.

—Claro, ya comprendo: nada de granadas de mano ni morteros pesados. ¿Sabes usar una pistola? Tú no has hecho el servicio militar, ¿verdad?

—Estuve en el Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva —me dijo Budd poniendo de manifiesto en la voz que estaba dolido—. Tú sabes que estuve allí, Mickey.

—Claro, se me había olvidado.

—Sé disparar. He hecho muchos papeles en películas en los que he tenido que utilizar armas de fuego. Me gusta aprender a hacer las cosas tal como son para interpretar mis personajes. Practico una hora en el gimnasio cada día. Hago *jogging* por las colinas y a veces voy al Club de Tiro de Beverly Hills. —Se palmeó la barriga—. Procuero mantenerme en forma.

—Bien —dije.

Bueno, enrollemos la diana; desde luego, con aquel disparo había dado de lleno en el blanco. La única cosa que yo podía decir con toda sinceridad era que dedicaba una hora al día a comer.

—¿Estoy entreteniéndote demasiado? —me preguntó al tiempo que consultaba el Rolex de sólida cadena de oro que venía con cada tarjeta del Sindicato de Actores.

—No hay prisa. Voy a ver a Danny; a mi hijo Danny.

—Claro, Danny. Lo llevaste con su novia a verme al plató de aquel *western* que hice para Disney el año pasado.

—Eso es.

—Saluda a Danny de mi parte. Dile que si quiere visitar un estudio otra vez, siempre puedo arreglárselo.

—Gracias, Budd. Verdaderamente, es muy amable por tu parte. Se lo diré.

Budd no se levantó para marcharse. Cogió el vaso y dio un sorbo, tomándose su tiempo para hacerlo, tal como yo había visto hacer a tantos testigos en el estrado cuando intentaban ganar tiempo para pensar.

—No te he dicho toda la verdad. Hay algo más. Y quiero que quede entre nosotros dos, ¿de acuerdo?

—La relación confidencial entre abogado y cliente le aseguré.

Se puso en pie y asintió con la cabeza. A todos mis clientes les gusta oír lo de la relación confidencial que ofrece el abogado; siempre se lo recuerdo justo antes de entregarles la factura. Oración, sermón, confesión y expiación: por ese orden. Soy de la opinión de que todo el proceso de consultas a un abogado debería ser una versión seglar de la misa.

—¿Cómo podría conseguir una pistola sin que nadie se entere?

—¿Sin que ni siquiera yo lo supiera? Comprándola por correo bajo un nombre falso, supongo.

—¿Podría decir que te la envíen a ti? —me preguntó.

—Pero entonces yo lo sabría —repuse adoptando un tono de voz realmente negativo. No quería que me mandase pistolas por correo al despacho.

—Ocurre lo siguiente —dijo Budd mientras hacía un vago gesto con la mano—. Tengo una amiga a la que están amenazando. Necesita una pistola.

—Bueno, pues le dices que pida una por correo y diga que se la envíen a algún apartado de correos —le recomendé. Adiviné que estábamos metidos en algún tipo de fantasía propia del *show business*, y no me encontraba de humor para aquella clase de mierda. Miré el reloj—. Voy a tener que echarte de un puntapié. Tengo un día muy apretado de trabajo.

—Claro, Mickey, claro.

Cogió el sombrero y se acercó al espejo para asegurarse de que estaba perfecto. Luego se dio la vuelta para darme un firme apretón de manos y

decirme adiós suavemente. Había algo que todavía no había dicho, y me escarbé el cerebro para adivinar qué podría ser. ¿Qué nueva bobada iría a soltarme ahora?

Enfocó en mí aquellos oscuros y lustrosos ojos y dijo:

—Si le disparasen a un intruso dentro de mi propiedad... ¿qué podría ocurrir?

—No te metas en algo así, Budd —le aconsejé sinceramente—. Cómprale a tu amiga una suscripción a Shooter's Monthly, la revista para tiradores, y da por concluido el asunto.

—De acuerdo —dijo él de un modo que dejaba claro que no era muy probable que siguiera mi consejo. Luego, con las manos levantadas al estilo de Al Johnson, adoptó una pose—. ¿Qué te parece mi elegante atuendo?

—¿Tienes un cuadro con tu retrato en algún lugar del desván, Dorian, viejo amigo?

—Sólo termitas —dijo Budd.

Ahora ya le había cambiado el humor por completo. Muchísimos actores son así; suben y bajan con una desconcertante rapidez.

Cuando Budd se marchó me acerqué a la ventana y miré por ella. Aquello era suficiente para hacer que cualquiera se comprase una pistola. Desde luego, era una calle horrible. Mis vecinos eran en su mayoría inmigrantes que rápidamente se convertían en empresarios, indigentes o criminales. Yo compartía aquel viejísimo edificio de oficinas con una agencia de cobro de morosos, un agente de seguros, un centro de consejos para madres solteras y un arquitecto. Aquellos despachos en los que estaba el bufete de abogados eran los mejores del edificio. La zona de recepción de la señorita Huth daba a tres habitaciones. La mía era la única que tenía una alfombra blanca, pero las otras dos tenían dos ventanas cada una. Así equipadas podían asumir dos suicidios al mismo tiempo.

Me había mudado después de mi divorcio para compartir gastos con dos abogados de inmigración coreanos que tenían un negocio suplementario que consistía en llevar divorcios a honorarios fijos de cincuenta dólares. Todo el mundo comentaba que no nos llevaríamos bien, decían que los coreanos eran gente combativa, pero me encontré con que Billy Kim y Korea Charlie eran socios con los que se podía congeniar. Compartíamos nuestros asuntos pasándonos cada uno a los otros los clientes más problemáticos. Luego, comparábamos anotaciones y hacíamos grandes risas juntos. Korea Charlie era el miembro fundador de la sociedad. Era un individuo viejo y gordo que conocía a todo el vecindario y se había hecho con una reputación colosal

obteniendo tarjetas verdes para los emigrantes ilegales del barrio. Después, justo en el momento en que todos decían que Korea Charlie era el abogado más rico y más feliz de la ciudad, uno de sus agradecidos clientes lo mató de un disparo accidental en una borrachera cuando estaba de celebración en un bar de Crenshaw.

Ahora, aparte del abogado simbólico que Petrovitch nos asignaría para que la adquisición de la compañía fuese legal, yo sólo tenía un socio, Billy Kim, un joven emprendedor que estaba en Phoenix para asistir a la boda de su hermano.

Tenía que haber regresado aquella mañana, pero hasta el momento no había ni rastro de él ni había llegado ningún mensaje. O su hermano se había rajado o estaban celebrando una fiesta de mil demonios.

A todos los lados de nuestra manzana había edificios de una sola planta que en cualquier otra ciudad habrían sido solamente alojamiento provisional. A ras de suelo puede que Los Ángeles sea un paraíso, pero desde esta altura parece el infierno. Los patios traseros pavimentados de esos edificios baratos con aspecto de cajas estaban atestados de coches y camionetas abollados, y las azoteas eran un retorcido pozo de serpientes de tuberías de aire acondicionado. Justo enfrente hay un aparcamiento rodeado por una cadena a modo de valla; aparcado justo a la entrada del mismo, un camión reformado con paneles vendía refrescos, tacos y perritos con chiles. Ahora que estábamos a punto de pasar a formar parte de la organización Petrovitch yo iba a presionarlos para que nos financiaran una oficina como es debido, con hilo musical, revistas de actualidad en la sala de espera, divisiones de panel de roble y metros de libros antiguos encuadernados en piel detrás de estanterías de madera vetada con puertas de vidrio.

Ordené la mesa y le recordé a la señorita Huth que me iba a ver a mi hijo. No le dediqué demasiado tiempo a la idea de conseguirle una pistola a Budd. Me figuraba que la semana siguiente ese deseo se le habría pasado. Budd era así.

Bajé al garaje. Aquélla era la mejor instalación de todo el viejísimo edificio: disponía de un garaje cerrado, de modo que yo podía volver a recoger el coche y encontrarlo completo, con antena de radio y tapacubos. Y como conduzco un hermoso Cadillac de 1959, eso significa mucho para mí. Fue una de las razones que me hizo venir aquí. No me cambiaría a otro edificio a menos que tuviera un garaje seco, ventilado y con alguien que lo vigilase. Éste no era realmente subterráneo, era un semisótano con ranuras de ventilación que dejaban entrar el aire y la luz del día. La ventilación es

importante para un coche: la condensación puede causar más desperfectos que las inclemencias del tiempo, sobre todo en California. Se decía que el dueño había querido hacer de esta planta más baja alojamientos, pero que las ordenanzas de la ciudad lo prohibían.

Cuando llegué allí abajo vi a Cara de Rata hablando con el conserje. Los dos se callaron cuando pasé junto a ellos. Tuve la fuerte sospecha de que estaban comparando mis deficiencias. Me miraron sin decir nada.

—Todavía le gotea el aceite, señor Murphy —me dijo el conserje cuando ya me estaba metiendo en el coche. Fingí que no le había oído, pero cuando arrancaba miré por el retrovisor y pude ver la mancha oscura que brillaba sobre el suelo del garaje. Vale, se trata de un coche viejo.

Mi hijo, Daniel, está estudiando filosofía en la Universidad del Sur de California —la universidad de los niños pijos— y vive con una chica llamada Robyna Johnson. Comparten un apartamento en una casa de huéspedes a las afueras de Melrose, cerca de los estudios Paramount. Melrose es un circo, pero a esos críos les parece que es elegante estar cerca del lugar donde se ruedan las películas. Cuando llegas a los estudios, lo primero que ves es esa vasta porción rectangular de cielo azul que es el telón de fondo del depósito de agua de la Paramount. Y si sabes hacia dónde has de mirar dentro del solar trasero puedes divisar las viejas puertas de la Paramount, el lugar más evocador que queda del auténtico Hollywood. Esa puerta sigue igual que era en los viejos tiempos. Nunca la miro sin recordar el momento en que el Rolls Royce de Gloria Swanson pasaba por ella en Sunset Boulevard.

Mi hijo no vive en el lado más elegante de Melrose, sino en una parte tan mala como donde yo trabajo. Todavía tienen rejas de acero en las tiendas de licores y fieros perros guardianes en los portales. Cuando yo era un crío era zona irlandesa y había mucho ambiente de barrio, pero cuando Grace Kelly se casó y se fue a Mónaco, a los irlandeses de aquí les entraron aires de grandeza, por lo que pidieron hipotecas bancarias y se compraron casas con piscina en el Valley, de manera que la zona se llenó de hierbajos, herrumbre y pintadas de aerosol. Saludé con la mano a la señora Gonzales, la casera de Danny, cuando descorrió la cortina para ver quién venía. Era una vieja arpía que le daba bien al *whisky*: puso mala cara y se quitó de la vista.

Danny compartía un apartamento de dos habitaciones en el segundo piso. El timbre no funcionaba, así que llamé con los nudillos a la puerta. Estaban mirando un programa concurso en el televisor, El precio justo. Pude oírlo a través de la puerta. ¡El precio justo! Después de todo el rollo que meten estos críos sobre el materialismo.

—Es tu padre —dijo Robyna después de abrir la cerradura embutida, recorrer los cerrojos y abrir la puerta todo lo que permitía la cadena. Me miró fijamente durante mucho rato antes de desenganchar la cadena para dejarme entrar. Nunca me dice «Me alegro de verte» ni nada parecido. Siempre recibo el mismo tratamiento: vuelve bruscamente la cabeza, de manera que el pelo largo, rubio y liso que luce se columpia delante de mi cara, y anuncia por encima del hombro «Es tu padre» con la misma voz que los sargentos de color de infantería de marina utilizan para anunciar la llegada del fuego de artillería que se les viene encima.

—Hola, Robyna —la saludé con afabilidad—. ¿Te importa que hable con Danny en privado? —La muchacha se desplegó la falda, una falda larga de algodón que hacía aguas, al estilo en que tiñen los tejidos africanos, metió los pies en unas sandalias con abalorios incrustados, cogió la caja de maquillaje, movió la cabeza para sacudirse el cabello y pasó majestuosamente junto a mí sin concederme una mirada. Ni siquiera dijo adiós—. ¡Vuelve aquí, Jane Fonda, que se te olvida el *muesli*! —le grité.

—¡Muérete! —me soltó por encima del hombro al tiempo que salía y daba un portazo.

—¿Tu novia se muestra siempre así de encantadora? —le pregunté a Danny.

—No lo sé —dijo Danny—. Yo no le digo que se pierda por ahí como haces tú cada vez que llegas. Ella paga la mitad del alquiler, no se te olvide. —El televisor continuaba encendido, y Danny andaba buscando el mando a distancia para apagarla. Finalmente cogió un par de pantalones vaqueros de no sé dónde y los echó sobre el televisor para tapar la pantalla. Es que no soportaba apagar el maldito aparato: siempre había sido así con el televisor; tenía que tenerlo encendido todo el tiempo—. Robyna debe de tener el mando en el bolsillo —comentó a modo de disculpa.

Olía a incienso encendido en la habitación. Tenía un aroma floral y dulce. Olisqueé aquí y allá. Aunque miré por todas partes, no pude ver de dónde venía el humo.

—No estará metida en drogas, ¿eh?

—Siempre me preguntas si consume drogas —dijo Danny con hastío—. Somos vegetarianos.

—Entonces a lo mejor pasa de drogas carnosas rojas.

—Ni siquiera bebe té ni café por la cafeína. No, no consume drogas.

La búsqueda del mando a distancia por fin hizo que se levantase. Debajo de unos libros de texto descubrió dos platos de papel que contenían un burrito

a medio comer y un paquete aplastado de tofu. Renunció a seguir buscando el mando del televisor y volvió a hundirse en el sofá, dejándose caer en él a plomo con una fuerza que hizo saltar los muelles. Había destrozado los mejores sillones en casa haciendo eso, pero intenté no hacer ningún comentario al respecto esta vez. Odio pelearme con él.

—¿Está aquí tu madre?

—¿Betty? —Siempre la llamaba Betty. Nunca decía mamá o madre, ni siquiera cuando era pequeño. Yo le echaba la culpa de eso a Betty. Nunca le enseñó disciplina. Por eso ahora estaba allí repanchigado con la barba de tres días, el pelo largo sin lavar y una camiseta sucia con el eslogan impreso: «Márchate, estoy intentando pensar»—. Cómo puedes ver, Betty no está aquí; no sé dónde está.

—¿Qué te parecería si te dijera que acaba de entrar a la fuerza en mi despacho y se ha subido al alféizar de mi ventana?

Danny se tomó la noticia con mucha calma. Asintió:

—Eso ya se lo hizo a tío Sean en Seattle. Él llamó a los bomberos.

—Yo también, pero ella se esfumó antes de que llegasen. Así que, naturalmente, se pusieron a fisgar por todo el despacho tratando de encontrar alguna manera de hacérmelo pasar mal.

—¿Por qué?

Danny siempre se mostraba tranquilo conmigo, pero no de manera natural, sino más bien de un modo estudiado y exagerado, así que a veces me preguntaba si sería un efecto que yo producía en él. Con otras personas siempre parecía más animado. ¿Hacía yo que se sintiera a disgusto, o algo así?

—¿Que por qué llamé a los bomberos? —inquirí para aclarar la pregunta.

—Que por qué querían hacértelo pasar mal.

—Es una larga historia. Los aspersores nunca funcionaron. —Cuanto más pensaba en ella más me enfadaba—. Poco después de mudarnos allí, cuando Denise... ¿te acuerdas de Denise, mi antigua secretaria, que solía mandarte aquellas estampas con san Daniel y los leones por tu cumpleaños? Como te decía, cuando Denise tenía ganas de celebrar algo, solía comprar esos paquetes para barbacoa que luego se tiran y asaba unos bistecs para comer. Es un milagro que nunca le prendiera fuego a la oficina. Un par de veces tiró el carbón a la basura cuando aún estaba caliente y los papeles se incendiaron. Ahora que lo pienso, recuerdo que esos aspersores nunca funcionaron; todo el edificio está así. ¿Por qué han de tomarla conmigo? Esos bomberos salieron a buscarme problemas y la señorita Huth no me sirvió de ayuda; dijo que a ella

nadie le había explicado nunca dónde estaba la salida de incendios. Tendré que librarme de ella. Gracias a Dios que no descubrió que Betty era mi exesposa.

Danny me miró solemnemente. No le gusta que me refiera a Betty como mi exesposa.

—¿Qué quería?

—¿Estás de broma?

Betty sólo iba a verme cuando necesitaba dinero para algo.

Danny hizo una mueca y pasó las manos por debajo de los cojines, como si todavía estuviera intentando encontrar el mando a distancia del televisor.

—¿Has estado animándola tú? —le pregunté.

Sí, sí, sí, desde luego. Debí haberme imaginado que era Danny quien no hacía más que mandarla a darme la lata pidiéndome dinero. Los dos pensaban que yo tenía una especie de pozo sin fondo que se rellenaba cada día de lingotes de oro.

—Tenía que arreglarse dos raíces, y necesita ropa y esas cosas. No gana nada de dinero trabajando en ese taller de terapia por medio de olores.

—Mírame. Mírame. Si vas a dar la cara por ella, mírame.

Levantó la vista.

—¿Le llevas tú las cuentas, acaso? ¿Por qué no se busca un empleo dónde le paguen? —dije.

—El taller de terapia por medio de olores es una obra benéfica. Es para gente pobre. Ella quiere ayudar a la gente.

—¿Qué quiere ayudar a la gente? Trabaja a cambio de nada y yo tengo que darle dinero. ¿Cómo hace eso que sea ella la que ayuda a la gente?

—Es realmente una persona maravillosa, papá. Ojalá te esforzaras un poco más por comprenderla.

—Siempre tengo yo la culpa. ¿Por qué no se esfuerza ella por comprenderme a mí?

—Me ha dicho que te van a dar millones por la transacción del bufete.

—Vosotros dos vivís en un mundo de sueños. No hay millones y no hay transacción. No se puede comprar una firma de abogados si no se pertenece al Colegio de Abogados de California. Petrovitch ha recogido los pedazos, eso es lo único que ha pasado. Simplemente ha conservado nuestros servicios, ha introducido un socio y ha absorbido casi un cuarto de millón de dólares de deudas. Pero todo eso ya te lo había dicho.

—Ella recortó un artículo sobre Zach Petrovitch de la sección de negocios de Los Ángeles Times. Allí decía que había pagado cien millones...

—Pero no por mi sociedad. Ya he oído todas esas habladurías. Él cogió la compañía de discos Chapter Eleven con unos cuantos nombres importantes en las etiquetas y se la vendió a los japoneses. Todo eso ocurrió hace casi tres años. Desde entonces ha habido una condenada recesión.

—Petrovitch sólo compra compañías para las que tiene planes.

—¿Es eso algo que te enseñan en filosofía o es que te has pasado a la especialidad de estudios empresariales?

—Nunca se pueden mantener en secreto esa clase de liquidaciones, papá —me dijo él—. Todo el mundo lo sabe.

—No me salgas con esa mierda, Danny. Soy tu padre y te estoy diciendo que lo único que vamos a sacar es un depósito con un pequeño adelanto para que yo pueda pagar unas cuantas deudas apremiantes. ¿A quién vas a creer?

—¿Quieres una cerveza?

Se levantó y entró en la cocina.

—No has contestado a la pregunta —le grité yo—. No, no quiero una cerveza, y tú eres demasiado joven para beber cerveza.

—Creí que no era más que una pregunta retórica —me gritó plañideramente desde la cocina. Lo oí revolver entre las latas; no creo que se le haya ocurrido almacenar comida en esa nevera, sólo bebida—. Tengo Pepsi y Pepsi Diet; tengo Sprite, Dr. Pepper y toda clase de zumos de fruta.

—No quiero nada de beber. Vuelve aquí y escúchame. No soy especialista en filosofía; no tengo tiempo para pasarme las horas muertas ahí sentado, hablando. Tengo que trabajar para vivir.

Encontré una silla con el asiento de mimbre, y antes de sentarme me aseguré de que no hubiera restos de comida o chicle pegado. Aquél era exactamente el tipo de caos en el que él había vivido en casa, como si alguien hubiera arrojado una granada debajo del mostrador de un establecimiento de comida rápida mejicana. En las paredes había carteles de colores que hablaban de salvar los bosques lluviosos y proteger a las ballenas. El único artículo valioso que se veía en el apartamento era el amplificador de no sé cuántos vatios que se había encargado de que su guitarra le sacase a la gente la cera de los oídos en Long Beach cuando él la rasgueaba en Woodland Hills. Cerca de la ventana había una mesa pequeña que usaba de escritorio. Había una pila de libros de filosofía, un ordenador portátil plegable muy antiguo y todo cubierto de pegatinas, y un plato de papel del que habían rebañado una salsa de un vivo color rojo. También había una bolsa marrón, esa clase de bolsa aislante que usan los establecimientos de comida para llevar a fin de que los alimentos se mantengan calientes. Miré dentro con la esperanza de

encontrar un tamal o un perrito caliente, pero me encontré mirando un sándwich de acero inoxidable.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

Danny salió de la cocina con la lata de bebida y un paquete de patatas fritas sin colesterol con sabor a chile.

—Sólo es una pistola —dijo.

—Oh, sólo es una pistola —repetí yo con sarcasmo al tiempo que la sacaba de la bolsa para mirarla más de cerca.

Era una nueva y reluciente Browning automática modelo 35, de 9 milímetros. Tiré hacia atrás del mecanismo para asegurarme de que no había balas en la recámara. El mecanismo quedó abierto y por la prístina parte superior del muelle de color naranja me di cuenta de que estaba nueva, sin estrenar.

—¿Y qué demonios estás haciendo tú con esto?

Apunté al cartel «Salvad las ballenas» de Robyna y apreté el gatillo un par de veces.

—Tranquilo, papá. Le presté doscientos pavos a un jordano de mi clase de religión. Estaba mal de dinero y en lugar de devolvérmelos me dio la pipa y un estéreo.

—Te ha timado —le dije.

—Tú siempre tan suspicaz —comentó suavemente—. Una pistola como ésa cuesta unos quinientos pavos. O sea, que puedo empeñarla por trescientos.

—¿Y cómo sabes que no la han utilizado en un atraco o en un asesinato?

—Su padre acababa de comprársela; todavía venía envuelta de la tienda. Lo mismo que el estéreo.

—¿Su padre se la compró? ¿Qué clase de mastuerzo es su padre?

—Deja ya de hacer eso, papá. No es bueno para el mecanismo.

—¿Qué sabes tú de pistolas? —le pregunté; y saqué la recámara y la volví a meter en su sitio un par de veces más para demostrarle que no recibía órdenes de él—. Estás hablando con un infante de marina, no lo olvides. ¿Has disparado tú alguna vez esta pistola?

—No.

—Budd Byron ha estado esta mañana en el despacho preguntándome cómo podía comprar una. Toda la ciudad está loca por las pistolas últimamente.

—¿Para qué quiere una pistola?

—¿Budd? No lo sé. —Miré la pistola. Era nueva, de fábrica—. ¿En el envoltorio original dices? ¿En la caja? Entonces esto es parte de una remesa

robada.

—No es robada. Acabo de decirte que me la ha dado un tipo que conozco de la facultad. Hace religión comparada conmigo. La semana que viene seguramente querrá volver a comprármelo todo. Él es así. Es árabe; es pariente lejano del multimillonario Kashoggi.

—¿Sabes una cosa? Todavía estoy buscando algún árabe en esta ciudad que no sea pariente de Kashoggi. El tipo de la tintorería me dijo en confianza que es sobrino de Kashoggi. Todos ellos son una gran familia feliz.

El televisor seguía parloteando: los anuncios siempre tienen el volumen más alto que los programas.

—Hoy estás de un humor fatal, papá. ¿Es que te ha ocurrido algo malo?

—¿Algo malo? ¿Te has quedado sordo de repente o qué? Tu madre se pasó por mi despacho para tirarse por la ventana.

—Eso sólo fue un grito para pedir ayuda. Ya lo sabes.

Se comió unas patatas haciendo mucho ruido al masticarlas; luego, echando muy para atrás la cabeza, cerró los ojos y se llevó a la frente una lata fría de cóctel de zumo de arándano.

Danny no quería oír ni una palabra contra Betty. A veces me preguntaba si comprendía que fue ella quien me dejó plantado a mí; mejor dicho, nos dejó plantados a los dos. Pero ¿cómo podía yo recordarle eso a él? Dije:

—¿Quieres enterarte de dónde vive tu madre últimamente? Si continúa con estas rutinas de saltar de las comisas acabará por conseguir suicidarse.

Abrió los ojos, le quitó la tapa al zumo de arándanos y dio un profundo trago. Se limpió los labios con el revés de la mano y luego dijo:

—Sí, vale, papá. Haré lo que pueda.

—Dile que a lo mejor me miro las facturas del dentista. Pagaré parte de ellas.

—Eh, eso es estupendo, papá.

—Y no quiero que te juntes con ella y os pongáis a falsificar las cuentas para intentar colarme la factura de algún traje de Chanel o algo así.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Danny.

—Ya sabes lo que quiero decir. ¿Crees que se me ha olvidado cuando usaste el programa de gráficos del IBM de mi despacho para hacer aquel membrete de la CIA que le dio un susto de muerte al viejo señor Southgate?

—Se lo merecía. Yo tenía que haber sacado un sobresaliente en su clase de inglés. Todo el mundo lo decía.

—Pues tuve que calmarlo e impedirle que escribiera a su senador. Prometiste ser sensato en el futuro, así que no te metas entre Betty y el

dentista, ¿eh?

—Ella nunca te estafaría, papá.

Me quitó suavemente la pistola de la mano, volvió a meterla en la bolsa y guardó ésta en un cajón.

—Bueno, la conozco desde hace más tiempo que tú y te digo que sí podría hacerlo. —Me levanté—. Deja su dirección y su teléfono en mi contestador automático. ¿Podría ser esta misma tarde?

Danny sabía dónde encontrarla, de eso yo estaba seguro.

Asintió y me acompañó a la puerta.

—¿Sigue en pie nuestro almuerzo del domingo? —me preguntó.

—Claro —le confirmé—. En el Beverly Hilton, a mediodía. Haré una reserva. —Le di un abrazo; Danny era un buen chico—. Siempre puedes volver a usar tu antigua habitación —le dije—. No te pediría que pagaras alquiler ni nada. Ando un poco despistado tan solo en esa casa.

—Ya lo hemos intentado dos veces, papá. —Se inclinó para abrir la puerta: ¡ya tenían tres cerraduras de seguridad! ¿Qué clase de vecindario era aquél?—. ¿Podrías prestarme cincuenta pavos hasta el fin de semana?

Saqué un billete de cincuenta y se lo di.

—No te cambies a empresariales —le dije—. Lo estás haciendo estupendamente en filosofía.

Antes de arrancar el coche para marcharme de casa de Danny abrí el maletero del *Caddie*. ¡Demonios! Allí tenía que haber una caja de bebidas alcohólicas. Una de las comisarias de Petrovitch me había dejado un mensaje pidiéndome que comprara una marca rara de tequila para la fiesta de bienvenida. Ella se estaba encargando de los refrescos, y aquel veneno por lo visto era la bebida favorita de Petrovitch. La señorita Huth había consultado las páginas amarillas y había averiguado que el único sitio donde lo tenían era una tienda de licores mejicana de Broadway. Se suponía que lo mandarían a mi despacho y que el conserje lo metería en el maletero de mi coche. Nunca debí confiarle a ella el número de mi tarjeta Visa. A lo mejor era un timo de la tienda de licores o a lo mejor era el conserje. Era un hijo de puta del que no se podía uno fiar. ¿Por qué no lo habría verificado dos veces la señorita Huth?

Miré el maletero vacío como si las bebidas fueran a aparecer de repente, pero no fue así. El maletero de mi bonito y viejo *Caddie* descapotable que perdía aceite permanecía vacío, así que no había otra alternativa que volver al despacho a buscar las bebidas. Cuando llegué me detuve en la entrada y bajé la rampa que llevaba al sótano. ¿Pueden imaginárselo? Cara de Rata seguía allí, hablando con el conserje. ¿Cómo habrían encontrado algo de qué hablar

durante tanto tiempo? Vi una plaza de aparcamiento vacía más cerca del ascensor que la horrible plaza que me habían asignado a mí. Cara de Rata había aparcado su cochecito al lado. Era un Honda Accord: una pegatina en el parachoques decía: «MI OTRO VEHÍCULO ES UN COCHE DE BOMBEROS».

Cuando apreté el botón del ascensor, el conserje me dijo:

—Si sube a buscar el tequila, lo tengo aquí mismo, señor Murphy. Lo han traído esta tarde. —Golpeó con el pie la caja de cartón que había a sus pies.

—Creí que lo habría metido usted en el maletero —le dije. Los residentes le pagaban diez dólares extras al mes con la esperanza de que se mostrara servicial. Algunos le daban más. Aquel tipo estaba haciendo una fortuna a costa nuestra.

—Ah, la espalda me la está jugando otra vez, señor Murphy —dijo—. El médico me ha dicho que debo tener cuidado de no levantar pesos y esa clase de trabajos.

Lo dijo lenta y cuidadosamente mientras los dos me veían luchando bajo el peso de una docena de botellas de tequila.

Ese brebaje mejicano pesaba realmente; ¿qué le ponen a ese veneno?

Le hice sitio en el maletero y luego me incorporé y recuperé el aliento.

—A lo mejor le convendría a usted pedir un empleo en el departamento de bomberos —le indiqué—. Allí podría lomarse las cosas con calma.

Cara de Rata me echó una mirada furibunda. Levanté la caja, la metí en el maletero, bajé la tapa y miré cómo se cerraba automáticamente. Me encantaba aquel viejo *Caddie*; formaba parte de mí. El problema era que el anciano caballero perdía aceite y dejaba un charco dondequiera que yo parase, y tal como estaban las cosas de momento no tenía tiempo de llevarlo al taller.

—Y ésa es la plaza de aparcamiento para minusválidos —me gritó Cara de Rata.

Hice como que no le oía.

## CAPÍTULO 2

Menuda juerga resultó ser la fiesta en honor de Petrovitch. La muchachita que llevó a cabo los preparativos para la fiesta de la Petrovitch Enterprises International era una organizadora profesional. Yo no sabía que existieran oficios así, ni siquiera en Los Ángeles. Se le había ocurrido alquilar el Pozo de las Serpientes para toda la noche, y eso cuesta mucho dinero. Alternando con los Portable PC's, el grupo musical que aquella semana tenía un disco en el número tres, había una orquesta que tocaba esa música hawaiana tan sensibilera. Las camareras iban vestidas con faldas de hierba, guirnalda de flores y sujetadores de color carne, y una de las paredes estaba casi cubierta de orquídeas que habían traído en avión desde Hawai especialmente para la ocasión. Había docenas de palmeras en miniatura en enormes macetas decorativas de cerámica de Faenza. El techo estaba escondido por cientos de globos de colores; de cada uno colgaba una cuerda dorada o plateada cuyo extremo aguantaba una flor de orquídea, formando entre todas un reverberante techo de orquídeas justo por encima de la altura de nuestras cabezas.

El lugar estaba lleno hasta los topes. Tuve problemas para aparcar mi *Caddie*. No puedo meter ese viejo carro de combate en los espacios que pintan para esos terribles utilitarios importados tan pequeños. Así que lo dejé en un espacio que decía «RESERVADO PARA SEGURIDAD» y escribí «Señor Petrovitch» en un papel que dejé colocado detrás del parabrisas. No quería que mi nuevo jefe se pusiese a gritar pidiendo su dosis de tequila de marca especial y que me echaran a mí la culpa de semejante privación. Saqué la caja a pulso del coche, me la eché al hombro y comencé a andar tambaleante por el aparcamiento del garaje subterráneo hacia el lugar donde estaba situada la entrada. Allí había tal aglomeración de gente que algunos invitados estaban hablando, bebiendo y bailando justo allí fuera, encima del suelo de cemento. Danzaban sobre la alfombra roja y pisoteaban las flores con las que habían sembrado el suelo, de manera que tuve que abrirme paso entre ellos a empujones para poder entrar en el recinto. Le di la caja de tequila al

barman, pedí un *whisky* con hielo y soda y me puse a circular por allí. Lo único que necesitaba aquella gente era más alcohol. La mayoría de ellos parecían estar como cubas. Me daba miedo encender una cerilla, no fuera a ser que el aire hiciera explosión.

—¡Mickey Murphy! Había visto que estabas en la lista de invitados.

Aquella voz profunda, perezosa y resonante procedía de un corpulento individuo llamado Goldie Amez, que estaba contemplando dos monitores de vídeo enfocados sobre el vestíbulo para observar a los invitados a medida que llegaban.

—¿Qué hemos sintonizado? ¿Los estilos de vida de los ricos y famosos?

—Casi —respondió al tiempo que apartaba los ojos de la pantalla para examinarme detenidamente.

Cuando conocí a Goldie éste era muy delgado; trabajaba de especialista de películas. Solíamos hacer ejercicio juntos en el Gold's Gym, cuando sólo había un Gold's Gym, el que estaba en la calle Segunda, en Santa Mónica. De ahí le venía el apodo a Goldie. El trabajo de especialista fue escaseando al mismo tiempo que él comenzaba a luchar con la báscula, y la última vez que lo había visto se dedicaba al negocio de pagar fianzas a los detenidos; pesaba 115 kilos y tenía fama de tratar con dureza a los fugitivos que detenía. Daba la impresión de que hubiera ido a menos; donde antes tenía músculos, ahora había grasa, y lucía unos círculos oscuros alrededor de los ojos. Posiblemente no lo habría reconocido de no haber sido por aquella cabeza llena de pelo castaño y ondulado. Conservaba el pelo. ¿O era un bisoñé? Con aquella kiz no habría podido decirlo.

—¿Qué haces ahora, Goldie?

—¿No lo sabes?

—No, no lo sé. ¿Crees que te lo preguntaría si ya lo supiera?

—Ése es mi Mickey —dijo él—. Le dices buenos días y sales lisiado en un disturbio.

—Corta el rollo, Goldie.

—Hago de músculo para el señor Petrovitch.

—¿Qué haces de qué?

—No seas así. Podrías necesitar un compinche que te eche un capote con el hombre que está en la cima.

—¿De músculo?

Me di cuenta de que no todo era grasa; el bulto que le sobresalía debajo de la axila tenía los bordes cuadrados.

—Dirijo un equipo de veinte hombres.

—¿Necesita Petrovitch veinte guardaespaldas?

—Yo no soy guardaespaldas. Tengo a otros tipos que hacen el trabajo de rutina. Soy el jefe de seguridad de Petrovitch Enterprises International. Y soy responsable de los vicepresidentes y de todo lo que se encuentra en la zona continental de los Estados Unidos. Es un buen empleo.

Me dio una tarjeta profesional. La miré y me la metí en el bolsillo.

—¿Es por eso por lo que estás bebiendo Pepsi?

—El señor Petrovitch toma enérgicas medidas contra el personal que bebe estando de servicio. Ya te lo dirá él.

—Quizá me resulte un poco difícil adaptarme a esas condiciones — comenté.

—No, después de haber hablado con el señor Petrovitch no lo encontrarás difícil. —Goldie dio un sorbo de su bebida de cola y me miró de arriba abajo—. Es el precio que hay que pagar. Cuando se hace cargo de una compañía la despoja de toda la grasa que le sobra y la convierte en una máquina para conseguir ganancias magras y pulcras.

Goldie me miró y se relamió de gusto mientras decía aquello. Sonaba como algo que hubiera leído en un prospecto, y a mí no me gustó. ¿Y qué clase de máquina de ganancias magras y pulcras era Goldie?

—¿Puedes prestarme tu teléfono, Goldie? —le pregunté al tiempo que miraba el teléfono portátil que llevaba prendido en el cinturón—. Tengo que localizar a mi socio de Phoenix. Llamaré a cobro revertido.

—¿No tienes teléfono en el coche? —quiso saber Goldie.

—¿Estás loco? Conduzco un precioso *Caddie* del cincuenta y nueve con el interior y la pintura originales. No quiero que un tipo vaya haciendo agujeros en él y sujetando con pernos teléfonos y baterías en la carrocería.

—Arriba hay un teléfono —dijo Goldie—. Ven conmigo, de lo contrario mis guardas de seguridad no te dejarán pasar.

Goldie me condujo hasta una pequeña oficina desordenada en la que había un fax, procesadores de textos y un tablón de anuncios donde se exhibían media docena de cheques sin cobrar, un cupón de *Pizza Hut* de «Compre una y le regalamos otra» y una fotografía firmada de Arnold Schwarzenegger. Se quedó remoloneando en el pasillo unos instantes. Creí que se estaba comportando con discreción y que me dejaba un poco de intimidad, pero debí comprender que no era así. Entró con todas las de la ley.

—Haz la llamada y salgamos de aquí.

Parecía desaprobarme que tuviera ocasión de echarle un vistazo a aquel lugar, pero si yo lo hacía era sólo debido a mi curiosidad natural.

Me senté detrás del escritorio, descolgué el teléfono y cuando estaba a punto de empezar a apretar las teclas me fijé en que había un cable de más que salía del teléfono y entraba por un agujero recién hecho en el sobre del escritorio, un agujero marcado por un rastro de serrín.

—Goldie —le dije—, ¿tenéis un aparato para detectar interferencias en este teléfono o algo así? ¿Qué es este tráfico de cables? ¿Estás pinchando las llamadas de alguien?

—¡No toques ese botón! —ladró él poniendo en evidencia una alarma que contrastaba bruscamente con su anterior talante lúgubre—. Quédate donde estás. Pon el teléfono sobre la mesa y déjame que yo dé la vuelta y me acerque.

Me agarró por el hombro al tiempo que me ponía en pie. Luego cogió las tijeras del escritorio y cortó todos los cables que iban a parar al teléfono.

—¿Qué ocurre?

—¡Dios mío! —exclamó Goldie hablando consigo mismo, como si no me hubiera oído—. ¡Los muy hijos de puta!

—¿Es una bomba?

—Puedes apostar a que sí —dijo Goldie. Fue siguiendo con la mano los cables que atravesaban el escritorio y se arrodilló debajo del mismo, en el suelo. Yo también me agaché para verlo mejor. Dio varios golpecitos suaves en un paquete de papel marrón que alguien había fijado en la parte interior del escritorio—. ¿Ves eso? Ahí hay suficiente plástico para convertimos a los dos en hamburguesas —dijo. Con mucho cuidado comenzó a despegar la cinta adhesiva de la madera y dejó al descubierto los detonadores. Parecía que ya hubiera hecho ese tipo de cosas antes—. A lo mejor lo han montado para que se cierre el circuito al apretar las teclas, o puede que sea una de esas bombas traicioneras que hacen detonación en el momento de recibir una llamada.

—¿Qué es todo esto, Goldie?

—Reza unas oraciones extra cuando vayas a misa mañana por la mañana —me dijo Goldie. Seguía debajo del escritorio, hurgando en la bomba—. Vuelve abajo y ponte a circular. Puedo encargarme de esto yo solo.

—¿Seguro que no necesitas a la brigada antiexplosivos?

El rostro malhumorado de Goldie apareció por encima del escritorio.

—No digas ni una palabra de esto a nadie, Mickey. Si una historia así sale en los periódicos las acciones bajarán de lo lindo, y yo lo pagaré con mi empleo.

—Lo que tú digas.

Decidí dejar la llamada que quería hacer a Phoenix para otro rato y volví a la fiesta a buscar otra copa. Comprendía por qué a Goldie lo ponía tan nervioso lo de la publicidad. La multitud de periodistas presentes era bastante evidente. A algunos de ellos los reconocí, incluidos dos presentadores de la televisión local: el tipo del bigote pulido que lleva el programa matinal y la muchachita de peinado complicado que sustituye al hombre del tiempo en la franja local del noticiario de la red de emisoras. Estaban de pie cerca de las cámaras, con servilletas de papel metidas en el cuello a modo de golos y la cara empastada de maquillaje.

A quien yo estaba buscando con la mirada era a la señora Petrovitch. Cuando la conocí estábamos los dos en el instituto de secundaria Alhambra, peleándonos con las matemáticas del último curso y preparándonos para la universidad. Los amigos del instituto son especiales, ¿verdad? Más especiales que ninguna otra clase de amigos. En aquella época ella se llamaba Ingrid Ibsen. Yo estaba enamorado de ella, en realidad la mitad de los chicos lo estaban, pero yo salía con Ingrid aprovechando que vivía cerca de mí y siempre podía acompañarla a casa, y que su padre conocía a mi padre y le llevaba las cuentas.

Vivía a sólo una manzana de mí en Grenada. Bajábamos juntos por la calle Mayor, nos comprábamos bebidas de cola y patatas fritas y me inventaba algo que comprar en la tienda de «Todo a cinco» sólo para hacerlo durar más.

En el último curso Ingrid era la protagonista de la obra de teatro y yo hacía un solo de claqué en la producción del instituto *The Music Man*. Recuerdo perfectamente aquella última noche: bailé realmente bien. Era mi último día de instituto. La noche estaba clara y llena de estrellas, y había una luna llena que permitía ver las montañas de San Gabriel. Papá me prestó el Buick nuevo. Habíamos aparcado a la puerta de la casa de Ingrid. Yo había obtenido mi beca y una plaza en la Universidad del Sur de California. Le dije que en cuanto me graduara volvería y me casaría con ella. Ingrid se echó a reír y me dijo:

—No hagas promesas.

Y me puso un dedo en los labios. Siempre recordaré la manera en que dijo aquello: «No hagas promesas».

Ingrid pasó sólo un trimestre en la facultad. Era más lista que yo en la mayoría de las asignaturas, y hubiera podido sacarse una licenciatura en Letras con gran facilidad, pero entonces su familia hizo las maletas y se mudó a Chicago, y ella también se fue. Nunca me enteré bien de toda aquella

historia, pero la noche que me dijo que se marchaba estuvimos paseando por el barrio y no volví a casa a acostarme hasta que ya se estaba haciendo de día. Luego tuve una pelea con mi familia, por lo que al día siguiente me fui como una tromba y me alisté en el Cuerpo de Infantería de Marina. De forma infantil, me imaginaba que tendría que acabar yendo al Vietnam y que era mejor acabar con aquel asunto cuanto antes. Ahora he aprendido a poner las cosas malas debajo del montón y a confiar en que nunca salgan a flote. Aquello fue una locura, porque yo estaba deseando ir a la universidad y casi nunca tenía peleas con mi familia. Y además, ¿de qué sirve alistarse en el ejército para resolver algún problema? Sólo te causa un millón de problemas nuevos y terribles que hay que sumar a los que ya tenías.

La siguiente vez que tuve noticias de Ingrid fue cuando su fotografía apareció en el periódico. Budd Byron, que nos conocía a los dos del Alhambra, me envió el artículo recortado de un periódico de una pequeña ciudad. En él había una fotografía de la boda de Ingrid. Aquél era su primer marido, cualquier imbécil de quién sabe dónde, y sucedía mucho antes de que ella se casase con Zachary Petrovitch. Decía que se habían conocido en clase de baile *country*. ¡Lo que faltaba! Guardé el recorte en el billetero durante meses. Iban a ir a Cape Cod de luna de miel, decía. ¿Se imaginan ustedes algo más cursi? Cada vez que miraba aquella fotografía hacía que tuviera lástima de mí mismo.

Poco después de conocer a Betty quemé ceremoniosamente aquel recorte. Mientras las cenizas se enroscaban y brillaban entre las llamas me sentí liberado. Al día siguiente me acerqué a Satum and Sun, la farmacia de medicina alter nativa donde trabajaba Betty, y le pedí que se casara conmigo. Como inútil ejercicio de autocastigo, aquello, con toda seguridad, superó al alistamiento en el Cuerpo de Infantería de Marina.

Más tarde, en los años ochenta, volví a saber de Ingrid cuando ella, sin más, se casó con Petrovitch. Yo conocía a la familia Petrovitch de oídas; incluso había coincidido con Zach Petrovitch en algunas ocasiones. Su padre había hecho dinero con concesiones de Honda en el noroeste, se había metido en ello cuando regalaban las concesiones, una época en que todo el mundo decía que los japoneses quizá supieran hacer transistores baratos, incluso motos. Pero ¿coches?

La primera vez que vi a Petrovitch hijo estaba con su padre, que era invitado de honor en una cena de caridad para huérfanos irlandeses de Nueva York. Supongo que eso fue antes de que él conociera a Ingrid. Al final de la velada unos cuantos, incluido Zach, nos fuimos a un bar del Village. La

música era estupenda, y todos dimos cuenta de una buena cantidad de *whisky* irlandés. Petrovitch se desmayó en el retrete y tuvimos grandes dificultades para llevarlo al hotel Stanhope, donde se alojaba. A los taxistas no les gusta detenerse para un grupo de hombres que acarrean un «cadáver»; y los que se deciden a hacerlo discuten. Me metí en una pelea a puñetazos con un taxista de County Cork; no fue nada grave, sólo un altercado amistoso con un conductor con exceso de peso que quería estirar las piernas. Cuando le dije que veníamos de la fiesta de caridad del orfanato irlandés, nos llevó al hotel y no quiso cobramos. Lo más disparatado fue que cuando Petrovitch volvió en sí alguien le dijo que yo había obligado con mano dura al taxista a llevarlo al hotel aquella noche. Supongo que a Petrovitch le pareció que me debía algo. Nunca le di ninguna explicación.

Me acerqué a la barra para echarle a Ingrid un furtivo vistazo. Estaba de pie junto a su marido, al final de la alfombra roja, dando la bienvenida a los invitados a medida que éstos iban llegando. La estuve observando entre las hojas de una palmera, asegurándome de que ella no me viera. Estaba tan guapa como siempre. Seguía teniendo el cabello muy rubio, casi blanco, pero ahora lo llevaba más corto. Lucía un vestido largo de muaré negro con bordados negros en el cuerpo y alrededor del dobladillo de la falda. Lo acompañaba con un collar de oro y un pequeño, aunque muy caro, reloj de pulsera. La estuve mirando atentamente mientras se reía con un ávido grupo de *yuppies* de traje planchado que le estaban estrechando la zarpa al marido. El hecho de verla reír revivió todos los terribles pesares de haberla perdido. Me trajo de nuevo el recuerdo de aquella noche en que estuvimos sentados en el Buick, cuando la idea de que nos casaríamos era algo que yo no tenía que prometer. Habría vendido mi alma por oír aquella risa cada día. Así que pueden ustedes comprender por qué no me acerqué a saludarlos. No quería estar hombro con hombro con aquellos memos cuando hablase con ella. Era mejor verla de lejos y repasar mis recuerdos.

—Hola, Mickey. Pensé que te encontraría por aquí —chirrió la clase de acento británico que suena igual que cuando se araña un encerado.

Me di la vuelta y me encontré con un pequeño abogado británico llamado Victor Crichton. Tiene unos cuarenta años y ese aspecto culto que es inherente a tener una empresa que te paga todos los gastos. El traje era perfecto, y Victor tenía el rostro bronceado y el cabello ondulado y lo suficientemente largo como para ocultarle la parte superior de las orejas.

—Oh, eres tú —le dije en mi acostumbrado estilo suave y sofisticado.

El jefe de Vic Crichton era *sir* Jeremy Westbridge, el diente que me estaba produciendo úlceras. Sus asuntos estaban en tan desesperado desorden que yo apenas podía soportar abrir la correspondencia por la mañana.

—¿Te has llevado un sobresalto, viejo? Lo siento muchísimo. —Me había cogido con la guardia baja; supongo que parecía sobresaltado. Vic me dirigió una sonrisa y luego cogió del brazo a la mujer que se encontraba a su lado—. Ésta es Dorothy, la luz de mi vida, la mujer que tiene la llave de mis expedientes confidenciales. —Dejó escapar un suave hipido—. Hablando en sentido figurado.

—Está bien, Victor —dije—. ¿Qué hay, Dorothy? Sólo estaba paseando un poco.

—¡Caray! ¡No me permitas interrumpir algo así! —Le hizo un guiño a la mujer con la que estaba y añadió—: Mickey es el abogado de *sir* Jeremy en la Costa Oeste.

—Encantada —dijo ella. Por lo visto la esposa de Vic también era británica.

—Suenan muy bien tal como tú lo dices, Vic. Pero tenemos que hablar.

Yo tenía la esperanza de hacer que Vic cayera en la cuenta del peligro en el que se encontraba. No era sólo cuestión de perspicacia profesional, iban a verse afrontando acusaciones de fraude y sabe Dios qué más.

—Es verdaderamente un cómico caricato irlandés —le explicó Vic a la mujer—, pero hay que ser realmente un buen cómico para lograr sorprender a otro cómico en esta parte del mundo. ¿No es cierto, Mickey?

—Tengo que hablar contigo, Vic —le dije tranquilamente—. ¿Está aquí *sir* Jeremy? Tenemos que hacer algo urgentemente.

No reaccionó ante aquella advertencia.

—Siempre juntos. Dean Martin y Jerry Lewis, Lennon y McCartney, Vic Crichton y *sir* Jeremy. Parejas.

—Todos se separaron —observé.

—Me preguntaba si lo habrías captado —dijo Vic—. Separados o muertos. Pero nosotros no; por lo menos todavía no. Compruébalo por ti mismo. —Hizo un gesto con la mano en dirección al bar, donde divisé al enjuto y malhumorado *sir* Jeremy. Era una figura que nunca pasaba inadvertida: muy alto, bastante más de un metro ochenta, tenía el pelo blanco y la cara muy picada de viruela. Estaba enfrascado en una seria conversación con un famoso personaje local, alguien llamado reverendo doctor Rainbow Stojil, un bienhechor de vagos, entrometido y amante de hacerse publicidad, a quien le gustaba dejarse ver por televisión y en fiestas como aquélla. Supuse

que Stojil estaba intentando sacarle un donativo a *sir* Jeremy. Stojil era famoso por sus actividades para recoger dinero—. No se te ocurra interrumpirles —me aconsejó Vic.

—¿Por qué no? —le pregunté—. Hemos de celebrar una reunión. —Vic no respondió. Estaba borracho. En realidad yo no esperaba una respuesta sensata. Vic y su amo hacían buena pareja. Eran tan delincuentes como se podía ser sin llevar pasamontañas y escopetas recortadas. Se llamaban a sí mismos promotores inmobiliarios. Sus cementerios se convertían en campos de golf; los campos de golf se convertían en centros de ocio, y los centros de ocio pasaban a ser centros comerciales y despachos. Al principio se habían movido despacio y dentro de la legalidad, pero el éxito pareció afectarles el cerebro, porque en los últimos tiempos sencillamente no les importaba qué leyes infringían con tal de que el dinero en metálico siguiera entrando a raudales—. Mira —le dije—, se acabó el juego con toda esta mierda. Sé de buena tinta que la investigación ya ha empezado. Es sólo cuestión de tiempo que arresten a *sir* Jeremy. No puedo detenerlos eternamente.

—¿Cuánto tiempo puedes detenerlos, muchacho?

No me estaba tomando en serio.

—No lo sé. No mucho. Una, dos, tres semanas..., es difícil de decir.

Me empujó poniéndome un dedo en el pecho.

—Pongamos tres semanas, amiguito.

Y se echó a reír.

—Mira, Víctor. O nos sentamos a hablar y trazamos algún plan que yo pueda ofrecerles...

—¿O qué? —preguntó en tono amenazador.

Respiré hondo.

—O ya podéis buscaros otro abogado.

Parpadeó.

—Venga, Mickey, venga. Cálmate.

—Hablo en serio. Buscad a algún tipo nuevo al que le guste pelearse con los federales y con todo ese montón de gente a la que habéis contrariado. Un abogado que sea especialista en procesos.

—Si eso es lo que piensas, muchacho...

Y me tocó en el hombro con esa clase de confianza con que los domadores le dan palmaditas a las fieras.

Quizá Victor pensase que iba a retractarme, pero se equivocaba de medio a medio. Una vez que hube tomado aquella decisión me sentí muchísimo mejor.

—Reuniré todos los papeles y documentos. Ya me dirás a quién se los paso. ¿Cuánto tiempo vas a quedarte en la ciudad?

—No mucho. —Levantó el champán y lo inspeccionó como si trabajase para la Dirección General de Fármacos y Alimentos—. Hemos venido a cerrar un trato con Petrovitch sobre una compañía conjunta que estamos formando en Perú. Luego salgo para solucionar una problemática discusioncilla con unos banqueros de Nassau, y el viernes vuelvo a Londres. La vuelta al mundo en ocho camas de hotel; es una actividad frenética, ¿verdad, Dot?

—¿Y *sir* Jeremy?

—Buena pregunta, viejo. Digamos simplemente que tiene una cita con el Destino. Está construyendo unas mortajas de tamaño extragrande para el viejo Nick.

Apoyó una mano en la pared para conservar el equilibrio. En cualquier momento se caería de bruces.

—¿A qué te refieres? —le pregunté mientras contemplaba su intento de recuperar el equilibrio.

—No te pases, viejo. —Me puso una mano encima del hombro y acercó la cabeza para hablarme al oído—. Conmigo no tienes que hacerte el inocente. Yo soy el que va a continuación.

—¿Qué vas adónde?

—Tú eres el que está organizándolo todo, ¿no? —Su humor amistoso iba cambiándose por irritación, tal como ocurre con los borrachos cuando se ponen incoherentes—. A vosotros, so maricones, os pagan para que lo arregléis.

Cerró los ojos como si se estuviera concentrando. Movié los labios, pero no llegó a pronunciar palabra alguna.

—Me parece que estamos aburriendo a tu esposa, Victor —dije al ver el modo tan llamativo como ella se daba golpecitos con la manita blanca en la boca abierta.

—Victor siempre se emborracha —dijo ella con aire filosófico. Tampoco parecía muy sobria. Había apurado el champán y a modo de experimento empujó la copa vacía dentro de una palmera y la dejó allí, entre las frondas, en milagroso equilibrio.

Victor no negó su estado de embriaguez.

—Borracho, jodido y apaleado —dijo sin que se le trabase la lengua—. Maravillosa ciudad, derroche de hospitalidad y champán de crianza. Muy raro, hoy día...

Continuó hablando, aunque cada vez más lentamente, arrastrando las palabras como un juguete mecánico al que hay que volver a darle cuerda.

—Será mejor que no conduzcas tú —le aconsejé. Por lo menos no la había llamado ciudad de oropel, como hacían algunos.

—Conducirá Dot —dijo Vic—. Está maravillosa sentada detrás del volante, ¿verdad, Dotty? A menos que podamos encontrar un motel. —Le dio un suave azote en el trasero, y ella enseñó los dientes en una sonrisa enojada. Vic se terminó el champán—. Me parece que necesito otra copa, pero esta vez una copa de verdad.

—Ya has bebido suficiente, Vic. Tenemos que marcharnos —dijo ella.

Lo cogió del brazo y Vic permitió que lo guiase entre la gente para marcharse.

—Cuando hay que marcharse, hay que marcharse. ¿Verdad, Mickey, encanto?

—Desde luego —dije—. Hasta otra, Victor. Adiós, Dot.

Se dio la vuelta y, con una mano puesta en las nalgas de la mujer, la condujo hacia la barra. Me pregunté si Vic sabría que Petrovitch había introducido un socio en mi bufete. Si no era así, aquél no parecía el momento apropiado para hablar de ello. Víctor, a modo de despedida, agitó en el aire una mano con los dedos extendidos. No miró hacia atrás. Al parecer sabía que yo estaría mirándolo mientras se marchaba, calculando cuánto iba a perder en honorarios el año siguiente. Oh, bueno, odio a los maleantes. Nunca debí hacerme abogado.

La fila de recepción continuaba, pero ya no entraba gente por la puerta. Aquélla era una celebración para empleados y asociados, y estos invitados procuraban no llegar tarde a una fiesta de Petrovitch si sabían lo que les convenía. Decidí echar una mirada más de cerca a Pedro el Grande, a quien alguien parecía tan ansioso por asesinar, y avancé poco a poco por la sala hacia el lugar donde se habían dispuesto los brillantes focos y las cámaras de televisión por si acaso Petrovitch se dignaba acercarse y contarle al silencioso público americano el secreto para ganar incalculables millones de dólares mientras uno es todavía lo bastante joven y guapo como para presentarse candidato a presidente. Vestía un esmoquin de seda azul marino y una camisa azul con volantes, una pajarita suelta y zapatos de charol con hebillas doradas. Tenía una pulsera de oro floja, muchos anillos de oro y un reloj de oro estrecho con una pulsera de oro también estrecha: más joyas que su esposa, en realidad. Era alto y bien formado, y no parecía que le hiciera falta Goldie ni ninguno de sus forzudos guardaespaldas para cuidar de sí mismo. Tenía el

rostro bronceado y despejado, casi como la piel de una mujer joven, y sus ojos eran azules y activos y se movían como si él estuviese esperando un ataque físico. Quizá Goldie le hubiese hablado de la bomba que había en el teléfono.

Cuando me acerqué al enjambre de personas que rodeaban a Petrovitch, el hombre que estaba a su lado, delgado y entrado en años, dijo:

—Y éste es el señor Murphy, del bufete de abogados del centro de la ciudad.

—¡Mickey! —exclamó Petrovitch—. ¡Cuánto tiempo! —Extendió la mano y estrechó la mía con firmeza, sacudiéndola a la vez que me sujetaba el codo con la otra mano. Era otro de esos apretones de manos propios de Hollywood, y con él me dedicó una sonrisa propia de Hollywood, y también esa muy, muy sincera mirada propia de Hollywood. Me pregunté si lo haría del mismo modo en Nueva York—. ¿Qué te cuentas, muchacho?

—Qué memoria tienes —le dije.

—¿Tú peleándote con el taxista para obligarle a llevarme al hotel? ¿Cómo podría olvidarte? —Esbozó otra gran sonrisa—. Me emborrachasteis hasta que me caí debajo de la mesa. Y eso no ocurre a menudo.

El delgado anciano también sonrió, accionados ambos hombres por la misma maquinaria.

—¡Quietos así!

Era un fotógrafo, que se había agachado para poder hacer desde abajo uno de esos disparos que hacen que los magnates parezcan esculturales.

—Tranquilo —me dijo Petrovitch señalando al fotógrafo—. Es de los nuestros.

Y con esa consoladora tranquilidad volvió a estrecharme la mano y la mantuvo quieta a fin de que no saliera borrosa en la fotografía, al tiempo que giraba la cara para dedicarle otra gran sonrisa a la cámara. Un fogonazo de la cámara captó aquel artificial momento para la historia.

—Murphy —oí que le decía el anciano al fotógrafo—, éste es Mickey, socio de negocios y viejo amigo del Cuerpo de Infantería de Marina.

El fotógrafo lo apuntó.

El enjuto anciano sonrió y una suave presión en la espalda me impulsó fuera del alcance del disparo fotográfico cuando otro asociado de negocios y viejo amigo del señor Petrovitch recibía el tratamiento del apretón de manos y la sonrisa.

Con la bendición aún tintineándome en los oídos, me alejé arrastrando los pies entre los apretones que provocaba la gente. Vi a Goldie montando

guardia a sólo unos pasos de distancia. Nuestras miradas se encontraron y sonrió. Aquel tipo se ganaba verdaderamente el sueldo, a juzgar por la naturalidad con que desactivaba bombas. Preguntándome con qué frecuencia les ocurrirían aquellas cosas, me acerqué a la barra y pedí otro *whisky*. «Viejo amigo del Cuerpo de Infantería de Marina». ¿De qué hablaba aquel tipo? Miré a mi alrededor. Aquello en realidad no era una fiesta, era una rueda de prensa con música y copas. Petrovitch daba la imagen de una estrella de cine bien parecida y con esa historia a sus espaldas de haber pasado de los harapos a la riqueza, historia que América adora. Aquella noche estaba demostrando de nuevo que sabía exactamente cómo convertir una diversión deducible de impuestos por valor de unos miles de dólares en un mensaje a sus accionistas que hacía que el precio de las acciones se pusiese por las nubes cuando el resto del mercado luchaba por mantenerse a flote.

—¿Le han dado su kit de prensa?

Una linda muchacha con leotardos a rayas intentó entregarme un abultado paquete mientras su compañera me ofrecía una copa de champán de color rosa.

Rechacé ambas cosas.

—Ya estoy bebiendo —dije al tiempo que levantaba la copa de *whisky*.

—Todo el mundo ha de tener champán —dijo la chica poniéndome casi a la fuerza la copa en la mano que me quedaba libre—. Es para brindar a la salud y prosperidad del señor Petrovitch.

—Oh, en ese caso... —dije.

La cogí, la levanté y la vertí en una maceta en la que crecían palmeras en miniatura.

Las chicas tragaron saliva, sonrieron y continuaron su camino. Vérselas con gente que no quisiera beber a la salud y prosperidad del señor Petrovitch era algo que no había formado parte de su programa de entrenamiento.

—Te he visto hacer eso, Mickey.

Levanté la vista; era Ingrid Petrovitch, Ibsen de soltera, que se encontraba de pie en la tribuna que había detrás de mí. Estaba arrebatadoramente bella, tal como yo la había visto en mis febriles sueños del instituto. Me miró con ceño disuasorio y agitó un dedo, igual que hiciera en aquellos días de antaño cuando yo detuve el coche de mi padre por la noche y le sugerí a Ingrid que nos fuésemos al asiento de atrás.

—Hola, Ingrid —la saludé.

Me sonó tonto y me sentí estúpido, tal como hacen algunas personas cuando se ven frente a alguien a quien aman demasiado. Yo siempre había

sido el mismo gilipollas cuando estaba con ella: nunca pude saber por qué.

—Hola, Mickey —dijo ella muy suavemente—. Es bonito pensar que algunas cosas nunca cambian.

Se dio la vuelta y siguió avanzando hacia el lugar donde se había formado una cola para conseguir una sonrisa de su marido.

—Ingrid...

Se detuvo.

—¿Sí, Mickey?

—Me alegro mucho de volver a verte.

Sonrió dulcemente y siguió avanzando. Supongo que estaba dándome a entender que yo había tenido mi oportunidad con ella y la había desaprovechado. Y eso había sido mucho tiempo atrás. Era de agradecer que no lo dijera con palabras.

## CAPÍTULO 3

Cuando regresaba en coche de la fiesta de Petrovitch llevaba la cabeza llena de preocupaciones. La autopista Ventura 101 va hacia el oeste en dirección a Woodland Hills, pero no llega lo bastante lejos ni es lo suficientemente rápida, porque cuando llegas allí se diría que no se ha salido de la ciudad. Cuando nos fuimos a vivir a Woodland Hills no era más que una aldea. A Betty le encantaba. Era un estilo de vida campestre, decía, un lugar estupendo para criar a los hijos. ¿Una aldea, he dicho? Ahora tiene todos esos bancos que le ponen trabas al usuario, comida rápida de plástico, altísimos hoteles internacionales con atrios y galerías comerciales cuyos suelos están hechos de mármol italiano, palmeras de interior y fuentes con luces de colores, por no hablar de los vagabundos que duermen en la calle en cajas de cartón.

Dicen que es una ciudad donde la gente se va temprano a la cama; pero entonces, ¿quiénes son todos esos tipos que van por la autopista 101 a las tantas de la madrugada? Porsches recién encerados, Mazdas abollados, camionetas Chevy, largos *Caddies* con cristales ahumados y antenas de televisión... ¿Quiénes son esos tipos? Díganme. Ese trayecto a mi casa me llevó casi una hora a paso de tortuga en medio de una viruela de luces rojas. Sintonicé las noticias en la radio del coche. Era una letanía de violencia: un cadáver en descomposición hallado en un armario en Newport Beach, un atraco en una tienda de licores de Koreatown, un tiroteo desde un coche en Ramparts y, por si eso no fuera suficiente, podías unirte al gentío que acudía en bandadas a Westwood a ver una película sobre un caníbal asesino en serie. ¿Es eso el mundo del espectáculo?

Cuando iba llegando a mi casa vi unos fogonazos de color azul que iluminaban los árboles. ¿Ah, ah? Había dos coches patrulla estacionados delante de la fachada. Uno de ellos todavía tenía la luz dando vueltas y las puertas abiertas.

Llevé el coche hasta allí y aparqué en la rampa de mi casa. Cuando me detuve y bajé el cristal de la ventanilla, un joven y nervioso policía salió de la oscuridad y se me acercó con una pistola en la mano.

—¿Reside usted aquí?

Era un muchacho delgado —recién salido de la Academia de Policía, si mucho no me equivoco— que se dejaba crecer un bigote ralo a fin de parecer lo bastante mayor como para poder pedir cerveza sin enseñar la documentación.

—Exacto, muchacho. ¿Te importa apuntar esa cosa hacia otro sitio?

—¿Es usted el señor Murphy?

Levantó la vista al tiempo que el otro coche arrancaba y se alejaba.

—Eso es.

Al mismo tiempo que yo decía esto llegó otro policía que salía jadeante de algún lugar situado detrás de mi casa. Era un tipo viejo y rollizo que llevaba la pistola en la mano. Tenía facciones orientales. No se ven muchos policías orientales, ¿no es cierto? Hispanos sí; y negros también. Pero ¿cuántos policías orientales se ven por ahí?

—¿Qué ocurre? —le pregunté. Me dirigí a la puerta y saqué las llaves.

—Había alguien curioseando por aquí —dijo el policía rollizo—. Un vecino dio el aviso a la policía. Vio a alguien merodeando en su jardín. ¿Quiere usted pasar y comprobar si ese tipo ha entrado en la casa?

—Confucio dice: «Policía con pistola ir primero» —le indiqué yo en broma.

Antes de que nadie pudiera ir a ningún sitio se oyó el sonido cercano del pestillo de una puerta y la luz del coche patrulla iluminó el umbral de mi vecino de al lado, Henry Klopstock. Había salido a mirar. Era profesor de inglés en la Universidad de California, en Los Ángeles. A su mujer le gustaba llamarlo profesor Klopstock.

—¿Todo va bien, señor Murphy?

Estaba inclinado entre los naranjos, y las parpadeantes luces le iluminaban la cara arrugada y el pelo aplastado hacia abajo. Cuando mi hijo salía con la hija de Klopstock, éste se deshacía en sonrisas y me decía: «Hola, Mickey». Luego rompieron las relaciones —ya se sabe cómo son los jóvenes y de pronto me da este tratamiento de «señor Murphy».

—Sí, desde luego. ¿No ha oído las sirenas? Ahora que me presento como candidato para alcalde siempre llevo escolta policial.

—Bueno, bueno. Siento haber preguntado —dijo.

Le vi intercambiar miradas con los ojos en blanco con el policía asiático. Entonces, ¿para qué hacer preguntas tontas?

Subí por el sendero, abrí con llave la puerta principal y esperé a que el policía gordo pasara a mi lado y entrase. Rex, mi terrier, se despertó de pronto

y vino de estampida desde la cocina gruñéndonos a los dos.

—Soy yo, Rex —le tranquilicé.

Rex se aplastó contra el suelo, dio la vuelta y me miró con resentimiento. El policía me miró a su vez, miró a Rex y luego pasó por encima de él para empujar la puerta de la cocina con la porra. La puerta se movió sólo un poco, pero un segundo empujón hizo que se abriera de par en par.

—Ojo con la pintura, amigo —le dije—. Intente actuar con un poco de delicadeza.

Allí no había nadie, sólo las pequeñas luces de seguridad que se encienden automáticamente cuando oscurece. El policía recorrió toda la casa, de habitación en habitación. Yo iba detrás de él. En realidad no era un registro y no lo hacía como en las películas; no era lo suficientemente ágil. Sabía que allí no había nadie y estaba decidido a hacer que me sintiera mal por obligarle a hacer aquello. Se limitó a recorrer despacio toda la casa, resollando, suspirando y dando golpecitos en los muebles con la porra. Terminó inspeccionando los objetos que tengo como decoración en las paredes. Carteles de Broadway y fotografías satinadas de cincuenta por sesenta de estrellas con dedicatoria. Mi padre me dejó su colección y yo la amplié. Se remonta en el tiempo hasta *Show Boat*. Perdona, papá: se remonta a Rose Mane. Es la mejor de todas. Mi padre consiguió fotografías firmadas de todos, desde Colé Porter hasta Ethel Merman.

El policía inspeccionó estas fotografías y carteles sin entusiasmo.

—Parece que nuestro intruso no ha entrado —dijo como si estuviera consolándome.

—¿Es ésa su opinión profesional? —le pregunté.

Después de estudiar detenidamente los títulos de mis libros, el nivel del *whisky*, la provisión de cereales y la gran fotografía en color de Danny que está en el mostrador donde desayuno, se volvió hacia mí, esbozó una sonrisa y se metió los pulgares en la canana de la pistola.

—Está bien. Puede usted apoyar la cabeza en la almohada esta noche y disfrutar de un sueño tranquilo.

—Usted debe de ser el poeta que escribe las galletas de la suerte —le dije. Sonrió.

—Sólo las entradas.

—¿Para el concierto de caridad de la policía? —quise saber—. ¿A quién tienen este año...?

—Sí, a la señorita Demeanor Washington y a Thelonious Monk —me interrumpió—. Esto está empezando a resultar una broma pesada, señor

Murphy.

Yo sabía que él sólo intentaba hacer que me sintiera mal por haberle obligado a entrar en primer lugar. Pero ¿para qué si no se le paga a la policía? No me interpreten mal; me caen bien los policías, pero no al final de un día durísimo, ¿vale? Y no cuando interpretan a Lennie Bemstein con la porra como si fuera la batuta.

—¿Vive usted solo en la casa, señor Murphy?

—Lo ha captado.

—Un sitio grande para una persona sola.

—No, tiene el tamaño justo. Escuche, sabio, he puesto esta mansión en venta cuatro veces seguidas con tres agentes de la propiedad inmobiliaria falsos que llevaban chaquetas cruzadas de diferentes colores. Tres veces creí haberla vendido y tres veces se deshizo el trato. ¿Qué más le apetece saber?

—Nada —dijo el policía—. Lo ha «explicacionado» usted todo muy bien.

Lo acompañé al exterior. «Explicacionado»: ¿qué clase de palabra era aquélla?

Nos encontrábamos de pie delante de la casa oliendo los naranjos, y a mí se me estaba ocurriendo que si me dedicaba a chincar demasiado a aquellos tipos, podrían someterme a la prueba de alcoholemia, de manera que de pronto me volví todo bondad: sonreí y les di las buenas noches y las gracias; y sin ningún tipo de aviso previo se oyó un ruido y una refriega cuando un ladrón bobo y memo salió de un salto de mi mejor buganvilla y echó a correr por el pasillo lateral que había junto a la casa.

Estaba muy oscuro. El policía rollizo no titubeó ni un segundo. Salió tras él, moviéndose con asombrosa rapidez para su edad, peso y longitud de piernas. Yo no veía ni un pimiento en la oscuridad, pero salí corriendo tras ellos lo mejor que pude; percibía con toda claridad el resonar de sus pies y luego se oyó el fuerte y fiero crujido de mi valla trasera al saltar por encima de ella primero el delincuente y luego el policía, los cuales se metieron en el jardín de mi vecino. Detrás de mí oí el sonido rasposo de unas voces en la radio de la policía: el segundo policía estaba llamando para pedir refuerzos. Luego cambió de opinión y dijo que se las estaban arreglando bien. ¿El qué sabía? Estaba en el coche con la calefacción encendida.

El fugitivo iba atravesando cómo podía los jardines trateros de las casas hacia la calle que se encontraba al otro lado de la manzana. Yo ya conocía el timo. Algún otro delincuente estaría llegando allí en coche para recogerlo. Los periódicos decían continuamente que éste se había convertido en un *modus operandi* muy popular entre estos artistas de forzar las puertas en las

casas de los barrios residenciales de las afueras. Los periódicos decían que los policías deberían estar contrarrestándolo con patrullas aleatorias y un mejor trabajo de inteligencia. Esos tipos de los periódicos lo saben todo, ¿verdad? A veces me pregunto por qué esos tipos y esas tías que escriben en los periódicos no se hacen cargo del mundo entero y lo convierten en algo impecable como ellos.

¡Bam! Ahora oí el ruido de alguien al chocar contra la elaborada instalación de la barbacoa de mi vecino. Choque, crujido y estruendo; allá van las parrillas y los hierros, la bombona de gas al golpear contra el suelo; y, finalmente, las delgadas bandejas hacen un ruido como el de un xilófono al caer.

—¡Owwwww... errrrrr!

Me quedé de pie con la esperanza de que aquello subrayase la caída del delincuente, pero el grito que oí tenía el timbre de tenor del policía rollizo.

—¡Cuidado! —grité con todas mis fuerzas.

Pero era demasiado tarde. Antes incluso de que yo llegase a la valla se oyó un poderoso salpicón y otro grito de angustia con un montón de gritos y gluglús.

El otro policía, el joven delgado, venía corriendo hacia mí con la pistola desenfundada. Miró hacia la valla.

—¿Qué ha pasado?

—Parece ser que su compañero se ha metido en la piscina de mi vecino.

—Será posible —dijo tranquilamente; y mirándome con cara de pocos amigos, añadió—: ¡So hijo de puta! ¿Le ha dejado hacer eso?

—A mí no me mire —le dije—. Eso es una piscina, y no una trampa. No la hemos excavado en secreto y luego la hemos cubierto con hojas y ramas.

—¿Te encuentras bien, Steve? —preguntó en dirección a la oscuridad. Yo podía oír a su compañero vadeando por el agua.

Se oyó el sonido de un hombre al saltar a tierra firme.

—El muy hijo de puta se ha escapado.

La voz medio ahogada del policía sonaba baja y sin aliento mientras se acercaba por el callejón y abría la puerta lateral de la valla de mi vecino. Los zapatos chapoteaban llenos de agua; estaba retorciendo la camisa para escurrirla. Más agua salió al apretar los pantalones mientras seguía soltando tacos sin parar. Se acercó mucho a mí, como si estuviera a punto de ponerse violento: olía mucho a los productos químicos de la piscina que impedían la formación de algas.

—Será mejor que entre usted a secarse —le dije.

A mi vecino no se le veía por ninguna parte y todas las luces de su casa estaban apagadas. El profesor Klopstock sabía verdaderamente cuándo esfumarse.

—¿Por qué no se muere? —repuso él.

Cualquiera habría pensado que con quien él tendría que estar enfadado era con mi vecino, pero el policía mojado estaba actuando como si yo le hubiera apagado las luces de la piscina y lo hubiera echado a ella tendiéndole una trampa.

—Volvemos a la comisaría —dijo el policía seco—. Dentro de treinta minutos estaremos fuera de servicio.

—Como gusten —dije yo.

Ahora que estábamos de pie a la tenue luz antimerodeadores de mi porche ví lo mojado que estaba aquel hombre. Estaba empapado hasta la cintura, pero los hombros sólo los tenía mojados parcialmente. Debía de haberse caído en la parte poco profunda, donde están flotando todos los juguetes y el caimán amarillo inflado, y debía de haber recuperado el equilibrio antes de llegar a sumergirse del todo.

—Tendría que ficharle a usted, listillo —me dijo el policía empapado.

¿Ficharme?

—¿Por qué?

—Por conducta escandalosa —repuso.

—La próxima vez que se dé usted un chapuzón a medianoche —le dije—, no cuente conmigo para hacerle el boca a boca.

—Y la próxima vez que le roben en casa, tírele una moneda de diez centavos a su decorador de interiores —me dijo él.

Supongo que estaba enfadado porque le había dicho que no me desconchara la pintura.

Ambos se metieron en el coche patrulla, el policía mojado moviéndose con mucho cuidado, y luego se marcharon. Una vez que se hubieron perdido en la noche entré en casa, me serví una copa, me hundí en el sofá y me quité de dos puntapiés los zapatos. Con un ventanal, ¿quién necesita televisión en esta ciudad? Miré a mi alrededor, debería esforzarme más por vender la casa. Quizá si le sacásemos a Petrovitch una oficina nueva yo podría alquilar un pequeño apartamento con servicio incluido en algún lugar cercano. Si encontrara un piso que quedase realmente cerca de mi trabajo, podría dejar el coche estacionado en el aparcamiento de la oficina. ¿Por qué no la había vendido hacía años? Yo sabía muy bien la respuesta. Aquélla era la casa donde yo había sido feliz. Allí había traído Betty a Danny del hospital, y todo

en la casa me recordaba aquellos días. Debajo de la mesa del comedor había dos cajas de cartón que contenían distintos adornos y alguna porcelana. Cuando Betty se marchó decidí mudarme de allí inmediatamente y empecé a embalar los objetos rompibles. Pero era una tarea desalentadora y pronto la abandoné. Ahora las cajas a medio llenar estaban allí, acumulando polvo debajo de una mesa de comedor que yo nunca utilizaba. Tenía que hacer algo con mi vida; estaba hecha un lío.

Había tenido un día realmente malo. Y entonces, para completarlo, el teléfono se levanta sobre las patas de atrás y se pone a sonar.

—¿Eres tú, Mickey? —preguntó una voz que reconocí.

—No, soy su criado. Le paso la comunicación al solárium.

—Soy Goldie —dijo—. Goldie Amez.

—Sí, ya sé qué Goldie eres —le indiqué—. No conozco a tanta gente que se llame Goldie como para equivocarme.

—Te marchaste sin que te viera.

—¿Sí? A veces suelo hacer eso, cuando las manos se arrastran hacia las horas de las brujas y me he tragado demasiados de esos palillitos afilados que clavan en las salchichas de Frankfurt de aperitivo.

—El señor Petrovitch quiere hablar contigo.

—Que se ponga.

Una risita educada.

—Mañana. A las nueve en punto de la mañana en el aeropuerto de Camarillo. Y trae todos los papeles concernientes al trato de Vic Crichton con el lord británico. Y los de las compañías británicas y todo eso.

—¿Camarillo?

—Es un trayecto corto por la autopista, Mickey. Y a esa hora del día tendrás el lado que va hacia el oeste para ti solo.

—Yo pensaba que un tipo tan rico tendría un hangar en el John Wayne o en Santa Mónica, algún lugar donde hubiera un restaurante de lujo.

—Tengo una noticia para ti. Los tipos que son así de ricos tienen un chef en el mismo avión que les cocina toda la comida sofisticada que son capaces de comerse.

—¿En el edificio principal? ¿Dónde lo encontraré?

—No hay edificio principal. Ya verás la limusina; es blanca y con los cristales ahumados. Asegúrate de traer los papeles cómo te he dicho.

—No sé si podré hacerlo. Esos papeles conciernen a un cliente. Hay implicaciones de confidencialidad en esto.

—Tú trae las carpetas.

—Ya te digo, Goldie. La confidencialidad entre cliente y abogado es una cuestión de secreto profesional.

—¿Te está entrando amnesia senil o algo así? Una de las compañías de Petrovitch posee ahora todas tus instalaciones. ¿Lo recuerdas, amigo?

—Legalmente eso no supone diferencia alguna. No se puede comprar un bufete de abogados. Lo único que ha pasado es que hemos cogido a un nuevo socio elegido por el señor Petrovitch. Y yo ni siquiera lo conozco todavía.

—Juégalo como quieras, Mickey. Siempre has sido un inconformista. Pero si yo estuviera en tu pellejo me presentaría mañana en el aeropuerto de Camarillo con la libreta debajo del brazo y el lápiz bien afilado.

—Tendré que pensarlo.

Ya lo estaba haciendo, y mis pensamientos eran más bien negativos. Aquel asunto se remontaba a mucho tiempo antes. Por ejemplo, las libretas: Denise las había llenado de aquella taquigrafía suya. ¿Quién sabe lo que cualquiera de nosotros podía haber dicho en alguna de aquellas frenéticas sesiones?

—Sí, piénsalo —me indicó Goldie—. Pero no se te ocurra hablar con Crichton, con lord Westbridge ni con nadie de mi gente. ¿Lo entiendes?

—¿Te ha dicho Petrovitch que incluyas esa cláusula en este vulgar ultimátum tuyo?

—No es un ultimátum. —Luego lo arregló—. Pero, sí. En realidad sí, Mickey, me lo ha dicho.

—Dile que se pierda por ahí —le recomendé.

—No voy a transmitirle ese mensaje. Tú estate allí mañana por la mañana, y si sigues pensando igual que ahora podrás decírselo a él en persona.

—De acuerdo.

Goldie se mostraba reacio a colgar; no estaba seguro de haberme amenazado lo suficiente.

—Mejor aún, ¿qué dices si nos vemos en Tommy's, en Ventura? ¿Todavía vas allí a desayunar?

—A veces.

—¿A las siete y media?

—De acuerdo —dije.

Supongo que Goldie quería disponer de tiempo suficiente para echarme a los perros detrás si no me presentaba.

—Consúltalo con la almohada, Mickey. Si quieres hablar conmigo a cualquier hora, el número ochocientos de la tarjeta que te di es el de mi teléfono portátil.

—Gracias.

Goldie era el único hombre que yo conocía que tenía su propio número ochocientos personal.

—Entrarás en razón —dijo Goldie.

Cuando hube tomado algunos sorbos más de mi *whisky* tuve una súbita inspiración. Entré en mi vestidor —en realidad es un armario en el que se puede entrar— y me dirigí al lugar en el que está oculta la caja fuerte detrás de un panel. Mi caja fuerte de acero, pesada y a prueba de incendios, estaba sana y salva, y bien cerrada. En ella no había nada que pudiera ser de valor para un ladrón. Estaban mis papeles del seguro, las escrituras de la casa y aproximadamente una docena de disquetes que copiaba del ordenador cada semana y me traía para guardarlos en lugar seguro. Pero ahora que la miraba de cerca, una inspección más detenida me reveló unas tenues rayas grises a lo largo del borde del panel de madera exterior. No se me ocurría cómo habían podido producirse aquellas marcas —no permito que la señora de la limpieza entre en el vestidor—, así que quizá el intruso hubiese entrado al fin y al cabo. Tal vez sólo estuviera empezando a manipular la combinación cuando la llamada de mi vecino a la policía lo había interrumpido. La clase de intruso que fuerza la entrada de una casa equipado con herramientas de relojero habría traído consigo un escáner de la policía para captar la llamada, y por ello habría salido antes de que llegase el coche patrulla. Puede que se hubiera quedado fuera muy quieto esperando que todo el mundo se marchase antes de que su compinche viniera a recogerlo. ¡Caramba!

Manipulé la combinación de la cerradura, abrí la puerta de la caja fuerte y miré el interior. El estómago me dio un vuelco. Inerte encima de un montón de papeles había una fea y marchita mano marrón, una mano cercenada. Di un salto hacia atrás como si fuera a morderme. Luego volví a mirar. Allí estaba, como una enorme tarántula dispuesta a atacar. Me dieron ganas de vomitar. ¡Una mano! Con un gesto inútil y tonto cerré la puerta de la caja fuerte y fui a buscar una linterna al garaje.

Ahora que la luz le daba encima pude ver que lo que había en el interior de la caja fuerte era un pesado guante protector de los que se utilizan en fábricas y almacenes. Tiré de los papeles hacia mí y los sostuve junto con el guante bajo la lámpara del techo para poder verlo mejor. Era un guante de piel, estropeado, ajado y emblanquecido por el uso, de un tipo que podía haber sido rescatado de un contenedor de basura industrial. Incluso ahora tardé un minuto o dos en atreverme a tocarlo. Parecía latir como si tuviera vida, pero luego me di cuenta de que lo que pasaba era que me temblaban las

manos. No había ningún mensaje con el guante, pero era justo la clase de broma que Goldie le gastaría a un tipo que en principio no entrase en razón.

Aquello estaba empezando a ser demasiado para mí. Abrí mi libreta y llamé por teléfono al Century Plaza, el hotel donde se alojaba Vic Crichton. Le pasaron la llamada a la *suite*, y contestaron de inmediato.

—Hola, ¿podría hablar con Vic? —dije.

—No está aquí. Soy la señora Crichton. ¿De qué se trata? —Soy Mickey, Dorothy. Hemos estado hablando esta noche, ¿te acuerdas? Sé que Victor estaba muy colocado, pero sácalo a rastras de la cama y pide café al servicio de habitaciones, cariño. Tenemos que hablar.

—No me llamo Dorothy. Ya le he dicho que soy la señora Crichton, acabo de llegar de Londres y estoy esperando a que mi marido regrese. ¿Quién es usted?

¡Mierda! Todas esas voces británicas me suenan igual, sobre todo después de un largo día en el despacho.

—Murphy. Soy el abogado de la Costa Oeste de *sir* Jeremy. Volveré a llamar cuando haya tenido usted tiempo de instalarse.

—¿Dice usted que ha visto a Víctor esta noche?

—No. Es decir, debió de ser otra persona. Se le parecía mucho, pero el club de salud está siempre abarrotado de gente y yo estaba en la piscina con el agua dorada metiéndoseme en los ojos.

—Había planeado darle una sorpresa —dijo la señora Crichton—. Pero aquí no hay ningún mensaje, y en el número que tengo de la oficina no contesta nadie.

Darle una sorpresa; ya lo creo que se la daría, y también le daría una sorpresa a la amiga de su marido si ambos volvían juntos al hotel.

—Estoy seguro de que aparecerá por ahí —dije—. ¿Hará el favor de decirle que telefonee a Murphy? Dígale que es cuestión de vida o muerte.

—¿De vida o muerte?

Estoy exagerando —admití enseguida—. Estamos en el sur de California; por aquí todo es un poco más grande que la vida. Y un poco más pequeño que la muerte.

—Se lo diré.

—Gracias, señora Crichton.

Colgué y luego empecé a preocuparme, pues temí que algún cabrón me hubiera pinchado el teléfono. Habría desenroscado el auricular y me hubiera puesto a buscar un micrófono como hacen en las películas, pero aquél era un teléfono japonés con el auricular de plástico soldado.

—¿Qué me aconsejas que haga con el papeleo, Rex? —le pregunté; pero Rex había desaparecido. Era un perro de los que siempre se acuestan temprano.

Yo también tenía ganas de acostarme, pero los expedientes de Westbridge, tres cajas llenas, estaban en el despacho, en la ciudad, a unos cuarenta kilómetros de distancia, y Camarillo quedaba a sesenta kilómetros en la otra dirección. ¿Por qué se me habría ocurrido coger aquel puñetero teléfono? ¿Por qué no habría dejado que Goldie le diera el mensaje al contestador automático?

Era preciso que tuviera algo para enseñarle a aquel cabrón de Petrovitch. Es decir, no me encontraba en situación de decirle que se muriera. Cuando el trato estuviera cerrado y yo hubiera cobrado mi cheque puede que las cosas fueran diferentes, pero no podía hacerlo en aquellos momentos. Goldie tenía razón; no importaba la letra pequeña. El hecho era que Petrovitch era mi amo y el amo de todo el equipo y de todo el rollo. Quizá el archivo escrito fuera secreto, pero todas aquellas hojas de papel en las que había algo mecanografiado o escrito le pertenecían. Así que, ¿qué hice yo? Me fui y volví a saltar a mi *Caddie*.

A las cuatro de la mañana estaba sentado en el despacho clasificando todo el material Westbridge con una gran máquina industrial de destruir papeles a mi lado. Daba miedo aquel lugar en el silencio de la noche. En la calle había unos desconocidos patrullando; se lo explico: busconas, camellos y chicos de bandas callejeras armados hasta los dientes y con las pupilas dilatadas. El conserje era inútil. Tiene un apartamento como parte del trato, pero no se mueve de allí. Podría haberme llevado el edificio entero sin que él bajase a ver adónde nos dirigíamos.

Puse a hervir un poco de agua y le robé un poco de café instantáneo a la señorita Huth; encontré dónde ocultaba las galletas con trocitos de chocolate. Luego repasé los papeles hoja por hoja. Hice tres piláis: una, no importan; dos, gran jurado para Vic Crichton; tres, problemas para Murphy. Y les digo que me aseguré bien de que el tercer montón quedase convertido por completo en tiras de papel, sacudidos y bien removidos. Mientras elegía todo aquel material vi articulitos indiscretos que habrían podido hacer que me expulsasen del colegio de abogados una docena de veces. No respiré a gusto hasta que quedaron sólo dos montones. Los problemas para Westbrige era silgo que yo podía soportar.

Luego embutí todo el papeleo totalmente inocuo en mi mejor cartera de documentos de piel de cerdo. Hecho esto salpiqué unas cuantas unidades de

las de problemas para Westbridge por encima de las demás sólo para que todo aquello pareciera más oficial, lo apreté bien y cerré el portafolios. Luego cogí el material Westbridge más delicado —una caja de agua Perrier llena de papeles al menos en sus tres cuartas partes—, lo puse en el maletero del coche y volví a casa con todo ello.

Lo coloqué en un estante del garaje junto a un montón de cajas de cartón que antes habían contenido el ordenador, el microondas, la cafetera y toda clase de cosas, porque si no se guardan las cajas de cartón las tiendas no arreglan los artículos que se estropeen. ¿Sabían ustedes eso? No los arreglan si no tienen caja.

El polvo y la tierra que desalojé de ese garaje me ensució lo bastante como para necesitar una buena ducha, larga y caliente. Cuando terminé de lavarme ya no me quedaba tiempo para dormir. Me puse una chaqueta deportiva y unos pantalones de pana para mostrarle a todos los implicados que aquello no formaba parte de mi jomada laboral normal y luego me fui por el bulevar Ventura hacia la cafetería de Tommy.

## CAPÍTULO 4

Imagínense a Goldie recordando nuestros desayunos en Tommy's. Es uno de esos restaurantes que abren al amanecer y cierran a primera hora de la tarde. Estacioné el coche en la parte de atrás. El sol salió arrastrándose de la oscuridad y comenzó a asomarse por encima de los tejados para reflejarse en mi bonito y viejo *Caddie*. Con su pintura original de color dorado resultaba algo espectacular. Me quedé de pie largo rato contemplándolo; me encanta ese coche. Hasta la radio era la que traía de origen. Habría quedado una foto en color pasmosa tal como estaba aquella mañana. Quizá debería comprarme una cámara.

Entré por la puerta trasera. El comedor estaba ya abarrotado de hombres que se dirigían al trabajo. Tipos musculosos con monos y camisa a cuadros de faena, hombres que arreglaban maquinarias, aparatos y utensilios; hablando con franqueza, héroes americanos como los hermanos de mi madre.

Goldie estaba ya allí, sentado cerca de la ventana, mirando cómo el cocinero partía los huevos y les daba la vuelta a las hamburguesas sobre la reluciente plancha de acero. Nos saludamos. Goldie parecía cansado. A juzgar por la ropa que llevaba y el tono azul del mentón, había estado levantado toda la noche. El olor a tocino me abrió el apetito; me volví loco y pedí salchichas, tocino, huevos fritos, tortitas con mantequilla y almíbar, tostadas, miel y café. Era como volver a estar con mi gente. El café estaba buenísimo, los huevos pasaban bien y es el único lugar de por allí que abre a las cinco y media de la mañana.

—Hola, señor Murphy —me saludó Cindy. Cogió el plato vacío de Goldie y le volvió a llenar la taza de café.

—¡Hola, Cindy, estás estupenda!

Hacía años que conocía a Cindy Lewis. Era una mujer trabajadora y sensata con dos hijas mayores. Su marido había sido un marine que murió en el Vietnam allá en los viejos tiempos. Cuando Danny era muy pequeño ella venía a menudo a hacer de canguro de mi hijo.

—Es el trabajo lo que me mantiene en forma —dijo sin dejar de mirarme mientras yo comía—. Eso les digo a los jóvenes, pero no hacen caso. A la gente se le ha olvidado lo que es trabajar. Mi vecino de al lado es un anciano caballero japonés que trabaja en Northrop. El pobre hombre ni siquiera puede salir al jardín que hay delante de su casa a regar las flores y las plantas sin que la gente piense que es el jardinero. No pueden creer que se arregle él mismo el jardín; están agobiándole continuamente con ofertas de trabajo.

Goldie asintió sobriamente. A mí me daba la impresión de que se iba a quedar dormido en cualquier momento.

—¿Habrás visto cosa igual? —dije.

Pero ni siquiera yo me lo creía. Los dos memos que me cuidaban a mí el jardín sabían lo mismo de jardinería que de física nuclear, y me cobraban un ojo de la cara y la mitad del otro. Se dejaban caer por allí diez minutos los viernes por la mañana para cortar el césped y ni siquiera se llevaban la hierba cortada y las hojas cuando se marchaban. Intenté recordar exactamente dónde vivía Cindy. La había llevado a su casa en el coche un millón de veces. El vecino de al lado, ¿verdad? Quiero decir: ¿cuánto podrían estar pagándole en Northrop?

—He estado esperando a que apareciera usted por aquí, señor Murphy; a ver si puede aclararme una apuesta que he hecho. Fue Frank Loesser el que escribió «Hermano, ¿tienes diez centavos de sobra?», ¿no? Lo estuve discutiendo con mi hermano pequeño; se cree que lo sabe todo. Respáldeme si es necesario, ¿quiere? Me he apostado diez dólares a que sí.

—Lástima. Has perdido tu dinero, Cindy. Letra de Yip Harburg, música de Jay Gomey.

No pareció demasiado desolada por haber perdido los diez pavos. Movié la cabeza con admiración.

—Debería ir a uno de esos concursos de televisión —le dijo a Goldie. Éste asintió. Cindy tenía un respeto exagerado por todo lo que percibía como educación.

Dragué mi memoria.

—Escrita para una obra llamada *Americana* a principios de los años treinta.

Cindy volvió a llenarme la taza de café.

—Yo no me acuerdo ni de una sola cosa últimamente —nos confesó con alegría—. Por ejemplo, siempre se me olvida decirle a usted lo de su coche, señor Murphy. —Se alejó para servirles café a los de la mesa de al lado y

luego volvió—. Aunque a lo mejor ya se lo ha dicho alguien. Ese viejo coche suyo va dejando un reguero de aceite por todas partes.

—Ya lo sé; no es nada —le dije.

—Me fijé cuando se fue usted de aquí la semana pasada. Había un gran charco de aceite.

—No es nada importante —repetí—. Probablemente una junta.

—¿Por qué no se compra usted un coche nuevo y bonito? Ahora que le han comprado el bufete y todo eso.

—¿Estás loca? —le dije—. Se trata de un coche de época muy valioso.

—Esos coches japoneses dan muy buen resultado. Mi nieto tiene uno verde brillante, con cuatro puertas, radio y todo lo demás. Es muy cómodo y muy de fiar. Y sólo paga noventa y nueve dólares al mes.

Goldie me estaba mirando con una estúpida sonrisa reflejada en el rostro.

—Y no me han comprado el bufete.

Es posible que lo dijera demasiado alto.

—No he querido decir nada.

Me sirvió café.

—Todo el mundo me va diciendo que soy rico, sólo que yo no me quedo con la pasta. Así que no vayas por ahí diciendo que he vendido nada.

Nos miró a Goldie y a mí y asintió. Pude adivinar lo que estaba pensando. Estaba pensando que yo iba a hacer millones de dólares y los iba a esconder en alguna parte.

—Creí que estaría bien decirle a usted lo del aceite —dijo; y se marchó.

—Es estúpida —le dije a Goldie—. Coches japoneses. No quiero oír hablar de coches japoneses.

—¿Lo has traído todo? —me preguntó Goldie.

—Lo he traído todo —dije. Goldie asintió.

Devoré el desayuno entero y hasta rebañé el plato con pan. ¿Sería señal de que estaba nervioso? Siempre como demasiado cuando estoy tenso. Ojalá fuera yo uno de esos tipos flacos que pasan de comer cuando tienen estrés, pero conmigo la cosa funciona justo al revés. De todos modos era un desayuno delicioso: cocinado exactamente como a mí me gusta.

Luego metí la mano en la cartera y saqué el guante que había encontrado en mi caja fuerte. Lo puse encima de la mesa. Goldie lo miró sin emoción.

—¿Es tuyo? —le pregunté.

—Podría ser. Tengo uno igual en casa.

—Hijo de perra.

—Ahora estamos en paz —dijo Goldie—. No juegues con mis teléfonos en el futuro.

Levantó aquellos pesados párpados suyos para mirarme.

—Yo no coloqué esa bomba, Goldie.

—¿Y fue casualidad que quisieras hacer una llamada y que te fijaras en el cable? ¿Es eso?

—Pues claro que es eso. Yo no puse esa bomba.

—Puede que no, pero creo que sabes quién lo hizo. Y le aseguraste de que la encontrásemos. Ya capto el mensaje, Mickey. ¿Habéis tramado algo Budd Byron y tú?

—¿Qué tiene que ver Budd con esto?

—Le prometiste que le conseguirías una pistola, ¿no te acuerdas?

—¡Esto es demasiado! ¿Has puesto micrófonos en mi oficina?

—Ya no es tu oficina. Ahora trabajas para nosotros.

Me puse en pie y dejé dinero sobre la mesa. Goldie estiró [la mano y me sujetó por el brazo.

—Ya somos mayores, Mickey. No estamos jugando al Monopoly, es la vida real. Pregúntatelo a ti mismo, amigo. Cuando las grandes empresas ponen encima de la mesa cientos de millones de dólares, no les detiene ningún tipo insignificante que lea en voz alta las instrucciones que vienen en la tapa de la caja. —Me miró—. Te aplastarán como a una chinche.

—Mantén a esos tipos tuyos lejos de mi casa —le dije. Me solté de él, cogí el guante y se lo tiré—. Vuelve a salir con una cosa semejante y te voy a dejar bien arreglado, y de un modo que no te va a gustar.

—Tuerce donde veas la torre de agua —comentó Goldie—. Es una limusina blanca con cristales ahumados; está aparcada cerca del hangar principal.

El aeropuerto de Camarillo es un antiguo campo militar con una pista de hormigón de dos mil metros de largo y cincuenta de ancho, y eso es más que suficiente para que pueda aterrizar el avión de Petrovitch aunque esté a los mandos el viejo Petey en persona recuperándose de una resaca. Yo ya conocía aquel campo. Durante años, cuando conducía por la carretera 101, le había echado una ojeada a la vieja Lockheed Constellation azul y blanca que marcaba el final de la pista.

Reconocí la rampa de salida de la autopista. Yo antes llevaba a Danny por ese camino a comprar fresas. A Danny le encantaban las fresas. Recuerdo la primera vez que vio los campos de fresas —campos que tenían varios kilómetros a todo lo largo del camino hacia las montañas—, apenas si podía

creer que todo aquello fuera de verdad. A Betty también le gustaban. Solíamos comprar fresas allí; y nos llevábamos un gran recipiente de helado y nos dábamos un banquete en el coche.

Giré al llegar a la torre de agua, pasé por los barracones que ahora son oficinas municipales y divisé el mayor de los coches blancos, una limusina del mismo tamaño que *Moby Dick*. Debían de haberle dicho al chófer que estuviera atento por si yo llegaba; me hizo señales con las luces. Estaba aparcado en el extremo más alejado, junto a un gran cartel que rezaba: «PROHIBIDO EL PASO A TODO VEHÍCULO NO AUTORIZADO». ¿En qué otro lugar iba a haberse puesto Petrovitch?

El chófer, un agresivo joven con una oreja hecha polvo, saltó de su asiento blandiendo en la mano lo que parecía una percha de alambre para chaquetas sujeta a un transistor. Era un detector de metales, y lo utilizó para descubrir un manojito de llaves y monedas por valor de tres dólares en mi bolsillo.

Por lo visto Petrovitch, una vez descartado que le atacara con un puñado de calderilla, estaba bien repantigado en el asiento de cuero auténtico; bebía café caliente y tenía cara de un millón de dólares. ¿Cómo consigue la gente estar así tan temprano por la mañana? Yo tenía un dolor de cabeza enloquecedor, los ojos rojos y el cabello despeinado.

—Hola, Mickey —me saludó.

A lo mejor les he hecho creer que Petrovitch era íntimo amigo mío. No es así. Era sólo una personalidad rica y llena de encanto que no hacía más que cruzarse en mi camino, el cual es una zona que no suelen permitirse frecuentar demasiadas personalidades con encanto. Lo había visto cien veces o más, pero siempre en el otro extremo de una habitación abarrotada de gente. Y cuando por fin me encontré teniendo realmente una conversación con él, necesitó un compinche que le dijera al oído quién era yo. Pero hoy no había allí ningún compinche: solamente el maestro en persona sentado en el asiento de atrás de su cochazo y vestido con una cazadora de cuero de piloto de la segunda guerra mundial, camisa de seda con el cuello abierto, botas con cremallera a un lado y pantalones Bedford planchados con pulcritud.

—Hola, Zach —le dije al tiempo que tomaba asiento a su lado—. ¿Qué te ronda por la cabeza?

—Alguien intentó matarme anoche.

Me miró con aquellos ojos fríos y grises. Recordé la advertencia de Goldie de que me aplastarían como a una chinche. Por muy civilizados que parecieran, los tipos como Petrovitch y Westbridge habían llegado a la cabeza de la fila pasando por encima de un montón de cuerpos inertes.

—Ya lo sé. Fui yo quien encontró la bomba.

Sin el menor parpadeo de emoción dijo:

—Goldie cree que tú tienes algo que ver.

—Goldie ha perdido el juicio —repuse.

—Te equivocas; Goldie es un buen hombre y además es muy eficiente.

—¿Cómo iba a ponerte en peligro una bomba en un despacho de la parte trasera? —le dije—. Tú no tenías planeado pasarte la velada allí sentado para ver si sonaba el teléfono, ¿verdad? Quien instale una chapuza letal como ésa lo único que lograría sería matar a alguno de tus compinches.

—Continúa —me dijo sin parecer excesivamente interesado—. Has conseguido captar mi atención. ¿Crees que la bomba no tiene nada que ver conmigo?

—Pregúntatelo a ti mismo. ¿Qué cliente o asociado tienes que sea tan importante como para que tú te molestes en subir de un brinco a contestar en persona la llamada? ¿Esperabas alguna llamada especial anoche?

—No. —Aguardó unos instantes y luego añadió—: ¿Este rompecabezas viene con solución o tengo que esperar a la próxima entrega?

—¿Quién salió de ello realmente bien parado?

—¿Qué quieres decir?

—El señor Supereficiente.

—¿Crees que es una especie de artimaña para hacer que Goldie resplandezca como el oro? —Se echó a reír. Todavía hablaba lentamente cuando dijo—: ¿Cómo me encantaría creer eso! Sin embargo, Goldie me ha dicho que la idea de subir al despacho fue tuya, no suya. Dice que llegaste y le preguntaste si podías utilizar el teléfono. ¿Lo he entendido mal?

Vaya. Me cogió en eso.

—Quería llamar a mi socio —dije.

Había estado a punto de colocar el veneno para Goldie y quejarme de que hubiera irrumpido en mi casa, pero ahora eso ya no me parecía tan buena táctica.

Se hizo un largo silencio; luego Petrovitch habló.

—Bueno, es muy amable de tu parte haber venido hasta aquí. —Tal como lo dijo parecía que yo hubiera insistido en hacerlo en contra de sus recomendaciones—. Estoy a punto de ultimar un trato con *sir* Westbridge y sé que tú lo conoces bien.

—*Sir* Jeremy —dije yo.

—¿Cómo es eso?

Abrió la puerta de un pequeño armario chapeado y señaló con el dedo. Empotrado en el espacio que quedaba entre los asientos delanteros había un bar con el frontal de espejo dotado de nevera y cafetera.

—No es *sir* Westbridge —le expliqué—. Es *sir* Jeremy. *Sir* es un título, por lo tanto va con el nombre de pila, no con el apellido.

—¿Ah, sí? ¿Café?

—Sí, por favor.

—Sírvelo tú mismo.

Se apoyó en el respaldo y me miró mientras yo maniobraba para coger una taza del pequeño estante sin volcar las copas y me servía café. Encontré un paquete con blanqueador de café no lácteo, eché un poco en el remolineante líquido negro y lo removí bien antes de dar un sorbo. Dios mío, era un mejunje asqueroso. Observé que había pequeñas islas de sucedáneo de leche en polvo que chocaban unas con otras y daban vueltas a una velocidad mareante. Me produjo ganas de vomitar. Volví a meter la taza en el pequeño armario. Los tipos ricos comen cualquier clase de inmundicia con tal de que sea cara; me di cuenta de ello cuando era camarero en el centro de la ciudad, cuando trabajaba para poder ir a la universidad.

—Bien, *sir* Jeremy acudió a mí diciendo que carecía de liquidez... ésa es la manera delicada que tienen esos aristócratas europeos de decir que están de mierda hasta el cuello. —Petrovitch sonrió ampliamente—. Estoy intentando hacer que la mierda en que está metido sea un poco más líquida.

—Ellos no confían en mí —observé.

—Ahora me dicen que el viejo está muerto. Pero yo creo que lo que sucede es que ha tenido que abandonar la ciudad a toda prisa. ¿Qué sabes tú de eso?

—Es la primera noticia que tengo.

—Puede que sean amigos tuyos —dijo Petrovitch—, pero esos tipos son delincuentes. ¿Sabías que Crichton lleva una pistola dondequiera que va? ¿Por qué iba a llevar un hombre de negocios una pistola si no es porque piensa utilizarla?

—No sé nada de ellos. No son amigos míos —le indiqué—. Son clientes.

—*Touché*, amigo —dijo él echándose a reír inexorablemente—. Bueno, puede que estemos de acuerdo, al fin y al cabo. Estoy metido en todas esas molestias necesarias para llegar a un trato con esa gente y pienso terminarlo, Pero no me caen bien y no me fío de ellos. Dime, ¿qué hay en esa condenada cartera de cuero que abrazas con tanta fuerza?

—Los papeles de Westbridge.

—Por Dios, Mickey. ¡No me enseñes eso! —Esbozó una risita irónica—. Tú tienes una relación profesional con ellos. Podrían meterte en prisión por eso.

—Goldie Amez me dijo que los trajera.

Petrovitch se echó a reír brevemente.

—Bueno, a veces hasta Goldie se pone demasiado entusiasta. Es un tipo leal, pero un gorila de corazón... No, guarda esa cartera de documentos.

De repente pensé que quizá pudiera convertir mi más bien apresurada decisión de despedir a Westbridge en responsabilidad de Petrovitch.

—¿Quieres que el bufete continúe llevando los asuntos legales de Westbridge?

—¿Por qué no?

—Conflicto de intereses. Además, creo que los están investigando. Podría salpicar a todo el mundo.

—¿Es por eso por lo que has traído la documentación?

—Y a te he dicho por qué la he traído.

Sonrió.

—No mezas la barca hasta que se haya cerrado el trato. Después pensaremos en ello.

Volví a dejar la cartera en la hermosa moqueta de la limusina. Qué sádico hijo de puta era Petrovitch. Sólo me había hecho llevar aquella maleta llena de documentos para que yo supiera que a la hora de la verdad era Petrovitch quién movía la batuta. Ahora habíamos dejado claro que él era el jefe. Yo era el estafador, pero él me salvaría el alma. Y ahora él sabía que en cualquier momento que hiciera restallar el látigo y sostuviera en alto el aro de fuego, Mickey Murphy echaría a correr y saltaría por el aro para él. ¡No olvidaré esto, hijo de puta!

—¿Qué sabes de las leyes de California y de las instituciones benéficas?

—Ni pizca —le dije. Lo miré. Estaba saboreando aquel café rancio como si se tratase de Château Margaux.

—Pero tú dejaste caer la botavara encima de dos estafadores que estaban ordeñando una institución caritativa falsa el año pasado. Te ganaste una admiradora en la oficina del fiscal. Ella me dijo que fue tu procedimiento de descubrimiento lo que los puso a la sombra por quince años.

Aquel tipo no sólo me estaba espiando, sino que alardeaba de ello. Me ponía micrófonos en el despacho, atracaba mi casa y me registraba la caja fuerte. ¿Cómo puede uno tener tratos con gente como aquélla?

—Tu informadora exageraba —dije—. Era una institución benéfica coreana sin importancia del centro de la ciudad, y mis socios realizaron la mayor parte de la preparación. Ellos hablaban el idioma y sacaron a la luz los papeles. Yo no habría tenido nada que ver en ello de no haber sido porque uno de mis socios, Charlie, resultó muerto en un accidente. Y mi otro socio, Billy Kim, estaba ocupado haciendo de albacea de Charlie, así que no me quedó más remedio que llevar el caso a juicio.

El ruido de un avión hizo imposible seguir con la conversación. Un C-130 Hércules pasaba por encima, un rugiente monstruo naranja y gris que estaba dando la vuelta para dirigirse a la cercana base aérea naval de Point Mugu. Aguardamos hasta que el ruido comenzó a disminuir.

—Necesito a alguien que sepa desenvolverse en el negocio de las obras benéficas —dijo Petrovitch—. Ingrid pertenece a un comité. No quiero que tenga enredos con la ley. ¿Estás libre este fin de semana? Estaremos en Aspen.

—Puedo estar libre, Zach, claro.

—Vic Crichton será nuestro invitado. Espero cogerlo de buen humor y llegar, *grosso modo*, a alguna clase de acuerdo.

Y tú puedes hablar con Ingrid.

Un hombre con un mono de trabajo se acercó al coche y anunció que el avión estaba listo para salir. Petrovitch le preguntó:

—¿Lo ha comprobado el ingeniero?

—Desde luego, señor Petrovitch. Está allí ahora, con el piloto. El aparato funciona con verdadera suavidad esta mañana.

—¿Eso es todo? —quise saber.

Petrovitch se inclinó mucho hacia mí, sacó una mano y se puso a acariciarme la corbata como si estuviera buscando el latido de mi corazón.

—Espero no haberme equivocado considerándote el señor Buen Chico —me dijo en un susurro ronco. Durante un momento se dejó ver el auténtico Petrovitch, y no fue una visión agradable—. Porque me odio a mí mismo cuando me equivoco al juzgar a las personas. Me pongo como loco y me las arreglo para que sucedan cosas de las que después me arrepiento.

Ahora sus ojos estaban inmóviles y fríos, sin ver, como si estuviera mirando a través de mí.

—Conozco esa sensación —dije al tiempo que apartaba de mí su mano.

Cuando empezó a salir del coche, el chófer saltó del asiento y casi arrancó la puerta de cuajo a causa del nerviosismo.

—Quédate ahí sentado y téminate el café —me indicó Petrovitch—. Y tómate algo más fuerte si te apetece.

—Ahora estoy reduciendo el consumo de café —repuse.

De café como éste, debería haber añadido. Estaba contando los minutos que faltaban para llegar a una farmacia y tomarme un Alka-Seltzer con hielo. Petrovitch se incorporó y miró algo en el horizonte. Vi un Tomcat de la Marina que volaba muy bajo; había aviones de combate con base en Point Mugu, y su circuito pasaba por el borde del campo de aviación de Camarillo. Éste concretamente pasó como un relámpago por detrás de los eucaliptos y desapareció; el estruendo se oyó poco después.

—Míralos cómo van —dijo Petrovitch con admiración—. ¡Qué no daría yo por cambiarme por uno de esos deportistas de la Marina!

—*Semper fidelis*.

—¿Eso qué es? Ah, sí, Semper Fi —dijo él.

Observé a Petrovitch mientras se dirigía hacia la pista agitando las manos en el aire sin dejar de gritarle a un ingeniero con camisa blanca que iba danzando alrededor de él todo el camino. Petrovitch era una personalidad inescrutable. Yo no comprendía las conexiones entre mente y cuerpo. Hablar de volar por cable... Yo creo que Petrovitch preferiría morir antes que permitir que alguien supiera lo que realmente pensaba. Puede que sea eso lo que el dinero en grandes cantidades produce en las personas, o lo que determina qué clase de personas son las que hacen mucho dinero. Me pregunté si Ingrid sería así ahora que formaba parte de la sociedad acaudalada. Contemplé a Petrovitch, que estaba de pie con los brazos en jarras mientras le sacaban el reactor del hangar. El avión era blanco, con una tira especial de pintura roja en la que se veía el letrero «PETROVITCH ENTERPRISES INTERNACIONAL» pintado a lo largo de la cola.

—Un aparato así cuesta una fortuna —dijo el chófer como si me estuviera leyendo el pensamiento.

—Seguro que supera en asientos a la clase turista de Aero México —dije yo.

—Tienen que estar seguros —explicó el chófer—. Desde el mes pasado todos están muy preocupados.

—Eso es —dije yo mientras me preguntaba por qué demonios había de estar preocupado un tipo guapo con una mujer preciosa al que el dinero le salía por las orejas.

Supongo que contaba con que yo le preguntase algo al respecto, porque antes de que yo tuviera tiempo de pensar en algún modo de ahondar más en el

asunto, continuó hablando.

—Fue una llave inglesa que encontraron en el motor. Una llave inglesa corriente y moliente, una de esas que hay en las cajas de herramientas, así que no hubo manera de saber a ciencia cierta si se trataba o no de un sabotaje. Pero desde entonces se monta guardia las veinticuatro horas del día y se revisa otra vez de punta a punta antes de cada despegue.

—Nunca se es demasiado cuidadoso —dije al tiempo que abría la puerta y tiraba en el asfalto el café que me quedaba—. Un tipo que se encuentra una llave inglesa en el compartimento del motor debería repasar la agenda de direcciones y ver si ha estado yendo a clase de baile con alguien a quien su familia no invitaba a las fiestas. —Metí la mano en la cajita recubierta de espejo y eché mano de una botella de Jack Daniels que había visto detrás de las licoreras—. Enemigos con clase, ¿sabe a qué me refiero? —Al levantar la botella y dar un trago rápido me encontré con la mirada del chófer en el retrovisor. Aquel fisgón hijo de puta me estaba observando—. ¿Cuál cree usted que puede ser la causa de que un coche pierda aceite por el cárter? —le pregunté mientras me limpiaba los labios y volvía a dejar la botella en el lugar correspondiente; luego cerré la puertecita del bar—. ¿Tiene fácil arreglo?

—¿Se le ha ocurrido buscar una llave inglesa? —me preguntó taimadamente.

Puñetero comediante.

Fue entonces cuando recordé algo acerca de la bomba. Yo le había pedido a Goldie que me dejase usar su teléfono celular. Subir a aquel despacho había sido idea suya.

Al volver a la ciudad desde el aeropuerto de Camarillo por la carretera 101, prácticamente hay que pasar por la puerta principal de mi casa en Woodland Hills. Pero yo no pasé. Después de una noche sin dormir necesitaba cerrar los ojos un poco. Me fui a casa. Después de llamar a la señorita Huth para decirle que tenía varias citas importantes cerca de Woodland Hills y que volvería a la oficina a primera hora de la tarde, corrí las cortinas, me desnudé y me metí en la cama.

Recuerdo haber oído llegar a los jardineros de los Kiopstock con toda su ruidosa maquinaria, pero no se demoraron mucho tiempo en hacer el trabajo. Aquellos tipos no eran horticultores con dedicación; en realidad no tenían nada de dedicación. No tardé mucho en estar profundamente dormido.

Me despertó el teléfono y la telefonista me preguntó si aceptaba una llamada a cobro revertido desde Phoenix.

—¿Mickey? Soy Billy. Billy Kim.

—Hola —dije aún somnoliento—. ¿Cómo me has encontrado?

—Magda me ha dicho que le parecía que estarías en casa durmiendo una resaca.

—¿La señorita Huth te ha dicho eso?

Qué descaró, teniendo en cuenta que yo le había dicho que estaría trabajando.

—Mickey, estoy metido en un pequeño lío.

—¿No habrás vuelto a vestirte de tía y les has metido mano a todas las damas de honor?

—No tengo tiempo para tus bromas irlandesas. Me embistió una furgoneta llena de borrachos en la autopista. Mi coche está hecho chatarra y yo en el hospital.

—Dios mío, Billy. ¿Te encuentras bien?

—Estoy un poco zarandeado, pero me están haciendo pruebas. Quería volver hoy en avión, pero luego, de pronto, se me ocurrió que si me daba de alta del hospital yo solo, ello podría afectar a mi posición legal con la compañía de seguros.

—¿Pero tú estás bien?

—Fracturas del grosor de un cabello en los huesos de la mano, no es nada. Pero siguen haciéndome pruebas y esas cosas. Ya sabes cómo son los hospitales.

—¿Hay algo que yo pueda hacer aquí? —le pregunté.

No es que yo buscara trabajo extra, pero Billy me había hecho tantos favores que me encontraba en deuda con él.

—Sí, muchísimo.

—Tú dirás.

—Si miras en la caja fuerte verás que hay un paquete de dinero allí. Quiero que le pagues al reverendo Edgar Stojil; Rainbow, le llaman. ¿Sabes a quién me refiero?

—Claro, es famoso. Lo vi en una fiesta. Un tipo alto y delgado con patillas y la cara colorada. Dirige un refugio para personas sin hogar, ¿verdad?

—El refugio Final del Arco Iris para hombres sin hogar. Ése es. Dale todo el dinero que hay en el paquete. Hay unos ocho de los grandes. Saca otros dos de los grandes de tu cuenta para que sean diez. En metálico; no acepta cheques. Te lo devolveré en cuanto salga de aquí. ¿Puedes hacerlo?

—Claro, Billy.

Quería preguntarle de qué se trataba todo aquello, pero supuse que me lo contaría a su debido tiempo. Billy Kim siempre estaba metido en mucha acción, con sus inversiones en restaurantes, salones de manicura y demás.

—Ve al refugio y el reverendo te dará un pasaporte nuevo de Estados Unidos y te dirá lo que has de hacer. Es algo complicado, pero no quiero contártelo por teléfono.

—De acuerdo.

—Puede que te lleve algo de tiempo —me dijo—. Medio día quizá. —Me pareció que estaba decepcionado por no haber tenido que convencerme para que lo hiciera—. Coge las llaves de repuesto de mi casa que encontrarás también en la caja fuerte. Puede que las necesites.

—¿Es muy urgente todo esto?

—¿Podrías ir a verle hoy mismo, Mickey? Confiaba en poder estar ahí. Asegúrate de que te dé el pasaporte antes de entregarle la pasta.

—De acuerdo.

—Y Mickey... a lo mejor reconoces a algunas de las personas implicadas. No te enfades conmigo.

—Hablaemos de dinero más tarde —le dije.

Billy siempre estaba haciendo tratos al margen, y robarles los clientes a otras personas era su especialidad.

El reverendo Rainbow Stojil era la clase de monstruo creado para los debates de televisión... o quizá creados por ellos. Las algodonosas patillas blancas lo hacían fácilmente reconocible, y su bien modulada voz al hablar carecía de identificación de clase social o regional. ¡Y vaya si rezumaba encanto! Estaba fumándose un puro cuando entré a verle. Hacía juego con el traje negro y el alzacuellos, pero la ceniza derramada desentonaba.

La pensión Rainbow —como los bromistas llamaban al refugio para hombres sin hogar— había sido en otro tiempo un gran hotel que Rainbow había comprado cuando ya no podía seguir funcionando como pensión de mala muerte de tres noventa y nueve por noche. Les había sacado el dinero para la adquisición al Ayuntamiento, a varias instituciones benéficas y a gente de negocios. Rainbow se había hecho famoso por el modo como pasaba el tiempo asistiendo a cenas benéficas y a programas de debate, pronunciando discursos en Sociedades Rotarías y sacándoles donativos a ricos de California corroídos por el sentimiento de culpabilidad.

—Me llamo Murphy. Soy socio de Billy Kim.

Me miró, dejó caer la ceniza y asintió.

—¿Ha traído el dinero? —fue lo primero que dijo.

—Diez de los grandes —repuse; y se los pasé.

Apagó el puro a medio fumar en la tapa de una lata que contenía otras colillas y una gran cantidad de ceniza viejísima.

—Nos hace muchísima falta. Tome asiento.

Él estaba sentado tras una mesa en lo que en otros tiempos había sido la oficina del director del hotel. En las paredes había dos láminas de pinturas de Matisse y dos carteles que mostraban en detalle gráfico cómo se adquiere el sida por utilizar agujas hipodérmicas usadas.

Hubo una época en que aquello había sido el corazón de la ciudad, un vecindario de estupendas casas antiguas y hoteles de lujo; ahora era un barrio de mala muerte. La calle estaba llena de pedazos rotos de automóviles y de hombres durmiendo en un montón. Inmediatamente después de la puerta, sobre la acera cocida por el sol que había delante de la fachada del refugio, vi hombres harapientos sentados con la espalda apoyada contra una valla de eslabones de cadena. No tenían nada que hacer más que esperar a que fuera la hora de que la pensión Rainbow abriera las puertas y sirviera la única comida del día. No conversaban, ni jugaban a las cartas, ni siquiera discutían o peleaban; se limitaban a estar allí sentados.

Rainbow no contó el dinero. Lo único que hizo fue pasar rápidamente entre los dedos una de las esquinas, pero poseía el juego de manos de los cajeros de banco y me dio la impresión de que si en el fajo no hubiera habido más que 9999 dólares lo habría detectado con la punta de los dedos.

—Pobres diablos —dijo siguiendo la dirección de mi mirada—. No les asusta trabajar, ¿sabe usted?

Lo dijo en tono acusador.

—Supongo que no —respondí.

—Están ansiosos por turnarse en mi equipo de limpieza, y con eso sólo ganan un dólar al día.

Consulté el reloj.

—¿Qué pasa ahora? —le pregunté.

—¿Tiene usted alguna identificación, señor Murphy?

Le enseñé el carnet de conducir. Me miró y observó atentamente la fotografía antes de devolvérmelo. Me di cuenta de que recelaba. Le dije:

—Mi socio ha tenido un accidente en la autopista. ¿No le ha llamado por teléfono?

—Sí, me dejó un mensaje en el contestador. A mí no se me da muy bien manejar esas máquinas. Sin querer borré el mensaje después de oírlo una vez.

—Le llamó desde el hospital.

El reverendo me miró.

—Normalmente lo llevamos todo con mucha discreción. No utilizamos nombres en estas transacciones.

—No lo sabía. Lo siento.

—Esperaba que vinieran a recogerlo hace dos días. Me estaba poniendo un poco nervioso. —Cogió un gran libro de registro de un estante que contenía guías de teléfonos, planos de calles y un reloj viejo que se había dado por vencido a las dos y media hacía mucho tiempo. Abrió el libro y le dio la vuelta para situarlo frente a mí en la mesa—. ¿Haría el favor de firmar aquí, señor Murphy? La mayoría del papeleo ya se ha hecho. —Firmé el libro mayor donde decía que yo hacía donación de diez mil dólares en nombre de un cliente que deseaba permanecer anónimo. Me pareció que no estaba mal hacerlo.

Me pasó unos documentos de aspecto oficial dentro de un sobre marrón—. Le hará falta todo esto. Ahí va el nombre del difunto. El certificado de defunción. Causas naturales: ataque al corazón; y también está ahí la carta del médico que lo atendía.

—¿Que lo atendía?

¿Qué era todo aquello?

—Murió hace tres días, señor Murphy. El médico lo atendió durante diez días antes de la muerte, tal como prescribe la ley. De otro modo tendríamos que haberle practicado la autopsia.

—Tendrá usted que ayudarme —le dije—. Mi socio tenía prisa. Me dijo que usted me lo explicaría todo. ¿Quién ha muerto, un pariente de Billy?

—Uno de nuestros internos. Usted viene a recoger el cuerpo, ¿no es así?

—¿Yo? ¿Es eso lo que Billy... es eso lo que se ha hecho otras veces?

Rainbow suspiró.

—Ojalá hubiera venido su socio en persona. Él sabe que no me gusta que se vean involucradas personas extrañas.

—Yo no soy un extraño —le dije—. Soy socio del hombre del que hemos hablado.

—Es un hombre alto. No podrá usted llevarse el cuerpo en ese Cadillac suyo.

—No pienso meter ningún fiambre en mi coche —le aseguré—. Bastante tengo con que huela a tequila. ¿Es que la otra persona se los llevaba en su coche?

Creía que Billy tenía sólo un Porsche.

—Él siempre traía un Jeep y un remolque para caballos.

—¿Qué quiere usted que haga yo con el cuerpo?

—La ley dice que el difunto tiene que ir a una funeraria. Las líneas aéreas no admiten que alguien como usted o como yo se encargue de entregar un cadáver. Debe ser entregado en el avión por personal de la funeraria, y recogido por un empleado de funeraria en el lugar de destino. Las autoridades de los aeropuertos se muestran muy rigurosas en eso.

—¿Qué avión?

—El cuerpo va a Londres. Creí que usted ya lo sabía. Siempre van a Londres. Cargamento aéreo, herméticamente sellado, y paga cuatro dólares por cada medio kilo de peso.

—¿Billy hacía eso?

—Será mejor que venga usted a ver. —Se puso en pie y sacó una llave del bolsillo—. De todos modos tendrán que embalsamarlo —añadió—. La línea aérea no admitirá el cadáver si no está embalsamado, así que será mejor que no se le pase por la cabeza la idea descabellada de llevarlo directamente al aeropuerto de Los Ángeles.

Abrió una puerta que daba a un pasillo oscuro. Lo seguí muy de cerca. Mientras caminábamos le dije:

—¿De modo que dónde lo llevo no es al aeropuerto?

—Yo le daré la dirección.

Pasó por una puerta en la que se veía un letrero que decía: «SÓLO PERSONAL DE LA CASA», y le seguí por un tramo de escaleras que bajaba hasta un oscuro sótano. Al llegar al pie de la escalera Rainbow se tomó su tiempo para abrir la cerradura de la puerta; luego se echó hacia un lado y me hizo pasar a una habitación fría y débilmente iluminada.

—¡Madre de Dios! —exclamé. La única luz procedía de cuatro velas, pero era suficiente para ver un cuerpo tendido sobre una gran mesa. Estaba rígido, con los brazos muy pegados a los costados y los ojos mirando fijamente al techo, e iba vestido con unos pantalones muy anchos y una camiseta limpia. La ropa era sencilla, pero de buena calidad: la ropa de ocio de un hombre acaudalado en lugar de los harapos que uno esperaría encontrar en un pobre vagabundo. Era un hombre de mediana edad y de una estatura superior a la media. Tenía el rostro oscuro a causa de la barba que continuaba creciendo después de la muerte. Las llamas de las velas parpadearon movidas por una corriente de aire procedente de la puerta, y con el movimiento de la luz el ensombrecido rostro pareció sonreírme con malicia. Le habían puesto unas bolsas de plástico llenas de hielo a modo de calzas alrededor del cuerpo, y una considerable parte del mismo se había derretido y había escapado de las

bolsas formando grandes charcos en el suelo. Se oía el sonido del constante goteo a medida que el hielo seguía derritiéndose. Era el único sonido que se oía aparte de mi propia respiración. En un estante, al fondo de la habitación, junto con las velas, se alzaba un gran crucifijo de latón y dos tarros con flores baratas.

—¿Quién es este fiambre?

—Le estaría agradecido, señor Murphy, si mostrase más respeto —dijo—. Yo conocía a este hombre. Trabajaba mucho y era temeroso de Dios. —La voz de Rainbow resonó en la pequeña habitación—. Ésta es nuestra capilla, en ella han hallado la paz final muchos hombres. No olvide que está usted en presencia de Dios.

—¿Una capilla? ¿Muchos hombres? ¿A cuántos muertos maneja usted en el refugio?

—El Ayuntamiento calcula que se recogen unos cincuenta cuerpos cada noche de las calles de nuestra ciudad. A menudo una pobre alma que se enfrenta a su creador elige venir a pasar con nosotros esas últimas horas.

Ya había conseguido recuperarme del susto inicial, de modo que cogí una de las velas y la acerqué al cadáver. La circulación sanguínea había cesado hacía mucho, por lo que la piel del muerto estaba apagada y gris. Tenía el entrecejo fruncido y las manos —siempre lo más revelador— eran duras, estaban llenas de cicatrices y callosidades y tenían muchas uñas rotas. El legado de una vida entera de duro trabajo manual.

—¿Quién era? —quise saber.

—Era Jeremy Westbridge.

Perdí la paciencia con el reverendo: no eran sólo sus móldales; me parecía mal todo lo demás acerca de este asunto en el cual me habían metido suavemente y en el que ahora estaba empezando a ahogarme.

—Los dos sabemos que éste no es *sir* Jeremy Westbridge. Tuve oportunidad de verle a usted hablando con *sir* Jeremy la otra noche. Este cuerpo quizá tenga aproximadamente su mismo tipo, tamaño y edad, pero nosotros dos sabemos que no es él, ¿no es así? Sabemos que éste no es Westbridge.

—Me asusta usted, señor —dijo el reverendo. Sacó el paquete de dinero del bolsillo interior de la chaqueta y lo sostuvo como si estuviera a punto de devolvérmelo. Luego pareció tomar otra decisión—. He tenido a Jeremy Westbridge registrado en este refugio durante más de tres semanas, y este hombre es él. Puedo mostrarle a usted el registro si quiere. ¿Qué motivos puede tener usted para afirmar lo contrario?

—De acuerdo. No voy a discutir. Haga como que soy Billy Kim. ¿Qué hago ahora?

—Con diez mil dólares yo puedo consolar y dar cobijo a cientos de almas. No acuda a mí buscando ninguna clase de contrición por quebrantar la letra de la ley; yo no le obligo.

—Vale, reverendo. Ahórrese el sermón y dígame qué he de hacer. Si no me proporciona usted un poco más de ayuda y me da algunas explicaciones, lo que voy a hacer es coger el dinero y dejarle a usted aquí el fiambre.

Me miró. No aprobaba mi actitud, pero le gustaban mis diez de los grandes, y ése fue el factor decisivo. Dijo:

—Su socio lo habría llevado a la casa, me refiero a la dirección particular, del funerario con el que él suele trabajar. Eso es lo que tiene que hacer usted. Ellos se encargarán de todo lo demás. Lo llevarán a la funeraria en una furgoneta cerrada. Una furgoneta funeraria cerrada llama muy poco la atención delante del domicilio de un empresario de pompas fúnebres.

—No me gusta —le dije.

—A mí tampoco —dijo Rainbow—. Pero es lo que tendrá usted que hacer. —Me miró para mostrarme que él sabía muchísimo más de lo que se suponía que sabía. No se le puede ocultar secretos a Rainbow. Asentí—. Tendremos que moverlo de aquí pronto, señor Murphy. Hay que embalsamarlo. Ya lleva demasiado tiempo aquí, y esas bolsas de hielo no lo están manteniendo todo lo frío que es necesario.

—Tiene razón —convine yo.

—Será mejor que vaya usted a buscar el remolque para caballos a casa de su socio. Él lo remolca con un Jeep que probablemente también esté allí.

—Tardaré un par de horas —le indiqué.

—¿Le he dado el pasaporte?

Se me había olvidado el asunto del pasaporte.

—No.

Sacó el pasaporte del bolsillo y me lo dio. Era un pasaporte de Estados Unidos nuevito, el nombre de cuyo titular yo no había oído antes, pero la fotografía era una bien reciente de Jeremy Westbridge. Así que eso es lo que había. No era de extrañar que al tipo no le preocupase que los federales anduvieran detrás de él. Estaba cambiando la identidad con alguien que había muerto en la calle. Stojil y Billy estaban montando un buen fraude. Habrían solicitado un pasaporte y sin duda toda clase de papeles mientras el tipo todavía estaba vivo. Ahora el verdadero *sir* Jeremy tendría un nuevo nombre,

se habría convertido en ciudadano americano y su documentación sería cien por cien auténtica.

—No se preocupe por su coche. Mandaré a alguien para que lo vigile.

—Gracias —le dije.

Yo conservaba muy bien la calma, pero la mente me daba vueltas vertiginosamente. Recordaba lo que Vic Crichton me había dicho en la fiesta acerca de si *sir* Jeremy se marchaba. Ahora lo comprendía. Me metí el pasaporte en el bolsillo. ¡Vaya con Billy Kim! ¿En qué otros asuntos sucios andaría metido aquel hijo de perra? Me estaba involucrando cada vez más hondo en aquel asunto, pero no alcanzaba a ver la manera de escabullirme. Le debía a Billy Kim una enorme cantidad de favores. Si ahora lo dejaba plantado con esto, mi socio podría acabar en la cárcel.

—Sí, siempre lo hago. Han sido ya demasiadas las personas buenas y generosas que han venido aquí a donar cien dólares y al salir se han encontrado con que les habían desaparecido los tapacubos del coche. Y por cierto, no le diga a nadie que he sido yo quien le ha dado la dirección del dueño de la funeraria —me dijo—. Se supone que yo no sé quién es. Pero en esta ciudad es verdaderamente difícil guardar algo en secreto.

—Es verdad —convine yo—. Pero, afortunadamente para los que tenemos secretos, en realidad a nadie de esta ciudad le importa nada un rábano.

—Tengo que mandar a buscar más hielo. La tienda de licores se preguntará qué clase de fiesta estamos celebrando aquí. Quizá no debí decirles que lo necesitaba para una celebración.

## CAPÍTULO 5

Lo había tenido demasiado tiempo como para poder darlo a cambio al comprarme otro nuevo. Puede que no lo hubiera tratado con el debido cuidado y reverencia, pero, al fin y al cabo, ¿qué es el desgaste normal debido a un uso justo? Me había gastado más de lo que podía permitirme en cremas mágicas y mantenimiento. Puede ser que estuviera abollado, y desde luego el relleno se le salía; tenía algún desconchado que otro y el acabado de origen, por supuesto, no era más que un recuerdo. Pero ¿qué importancia tiene la carrocería? Lo que hay dentro es lo que hace al ganador. De manera que metí la barriga, me apliqué a golpecitos suaves el after shave, me hice la raya del pelo e intenté olvidar lo que había visto en el espejo hasta el día siguiente por la mañana.

De manera que el cerebro supremo quería que yo fuera a Aspen. Muy bien. De momento yo estaba dispuesto a bailar al son que tocase Petrovitch, pero una vez que me hubieran pagado el dinero y me viera libre de deudas, podría actuar por mi cuenta. Por ahora la sociedad disponía sólo de un «memorándum de transacción», y yo había metido a demasiados clientes escurridizos por entre los flexibles barrotes de aquel tipo de contratos preliminares para creer que ello obligaría a Pedro el Grande a llevar adelante el trato. De manera que sí, señor, no, señor; yo saldría de Los Ángeles en un vuelo de por la mañana temprano y me llevaría el ordenador portátil conmigo.

Hice los ejercicios. Me toqué los dedos de los pies ciento cincuenta veces y a continuación estuve diez minutos respirando profundamente. Bueno, sí, es broma. En realidad me derrumbé sobre la cama y me puse a boquear en busca de aire. Odio hacer ejercicio: lo odiaba ya incluso cuando formaba parte del equipo de fútbol; por eso lo hago antes de despertarme del todo.

Ojalá hubiera podido convencer a mi padre para que hiciera unas cuantas flexiones y estiramientos. Eso le habría alargado la vida. Mi padre era un fumador empedernido. Leí en una revista divulgativa que el hábito de fumar reduce la vida media de una persona entre cinco y ocho años. Entonces, ¿por qué no quisiste escucharme, papá? Podríamos haber pasado otros cinco años

juntos. Y habríamos podido hablar. Te habría contado un montón de cosas que nunca llegué a decirte porque yo era demasiado joven y demasiado estúpido. Ahora te necesito más que nunca.

Tocarse los dedos de los pies con las manos sesenta veces... levantar los brazos al aire bien arriba cada vez, nada de esas tonterías de quedarse medio doblado y menear la cabeza. A veces hago el ejercicio sosteniendo en las manos latas de comida a modo de pesas. Esta mañana lo hice con latas de comida para perros, y enseguida vino Rex y me dejó caer una pelota a los pies.

—No, muchacho, no puede ser —le indiqué—. Hay restricciones a causa de la lluvia; te debo otro paseo.

Luego, cuando tengo tiempo, hago mi rutina de zapateado, para lo cual hay que haber hecho un buen calentamiento.

Volar a Aspen. Klopstock, mi vecino de al lado —el profesor de universidad—, viaja hasta allí en coche cuando va a ver a su hija, que está casada y vive allí. Ésa no es la hija con la que salía Danny; se trata de la hija menor, que se casó con un fotógrafo del Times; se fueron a vivir a Denver y él compró la franquicia de un establecimiento de revelado de fotografías en una hora. Mi vecino va en coche a Colorado para ver a su hija. En un buen coche eso no es nada del otro jueves, ¿verdad? Porque si fuera cosa del otro jueves, Klopstock no lograría hacerlo.

Pero cuando uno va en avión llega destrozado, quiero decir completamente rendido. Pasar por todo ese personal de seguridad en el aeropuerto aquí, en la ciudad, resulta más molesto que entrar en quintas para formar parte de los Boinas Verdes. ¡Pónganse en fila! Zumbido. Destello de luces rojas. ¡Vuélvanse del revés los bolsillos! ¿Eso de verdad es una cámara? ¿Y por dónde se le pone la película? ¿Qué lleva en la bolsa de mano? Camisa limpia y una muda; eso es una sorpresa. ¿Un ordenador? ¡Así que un ordenador! ¿De verdad que es un ordenador? ¿Qué clase de hombre honrado iba a llevar un ordenador envuelto en la muda? Usted debe de ser alguna especie de terrorista, un perverso excéntrico que lleva un ordenador entre la muda de repuesto.

Qué cantidad de aspavientos. Y uno mira por la ventana del aeropuerto y ve un montón de tipos con monos grasientos que se pasean por la pista de aterrizaje, que trepan a los aviones y saltan de los aviones; llevan camisas de faena abultadas por las armas de fuego y por los explosivos, y ni siquiera hay un hombre de seguridad —¡uy!, quiero decir persona— a la vista. ¿Vale?

A cualquiera que consiga pasar sus pertenencias personales por el personal de seguridad se le castiga a cargar con ello quince kilómetros hasta llegar al avión. Eso le enseñará a llevar equipaje de mano, ¿de acuerdo? Luego, con un piloto que tiene pinta de estar todavía en el instituto, compartimos la experiencia de conquistar la fuerza de gravedad. Tres mil metros. ¡Uf, miren para abajo y verán las montañas!

Transbordo de avión en Denver, correr y esperar, correr y esperar. Denver también es muy bonito: venden artesanía popular allí mismo, en el aeropuerto, de manera que te ahorras tener que ir a la ciudad a comprarla. Por fin llega uno a Aspen exhausto. Pero Aspen realmente hace que valga la pena el viaje. Les encantará. Lo digo en serio: así lo indica la revista que dan en el avión. Es el lugar donde las estrellas del *rock*, los héroes y heroínas protagonistas de los culebrones de moda, los tipos desgreñados y marranos que aporream guitarras y los duendecillos del *show business* se dan cita con los multimillonarios inmobiliarios, los príncipes árabes y los miembros de la realeza europea.

Aspen tiene un aeropuerto pequeño y elegante; en él los *jets* privados estaban estacionados en doble fila. Comencé a buscar afanosamente entre la concurrencia y no conseguí echarle la vista encima ni a uno solo de tan embrujador conjunto de celebridades; supongo que se habrían ido todos al lavabo.

Aun sin avión uno está a dos mil cien metros de altura en esas montañas. Para los que somos del condado de Los Ángeles, que está al nivel del mar, eso supone pasarlo fatal a cuenta de los oídos, que parece que te vayan a estallar. Y para aquellos de nosotros que olvidamos llevar confeti, está nevando. Salgo del edificio del aeropuerto y miro a mi alrededor. Me agacho y me pongo de rodillas en el suelo. ¡Prometo que nunca más volveré a quejarme de Los Ángeles! ¡Jamás!

Divisé un Chevrolet Suburban con tracción a las cuatro ruedas que esperaba a la puerta del edificio terminal. Es un nuevo tipo de coche reluciente de Zach Petrovitch. ¿Qué cómo lo supe? No sé cómo lo supe, pero no me equivoqué.

Y los empleados de Petrovitch también supieron que era yo. Un tipo grande con barba que llevaba una parka y un gorro de lana rojo culminado con un pompón amarillo arrojó a la papelera la bolsa medio llena de palomitas calientes, me llamó por mi nombre con un gruñido y me arrebató la bolsa de mano. Le seguí.

El aire glacial me abofeteó la cara, y las montañas me miraban desde arriba con cara de pocos amigos, como pasteles chamuscados espolvoreados

por encima con demasiado azúcar glasé. El del pompón amarillo echó de una volea mi bolsa en la parte trasera del Chevy, haciendo gala de una admirable sangre fría. Siempre me gusta ver mi bolsa a bordo: nunca me he sentido cómodo con camisetas prestadas, con una muda comprada a toda prisa y con maquinillas de afeitar desechables. Puede que aquel gorila me adivinase el pensamiento, porque se volvió hacia mí y me dirigió una especie de sonrisa hosca al tiempo que se deslizaba en el asiento del conductor. El motor estaba encendido; me dirigí al Suburban y trepé a la parte delantera. El equipo estéreo tocaba música suave de Mozart. El conductor no parecía el típico aficionado a este tipo de música, pero en Aspen ponen muchas composiciones de Mozart. Se oye en las tiendas de antigüedades, en las *boutique* de hamburguesas, en los bares y también en los retretes. Me parece que leí en la revista que me dieron en el avión que Amadeus y su agente compraron extensiones ahí arriba, en las laderas, después de impresionar al gran mundo con Idomeneo.

Se ven los telesillas y también los esquiadores, como bichitos sobre una sábana blanca almidonada. La carretera, como todas las carreteras de por allí, seguía el curso de un río. Parecía que estaba helado, pero mirándolo atentamente vi que aquí y allá parte del agua, la más lista, se escapaba durante trayectos lo suficientemente largos como para burbujear por encima de las rocas superficiales, hacer un ruido y provocar un salpicón o dos; pero fuera cual fuese la forma que adoptase, al final todo acababa convirtiéndose en hielo. Quizá hubiera una moraleja en eso, pero si la había sido sin querer pensar en ella.

Dejamos atrás las pistas de esquí. Una vez fuera de los límites de la ciudad el paisaje era digno y omnipotente, como las imágenes que aparecen en esas tarjetas de Navidad de cinco dólares, muy confesionales, que omiten cualquier referencia a Dios. La nieve caía suavemente y lo pintaba todo de gris, excepto por los lugares por donde pasaban las máquinas quitanieves escupiendo nubes de polvo blanco. Había grandes abetos verdes y rocas que tenían formas de seres animados y sólo ligeramente deformes. Grupos de álamos de Virginia maduros, desnudos y marrones, parecían nubes de aire contaminado de diésel. Pero, exhalando humo en los nevados campos, había caballos cubiertos con chaquetas. Lo digo en serio. ¡Chaquetas a cuadros! Todo aquello resultaba mareante para un muchacho del sur de California cuyas experiencias acerca de la nieve y el hielo se acabaron del todo cuando Sears puso en su catálogo frigoríficos que se descongelan automáticamente.

Continuamos bajando por el valle que forma el río Roaring Fork. Es la carretera 82, y, a medida que nos alejábamos de las casas de millón de dólares hacia la parte menos elegante de la ciudad, las cosas se pusieron un poco más acogedoras. Allí, muy profundo debajo de la nieve, está el Aspen de los camareros, los porteros y las doncellas del piso de arriba; o, mejor dicho, el de los camareros de barra, los chefs de comida rápida, los que se dedican al *strip-tease*, los buscones y las busconas, las azafatas de discoteca. Los policías también viven allí. Los policías de Aspen no pueden permitirse vivir en casas situadas dentro de los límites de la ciudad. Las casas móviles medio enterradas en la nieve y los aparcamientos de remolques daban paso a las granjas y ranchos. Y no se trataba de ranchos de estrellas de cine: eran parcelas de tierra donde los hombres trabajaban para ganarse la vida. Quizá yo estuviera completamente equivocado respecto al gran Pete; aquello no era el hábitat natural de un millonario de la *jet-set*.

Tendrían que haber visto la parcela de Petrovitch. Cuando por fin llegué allí comprendí por qué había comprado terrenos bien lejos de la ciudad. Sólo es un cálculo aproximado, pero debía de haber por lo menos cuatrocientas hectáreas. Se extendía desde la ladera de la montaña, iba sin interrupción hasta la carretera y luego continuaba por todo el valle hasta donde a uno le alcanzaba la vista, por lo que me dijo el conductor.

No era deslumbrante. Se podía atravesar todo el terreno y pensar que no era más que un rancho bien cuidado cuyo dueño sería algún granjero que necesitaba una piscina olímpica climatizada, una casa de doce dormitorios con alojamiento anexo para el servicio y que guardaba en el granero un helicóptero a un amigo.

Petrovitch estaba en las cuadras cuando yo llegué. Vestía pantalones vaqueros artísticamente descoloridos, una gruesa chaqueta de lana y botas altas con dibujos. Con él, y empuñando una linterna grande, estaba un hombre vestido con traje de oficina, una *coiffure bouffante* y guantes de goma. Un trabajador del rancho le sujetaba las mandíbulas abiertas a un caballo y lo mantenía firme mientras todos ellos miraban el interior de la boca del animal, que tenía cara de aburrido.

—Entra en la casa, Mickey —me indicó a gritos Petrovitch— Ingrid está en la cocina; ella te preparará café y te lo contará todo. Yo tengo que quedarme todavía cinco minutos con el doctor Wilson.

Al oír mencionar su nombre el doctor Wilson bajó la linterna y se acercó más a la garganta.

Hacía frío, quiero decir frío de verdad. Para mí fue un alivio que no me invitase a quedarme allí de pie para compartir lo que fuera que estuviesen viéndole al caballo en la boca. Me fui detrás del conductor, que abrió la puerta de la cocina, se inclinó hacia el interior y dejó caer mi bolsa; ésta produjo un crujiente golpe que hizo que me preguntara si mi muda seguiría bien. No entró; supongo que no querría dejar huellas en las baldosas del suelo.

—Gracias —le dije.

El conductor sonrió. La gente de Petrovitch sonreía mucho; debía de ser por todas las pagas que les debía.

La casa era silgo grande. Desde el exterior podría parecer una casa corriente hecha de tablas con forma de granero de dos plantas, como esas que hay en Colorado, pero por dentro era algo para relamerse. La cocina parecía la cubierta de vuelo de un 747, con luces naranjas y amarillas que parpadeaban en la oscuridad, máquinas que hacían tictac y encimeras con puntos iluminados. Una vez dentro de la cocina podía verse el comedor, la despensa y el recibidor. Ése era otro mundo de brillantes apliques de latón, lámparas de cuernos de alce, armarios Victorianos tallados, alfombras tejidas a mano, exuberantes plantas en macetas y valiosas chucherías sobre mesas con incrustaciones. Y todo estaba limpio como una patena y bien conservado. Se notaba que los apliques eran auténticos, antigüedades con la pátina del tiempo. Las luces del comedor estaban encendidas y la mesa estaba puesta para algo muy especial. Había una enorme chimenea de caoba con un resplandeciente fuego de leños. Por encima de la repisa de la chimenea se veía un afligido alce que miraba unos antiguos rifles Winchester. De las paredes, incluso de las de la cocina, colgaban valiosas pinturas con temas del viejo oeste: Remingtons y Russells originales. Puede que se pareciera un poco a un decorado de interior de un burdel de película del salvaje oeste, pero era de buen gusto, resultaba acogedor y no me quedó más remedio que confesar que me gustaba mucho.

—Ahora mismo estoy contigo, Mickey —dijo Ingrid, que apareció por una puerta forrada de paneles de madera.

Me dirigió una amplia sonrisa, agitó una lata de café y empezó a trajinar ruidosamente por la cocina. No sé si trataba de convencerme de que ella era la clase de mujercita que preparaba redondo de carne y rollos de carne picada dorados al estilo casero para atraer con ellos a su maridito Zach a casa. Sospecho que tenía un ejército de criados escondidos en el sótano.

—Hola, Ingrid —la saludé. La mujer llevaba puesto un vestido sencillo de algodón, y el pelo rubio se le veía bastante revuelto—. Vaya casa.

Yo no sabía si se suponía que tenía que darle un beso, estrecharle la mano o reservar una mesa para cenar.

—¿De veras te gusta, Mickey?

Abrió mucho aquellos ojos grandes y maravillosos, y lo preguntó como si de verdad le importase mi opinión.

—Es impresionante —repuse.

Me vio mirando con curiosidad hacia el comedor.

—Compramos en subastas.

—Lo hacéis muy bien.

Ingrid asintió con la cabeza y no sonrió.

—Todo lo que hay en la casa, los muebles, los apliques, es auténtico del siglo diecinueve. Procede de casas de estos alrededores. Nos encanta.

Así que te jodes, Mickey Murphy, paleta de manos encallecidas del instituto Alhambra.

—¿Y a quién no? Estoy que me muero de ganas de ver los dormitorios. — Ella me dirigió una mirada nada divertida, por lo que yo añadí—: Es decir... es fantástico. Siempre me han gustado los *cowboys*.

—Tenía muchísimas ganas de que vinieras a visitarnos —me indicó Ingrid—. ¿Has comido?

—No. Nunca pruebo esa basura que dan en las aerolíneas —dije—. Me produce acidez.

—Te prepararé un sándwich y café. Desea femado..., nosotros no tomamos café normal. ¿Crema y azúcar? ¿O prefieres alcohol?

Tuve la sensación de que me convertiría en un paria social si prefería tomar alcohol.

—Me gusta el descafeinado. Y otra cosa, ¿podría ser leche caliente en lugar de crema? Tengo unos cuantos kilos de más. No me ha quedado más remedio que reducir el alcohol, la mantequilla y todas esas cosas.

Me miró como si me viera por primera vez.

—Cuelga el abrigo detrás de la puerta y siéntate. No has cambiado nada, Mickey. Se lo dije a Zach después de verte en la fiesta la otra noche.

Colgué el abrigo, me senté y esboqué mi sonrisa tímida. No estaba seguro de si ella estaba haciendo alusión a que yo había arrojado entre las plantas el champán de importación de su marido, a que bebiera descafeinado, a que hiciera comentarios sarcásticos o a que pesase siete u ocho kilos más de lo que las compañías aseguradoras consideran que es sano.

Mientras Ingrid colocaba el recipiente sobre la placa caliente de cerámica y cogía las rebanadas de pan de molde y las lonchas de salami envasadas al

vacío, Petrovitch en persona entró por la puerta que daba a las cuadras.

—Doc va a llevarse a *Tía Jemima* a su consulta —nos comunicó sin mayores preámbulos—. Tendré que ir con él. Diles a las chicas de la oficina que llamen a todo el mundo y anulen la cena. Ellas tienen la lista de los invitados. —Se fijó en mí, que estaba sentado a la mesa de la cocina—. Hola, Mickey. Siento todo esto. ¿Te ha contado Ingrid lo de Vic Crichton?

—No —respondí.

—Tiene no sé qué virus. Se ha metido en la cama. A lo mejor quieres ir a verlo luego, suponiendo que esté de humor para hablar de negocios.

—Cariño, ¿tienes que ir? —quiso saber Ingrid—. Deberías estar haciendo la siesta. —Metió dos rebanadas de pan en el tostador y me explicó—: Han sacado a Zach de la cama a medianoche.

Se acercó al frigorífico a buscar la leche.

Petrovitch se apretó la cara con la mano y luego le dijo a Ingrid:

—Doc tiene allí todo el material y quiere que yo vaya con él.

—¿Es preciso, cariño?

Hizo girar un mando y la placa de vitrocerámica emitió un chasquido; debajo del cazo de la leche surgió una luz rosada.

Petrovitch emitió un ruidito ahogado y añadió:

—Puede que haya que tomar una decisión vital. Es mejor que yo esté allí.

—¡Oh, querido! —exclamó Ingrid con gran emoción.

Miré a Petrovitch. Si yo no hubiera sabido qué clase de tipo era, habría jurado que estaba a punto de deshacerse en lágrimas. Ingrid también se dio cuenta, de manera que se acercó a él y le puso una mano en el brazo, como si estuviese intentando ayudarlo a pasar un momento de dolor.

—*Tía Jemima* es una yegua —me explicó Ingrid por encima del hombro de Petrovitch—. Es una de las preferidas de Zach.

—La primera que compré —puntualizó éste.

—Ya es una anciana —dijo Ingrid.

Las tostadas saltaron y sonó el avisador.

—No es vieja, todavía no tiene cuatro años —me explicó Petrovitch levantando la voz; durante unos instantes pareció que iba a perder el control de sí mismo, pero luego lo superó—. Wilson es un buen hombre: el mejor —añadió de ese modo chillón en que la gente alaba a sus médicos, a sus abogados y a sus dentistas cuando necesitan desesperadamente que se les tranquilice y no hallan esa tranquilidad por ninguna parte—. Sé qué hará todo cuanto pueda. Esta noche tenía que dar una conferencia en una cena benéfica en Denver, y lo ha anulado todo.

—Pues claro que sí —dijo Ingrid—. ¿Te acuerdas de lo que hizo cuando Plantagenet Royale tuvo aquel extraño problema digestivo?

—Sí, ya se lo he recordado.

Se arrimaron un poco más el uno al otro.

Me sentía como un intruso. Me quedé allí sentado esperando a que la leche se saliera al hervir. Cuando al hacerlo produjo ruido y humo, Ingrid se sobresaltó y gritó:

—Oh, vaya, qué tonta soy.

Petrovitch se hizo a un lado mientras Ingrid empapaba la leche derramada con un paño estampado cuyo dibujo representaba un cuadro de los guardias granaderos ataviados con sus sombreros de pieles desfilando alrededor del palacio de Buckingham.

Petrovitch pareció no darse cuenta de aquella pequeña calamidad. Se acercó a mí y dijo con voz sonora:

—Hay muchísimas cosas de las que pensaba hablar contigo, Mickey, pero tendrán que esperar para otra ocasión. Habla con Ingrid acerca de los problemas que ella tiene.

Se acercó a la ventana, como si quisiera ver qué tiempo hacía, y luego metió la mano en un armario que se encontraba cerca de la puerta. Sacó un chubasquero y un Stetson y volvió a salir. No nos dijo adiós ni a Ingrid ni a mí. Tenía la mente ocupada por completo con Tía Jemima.

—Zach puede ser un verdadero encanto —me comentó Ingrid al tiempo que me ponía delante un sándwich tostado de salami y una taza de café. Vertió en el café la leche que había quedado en el cazo—. ¿Será bastante leche?

—Oh, ya lo creo. No es que me chifle la leche.

Extendió el paño empapado de leche sobre el fregadero, se quitó el delantal y se sentó a la mesa de la cocina. Parecía que hablaba con cierta melancolía, como si intentase olvidar las veces en que Zach no se esforzaba por ser dulce.

—Las tostadas son secas.

—Sí, ya lo sé —le indiqué yo—. Me refiero a lo de que Zach es dulce.

—Reservado y complicado, pero encantador. Me enamoré de él en el primer momento en que lo vi —me confió Ingrid—. Yo no sabía que esas cosas pudieran pasar.

—Tienes suerte, Ingrid —le dije.

Se tocó el pelo; estaba maravillosa, allí sentada entre las sombras con aquella luz dorada que le perfilaba delicadamente los rasgos.

—Nunca he sido amiga de Zach como lo fuimos tú y yo. Nosotros hablábamos de la gente y del instituto y nos prestábamos los deberes. Con Zach fue en serio: amor desde el principio.

—Me alegro de que te haya ido bien, Ingrid —le dije.

—Es un sentimiento especial..., tú ya sabes a qué me refiero, Mickey. Nosotros dos siempre nos lo contábamos todo, ¿no es cierto? Tú y yo, quiero decir. Siempre he pensado en ti como si fueras mi hermano mayor.

—Sí, ya lo sé.

¿Por qué tenía que torturarme? Hasta aquel preciso momento yo había sido capaz de convencerme a mí mismo de que Ingrid y yo habíamos compartido la más perfecta historia de amor del mundo, un amor que hubiera llegado a ser tórrido si a ella no me la hubiera arrebatado su familia al llevársela a vivir a Chicago. Yo creía que Ingrid me había amado como yo la había amado a ella: desesperada, irracionalmente y para siempre. Durante todos estos años me había dicho a mí mismo que los maridos de Ingrid no eran más que sustitutos inadecuados de aquel viejo amor nuestro. Y ahora tenía que estar allí sentado y oír cómo me explicaba que sólo habíamos sido buenos amigos. ¿Un hermano? ¿Yo? ¡Dios mío! ¿Era así como había sido realmente, o era el modo como ella ahora estaba decidida a recordarlo?

Bebí un poco de la taza de café. Estaba decorada con una especie de dibujo que imitaba piel y decía: «SIMPOSIO SOBRE LOS DERECHOS DE LOS ANIMALES, ASPEN, COLORADO 1990». En la taza de Ingrid se leía: «CARNE DE BUEY SIN ESTEROIDES, HORMONAS NI ANTIBIÓTICOS». Era una especie de juego de tazas de descafeinado que expresaba la conciencia ecologista de ella y de él.

—¿Tienes azúcar?

Yo necesitaba azúcar.

—No la utilizamos —dijo Ingrid.

Pero se levantó y fue a buscar al aparador una jarra de porcelana antigua. Vertió sobre la mesa el polvoriento contenido de la misma. Había dos bolsitas de azúcar de caña que llevaban escrito el eslogan: «BAILE Y CENE EN EL LAZY NINE», y además una docena de sacarinas, una caja de cerillas del hotel Jerome, tres horquillas y los restos de lápiz con la punta rota.

—No es bueno para la salud —me indicó.

—Ya lo sé. Casi nada de lo que me gusta lo es.

Abrí aquellas bolsitas rompiéndolas como un adicto y vertí en mi café el contenido entero de las dos. Si aquél era todo el azúcar que tenían en la casa, yo iba a tener que organizar una visita urgente al Lazy Nine.

—Aquí está el asunto del que quiero hablarte —comenzó a decir Ingrid. No sé de dónde, pero sacó una carpeta de fuelle y comenzó a extraer de ella cartas, recibos, hojas de cuentas y algunas notas—. Zach teme que mi institución benéfica esté infringiendo las leyes de California por descuido. —Lo desparramó todo por la mesa—. Dice que California tiene muchas leyes. Nosotros tenemos una especie de lotería, pero cuando veas cómo lo llevamos podrás decirle que estamos en toda regla.

—Yo no soy un experto, Ingrid —le confié—. No en loterías de California. —Ella deslizó sobre la mesa unas hojas de papel mecanografiadas y me las puso delante en orden cronológico. Siempre había sido muy metódica—. Ésta es la Ingrid especializada en negocios —comenté yo al tiempo que me ponía a leer las hojas—. ¿Has pedido asesoramiento legal?

—Fui a la biblioteca pública de Los Ángeles y lo consulté todo en los libros de derecho.

Supuse que todo aquello eran ejemplos que Ingrid había copiado de un libro de texto, pero no vi que hubiera nada mal en aquellos papeles.

—Brillante. Lo verificaré antes, desde luego, pero parece que lo has hecho todo bien.

—Creo que sí. Yo ya sabía que había leyes... Mickey —me indicó con una voz diferente mientras cogía los papeles y los guardaba en la gran carpeta marrón; manejaba su obra con orgullosa reverencia—. Por cierto... hay otra cosa.

Ya está, pensé. Siempre es igual. Llegan al despacho con alguna larga historia acerca de sus problemas, de sus vecinos, de su oficina, de su jefe, y todo se reduce a nada. Luego, cuando ya están a punto de salir por la puerta de tu despacho, te sueltan el asunto de verdad.

—¿De qué se trata, Ingrid? —le pregunté cómo sin darle importancia.

Di un sorbo de café. Estaba muy dulce.

—De Albert H. Pindero. Es una de las personas que trabaja conmigo en el comité de la oficina de Los Ángeles. Es un hombre muy rico y agradable. —Le salió todo apresuradamente, como si lo hubiera ensayado antes—. A mí me cayó bien y él siempre se mostró muy generoso con su tiempo.

—¿Qué le pasó?

Cuando un tipo de repente se convierte en pretérito indefinido de ese modo, puedes apostar a que tiene problemas.

Ingrid volvía a estar tranquila.

—Desapareció.

Ató la cinta rosa que sujetaba la carpeta de fuelle y luego levantó la vista y me sonrió.

—¿Cómo que desapareció? ¿Te refieres a que últimamente no ha podido asistir a las reuniones de tu comité? A lo mejor ha estado demasiado ocupado.

—Oh, no. Ha desaparecido. Fui a su casa, un gran apartamento en un edificio de Wilshire. Quería devolverle un libro que me había prestado. El apartamento está cerrado y vacío. Localicé a los propietarios, una compañía inmobiliaria de Nueva York, y cuando llamé una secretaria muy amable me dijo que el contrato de arrendamiento había finalizado y que el piso estaba vacío. Aquella señorita me dijo que no había nada fuera de lo normal. Pero sí que hay algo anormal en todo esto; ese hombre se ha esfumado. Y no hay ni rastro de su compañía, ni de su fábrica, ni de su despacho ni de nada.

—¿Cómo se va a haber esfumado? Las personas no se esfuman a menudo, y las fábricas nunca.

—Te lo estoy diciendo, Mickey, cariño. En el registro no hay constancia de su empresa. Lo he comprobado todo; un empleado de la biblioteca me enseñó cómo hacerlo: Registro de Fabricantes de California, Registro de Servicios de California, y así sucesivamente. —Ingrid tenía una hoja de papel en la mano. Vi que se trataba de una lista muy larga, con todos los nombres marcados con una señal al lado hecha a lápiz—. ¿Quieres oírlo?

No, no quería oírlo.

—¿Has probado en la compañía telefónica?

—Claro que sí, no soy tonta. Primero miré en todas las guías que tiene Zach en su despacho. Luego volví a la biblioteca pública y revisé todas las guías de negocios y también las guías de compradores. En ningún sitio está registrado el señor Pindero. Hasta he llegado a obsesionarme con el asunto.

—¿Qué dice Zach?

Una expresión de temor le cruzó por el rostro.

—Oh, no debes contárselo a Zach.

—¿Por qué no?

A Ingrid se le había puesto la cara tensa.

—Porque no le gustaría. Yo nunca hago nada que se interponga a sus negocios.

—¿Y cómo iba a interponerse a los negocios de Zach este tipo que de repente se encuentra en la oficina de objetos perdidos? —le pregunté.

—Ya sabes a qué me refiero, Mickey. —Sonrió con nerviosismo—. Esto no es nada que afecte a Zach. Y el señor Pindero no ha quebrantado ninguna ley. —En eso puso mucho énfasis—. Te caería bien. Siempre llegaba en un

bonito descapotable viejo color azul celeste. Decía que era un Dutch Packard. ¿Todavía sigues chiflado por los coches?

Había logrado captar mi atención.

—¿Un Packard Darrin? ¿De 1941 o de 1942?

—Era bastante viejo. Sólo lo sacaba de vez en cuando a la carretera.

—Dutch Darrin era un diseñador que construía carrocerías de coches en Sunset Strip. En los años treinta hacía modelos exclusivos para las estrellas de cine. Si es eso lo que tiene el tipo de qué hablas, se trata de una pieza de museo. Podría valer hasta un millón de dólares.

—Sí, estaba muy orgulloso de aquel coche. El señor Pindero era todo un caballero. Si lo conocieras sabrías a qué me refiero. Era como un catedrático de universidad.

—¿Sí? Pues yo tengo un vecino que es catedrático de universidad y no me fiaría de él ni para que fuera a buscarme la ropa a la tintorería.

—Eres muy gracioso, Mickey —dijo Ingrid sin dar la menor muestra de que aquello le hiciera gracia—. Un día de éstos alguien se tomará en serio las cosas que dices.

—De momento no parece que eso ocurra —le comenté.

Se tocó el pelo y sonrió. Estaba a punto de probar una nueva manera de abordar el tema.

—Aunque sólo sea por curiosidad femenina, tengo que saber lo que le ha pasado al señor Pindero, Mickey. No me gustaría que le hubieran hecho daño o algo así.

—¿No hay ningún otro motivo?

—Sé que tú puedes encontrarlo. Seguro que conoces a alguien especializado en seguirle el rastro a las personas desaparecidas. Te pagaré lo que quiera que cueste, y también te pagaré a ti el tiempo que emplees.

—Tú no tienes que pagarme nada, Ingrid. Somos viejos amigos, ¿no?

—Perdona. —Extendió una mano y me tocó la mía—. No querría ofenderte por nada del mundo. Ha sido una estupidez por mi parte. Pero necesito que guardes este asuntillo como un secreto entre tú y yo.

—¿Pindero? Tendrás que darme todos los detalles que puedas recordar.

—Lo he apuntado todo —dijo Ingrid al tiempo que me pasaba una hoja de papel—. Temía que dijeras que tú no hacías esa clase de cosas..., derecho penal.

—Derecho penal, derecho mercantil, la ley de Gresham; desde que empezó a mordernos la recesión aceptamos cualquier cosa que se presente.

Miré el papel. Un nombre y la dirección de una empresa falsa. Yo ya había visto todo eso otras veces: el número de teléfono me conduciría hasta un taciturno camarero de barra del centro de la ciudad que sabría dónde conseguir de todo, desde bencidina hasta una insignia abollada. Y ahí acabaría el rastro. No habría muchas pistas que seguir. Lo más probable sería que el tal Pindero fuera algún sinvergüenza que no le hubiera dado una respuesta cierta a nadie en toda su vida. Yo tengo una larga lista de tipos así en mi abultada carpeta de honorarios sin pagar: dan un nombre falso, un carnet de identidad falso, una tarjeta de la seguridad social falsa, tienen cuentas bancarias bajo nombres inventados y un pasaporte panameño, billetes y una Magnum sin número de serie almacenada en la caja de un banco dispuestos para der Tag.

—Haré lo que pueda —le dije a Ingrid.

—¿Y no le dirás a Zach que te he dado esas notas?

—No.

¿Notas? No había ninguna nota. No había apuntado nada en absoluto. Lo había impreso en algún tipo de impresora láser de lujo. Ni siquiera había membrete ni firma alguna. No había nada que relacionase a Ingrid con la anónima hoja de papel, como ella debía de saber muy bien.

—Dime sinceramente, Ingrid. ¿Has arreglado todo esto, lo de hacer que tu marido me pidiera que viniera aquí, a Aspen, sólo para pedirme a mí que te busque a Pindero?

—Claro que no. Qué tonterías dices. —Apartó la mirada de mí. Nunca podía mirar a los ojos cuando intentaba ocultar algo. Ingrid siempre había sido así—. ¿Todavía practicas cada día, Mickey? —me preguntó.

Tenía ganas de conversación.

—¿Practicar? ¿La abogacía?

—La abogacía. —Se echó a reír—. No, el zapateado. El baile zapateado. Antes te levantabas temprano y practicabas dos horas en aquella tarima que tenías en el garaje.

—Nunca hice eso.

—Sí que lo hacías. —Se echó a reír de nuevo—. Tu familia se quejaba del ruido que hacías al zapatear. Ellos me contaron que los despertabas a todos.

—Qué va. De todos modos, eso fue hace muchos años. Dejé todas esas cosas mucho antes de entrar a formar parte del colegio de abogados.

—Vale.

Sonrió y arrugó la nariz.

Ingrid me conocía muy bien: ahora los dos habíamos contado nuestras mentiras. Ella sabía que las notas de sobresaliente alto que yo había sacado en

las clases de zapateado habían tenido un efecto duradero en mí. Incluso ahora que me había convertido en un abogado de mediana edad continuaba haciendo mis ejercicios rutinarios de zapateado cada mañana y acariciaba el sueño secreto de llegar a ser profesional.

—¿Más café? ¿No te ha gustado el salami? Es importado de Italia, auténtico. ¿Quieres una galleta de chocolate casera?

Me fijé en una fotografía de nuestra clase del instituto que estaba colgada en la pared de la cocina. No era un original, era una de las fotocopias que Budd Byron había enviado a modo de felicitación navideña hacía un año o así. Ingrid había cortado la tira donde él había escrito el saludo a mano. El modo como aquella borrosa fotografía estaba montada, con un marco realmente bonito, decía mucho acerca de la nostalgia de Ingrid.

—Sólo un poco más de café.

Aquello era como en los viejos tiempos. Era difícil de creer que yo estuviera allí con ella. Cuántos años habían pasado desde la última vez que yo estuve sentado enfrente de Ingrid así, mirando aquellos grandes ojos de color avellana y aquellas mejillas de profundos hoyuelos, oyendo aquella risa contagiosa, idolatrándola y observando cada uno de sus movimientos. Ella trajo la cafetera y una lata grande que contenía las galletas. Cogí una.

—No has cambiado, Ingrid —comenté—. Estás tan joven y tan guapa como siempre.

Soltó otra de sus alegres risitas.

—¡Me encanta esa manera tuya tan irlandesa de dar coba! —dijo ella.

Las galletas estaban estupendas.

—¿Las haces tú?

—Yo ayudo a hacerlas. —Así que supuse que las habría hecho algún miembro del personal de la cocina: quizá el chef especializado en galletas. Ingrid también cogió una, y al tiempo que la mordía me dijo—: Ojalá yo entendiera más de negocios. Zach me hace firmar un montón de documentos, y a veces no tengo ni la más remota idea de qué tratan.

—No deberías hacer eso —le recomendé, pues salió a la superficie el abogado que había en mí.

—Toda clase de empresas de locura situadas lejos de aquí, en países de los que ni he oído hablar. Millones y millones de dólares por el valor de unas mercancías transferidos a mi nombre que a continuación yo tengo que transferir a otra persona. Supongo que eso forma parte del modo de hacer negocios hoy día, ¿no?

Se le notaba en la voz una mezcla de orgullo y ansiedad.

Parecía como si sólo quisiera que la tranquilizase. Pero ¿estaría bien tranquilizar a alguien que quizá estuviera metiéndose hasta el cuello en negocios ilegales? ¿Tranquilizar a una persona a la que amas, quiero decir?

Todavía estaba tratando de decidir qué decirle cuando de pronto la puerta de la cocina se abrió violentamente. Un viento frío se interpuso en nuestro acogedor tête-à-tête. Era Goldie Amez, que se veía muy fuera de lugar con un abrigo azul oscuro de gran ciudad. Había copos de nieve en el elegante sombrero de fieltro de la avenida Madison y más copos que le formaban unas hombreras sobre el abrigo. Enganchado en el bolsillo superior llevaba el siempre presente teléfono móvil.

—¿Señora Petrovitch?

Tenía la voz ronca, como si el aire frío se le hubiera agarrado a las amígdalas; se le veía la cara enrojecida y los ojos empañados en lágrimas.

—¿Qué pasa, Goldie?

—El señor Petrovitch ha entrado en el quirófano con la yegua. Ha telefoneado. Voy a traer a doce hombres a las cuadras. No quería que usted se preocupase si los veía rondando por aquí.

—¿Hombres? ¿Para qué?

—Mis hombres, señora Petrovitch. Tipos de seguridad. El señor Petrovitch quiere que saquemos todo el pienso y lo carguemos en un camión. No quiere que lo hagan los hombres del rancho.

—No lo entiendo —dijo Ingrid.

—Tendremos que registrar las habitaciones donde duermen los hombres del rancho. Puede que pongan algún impedimento; mis muchachos pueden encargarse muy bien del asunto, pero yo no quería que usted se preocupase si se produce algún tipo de alboroto.

—¿El pienso?

—Hay un laboratorio de Denver que tiene a los analistas esperando. Vamos a llevar allí el pienso en avión y a recoger pienso nuevo que ya habrán analizado.

—¿A Denver?

—Está empezando a dar la impresión de que a Tía Jemima la han envenenado, señora Petrovitch. Su marido cree que pueden haber manipulado el pienso.

—¡Qué terrible! ¿Quién iba a querer hacer una cosa así?

—A mí se me ocurre mucha gente —dijo Goldie—. No es la primera vez, ¿verdad? —Se mordió el labio al darse cuenta de que aquélla no era la respuesta adecuada. Cuando se hablaba con la señora de Petey había que

hacer ver que a Petey lo quería todo el mundo. Arrastró los pies y me miró a mí—. Hola, Mickey —me saludó.

A Goldie siempre se le había dado muy bien meter la pata.

—Hola, Goldie.

—Bueno, será mejor que me ponga a trabajar —dijo Goldie—. El señor Petrovitch me ha encargado que le comunique que la llamará en cuanto pueda.

Ingrid sonrió con tristeza.

—Comprendo —dijo.

Desde luego, todos comprendíamos cómo eran las cosas. Cuando se trataba de una emergencia el viejo Petey llamaba a aquel forzado antes que a su esposa.

Goldie sonrió. Era la sonrisa confiada de un hombre al que no pueden despedir de su empleo. Durante un momento me dio la impresión de que quizá hubiera estado escuchando detrás de la puerta, pero Goldie no era así. Goldie era el tipo de hombre que habría llenado la casa de micrófonos.

—Iré a casa del doctor Wilson, Goldie —le indicó Ingrid—. Yo misma conduciré el Jeep.

—Como usted diga, señora Petrovitch.

Cuando Goldie hubo salido los dos nos quedamos allí sentados sin decir nada. Luego Ingrid se acercó mucho a mí para poder susurrarme al oído.

—Todo es culpa mía —me dijo—. Soy mala.

—¿Qué has hecho?

Me rodeó con los brazos y se apretó contra mí con fuerza. Me quedé sentado en la silla preguntándome si Goldie estaría espiando por la ventana.

—Soy muy mala.

—¿Qué? —repetí.

—Le di chocolate a Tía Jemima. Ya le había hecho daño otras veces.

—Por Dios, Ingrid —le dije; conseguí mantener la voz baja sólo a costa de un gran esfuerzo—. ¿Por qué lo hiciste?

—^-Porque a ella le encanta el chocolate. Zach le da terrones de azúcar. Yo supuse que un caprichito de vez en cuando no le haría ningún daño.

—¿Chocolate? ¿No sería mejor que llamasen al veterinario?

—No, Mickey, no. Él me mataría. Tú no sabes cómo puede llegar a enfadarse Zach. Le he dicho que hacía semanas que no me acercaba a Tía Jemima. Si lo descubriera...

—¿Qué haría?

—Cosas terribles.

Tal como lo dijo me dieron ganas de llorar por ella.

Me quedé allí sentado hasta que Ingrid me soltó. De pronto se puso en pie y dijo con viveza:

—Tengo que ir con él. ¿Quieres ir a ver a tu amigo Vic? No quiero que piense que no le hacemos caso.

—No es mi amigo —le indiqué—, no es más que un cliente. Apenas lo conozco.

—¿Ah, sí? Pues habló muy bien de ti. Piensa que eres el abogado más listo de la costa. Dijo que os habíais hecho muy amigos y que te confiaría cualquier cosa.

—¿Vic Crichton dijo eso?

—Eres un hombre raro. ¿Por qué se te hace tan difícil creer que la gente te tenga afecto?

La miré. No dije nada.

—Marca el nueve cuando quieras la cena. La cocinera te hará un bistec o algo así. Pídele lo que quieras.

Se miró en el espejo y se ahuecó el cabello.

—Creo que deberías llamarlos y decirles lo del chocolate —le recomendé.

A Ingrid se le ocurrió otra idea.

—O coge el Audi; las llaves están en ese gancho de ahí. Pásatelo bien en la ciudad. ¡Lo que sea! Te veré por la mañana. Mickey, siento todo esto. Y estoy segura de que Zach también lo siente.

## CAPÍTULO 6

No era lo mismo que alojarse en casa de unos amigos. Había cierta clase de perfección en casa de Petrovitch que le quitaba gracia a la cosa. La sirvienta que me acompañó arriba, a la *suite* de invitados, llevaba un delantal almidonado y hablaba en susurros. Era un pequeño apartamento con litografías, flores y una colcha antigua de retazos; todo sumado daba la impresión de que uno pasara la noche en un museo de arte popular.

Desde la ventana contemplé a Ingrid, que cruzaba apresuradamente el patio y se subía a un Jeep Cherokee de color negro que tenía una larga antena de teléfono de coche y la marca del rancho Petrovitch pintada en la puerta. Llevaba puesto un abrigo de pieles a rayas. Era uno de esos abrigos de pieles que parecen falsos, porque los de pieles auténticas no tienen éxito en Aspen.

Hacía frío allí afuera y la nieve caía densamente, flotando en el viento para formar remolinos y cubrir los caminos recién barridos con nuevas capas de nieve. Supe qué hacía frío por las nubes de humo vaporoso que emitió el motor cuando Ingrid arrancó. Divisé a Goldie de pie a la entrada de los establos. Se había puesto unas gruesas botas de caucho, el upo de calzado que llevan los hombres que friegan los quirófanos después de una operación. La saludó solemnemente cuando ella pasó a su lado y luego cruzó el patio; sin duda se dirigía al lugar donde sus muchachos estaban revolviendo el alojamiento de los trabajadores del rancho. Cuando llegó al punto en que la capa de nieve era profunda empezó a caminar pesadamente al tiempo que se sujetaba el faldón del abrigo para que no arrastrase por la nieve.

Corrí las cortinas, subí el termostato y luego llamé por teléfono a Danny. Tuve suerte; estaba en casa.

—Danny, ¿te acuerdas de ese chico chiflado que intentaba colgarte aquella chatarra de Studebaker el mes pasado?

—Es mi mejor amigo —repuso Danny poniéndose en guardia.

—Vale, de acuerdo. Bueno, ¿no dijo que su padre se dedicaba a reconstruir coches de época?

—En efecto.

—Danny, estoy buscando a un tipo que tiene un Packard Darrin descapotable de color azul. Es un individuo viejo. Es él quien conduce el coche. Debería estar en un museo, pero va por ahí conduciendo ese cacharro restaurado. Supongo que un automóvil así llamará mucho la atención, ¿no es cierto? Telefonea a unos cuantos amigos, a ver si alguno lo ha visto. Si consigues localizar a ese tipo te ganas cien pavos.

—No tienes que pagarme nada —repuso Danny malhumorado.

De tal palo tal astilla.

—Pero a lo mejor tú tienes que pagarle a alguien. Estoy seguro de que podréis encontrarlo. Hay que ponerle gasolina, revisarlo, llevarlo al garaje, encerarlo y cuidarlo.

—Haré lo que esté en mis manos.

—¿Puedes ponerte a ello enseguida? Durante el fin de semana, me refiero.

—¿Desde dónde llamas?

—Estoy en Colorado. En Aspen.

—¡En Aspen! Hay que ver qué suerte tenéis algunos —dijo Danny—. ¿Has visto a alguna estrella de cine?

—Cien dólares —le repetí, por si acaso se le había olvidado lo de la recompensa. ¿Olvidarse Danny de cien pavos? Eso me gustaría verlo.

—¿Así que no comeremos juntos en el bufet libre el domingo que viene?

—No, lo siento, Danny. Pero tendremos que posponerlo para otro día.

—No importa. Supongo que tú estarás ahí por algún asunto de trabajo.

—Sí, es cosa del trabajo. Lo dejaremos para el fin de semana que viene. A lo mejor a Robyna le apetece venir con nosotros.

Robyna también... aquél era el mayor sacrificio, y Danny lo sabía.

—Packard Darrin. Te lo encontraré. Y conservaremos los cien dólares en la familia.

—Ya te he dicho que lo siento. —Yo nunca sabía con certeza cuándo Danny me quería sacar de quicio—. Escucha, almorzaremos en el bufet del Beverly Hilton el domingo que viene.

—Con Robyna.

Se iluminó con aquella idea. El almuerzo en el bufet libre del Beverly Hilton era su preferido, y Danny, mi muchacho, era una autoridad en materia de almuerzos de esos de «todo lo que puedas comer».

—Claro. Reserva mesa. Pero que no esté demasiado cerca de la comida.

Danny siempre pedía una mesa que estuviera bien cerca de la comida.

—Vale —convino—. La reservaré bien temprano, para que seamos los primeros en cortar las tartas y lo demás.

—Desde luego. —¿Qué clase de muchacho es este filósofo? Empieza a hablar de comida, se emociona y dice que sí a todo—. Déjame un mensaje en el contestador. Por ahora, adiós.

—Adiós, papá.

Al colgar el teléfono oí un ruido, como si alguien anduviera moviéndose por el pasillo. Crucé la habitación, abrí la puerta y salí al rellano. Toda la casa estaba a oscuras excepto el tenue resplandor de las luces de emergencia de la escalera. Tuve la impresión de que había alguien allí cerca, escuchando y mirándolo todo, pero no vi a nadie. Me quedé muy quieto. Aquélla era una casa grande y laberíntica con escaleras que crujían y un reloj que daba las horas. Permanecí de pie allí parado mucho rato, pero no hubo movimiento alguno en ninguna parte. Por las ventanas entraba la luz de la luna que se reflejaba en la nieve, de manera que todo estaba poco iluminado y bastante espectral.

—¡Mickey!

Saliendo de entre las sombras como el fantasma del padre de Hamlet, y con una voz el doble de lastimera, apareció Victor Crichton. Llevaba puesta una bata de seda decorada con dragones chinos y zapatillas de noche con sus iniciales bordadas.

—Ahora iba a buscarte —le dije. Me pregunté si habría estado él escuchando a mi puerta.

—¿Quieres una copa?

Le seguí hasta su habitación. La cama estaba toda arrugada, con las sábanas retiradas y un montón de papeles de negocios esparcidos por la colcha.

—No, no quiero una copa. Parece que estés grogui.

—No voy a volver a comer comida mejicana nunca más —me comentó—. Estoy a base de antibióticos.

—Han cancelado la cena. Los dos han ido a la ciudad a visitar a un caballo enfermo.

—¿Cuánto tiempo hace que conoces a esta gente?

—Mucho.

—Ojalá nunca me hubiera metido en esto.

—No te hagas el inocente ultrajado, Vic. Sé lo de *sir* Jeremy y su pasaporte nuevo.

—A mí no me relaciones con ese asunto —dijo Vic bastante enojado—. Esos cabrones me engañaron para que les siguiera el juego, exactamente igual que te engañaron a ti.

—En la fiesta...

—En la fiesta yo estaba muy borracho. Y te diré por qué estaba tan borracho. *Sir* Jeremy acababa de soltarme que yo me quedara en la línea de fuego mientras él se daba el piro.

No le creí, y supongo que se notó.

Víctor continuó hablando:

—¿Has visto lo que han montado Petrovitch y *sir* Jeremy? ¿La empresa peruana?

—Cuéntamelo.

—Lo pondrán todo en manos de personas interpuestas, que luego se desharán de todas esas posesiones mediante acciones al portador. El capital principal pasará a personas sin dinero de Lima y luego, por medio de las acciones al portador, montarán allí una empresa. Sin pagar impuestos en ningún momento de la transacción.

—¿Por qué Perú?

—Todos los paraísos fiscales caribeños han dejado de ser lo que eran. Washington ha amenazado de forma tan enérgica a esos gobiernos que ya nadie los utiliza.

—¿Tenéis una empresa en Perú?

—Un pequeño banco provinciano que *sir* Jeremy adquirió medio regalado. Resultará útil para la organización en sí.

—¿Y tú cederás las propiedades necesarias?

Supongo que aquello era legal. Los tipos como Víctor saben cuándo hay que mantenerlo todo dentro de la legalidad.

—Sí, y la señora Petrovitch hará lo mismo por la otra parte. Todo está a nombre de ella, —según me ha dicho Petrovitch.

—Odio las acciones al portador —le comenté—. Pueden perderse o las pueden robar, y no hay recurso posible.

—No hay otra alternativa. —Se dirigió al otro lado de la habitación. Daba la impresión de que los dragones rojos de la bata se hubiesen puesto a rugir.

—Me parece que deberíais pensar en alguna otra alternativa —le dije—. Si alguien se apodera de esas acciones al portador, todos vosotros perderéis un montón de millones.

—Si se incluyen las propiedades inmobiliarias, asciende a casi cien millones de dólares.

Se sentó en la cama, como si se sintiera débil. Sacó unas tabletas de un frasco y se las tragó acompañadas de un sorbo de agua. Después, con un movimiento furtivo, metió la mano debajo de la almohada.

—¿Qué tienes debajo de la almohada, Vic? Ésta es la tercera vez que haces eso.

Levantó la almohada y dejó a la vista un revólver. ¡Oh, no! Otro no. Se volvió hacia mí.

—No me gusta lo que veo en esta casa. Me siento mejor con una pistola debajo de la almohada.

—¿A qué te refieres?

—Escucha, ojos azules. Lo que te he contado es lo que Petrovitch dice que está planeando. Pero podría hacerlo todo con mucha más elegancia si hiciera asesinar a su esposa en el momento oportuno. Además, siendo como es uno de los principales socios de la empresa que actúa en ese negocio de formar otra empresa, ella quedaría cubierta por el plan de seguro colectivo. Y eso le proporcionaría a Petrovitch otro par de millones extras.

—¿Matar a la señora Petrovitch? ¿Eso te lo ha dicho Ingrid?

—¿La señora Petrovitch? Ni siquiera conozco a esa mujer. En lo único que me baso para decirlo es en la reputación de Zachary Petrovitch.

—Intenta descansar, Vic —le recomendé—. Puede que te esté subiendo la fiebre.

Se quitó las zapatillas de sendos puntapiés, se deshizo de la bata y se metió en la cama. Tenía la cara muy blanca, como si hubiera visto a un fantasma o un vampiro se hubiera dado un banquete a su costa.

—Puede que sí —me dijo—. Hablaremos mañana.

—No habrás estado comiendo chokolatinas, ¿verdad?

—Soy alérgico al chocolate. Hace que me salgan sarpullidos.

—Asegúrate de que está puesto el seguro antes de quedarte dormido —le advertí.

De pronto sentí ganas de salir de aquel lugar y estirar las piernas. Un filete en cualquier tasca ruidosa del centro de la ciudad sería preferible a permanecer sentado en aquella mansión llena de crujidos intentando aclararme con todo aquel volumen de notas ininteligibles que había tomado en el ordenador portátil.

Cogí el Audi y me adentré en la ciudad. Las calles estaban abarrotadas de visitantes. Se me había olvidado lo que podía ser Aspen un sábado por la noche cuando la capa de nieve en polvo es profunda. Me arrastré de bar en bar hasta que encontré un lugar que me había gustado en otros tiempos, antes de que lo decorasen para que pareciese el apartamento de Sherlock Holmes en la calle Baker. Había brillos y oropeles por todas partes, como si se les

hubiera olvidado quitarlos en Navidad, sólo que para la gente que tiene un lugar así todos los días son Navidad.

Los clientes iban vestidos en su mayoría al estilo *cowboy*. No como los vaqueros de verdad: nada de camisas sudadas y tejanos llenos de manchas, sino a ese estilo *cowboy* a base de seda y satén que Hollywood inventó para los cantantes allá por los años treinta. Había cuatro músicos delgados de pelo largo: violín, contrabajo, teclado electrónico y una vocalista femenina con mucho maquillaje blanco. Tocaban *Country and Western* y hacían buena música, pero el volumen con que salía por los amplificadores era suficiente para hacer temblar los tímpanos.

—¡Mickey! —Era alguien a quien yo conocía de la facultad y una de las mejores amigas de mi exmujer, Betty. Tengo una memoria terrible para las caras. La conocía bien, había cenado en mi casa muchas veces, pero... ¿cómo se llamaba? ¿Fluffy? ¿Fifi? ¿Francés?—. ¿Te acuerdas de mí, cariño? ¡Felicity! —Bueno, yo casi lo había acertado—. Felicity Weingartner. ¿Te acuerdas? De la universidad.

—Claro que me acuerdo, Felicity. Dime, ¿no nos conocimos en la Universidad del Sur de California? ¿De qué promoción eras, de la del cuarenta y cinco?

—¡Cerdo! —Soltó una risita estridente, pero el alto volumen de la música se la tragó. Se inclinó hacia mí y pasó un brazo por debajo del mío del mismo modo que si fuera a coger una jarra de cerveza y empezar a cantar una canción de borrachos—. Me recuerdas, ¿verdad que sí?

Una camarera llegó y se puso a revolotear cerca de nosotros, expectante.

—Ya lo creo, Felicity. Siéntate y tómate una copa conmigo.

—Ya me he tomado una.

Levantó un vaso que llevaba en la mano e hizo sonar los cubitos de hielo que se encontraban en su interior. Había estado bebiendo, pero no tanto como para estar en modo alguno borracha. Era una mujer de buena presencia que medía un metro ochenta; llevaba puesto un vestido azul marino con mangas acampanadas. Alrededor del cuello tenía una cadena de la que colgaba un enorme signo del zodiaco de oro. Tenía el pelo castaño corto y rizado y lucía un bronceado dorado, unos dientes muy blancos y una sonrisa fija, como de chiflada. Era bastante mona.

—Pues tómate otra —le indiqué.

—Sólo una Coca-cola. Bebo demasiado últimamente.

—*Whisky* irlandés con hielo y una Coca-cola —le pedí a la camarera—. ¿Qué estás haciendo en Aspen, Felicity? Creía que trabajabas en el cine.

—Trabajo en el cine. Vinimos aquí hace dos semanas para rodar en la ciudad. Es un pueblucho. Todavía nos faltan tres exteriores por rodar: Denver, una cabaña de montaña y luego una estación de tren o algo así. Me muero de ganas de marcharme de aquí.

—¿Qué haces en el cine? —le pregunté, más por educación que porque sintiera curiosidad.

—Creía que a ti no te gustaba el cine —me contestó. De modo que de verdad se acordaba de mí. La camarera me dio el *whisky* y puso una lata de Coca-cola fría sobre la mesa junto con un vaso que contenía hielo. Felicity tiró de la anilla y comenzó a beber directamente de la lata. Así es Aspen.

—Sí, bueno, no suelo ir mucho al cine —confesé—. Prefiero los vídeos, porque puedo levantarme y hacerme un café o un sándwich, y tengo la oportunidad de volver a ver la misma secuencia si no me acuerdo de qué iba.

—Vídeo. Eso es como comer caramelos sin quitarles el papel. El vídeo es para los viejos.

—Últimamente me estoy haciendo viejo con mucha rapidez, Felicity, y ésa es la verdad.

—¿Me estás tomando el pelo? ¡Viejo! —Me dio uno de esos puñetazos que hacen que te salga un cardenal—. Yo me dedico a los efectos especiales: explosivos, humo y todas esas cosas.

—Sí, ahora lo recuerdo —mentí—. Eso debe de ser realmente interesante.

—Se habla con el director. Se conocen lugares y gente.

Y con estos negocios de exteriores se hace dinero. Este rodaje es una semana de seis días y muchas noches de trabajo. Y eso supone una buena pasta. Y a mí ahora me hacía falta: un hombre vino a llevarse mi BMW porque yo no pagaba. ¿Te lo imaginas?

Soltó otra de aquellas risitas estridentes. Debieron de oírla desde el otro extremo del local.

Me di la vuelta y miré. Había una docena o más de hombres ataviados con cazadoras de esas que se abrochaban con cremallera en la parte delantera y con gorras de béisbol; estaban apiñados en torno a una mesa que se encontraba cubierta de latas y botellas. La saludaron con la mano.

—¡Marchaos a hacer puñetas! —les gritó Felicity—. Son los del equipo —me explicó—. Un montón de borrachos vagabundos e inútiles. En la última película estuve con gente realmente estupenda. Nunca se sabe. —Se acercó la lata fría a la mejilla—. ¿Y a ti qué te trae por aquí, Mickey?

—El trabajo.

Eché una mirada por el local. Estaba abarrotado; incluso los que bailaban se movían entre apreturas. Se puede distinguir a los turistas de los que tienen una casa allí por el modo como llevan la cabeza. Los forasteros siempre van mirando a todas partes para ver si divisan a alguna celebridad, mientras que los que suelen pasar temporadas allí llevan gafas de sol y se esconden en los rincones oscuros. Y las personas que viven allí tienen todas arrugas en la cara, dientes de porcelana, cabello de plástico y relojes de pulsera de diez mil dólares.

—¿Trabajo? ¿De qué tipo?

—Me alojo en casa de un cliente; la casa está bajando por la carretera 82 —le expliqué. La miré mientras decidía si hablarle de Ingrid o no. Felicity conocía a Ingrid; ella había sido alumna de primero en la universidad al mismo tiempo que nosotros—. Sólo he venido a la ciudad a tomar una copa. Los clientes con los que me alojo tenían otras cosas que hacer esta noche, así que me prestaron un coche.

—Yo ya no uso coche en esta ciudad. ¿Has visto cómo multan a los coches que aparcan por aquí? Vivo fuera, cerca del aeropuerto. Puedes llevarme en coche hasta casa si vas en esa dirección. Así me ahorraré el taxi.

—Vale. ¿Seguro que no quieres una copa de verdad?

—Tomaremos la última en mi casa —me indicó.

—Me parece muy bien —convine—. Vamos.

—¡Calma, muchacho, calma! —dijo ella.

Sonreí y seguí bebiendo muy despacio; estuvimos hablando de naderías durante media hora. Sus achispados compañeros de trabajo nos vitorearon cuando nos vieron salir juntos. Nos abrimos paso entre la gente noctámbula del sábado y salimos a la calle. Felicity era una persona muy atractiva. Me pregunté si tendría suficientes viejos amigos con coche como para arreglárselas permanentemente sin tener que alquilar uno.

No me esperaba la fantástica casita que Felicity ocupaba. No era grande ni muy lujosa, pero en aquella ciudad —incluso en las afueras, cerca del aeropuerto—, si uno compraba una casa así sólo le devolvían calderilla de un millón de dólares.

—¿Qué clase de presupuesto tenéis para esta película? —le pregunté mientras me instalaba en el sofá tapizado de terciopelo y contemplaba los lujosos apliques de luz.

—No seas bobo. Esta casa no tiene nada que ver con la producción. Es de mi hermana, Sheree. Tú no la conoces, ¿verdad? Es una chica encantadora. —Felicity en realidad no quería decir «chica», sólo que no quería afrontar la

realidad de que ella era ya lo suficientemente mayor como para que su hermana fuese una mujer—. Su novio ha alquilado esta casa para ella, además de un elegante apartamento en Nueva York, por la calle Cincuenta, con vistas a Park Avenue, portero, calefacción y todos los recibos pagados. ¿Te lo imaginas?

—No me resulta fácil —dije—. A mí hace siglos que no me ocurre una cosa así.

—Pero ella tiene sus problemas. Su novio es caprichoso y exigente. Y es cocainómano..., bueno, no hace falta que siga, ¿verdad?

—¿Está casado, ese cocainómano caprichoso?

—Siempre dije que deberías haberte hecho detective.

—Ja, ja. Dame una copa.

—Prepáratela tú mismo, muchachote.

Se derrumbó en el sofá, cerró los ojos, sacó los pies suavemente de los zapatos y suspiró.

Me levanté y me acerqué al mueble bar estilo *art deco*. En los estantes recubiertos de espejo había toda clase de bebidas. Me serví un Manhattan que ya venía preparado y cogí hielo del frigorífico, que estaba empotrado debajo del fregadero. Con el vaso en la mano miré a mi alrededor. Sobre el piano había algunas fotografías, todas con marco de plata. Algunas eran fotos de grupo y otras eran de revistas satinadas, y siempre, en algún lugar de las fotografías, aparecían el mismo hombre y la misma chica, ambos guapos y sonrientes: Sheree, supuse, con su cocainómano.

—¿Vienes mucho a Aspen? —le pregunté—. ¿Incluso cuando no estás trabajando aquí?

—A veces, a esquiar; es una gloria esquiar aquí. Pero para la gente como yo resulta caro. —Se me acercó por detrás para ver lo que yo estaba mirando. Era la fotografía de un montón de gente agrupada alrededor de una tarta nupcial—. Ésa es Sheree, y ése es Frank Sinatra —dijo al tiempo que daba unos golpecitos en la foto.

—Sólo se ve un brazo —le comenté.

—Pues es el brazo de Frank Sinatra —insistió Felicity.

Di unos golpecitos en el punto donde se veía un retazo de traje de sarga azul y dije:

—¿Podría ser eso el culo de Michael Jackson?

—Eres un miserable cabrón, Mickey —me dijo ella sonriendo, aunque no lo suficiente como para dar a entender que no lo decía en serio.

—Es debido a la altitud —dije yo—. Al nivel del mar soy verdaderamente simpático. Descubrí el rostro sonriente de Zach Petrovitch en otra de las fotografías: una gran melée de invitados en algún tipo de función donde todos llevaban esmoquin, sonrisas fijas y tiaras—. ¿Conoces a ese tipo? —le pregunté.

Me miró como si yo estuviera loco. Como si estuviera contestando la gran pregunta en un programa concurso, repuso:

—Es Zach Petrovitch. Está casado con tu Ingrid. Claro que lo conozco.

¿Mi Ingrid? Oh, vaya.

—Es mi cliente. Ahí es donde me alojo.

Me senté y apoyé los pies en un cerdo de cuero relleno muy pulido. Crujió cuando lo hice.

—Eso me había estado preguntando yo. Ingrid me ha dicho que últimamente trabajabas para Petrovitch.

Se estiró en el sofá y permitió que se le subiera la falda, igual que hacen las mujeres lascivas en las películas.

—¿Tú los tratas?

—Claro. A temporadas he visto mucho a Ingrid. Durante un par de semestres compartimos habitación. Nos hemos mantenido en contacto, lo mismo que me mantuve en contacto contigo y con Betty. A mí me gusta conservar a los viejos amigos. Yo estaba con Ingrid el día que fue a ver a su astrólogo para consultarle si era conveniente o no que se casara otra vez.

—¿Y el astrólogo dio el visto bueno?

—No. El astrólogo le advirtió de que los signos eran realmente malos. Zach Petrovitch no es un Acuario auténtico: ha nacido en la cúspide. Eso forma parte del problema que tienen.

—Es una lástima —comenté—. Y nadie puede hacer gran cosa al respecto.

—Sí, eso parece. Últimamente no la he visto mucho. Ingrid abrió una cuenta en Gianni Versace mientras yo me veía quitándoles a mis vestidos preferidos la etiqueta de Saks, de modo que empecé a pensar que aquélla no era una relación sana para ninguna de las dos. ¿Sabes a qué me refiero?

—Se llama estado de ansiedad.

—Insistía en que fuéramos a comer a sitios muy lujosos, y luego no hacía más que mirar por encima de mi hombro para ver quién entraba. Me sentía bastante incómoda con ella.

Y supongo que a Ingrid le pasaba lo mismo conmigo. Nunca llegamos a pelearnos ni nada parecido; sigo llamándola de vez en cuando, y nos vemos

de tarde en tarde. Hace sólo dos semanas tomamos café juntas y vino a ver el rodaje, pero Ingrid ahora es diferente. Ya no es de nuestra clase. Tiene esa casa enorme carretera abajo e invita allí a todo tipo de celebridades, pero a mí nunca me ha invitado a ir, ni siquiera para tomar un café. —Se agarró los brazos y se abrazó a sí misma—. Parece que empieza a hacer frío aquí.

—Ingrid no ha cambiado —le dije—. Pero puede que esté un poco perdida.

—Contigo siempre podría hacer lo que quisiera. Tú estabas hechizado.

—Éramos jóvenes.

—Puede que no fuera acertado que se casase con Petrovitch; al menos si quería la clase de atenciones y cariño que nosotros dos sabemos que ella exige. Petrovitch es un individualista.

—¿Eso se lo has dicho a ella?

—No. Me alegré por ella. Estaban enamorados y él era rico y dueño de medio mundo.

—Parecen felices —le dije.

—Son de mundos diferentes; quieren cosas diferentes. —Felicity abrió el bolso y miró en el interior como si fuera a coger un cigarrillo. A lo mejor iba a hacerlo, pero si era así cambió de opinión: cerró el bolso y lo puso a un lado—. Cuando empezó a sentirse abandonada recurrió a mí, Mickey. La ayudé todo lo que pude, pero me dejó para el arrastre emocionalmente. —Puede que yo no pareciera convencido, porque continuó hablando—. Una noche, en Los Ángeles, vino a verme y me dijo que estaba asustada. Pasé media noche hablando con ella. Por fin se fue a casa contenta y tranquila, y durmió hasta mediodía; luego hizo que la doncella le llevase la comida a la cama. Estupendo, pero yo sólo pude pasar dos horas en la cama dando vueltas antes de irme a trabajar hecha polvo. No puedo ser su doble para asumir su desgaste emocional. Ingrid no comprende lo que a mí me supone eso.

—¿De qué estaba asustada?

—Estaba asustada de Petrovitch. Es una tontería, desde luego. La verdad es que Ingrid se ha convertido en una neurótica; necesita ayuda.

—Puede que se encuentre sola.

—Todos lo estamos. Tú lo tienes muy bien, siempre te queda tu encantador hijo.

—Ya no tengo a mi encantador hijo. Vive cerca de los estudios de la Paramount con una chica que se parece a Gloria Steinem. La última vez que fui a verle estaba blandiendo una Browning automática para explicarme cuánto le darían por ella. No tengo a mi hijo.

Felicity continuó hablando como si no me hubiera oído.

—Pero ¿qué tiene Ingrid? Cenas y comités de beneficencia.

—Tiene a su marido —sugerí yo a modo de tanteo.

—Vaya, muchacho, ésa es la respuesta de un hombre. ¡Un marido! Permite que te diga una cosa: su marido se lleva hojas de balance para leer en la cama. Me lo ha dicho Ingrid.

A mí no me caía bien Petrovitch, pero aquél no me pareció un comentario justo.

—Ese tipo se mata a trabajar para que ella tenga una tarjeta de oro que llevar a Rodeo Drive, y tú hablas mal de él.

—Habla con Ingrid.

—Estuve hablando con ella esta tarde —le dije.

—¿Te contó sus problemas?

—No —reconocí.

—Pues mira, a lo mejor tú eres la única persona a la que ella debería habérselos contado. Tú eres abogado. Te pagan por darle consejos a la gente.

—Gracias, Felicity. ¿Puedo darte media docena de tarjetas de visita mías?

—Vaya, vaya. ¿He tocado un nervio?

—¿Así que te dedicas a los efectos especiales? Eso suena interesante.

Felicity sonrió.

—¡No abuses de tu suerte, tío! En realidad llevo casi dos años desarrollando un tema. Hice que me escribieran un guión, incluso pagué el primer borrador, pero luego decidí que podía darle mejor forma yo misma. En la facultad cursé algunas asignaturas de periodismo y de lengua inglesa, de manera que sé escribir. ¿Efectos especiales? Diablos, no, eso es algo de poca monta. La próxima película voy a dirigirla yo.

—¿Dirigir? ¿Eres capaz de hacerlo?

—La mitad de esos imbéciles salen como directores en los créditos sólo por estar por allí mientras el equipo hace la película. Yo sé dirigir. Sí.

—¿Cuándo?

Yo no estaba convencido, y ella tampoco.

Se tiró del borde de la falda.

—Buena pregunta, viejo amigo. Cuando logre que alguien se emocione con mi guión. ¿Sabes cuál es el problema con Hollywood?

—Estoy esperando para oírlo.

—El nepotismo. Toda esa piojosa industria está abarrotada de primos, cuñados e hijos de los tipos que están en la cima. Si repasas los créditos de

cualquier película de las de ahora, te encuentras con los nietos de los tipos que dirigían la industria allá por los años treinta.

—No es tan fácil —le sugerí—. Hay mucha competencia, incluso para las personas que tienen la familia apropiada.

Tengo muchísimos clientes entre gente del cine. Pero pasar de ser un desconocido con un guión bajo el brazo a convertirse en director con unos cuantos millones de pavos para hacer una película es un salto que pocos de los aspirantes llevan a cabo. Yo esperaba que Felicity no fuera a pedirme que le retorciera el brazo a alguien a quien yo conociera.

—Y también demasiados muchachitos procedentes de las escuelas de cinematografía. Hasta la última y más piojosa universidad del país tiene una facultad de cinematografía, normalmente dirigida por algún memo que está suscrito a *Variety* y que aprendió lo que sabe de cine haciendo una visita turística a los estudios Universal.

—Deberías ver a los tipos que enseñan derecho —dije yo.

—Conocen todos los planos: «Cogeremos la escena del paraguas de Hitchcock, la secuencia del carrito de bebé de Eisenstein, el amanecer de David Lean, los jinetes de Peckinpah». El problema está en que no tienen ni una sola idea original en la cabeza; de lo único que saben es de ángulos de cámara.

—¿Puedo tomarme otra copa? —le pregunté al tiempo que me levantaba para ir a ponérmela.

—Demasiadas puñeteras persecuciones de coches —continuó diciéndome mientras levantaba la voz y agitaba en el aire el vaso vacío.

—Y pocas escenas de sexo y violencia —opiné yo cogiéndole el vaso y volviendo a llenárselo.

Felicity me miró durante unos instantes y dijo:

—Estás muy bien, Mickey.

—Si tú lo dices, Felicity...

—Fuiste a la universidad con una beca de fútbol, ¿no?

—Cuando me dicen eso en ese tono de voz, ya sé lo que significa: «Puedo creer que tengas suficiente poco cerebro, pero... ¿tienes bastante cuerpo para ello?». —Le di la copa—. Es cierto. Tuve suerte. Aquel año necesitaban gente en el equipo. El cuerpo de infantes de marina me había dado la patada con una mano lesionada después de diez meses de servicio. La Universidad del Sur de California estaba concediendo becas de fútbol, y como era un veterano al que habían dado por inútil para el servicio, toqué el punto débil del consejo y se apiadaron de mí.

—No tienes que justificarte. Lo he dicho sólo porque nunca te has parecido a esos petimetres futbolistas.

—Estuve en el equipo con Budd Byron. Él se pasó de ciencias políticas a estudiar teatro.

—Lo veo muchísimo. Trabajamos juntos en una película el verano pasado.

—Sí, no deja de trabajar.

—Es un actor estupendo y todavía conserva un aspecto maravilloso. Yo podría volverme loca por él.

—Afortunado Budd.

Di un sorbo de la copa y luego la dejé sobre la mesa. Ya no me apetecía. El estado de ánimo había cambiado. Cuando llegamos a la casa yo tenía la impresión de que Felicity apenas sería capaz de esperar el momento en que nos echásemos en la cama. Pero el momento había pasado.

Ella debió de adivinarme el pensamiento y quiso hacer un ataque preventivo.

—De verdad que me hace falta ir a dormir un rato.

—Sí, y ya es hora de que me vaya —observé—. Mañana por la mañana tengo una reunión con Petrovitch, y antes tengo que leer unos documentos.

Supongo que los dos estábamos poniéndonos tiritas en nuestros egos respectivos.

—Y yo tengo que estar en el lugar de rodaje a las seis y media. Hay que hacer un montón de preparativos, y tenemos un director de ocho años que coge unas rabietas terribles si le hacemos esperar.

La besé con decoro, un beso en cada mejilla, como hace la gente bien que ha estado en Europa. Luego volví en el coche a casa del ranchero Petrovitch. Hacía una noche maravillosa y las montañas resplandecían a la luz de la luna. No vi a nadie cuando aparqué el coche, pero se oyeron unos cuantos zumbidos cuando las cámaras de seguridad giraron, enfocaron y comprobaron quién era yo y adónde me dirigía.

Sólo era poco más de medianoche. No me asomé a ver a Vic Crichton, no fuera a ser que recibiera una descarga de plomo. Decidí trabajar media hora, y mientras tecleaba en el ordenador portátil oí ir y venir de coches. Mientras trabajaba no dejaba de pensar en Ingrid, tratando de decidir si ella era realmente feliz o no. No podía saberlo. Darle chocolatinas a la potra favorita de tu marido parece algo de lo que un siquiatra pueda sacar una saga completa. ¿Celos? ¿Odio? ¿Desenfreno? Me di por vencido y cambié el ordenador por el televisor. Sólo pude encontrar nieve electrónica. Puede que

en Aspen no hubiera programación nocturna. Me sentía cansado. Supongo que había caído en alguna clase de laguna generacional.

Me acerqué a la ventana y la abrí para respirar un poco de aquel aire limpio de Colorado. En la ladera de la montaña, como sartas de cuentas de ámbar, las luces de los Sno-Cats reptaban por las pendientes tapizando otra vez las pistas de esquí para la mañana siguiente. Cerré bien la ventana. Esa clase de aire fresco puede resultar excesivo.

Por fin me metí en la cama y me puse a leer un libro que encontré en el estante: Cartas escogidas de Ernest Hemingway, el escritor. ¡Oh, vaya, y yo que creía que los abogados teníamos problemas! Después de apagar las luces me quedé tendido en la cama escuchando gritar a las lechuzas y todo ese jaleo que produce la vida de la naturaleza en estado salvaje. Allá afuera, en las montañas de Colorado, todos los animales salen cuando se hace de noche; en ese aspecto es muy parecido a Los Ángeles.

Me despertaron unas voces. Al principio no pude oír lo que decían; los sonidos quedaban apagados por la profunda nieve. Pero reconocí las voces como la gente que vive en la montaña: Petrovitch e Ingrid. Luego oí decir a ésta:

—Puede que te encariñes demasiado con ellos.

Petrovitch respondió algo como:

—No voy a matarla de un tiro, y no se hable más.

Y luego la puerta se cerró y silenció las voces.

Casi estaba amaneciendo; probablemente ya habría amanecido de no ser por aquellas malditas montañas que impedían que llegase la luz. Supuse que se habrían pasado la noche sosteniéndole la pezuña a la yegua. En lugar de discutir por causa de los hijos discutían por los caballos; puede que aquellas regañinas respondieran a cierta necesidad que tenían. O puede que no. En cualquier caso, ¿a mí qué me importaba? Me di la vuelta, ahuequé la almohada de plumas y volví a dormirme.

A la mañana siguiente recibí la llamada de una especie de secretaria interna que me comunicó que los señores Petrovitch se quedarían durmiendo hasta tarde. Que yo podía coger el avión y volverme a casa. Se pondrían en contacto conmigo la semana siguiente, cuando me necesitasen. Vale, tíos, no me ofendo; todo está detallado en la factura. No fui a ver a Vic Crichton. Desayuné en el salón yo solo, mientras dos criados me servían café y zumo de naranja. Ante mí había un recipiente con un montón bien alto de ensalada de berros y pomelo, dos pastelillos de avena y *muesli* con yogur. Era delicioso y

sano, pero no pude evitar tener la esperanza de que en el avión sirvieran huevos fritos, bacon crujiente y salchichas de cerdo.

El hombre del gorro de lana llevaba puesta la parka Eddie Bauer con el cuello de pieles cuando me llevó al aeropuerto; pasó por el centro de Aspen, donde tenía que hacer unos encargos de vital importancia. Era un individuo taciturno y no le pregunté si Tía Jemima se había ido al gran hipódromo del cielo. Después de recoger un paquete del laboratorio y poner en el correo cierta correspondencia, nos dirigimos despacio entre el denso tráfico de Aspen hasta que nos dio d alto una especie de policía privado que blandía un cartel con la señal de *stop* y un *walkie-talkie*.

—Espere, amigo.

Las montañas no dejaban pasar la luz. El cielo gris a causa de las nubes cargadas de nieve hacía que las calles no tuvieran sombras y despojaba de color al mundo, excepto a la pequeña sección del mismo que quedaba dentro del campo de visión del equipo de cámaras. Un reflector. —La gigantesca clase de arco voltaico de carbono que los del mundo del cine llaman una bestia— inundaba para ellos la calle con un lago ovalado de luz amarilla y festoneaba las casas con un ribete dorado. La calle mayor de Aspen, que normalmente era una zona fija de ordenado aparcamiento de automóviles, ahora estaba llena de coches sembrados por todas partes, como juguetes olvidados a la hora del baño, excavadoras y furgonetas, caravanas y autobuses, camiones y grúas.

El centro de Aspen era una escena digna de contemplar. En un loco trastorno de la vida normal, estaban bajando en camiones nieve de la montaña y la descargaban en la calle desde los remolques de camiones volquetes que avanzaban despacio. ¡Estaban transportando nieve a Aspen! Aspen, cuyas calles, hasta la más insignificante de ellas, eran barridas y desprovistas de nieve cada noche: ¿qué clase de majaretas eran aquellos tipos del cine?

—Nada de coches; ninguno hasta que rodemos la toma.

—Sólo tardaremos diez segundos en pasar y marchamos —le dije.

El tipo sonrió y dejó al descubierto unos dientes rotos.

—Esto es mil ochocientos ochenta y dos, jefe. Nada de coches, ¿comprende? No podemos dejar que la cámara tome las huellas de sus neumáticos Michelin de bandas profundas, ¿no le parece?

La calle estaba abarrotada de gente: algunos llevaban ropa del vestuario de la película, muchos de ellos tomaban café y comían rosquillas que dispensaban en una furgoneta con un costado abierto que llevaba el letrero: «ABASTECIMIENTO DE EXTERIORES KING KONG». Habían tendido

raíles a lo largo de la acera, y en la plataforma rodante de la cámara un tipo barbudo con sombrero de pieles estaba inclinado para mirar por el objetivo. Dos poderosos empleados estaban flexionando los músculos, listos para tirar de la plataforma hacia atrás a lo largo de los raíles.

—¡Mickey! Mickey, date prisa. ¡Qué suerte! ¡Llegas justo a tiempo!

Era Felicity. Se había puesto una cazadora de aviador con el cuello de pieles. Llevaba en las manos dos vasos de plástico con café humeante. Sonreía y le brillaban los ojos, como si trabajar en la película le diera energía.

—¿A tiempo para qué?

Abrí la puerta del coche. Hacía frío allí afuera.

—Tómame un café y ven a ver cómo me gano la vida.

—Tengo que coger un avión.

—El avión esperará.

Me dio uno de los cafés.

—Tenemos película que enviar al laboratorio. El vuelo de Los Ángeles no saldrá hasta que la película esté a bordo.

—Tiene razón. No perderá usted el avión —convino el amigo del gorro de lana.

—El cine gobierna el mundo —comenté.

Pero salí del coche y eché a andar pesadamente por la nieve detrás de ella hasta un lugar donde se había dispuesto una fila de sillas plegables para los técnicos. El director estaba acurrucado encima de un taburete alto. Iba vestido completamente de negro: pantalones negros, botas negras, anorak negro, jersey de cuello alto negro y sombrero de pieles negro. Era un individuo grande para tener ocho años.

—Estate callado. Siéntate aquí. ¿Quieres más café? ¿Una rosquilla?

Me indicó una silla de lona con el rótulo «EFECTOS ESPECIALES» impreso en la tela.

Hice un movimiento negativo con la cabeza.

—¿Estás segura de lo del avión?

—Claro que estoy segura. ¡Mira! Mira el actor que está en el medio, el del Stetson grande. Están a punto de empezar.

Yo tenía docenas de clientes del mundo del cine. Ver cómo se rueda una película no era nada del otro mundo para mí.

—¿Dónde está el del enfoque? —le pregunté.

Felicity estaba al tanto de aquello.

—Es una toma en movimiento a la velocidad del paso. No necesitarán cambiar de enfoque; la distancia entre el actor y la plataforma rodante de la

cámara es la misma todo el tiempo.

—Humm —susurré; y me bebí el café humeante mientras uno de los ayudantes del director mandaba callar de un bocinazo a todo el mundo. Luego la script soltó su instantánea.

Polaroid y la enganchó con un clip en el libro para poner el punto.

Felicity se inclinó hacia mí y me dijo:

—Desde luego sería fantástico si lo consiguieran en una sola toma. Supone un montón de trabajo prepararlo. ¿Ves las otras cámaras? Ésta es una toma clave dentro del argumento, y el director quiere cubrirla desde muchos ángulos diferentes. En esta ocasión se trata de cámara muda; no hace falta que contengas la respiración. Como está tan cerca el aeropuerto es imposible grabar la voz en el mismo punto de rodaje.

—Bien, vamos allá. ¡Cámara! ¡Acción! —gritó el ayudante de dirección.

La plataforma rodante de la cámara retrocedió, manteniéndose siempre a unos tres metros de los tres *cowboys*, que salían con estruendo del saloon y cruzaban por la nieve sin dejar de soltar tacos y agitando los brazos en el aire, llenos de cólera.

—¡Sal, pistolero! —gritó el director.

Por la misma puerta, situada detrás de ellos, salió un hombre con un rifle. Se lo puso en el hombro, apuntó e hizo fuego. Oí el débil gemido de alguna especie de aparato controlado por radio. Luego me quedé estupefacto al ver cómo el cráneo del *cowboy* alto estallaba en medio de una densa nube de sangre. ¡Bang! Sesos, sangre y fragmentos de cráneo llovieron sobre la nevada calle mientras la figura se desmoronaba, agitaba los brazos y se desplomaba sobre la nieve incrustada de sangre.

Fue horrendo. La cabeza se le abrió de manera que la sangre de imitación, los sesos de color gris y los pedazos rotos del Stetson quedaron esparcidos por doquier. Durante un momento incluso aquellas endurecidas personas del cine parecieron quedar atónitas a la vista de aquel revoltijo; el director gritó de nuevo:

—¡Corten! Vamos a repetirlo otra vez. —Se le notaba enfadado cuando le dijo a voces al invisible tipo de efectos especiales que había provocado la explosión—: Alan, no quiero que se estropee el Stetson. Eso nunca ocurriría en la realidad, ¿no es así? ¿Podemos arreglar eso?

Felicity agitó una mano en el aire y el director asintió.

Una excavadora se acercó con estruendo y recogió la nieve manchada de sangre y los pedacitos de cerebro y de cráneo. Mientras un hombre de efectos especiales y una chica de vestuario ayudaban al actor a ponerse en pie, pude

ver que le habían puesto una cabeza falsa sujeta a una estructura que le habían montado sobre los hombros. Se trataba de un doble: en realidad era unos quince centímetros más bajo de lo que aparentaría en la película. A su lado había una muchacha que sostenía una cabeza nueva completa con una antena de radio que quedaría oculta por el Stetson. Un segundo sombrero, exactamente igual que el anterior hasta en la última mancha y la última arruga, estaba también dispuesto.

—Muy bueno, ¿eh? —me comentó Felicity—. Les dije que le pusieran un refuerzo al Stetson, pero a ese bobo de director le pareció que ya estaba bien sin refuerzo.

—Es asqueroso —convine yo. Hablé muy impresionado.

—Te has puesto blanco —me dijo Felicity. Emitió una risita satisfecha—. Me parece que realmente vas a disfrutar de tu desayuno en el avión.

—¿A qué clase de mente se le ocurre una secuencia así?

Le habría estado bien empleado a ella si yo hubiese vomitado allí mi ensalada de berros y pomelo.

—Estás un poco alterado, Mickey. Lo siento —dijo Felicity, sin que por el tono pareciera sentirlo mucho—. No sabía que fueras un tipo tan sensible, si no te lo habría advertido.

—Todos los futbolistas somos así —le aseguré.

Pero yo había captado algo en su voz que traicionaba la idea de que estaba encantada. Entonces supe que la noche anterior me había equivocado. Felicity se había sentido rechazada por el hecho de que yo me levantase y me marchase a casa, y a ella no le gustaba que la rechazasen.

Pero no estaba dispuesta a dejarme marchar tan fácilmente. Colgada de mi brazo, dijo:

—Anoche no pude dormir. Hiciste que me sintiera culpable... acerca de Ingrid, quiero decir. Nunca debí decir que era una neurótica. Puede que en el fondo yo estuviera un poco celosa. Iré a hablar con ella, le daré ánimos y trataré de prestarle un poco más de apoyo.

—Van a quedarse durmiendo hasta tarde. Anoche tuvieron un caballo enfermo —le comuniqué.

—No habrá vuelto a darle chocolatinas a Tía Jemima, ¿verdad? —Al ver que yo no respondía, Felicity continuó hablando—: Me juró que no volvería a hacerlo. Supongo que las cosas deben de andar mal entre ellos. Ingrid lo hace para castigarlo a él, desde luego.

—Estás haciendo un gran trabajo, Felicity —le comenté—. Ya nos veremos alguna vez en Los Ángeles.

Dejó que me metiera en el coche antes de responder.

—Sí, desde luego. —Y luego la oí decir en voz muy fuerte—: Puede que sí.

Una vez en el coche me recosté en el asiento de cuero y luché contra las oleadas de náuseas. Abrí la ventanilla y le dije adiós con la mano.

—¿Ha visto usted ese truco? —le pregunté al conductor.

—Sí. Estupendo, ¿no le parece?

—Quizá al señor Petrovitch le gustase bajar a echar un vistazo —sugerí—. Van a estar volando cabezas toda la mañana.

## CAPÍTULO 7

El viaje de regreso en avión desde Colorado no me resultó muy placentero, pero por lo menos iba en la dirección correcta. Cuando estoy trabajando y un cliente paga la cuenta, hago que mi secretaria alquile un coche para mí, pero esto se había planeado tan apresuradamente que cogí uno de esos autobuses de puerta a puerta para ir al aeropuerto, y después del vuelo de regreso salí del aeropuerto bolsa en mano y cogí el primer taxi que vi.

—¿Quiere ir a Woodland Hills?

Se lo pregunté porque algunos de esos tipos son muy melindrosos en lo que se refiere a meterse en los suburbios. Pero aquél incluso me ayudó con la bolsa de viaje; debía de estar pasando un momento de crisis o algo así.

—Claro, ése es mi tipo de hábitat. ^El taxista era un armenio bajo y gordo con bigote rizado de color gris, cara de preocupación y una palanca de cambiar neumáticos debajo del asiento. Vio la etiqueta que había en mi bolsa.

—Ha estado en Aspen, ¿eh? ¿Qué tal la nieve?

No sabría decirle, amigo. Yo he estado allí por asuntos de trabajo.

No quería que me tomase por algún imbécil rico que podía ir a Aspen a pasar el fin de semana, no fuera que pensase que iba a darle una propina con los ojos cerrados.

—¿Es usted agente de viajes?

Saltó al asiento del conductor, aceleró el motor y arrancó como si estuviéramos haciendo el circuito de Indianápolis.

Me sujeté con fuerza cuando dio la vuelta sobre dos ruedas por la carretera de circunvalación que salía del aeropuerto.

—Soy abogado. He estado con un cliente.

—Abogado, ¿eh? ¿Y qué cree usted que hará el jurado? ¡Mire el tío ese!

Pegó un bocinazo, se pasó el semáforo en ámbar y arremetió colina arriba a toda velocidad.

—¿Qué jurado?

—El del juicio de Simi Valley. —Lo dijo como si yo fuera un visitante llegado de Marte—. Lo de los policías y el negro en Foothills hace un año. No

me irá a decir que no ha visto la grabación del videoaficionado.

—La he visto.

¿Quién no había visto las imágenes borrosas de aquella figura tendida en el suelo mientras los policías lo aporreaban? La paliza a Rodney King ocupó la franja horaria de mayor audiencia en la televisión. Todos los locutores del mundo cobraron por hablar del asunto bajo los focos.

Cuando nos adentramos en el tráfico y tuvo que amoldarse a la velocidad del mismo, el taxista se recostó en el asiento.

—Hace poco tuve un pasajero que acababa de llegar de Taiwan. Un oriental que hablaba un inglés perfecto, casi sin acento. Lo primero que me preguntó es qué pasaba con esos policías a los que estaban sometiendo a juicio. Y ese tipo se pasa todo el tiempo viajando. Me contó que habían pasado el vídeo en todas las emisoras de televisión del mundo.

—Supongo que sí. Incluso en Aspen.

—¿Ah, sí? ¿Cree que le pagan derechos a ese tipo cada vez que utilizan el vídeo?

—No estoy seguro.

—Bueno, ¿y cuál cree que será el veredicto?

—Nunca me aventuro a hacer predicciones sobre veredictos; es más seguro adivinar qué harán los caballos en Santa Anita.

—No culpables. Tome usted nota de mis palabras. Ése será el veredicto.

—¿Usted cree?

—¿Y usted es abogado? Pues claro. No culpables. Ya sabe lo que dice la ley. Es un delito resistirse a un agente que intenta detenerte. Lo dice el código; someterse, dice. Si te resistes a que el policía te ponga las esposas, éste puede aporrearte hasta dejarte sin sentido. Eso es lo que dice la ley, jefe. ¿Va a decirme que estoy equivocado?

—La ley dice que puede ejercerse una fuerza razonable hasta que se somete al detenido —le expliqué.

El taxista asintió sabiamente con la cabeza; ya había tenido antes aquella conversación.

—Vale. Puede que a usted le guste o puede que no, pero es la ley de este territorio. No hay manera de que el jurado pueda llegar a la conclusión de que esos policías son culpables. ¡Ni hablar! Usted es abogado y lo sabe.

—Nunca se puede saber lo que hará un jurado, créame.

Pero no dio muestras de haber oído mi advertencia.

—Tienen que hacer la ley de ese modo. Un policía a menudo está solo en el coche cuando se enfrenta a un delincuente. No hay manera de que un

policía que se encuentra solo pueda ponerle las esposas a un tío enorme si el tipo en cuestión está determinado a que no se las pongan. No hay manera, a menos que pueda aporrearlo hasta dejarlo sin sentido si se resiste.

—Fuerza razonable —puntalicé—. Eso no quiere decir que puedan aporrear a nadie hasta dejarlo sin sentido; han de limitarse a emplear una fuerza razonable.

No me escuchaba. Era igual que todos mis clientes. Vienen a pedirme consejo y nunca escuchan lo que les digo. El taxista continuó hablando.

—¿Quiere usted que vayamos por la carretera de la costa o por la 101?

—Lo que usted diga.

—Vamos a probar la 101. Sí, ese tipo es culturista. A veces llevo a esos tipos en el taxi, pero cuando noto que es uno de esos tíos musculosos el que me hace señas para que pare, no me detengo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Por qué? —Levantó la voz. Vencido por mi ignorancia y necesidad, se volvió en el asiento para echarme otra ojeada—. ¿Bromea usted? Porque un negro con la complexión física del hotel Bonaventure probablemente habrá logrado su larga tarea de construcción de músculos a expensas del gobierno, por eso. —Nos metimos de pronto en una serie de socavones—. No sé cómo les permiten tener todo ese material de gimnasio en la prisión. Culturismo... ¡una mierda! Todos esos presidiarios deberían estar arreglando las carreteras... ¡Mire ese hijo de perra!

El coche dio otra sacudida.

—¿Cómo es que sabe usted tanto de derecho? —quise saber—. Me refiero a lo de esposar a los delincuentes.

—Los taxistas tenemos que conocer la ley. Permítame que se lo diga, mi hijo es policía y es duro ser policía en esta ciudad. Vale, algunas ciudades son aún peores, pero ¿sabe usted a cuántos policías de Los Ángeles se han cargado en los últimos diez años? Mi hijo tiene veintiún años. Le supliqué que no se hiciera policía, pero él dice que quiere ayudar a la gente. Mi mujer se preocupa todas las noches por el muchacho. ¿Ha visto usted las cifras que la oficina del Fiscal del Distrito de este condado le proporcionó a la revista Time para que las publicara? Tenemos trece mil asesinos empedernidos paseando por las calles de esta ciudad... y muchos de esos gorilas son recién llegados de Asia, recién salidos de la jungla.

—Fue una mujer —le dije al recordar el informe de la revista— la que derribó a aquel tipo por exceso de velocidad y por conducir bajo los efectos

del alcohol; fue una mujer, agente de Homicidios, la que empezó todo ese asunto.

—Dios mío. —Se estremeció—. Y bien que me alegro de que ninguna hija mía patrulle por esas calles de noche. Si viera usted las cosas que yo veo cuando hago el turno de noche. Camellos, pervertidos, sicópatas. Preferiría que fuera señorita de compañía de veinticinco dólares en Dreamland. Hay gente ahí fuera en las calles que mataría por el precio de una dosis. ¿Ha estado alguna vez en Little Phnom Penh, en Long Beach, la zona camboyana?

—He oído hablar de ese sitio —le dije.

—No se le ocurra acercarse por allí; es un campo de batalla. Las bandas gobiernan el barrio. Hay tiroteos desde coches en marcha a diario. Nadie está a salvo allí.

—Es por la próxima salida —le indiqué.

—¿Qué? Oh, claro, no se preocupe. Conozco bien Woodlands Hills. Éste es un barrio agradable. Hay buenos colegios y gente decente. Gente blanca europea y respetable, no como todos esos inmigrantes extranjeros de mierda que tenemos en el centro de la ciudad. Tiene usted suerte.

Cuando llegamos a mi casa se estaba haciendo de noche, pero el sol tiene derecho a visita en el sur de California, de modo que lo vemos regularmente. Di la vuelta a la casa, lo que hizo que me sintiera bien, y salí al porche a contemplar la puesta de sol, a oler mis pequeños naranjos y a escuchar el tráfico que bajaba ruidosamente por la autopista.

Me cercioré de que la señora Santos, mi asistente mejicana que en realidad es de Colombia, le hubiera dado a *Rex* la lata de comida. Aunque el recipiente de agua no estaba vacío, le puse más agua. *Rex* se puso a menear el rabo.

—Es bueno estar en casa, *Rex* —le dije. El animal sonrió y bebió un poco de agua sólo para mostrarme que la necesitaba.

Me senté en el gran sofá de cretona con un vaso helado de una de esas cervezas sin alcohol bajas en calorías. Tenía una selección de cervezas en la puerta de la nevera y me iba abriendo camino entre ellas. Un día dejaría el alcohol del todo. La policía se estaba poniendo dura últimamente con los conductores borrachos y los tribunales daban la impresión de que se distinguieran por las sentencias punitivas.

Y en realidad algunos de aquellos brebajes sin plomo se podían beber. Ñam, ñam.

Apreté el botón del contestador para oír los mensajes. Todo era cosa de rutina excepto un largo mensaje de Jo-Anne, una chica agradable con la que

yo había estado saliendo desde el día de Acción de Gracias, cuando la conocí en una barbacoa en Palos Verdes. Trabajaba de agente de bolsa, y el mensaje decía que se iba a Chicago el lunes por la mañana a visitar a su madre y que volvería a mediados de semana. Últimamente nos lo habíamos tomado bastante en serio, pero en aquel momento yo no tenía ganas de hablar con ella. Encontrarme con Ingrid de nuevo me había producido una sacudida como nunca hubiera creído que fuera posible. Yo no estaba dispuesto a explicarle nada de aquello a Jo-Anne. Ni la más comprensiva de las mujeres acepta que la pongan en la lista de espera porque yo hubiera estado tomándome una taza de café con una mujer casada que me había dado calabazas hacía más años de lo que ninguno de los dos quería recordar.

No hacía ni media hora que había regresado a casa cuando sonó el timbre de la puerta. Era un poco tarde para visitas sociales. Miré por la mirilla con los ojos entornados y encendí la luz que iluminaba el porche de la entrada. La luz pareció sobresaltar a aquel tipo, que dio un respingo hacia atrás. No era nadie a quien yo conociera. Abrí la puerta hasta donde permitía la cadena de seguridad.

—Soy amigo de Betty, su esposa —me explicó el tipo que estaba ante la puerta.

Aquel personaje debía de haber estado por allí cerca, en un coche estacionado; me habría visto llegar y habría esperado un poco. ¿Habrás visto? Descubrir con qué clase de tipos se relaciona la exesposa de uno da mucho que pensar. Aquel individuo de pelo engomado, que llevaba un puro entre los dientes e iba ataviado con un traje elegante y una pajarita de nudo prefabricado con estampado de flores, procedía directamente de Central Casting: el manager de boxeo convertido en delincuente de una película en blanco y negro de serie B que quiere que su muchacho baje en picado.

—Soy amigo de su esposa —repitió con acento de Nueva York—. No tiene por qué asustarse.

Se sacó el puro de la boca y me dirigió una sonrisa nada convincente.

—¿Asustarme? Me siento aliviado —le dije—. Le había tomado por un cazatalentos.

—Sí, bueno, en realidad me gustaría hablar de dinero con usted —me explicó; y esperó a que yo quitase la cadena y le pidiera que entrase en la casa.

—Usted dirá.

—¿Quiere dejarme entrar?

—Tengo un perro que es una fiera —le advertí—. Y aún no le he dado de comer.

Tiene usted que darle a Betty más dinero —empezó a decir—. No puede pasar con lo que usted le da, y no puede trabajar.

—¿Por qué no puede trabajar?

—No es una mujer fuerte, usted ya lo sabe.

—No tengo noticias de nada por el estilo —le dije—. Créame, Betty es muy fuerte. Puede que no tenga músculos, pero es una de las mujeres más fuertes contra las que he luchado nunca.

—Déjese de comedias —me exigió—. No puede pasar con ese dinero, y usted tiene que darle una cantidad en metálico de toda esa pasta que va a sacar por la venta del bufete.

—Lárguese —le pedí.

—Diez mil.

—Váyase de aquí. Haré que le detengan por pedir dinero bajo amenazas.

—Ya me dijo ella que era usted un gilipollas.

—Mire, amigo, si cree que la pasta que le doy a ella cada mes no es suficiente, puede usted darle un poco de su propio dinero.

—Diez mil, y ella no volverá a molestarle nunca más.

Se quitó el puro de la boca y le dio unos golpecitos para tirar la ceniza al suelo.

—Le he dicho que se largue.

Y cerré la puerta.

¡Bum, bum! Mi visitante comenzó a propinar una sucesión de golpes a los paneles de la puerta. No era muy buena: a lo largo de los años habían forzado la cerradura tres veces, y una de las bisagras estaba en muy mal estado. Y aquel tipo era corpulento, una verdadera apisonadora.

—¡Déjeme entrar! —estaba gritando mientras aporreaba la puerta de manera que toda la casa temblaba.

Me imaginé que en cualquier momento la cola de los paneles de la puerta cedería y aquellas grandes manos pasarían a través de la puerta para agarrarme. ¿Dónde demonios estaba Rex? Siempre iba a esconderse cuando le necesitaba.

—¡Rex! ¡Rex! —le llamé en voz baja y confidencial—. Esto es un dieztrece, Rex, viejo amigo; el oficial requiere ayuda.

Ni rastro del chucho. Aunque sólo fueran un par de gruñidos y un ladrido habrían supuesto un respaldo.

A falta de Rex, tenía que arreglármelas para calmar a aquel maníaco antes de que me echase la casa abajo. Le grité:

—Deje de dar golpes y váyase de aquí, bola de sebo, o le volaré esas dos puñeteras cabezas. —Con eso logré captar su atención; muy bien—. Con esta Magnum —añadí, aunque lo único que yo tenía escondido detrás de la puerta era un sombrero para la lluvia y un certificado con fecha que me había dado el inspector de control de plagas y termitas.

Dejó de aporrear la puerta y se calló, puede que para dar una calada del puro. Luego me dijo a voces:

—Volveré, señor Murphy. ¡Volveré!

—Eso es, ha sido muy bonito, hagámoslo de nuevo —bromeé—. Váyase a casa y tómese las vitaminas.

Dios mío, ¿qué había hecho yo para merecer aquella vida en una gran ciudad? Entré en el salón familiar... Salón familiar, qué risa; la última vez que estuvo alguna familia en ese salón fue cuando mi asistenta trajo a sus primos y a su marido a quitar telarañas de los vericuetos más elevados de aquel techo catedralicio.

Me senté y con el mando a distancia pasé revista a los treinta canales que ofrece la empresa de televisión por cable. Luego estuve revolviendo entre las cintas de vídeo pero no encontré ningún musical de Hollywood que me apeteciera ver por centésima vez. Tenía hambre. Saqué un pollo *alia cacciatore* del congelador y lo metí con brusquedad en el microondas. No estaba mal; no era como la foto que venía en el envase, desde luego, pero hubo cierta emoción mientras yo rebuscaba entre aquella espesa salsa roja y me tropezaba con pedazos de aceituna, restos de tomate y algunos champiñones antes de descubrir la escurridiza pieza de pollo.

Después de comerme aquella condimentada mezcla me hice un café verdaderamente fuerte en la cafetera automática, me senté y saqué suavemente los pies de los zapatos mientras el café silbaba y burbujeaba. Últimamente parecía que estaba teniendo muchas discusiones. Éste no eres tú, Mickey, pensé mientras veía mi bulbosa y distorsionada persona reflejada en la oscura pantalla en blanco del televisor. Estás discutiendo con policías que cumplen con su deber, con bomberos que intentan salvar vidas, con la encantadora y guapa novia de tu hijo e incluso con los bienintencionados socios de tu querida exmujer. Pensándolo bien, puede que una Magnum no fuera tan mala idea. Y una pistolera colgada del hombro. Estaba aquella Browning que mi hijo Danny guardaba en un burrito a medio comer, o puede que alguna amistosa armería del barrio me vendiera una M60.

Miré el correo. Ya lo tenía en la mano. La señora Santos ponía el correo recién llegado —junto con su cuenta detallada— en la jarra de plástico de la cafetera eléctrica. Tenía que quitarlo de allí antes de hacer café. Y desde el mes pasado, la señora Santos había estado usando el ordenador de su hijo para imprimir las facturas: papel continuo y ese disparatado tipo expandido de letra que algunos de ellos hacen. La señora Santos no sabía leer, escribir ni hablar el idioma, pero con aquel ordenador era una Horowitz cualquiera, y sus cuentas eran indiscutibles. No me malinterpreten; todos somos inmigrantes, y ella me cae bien. La señora Santos enseguida se pone al corriente de las cosas, y eso lo admiro; desde luego, a mí me estaba costando mucho tiempo adaptarme a la vida en los Estados Unidos de América. Si la señora Santos se presentase como candidata a algún cargo público, yo seguro que la votaría, porque si la pusiéramos en la Casa Blanca con el ordenador de su hijo, esta nación no continuaría teniendo un déficit de cuatro billones de dólares durante mucho tiempo, créanme.

El correo. Más cupones de dos por uno para los envases de tamaño gigante de piezas de pollo frito. Pero no soy capaz de terminarme uno de esos envases gigantes antes de que la piel se me ponga amarilla y yo me ponga melancólico. Un dólar de descuento por el nuevo lavacoche Lightfinger, y una y la única ocasión de invertir en propiedades inmobiliarias. La única carta auténtica, con la dirección escrita a mano, era de Danny. Decía «ENTREGAR EN MANO» en la parte superior y llevaba un sello que parecía haber sido despegado con vapor de otra misiva. La abrí. Había una hoja de papel oficial arrancada de un bloc y la fotografía, una Polaroid, de un bonito automóvil antiguo. En el papel amarillo Danny había escrito:

*Si éste es el que buscas, está en un garaje en Topanga Canyon. Pertenece a un tipo llamado Panter que hace años que lo tiene. No conduce mucho debido a que es demasiado valioso, pero todos los aficionados a los coches lo conocen. Tendré la dirección del dueño el lunes a última hora o, si eso falla, el martes por la mañana. ¿Dijiste cien pavos?*

*Tuyo,*

DANNY

Era una foto malísima, pero parecía un Packard Darrin, desde luego. Aquél era un coche valioso: si un Bugatti quisiera regalarle a un Ferrari un coche de capricho compraría un Packard Darrin. Intenté deducir dónde se

había tomado la instantánea, pero se veía tan poco fondo que era difícil estar seguro. Una palmera, un pedazo de acera con una raya amarilla pintada en el bordillo y una señal de tráfico al fondo. No era Topanga Canyon; puede que fuera Malibú.

Panter, Pinter, Pindero. Me quedaría con cualquiera de esos nombres. Esos tipos nunca se cambian el nombre de una manera drástica. Algunos conservan las mismas iniciales para que las camisas con el monograma bordado, los objetos de plata, los anillos de sello y los cepillos de plata para el pelo que poseen no den la impresión de pertenecer a otra persona.

De manera que me parecía que había dado con el señor Pindero. Seguirle la pista a aquel Packard Darrin había sido un disparo afortunado. Supongo que el tal Pindero estaba tan apegado a aquel cochecillo como yo a mi *Caddie* de época. Bueno, si quería desaparecer era una tontería mantenerse bien pegado a aquel coche. Los maniáticos de los coches enseguida se fijan en semejantes máquinas si circulan por las calles. Ir circulando por ahí en un coche que llama la atención no es la mejor manera de esconderse; es lo mismo que si a uno lo llama por su nombre en voz alta un botones en el Polo Lounge. ¿Topanga Canyon? Bueno, puede que eso tentase a un tipo que está sometido a presión y le hiciese pensar que aquél era un buen lugar al que irse para evitar que se fijaran en él. Valía la pena intentarlo. Eructé. Puede que sea mi obligación advertírsele a ustedes: el pollo *alia cacciatore* lleva un montón de ajo.

Estuvo lloviendo toda la noche, cosa que hizo que los mapaches lo pasaran mal. No me dejaron dormir, pues correteaban por todas partes y trataban de apoderarse de las ripias del tejado. Si estaban construyendo allí una especie de casa, yo tendría que hacer algo para desahuciarlos; son unos pequeños monstruos destructivos.

Cuando se hizo de día la lluvia había cesado, las nubes se habían roto y esparcido y brillaba el sol. Topanga Canyon une la 101 con la carretera de la Costa del Pacífico, pero no es como los otros cañones. Sus escarpadas paredes laterales son verdes y rugosas; todo resplandecía después de la lluvia. No se puede conducir por Topanga Canyon sin que a uno le vengan a la memoria aquellas películas baratas hechas cuando Hollywood descubrió, con bastante retraso, que había habido una guerra en un lugar llamado Vietnam. Las colinas están cubiertas de maleza y son muy empinadas, las carreteras son estrechas y tortuosas. Pero no todo es verdor. Se puede encontrar casi todo lo que se necesite en Topanga. Es una zona absurda: Sunset Strip servido al estilo campestre. Vendedores ambulantes de perritos calientes, desguazadores

de coches, anticuarios, fabricantes de sillas de montar, profesores de universidad, vagabundos y estrellas de cine, todos llaman hogar a Topanga.

Hay senderos que ascienden a ambos lados, y todos los cruces están adornados con docenas de letreros pintados a mano para ayudar a encontrar las casas de los que residen allí. Encontré un poste indicador que llevaba el nombre de Panter y señalaba hacia una carretera lateral bastante estrecha. Me hizo falta hasta el último centímetro cúbico del gran V-8 para hacer subir el *Caddie* por aquel empinado trecho de superficie resbaladiza, curva cerrada tras curva cerrada cubiertas todas de fango, hasta la cima donde Albert H. Pindero, por otro nombre Panter, se había escondido.

Mi *Caddie* es grande, y maniobrar por aquellas curvas mientras otros coches bajaban era una experiencia como para poner los pelos de punta. Había caminos de entrada a las casas cada pocos metros, para así añadir un poco de terror extra. Dos veces estuvieron a punto de echarme fuera de la carretera: en una ocasión unos muchachos en traje de baño que iban en una camioneta, y la otra una mujer con pelo ensortijado que iba en un Honda abollado y que estuvo a punto de chocar conmigo mientras yo estaba parado para preguntar el camino a un hombre que podaba los rosales. Me amenazó con el puño mientras pasaba tocando la bocina.

La cima de la colina estaba cubierta de denso bosque y había más cruces de caminos y más letreros, así como buzones abollados y herrumbrosos; eran de conglomerado y relucían a causa de la lluvia. Tenían el mismo aspecto que esas cuidadas estructuras abstractas que las compañías ricas de seguros encierran en los vestíbulos de sus sedes. Pero ninguno de aquellos letreros decía Pindero, ni tampoco Panter. Llegué al final de un camino sin salida y me encontré ante unas puertas anchas de hierro forjado de las que colgaba un aviso de «NO ENTRE, RESPUESTA ARMADA» y junto a las cuales había un cubo de basura vacío.

Apagué el motor, bajé del coche y respiré hondo. Miré a mi alrededor, pero los árboles y la maleza eran suficientes para ocultar cualquier casa cercana. Se había quedado un día magnífico. El sol caía oblicuamente entre los árboles y moteaba el suelo sembrado de rocas. En el aire flotaba un aroma picante de madera recién talada, y de algún lugar invisible llegaban los crueles gruñidos y jadeos de una sierra de cadena. Siempre se oyen ruidos de obras de construcción en esos cañones verdes. Casas a las que se les hacen ampliaciones, porches nuevos, piscinas, *jacuzzis*, cobertizos para coches y habitaciones para invitados.

Cuando fui a quitar el pestillo de la verja de hierro emergió un hombre de detrás de los árboles.

—Eh, oiga, ¿qué quiere?

Tendría unos cuarenta y tantos años, y llevaba puesta una camisa a cuadros nueva, unos pantalones vaqueros limpios y unas zapatillas de lona. De vista aguda, recién afeitado y noventa quilos de músculo. En mi libro decía que eso era un policía que hacía horas extras en su tiempo libre.

—Éste es un lugar precioso —comenté.

No mentía. El cielo era de un color azul intenso en lugar de caqui, el olor a savia y a eucalipto sustituía al de la contaminación y los pájaros cantaban en lugar de toser. Resultaba difícil creer que estuviéramos a sólo unos kilómetros de la gran ciudad de Los Ángeles. Quizá yo me trasladase allí cuando ya no tuviera que ir al trabajo cada día.

—Estoy buscando al dueño de un gran Packard Darrin antiguo —le dije.

El hombre tiró al suelo la colilla del cigarrillo, la aplastó en el barro con el talón y me miró.

—¿Para qué?

Yo sabía que si le decía que quería comprar aquel viejo coche le invitaría a que me respondiese que no estaba en venta; y eso pondría fin a la conversación.

—Me llamo Murphy. Soy coleccionista. Automóviles de época Murphy, de Bakersfield. Puede que haya oído usted hablar de mí. Poseo un ejemplo de elegancia aún mejor que el que tiene él. Una auténtica pieza de coleccionista, una joya. A lo mejor a su jefe le interesaría comprarlo.

—¿Tiene identificación?

—Una entrada del club Price pasada de fecha y una tarjeta Amex partida en dos pedazos.

Pasó por un portillo que había en la verja, se acercó a mí y me palmeó la chaqueta con aire desenfadado para ver si llevaba pistola. Me dio la impresión de que ya lo había hecho muchas veces. De cerca olía a cebollas fritas. No fue un cacheo muy concienzudo y lo agradecí: nunca me ha gustado oler cebollas fritas con el estómago vacío.

—¿Y quién es usted de verdad, tío? —me preguntó cuándo terminó de buscar la pistola.

—¿Quién se cree usted que soy? ¿La señorita de Avon? Eche una ojeada al coche en el que vengo. Soy comerciante. Coches antiguos, piezas dignas de museo. Le escribiré a usted lo que vendo. Y usted se lo enseña a su jefe.

Arranqué una hoja de un bloc y le escribí en letras mayúsculas de imprenta el nombre de un automóvil muy deseable.

El hombre cogió el papel y, antes de leerlo, se inclinó y echó un vistazo al interior de mi *Caddie*. Abrió la guantera para ver si yo almacenaba allí alguna pieza de artillería. Al no encontrar nada, cogió el álbum de fotos en el que yo había puesto parte de mi gran colección de fotografías de coches. Pasó las páginas rápidamente sin manifestar reacción alguna al ver aquellas maravillosas imágenes. Aburrido, dejó el álbum y miró en el asiento de atrás.

—¿Este cacharro es una especie de antigüedad? —inquirió al tiempo que se incorporaba. Me miró atentamente. Un doberman con cara de estar hambriento salió del bosque y también se quedó mirándome.

—Puede apostar el culo a que sí lo es —le respondí—. Este encanto es una antigüedad de 1959 que pasa de cero a cien kilómetros por hora en diez segundos. —Tampoco manifestó reacción alguna ante eso. Continué hablando —: Vaya a ver a su amistoso vendedor de coches del barrio del concesionario BMW, compre un 525i nuevo flamante y vea si ese reluciente montón de maquinaria importada es capaz de hacer una cosa así.

El hombre asintió. Al parecer lo había impresionado.

—Hasta ese punto es bueno, ¿eh?

—Puede apostar.

Mientras él leía lo que yo había escrito en el papel, aproveché para mirar a mi alrededor y me fijé en que varios de los árboles cercanos estaban desconchados, tenían muescas y algunos estaban adornados con dianas de papel salpicadas de agujeros de bala. Supuse que sería sólo para guardar las apariencias. Como sistema para mantener alejados a los intrusos resultaba muy recomendable. Recuperé el álbum de fotos y me cercioré de que aquel hombre no hubiera dejado huellas en él.

El tipo corpulento leyó la nota que yo había escrito, volvió a mirar el coche y luego sacó del bolsillo un teléfono portátil y comenzó a apretar botones.

—Tengo un tipo aquí fuera con un *Caddie* viejo y enorme, jefe —le dijo por el teléfono—. Dice que se llama Murphy.

Y que tiene un coche antiguo para vender. Dice que es mejor que el de usted. —Leyó lo que yo había garabateado en el papel—. Un Packard Twelve Special de 1933; cola Speedster, con carrocería hecha de encargo por Darrin. —Oí una especie de farfulleo ininteligible que esperé hubiera sido de admiración, y luego, sin apresurarse, el hombre corpulento quitó los pestillos de la puerta de la verja y la abrió de par en par—. Conduzca hasta la casa. —

Cuando yo ya estaba poniendo el motor en marcha, metió la mano dentro del coche, me agarró el brazo con fuerza y me hizo una advertencia—: Pero si le han enviado a usted para notificar algo, o si es detective o abogado, saldrá usted de aquí en ambulancia. ¿Entendido?

Como miembro de pleno derecho del colegio de abogados del condado me sentí negativamente discriminado. ¿Qué hacía un abogado irlandés de buen corazón en el final de las listas de popularidad? Ese puesto estaba reservado para los corredores de fincas y los políticos. Pero no le dije nada de eso a aquel tipo grandote. Sonreí y, dando unos golpecitos en el álbum de fotos encuadrado en piel, le dije:

—No se preocupe por eso, amigo. Cuando su jefe vea estas fotografías le va a hacer llevar ese viejo Packard que tiene al desguace más próximo para que lo presen.

La sonrisa torcida del hombre me indicó que no pensaba exactamente igual, pero me hizo señas con la mano para que pasara y me indicó un sendero fangoso entre los árboles. Dos dobermans jóvenes, en forma, muy bien cepillados y de lustroso pelo, salieron precipitadamente sin dejar de ladrar mientras yo pasaba junto a ellos, muy enojados por haberse perdido la ocasión de orinar en las ruedas de mi coche.

Al final del camino una casa de madera oscura encajaba perfectamente en aquel paisaje boscoso. Con ventanales y el tejado formando un pico poco pronunciado, era de esa clase de cabañas de montaña que sólo puede construirse en lugares donde nunca llega el invierno. A la puerta había aparcada una camioneta Ford nueva y un Jeep muy usado. Ni señal del Darrin, aunque había un garaje lo bastante grande para albergar uno. La puerta de la casa tenía un llamador de latón y un letrero en el que se leía: «CUIDADO CON EL PERRO». ¡A buenas horas!

—¿Hay alguien en casa? —grité desde la entrada.

No obtuve respuesta. Entré y avancé por el pasillo. Por una puerta abierta ví una estupenda cocina brillantemente iluminada por tubos fluorescentes. Había platos apilados en ambos fregaderos junto con envoltorios de cenas precocinadas, y el aire estaba cargado de olor carbonizado a pollo frito y café hervido. Aquel tipo también debía de haber cenado pollo *alia cacciatore*. Confié en que le hubiera gustado; yo todavía tenía el regusto del mío.

Caminé hasta el final del pasillo, donde éste iba a dar a una galería interior. Desde allí pude ver que aquella casa no era la simple estructura de una planta que parecía desde el exterior, sino que anidaba diestramente sobre la falda de la montaña. La puerta principal daba entrada al piso superior de un

edificio de tres plantas. Desde donde yo estaba podía asomarme a un gran cuarto de estar con alfombras de vivos colores y muebles de piel colocados frente a una imponente chimenea de piedra. El fuego no estaba encendido; sólo cenizas y leños a medio quemar era lo que quedaba de alguna remota conflagración. Al fondo de la galería había una escalera de caracol de acero inoxidable que conducía a la sala principal. Pero la pared de enfrente consistía principalmente en altas ventanas de cristales ahumados de color bronce, las cuales proporcionaban una impresionante panorámica de Topanga Canyon. Mucho más abajo pude ver coches que circulaban por la tortuosa carretera que llevaba al océano Pacífico.

Todo estaba hecho con muy buen gusto, con pinturas abstractas en las paredes y cojines con pedrería en el sofá, pero algo me decía que aquella casa había sido decorada para otras personas y para otra época. A lo mejor era alquilada.

O puede que se tratase de un cambio de llaves que lo incluía todo menos la esposa y los niños. A lo largo de la pared había un acuario de dos metros de largo muy iluminado, donde distintos peces tropicales de colores imposibles nadaban veloces jugando a perseguirse entre conchas y rocas.

Mientras yo seguía apoyado en la barandilla de madera de la galería apreciando todo aquello, una voz malhumorada dijo a mi espalda:

—¿Así que usted es Murphy?

Me di la vuelta. El lugar donde él estaba sentado se encontraba envuelto en la penumbra. Había colocado un escritorio a la sombra de un piano vertical, al fondo de la galería. Era un instrumento muy elaborado cuya parte frontal tenía algunos ornamentos tallados en madera de roble y cuyas teclas de marfil, que quedaban al descubierto como dientes amarillos, tenían un curioso parecido con el hombre que estaba sentado allí cerca, en el sillón giratorio. Oculto como estaba en las sombras, el hombre podía ver la habitación que quedaba debajo de nosotros y la magnífica vista que se apreciaba a través de las ventanas. Había un par de binoculares en un estante, sólo por si necesitaba ver algo más de cerca.

—Murphy. Sí, ése soy yo —le dije—. Me gustaría enseñarle un coche.

—¿Ese *Caddie* que está ahí fuera?

Tenía un pequeño monitor en blanco y negro en equilibrio sobre el escritorio, de manera que podía ver mi coche mediante una cámara de seguridad situada en algún punto del tejado. Debía de haber observado mi llegada.

—No, otro.

—¿Un Packard Twelve Special de 1933? ¿De cola Speedster, con carrocería hecha de encargo por Darrin? —me preguntó citando textualmente el mensaje que yo le había escrito.

—No exactamente —repuse yo titubeante.

—Bueno, ya me parecía a mí que la cosa no sería exactamente así —sentenció el hombre con una voz lenta y perezosa—. Porque un coche como ése no existe.

Sonó el teléfono. Era alguien a quien llamó Hamp. Estuvieron hablando un rato no muy largo acerca de si se encontraba cómodo y de pagar dinero mediante transferencia bancaria. Supuse que era el dueño de la casa que llamaba para ver cómo iban las cosas.

—En efecto, señor —dije yo cuando hubo terminado la llamada—. Quería llamarle la atención.

—Pues lo ha conseguido, tipo listo. ¿Quién diablos le envía? —Hubo un largo silencio—. ¿Petrovitch?

—Estoy aquí por mi cuenta.

—Entonces, ¿de qué chantaje se trata?

—De ningún chantaje. Soy un viejo amigo de la señora Petrovitch, un amigo íntimo. Ella estaba preocupada por usted. Me dijo que usted había desaparecido.

—Pues no he desaparecido; y la prueba es que usted me ha encontrado.

—Quería asegurarse de que se encontraba usted sano y salvo. Eso es todo.

—¿La señora Petrovitch? —Se frotó la barbilla—. Siempre tiene alguna nueva sorpresa para mí.

—Ingrid le considera a usted un amigo personal; estaba preocupada por usted. Averiguó que su apartamento de Wilshire había quedado desocupado y luego pudo hallar el rastro de esas empresas falsas que dio usted como referencia.

—¿Ah, sí? —Se puso en pie y avanzó hacia la luz.

¿Y a Ingrid le parecía que aquel tipo tenía aspecto de profesor de universidad? Hombre, yo llevo mucho tiempo fuera de la facultad, debe de ser eso. Era alto y delgado, un corpulento tipo del salvaje oeste pasado de moda, con un bigote que dominaba el rostro. Tenía el aspecto del típico hombre que vive solo: el mentón canoso y velludo de quien hace varios días que no se afeita, zapatillas deshilachadas y una camisa limpia de dril que había salido directamente de la lavadora y que nadie había planchado. Y tenía en el aliento la fragancia del hombre que vive solo; había estado bebiendo.

—¿Hace mucho que la conoce? —me preguntó; cogió la taza de café y bebió un sorbo. La otra mano la mantenía enganchada en un amplio cinturón de cuero que tenía la clase de hebilla de latón ornamental que venden en las tiendas del salvaje oeste.

—Mucho —repuse.

—Yo también. ¿Conoce usted a su marido? A su primer marido, me refiero.

—No —dije yo.

—Yo sí lo conocía. Estaba en la Universidad Estatal de Urbana; era el compañero de habitación de mi hermano. Cuando conocí a Ingrid ella estaba con Jack Piech. —Luego, de ese modo como los borrachos se ponen de repente sobrios y suspicaces, añadió—: ¿Qué es mucho tiempo? ¿Y qué opina usted de todo esto?

—Estuve con ella en la escuela secundaria —le expliqué—. En Alhambra. Ella vivía con su familia en la manzana de al lado. Me ha pedido que lo busque a usted, eso es todo. —Esboqué la mejor de mis sonrisas—. Y no opino nada.

De modo que aquel tipo conocía al primer marido de Ingrid; ella no me había dicho nada de eso.

El hombre asintió y se relajó durante unos instantes; volvió a adoptar la misma postura en el sillón giratorio detrás del escritorio. Éste crujió cuando él se sentó.

—De acuerdo. Sí, yo hice un pequeño negocio con su primer marido, Jack Piech.

—Nunca lo he conocido.

—Jack y su padre tenían una pequeña sociedad inmobiliaria. Debieron de ganar un montón de pasta. —Vació el café que le quedaba—. ¿Quiere un poco de café? Está en la placa, caliente. Coja una taza del gancho.

¿Por qué no? Me acerqué a la alacena, cogí una taza y me serví café. Era un brebaje oscuro que tenía un olor amargo. Cogí un cartón alto de Ralp's Mocha Mix Lite —con la mitad de grasa y la mitad de calorías de una mezcla de moca normal— y vertí una gran cantidad en el café junto con dos grandes cucharadas de azúcar. Aquel tipo no era de los que usan edulcorantes bajos en calorías.

—Venga aquí —me pidió; y cuando me acerqué al escritorio él ya le había quitado el tapón a una botella de Chivas Regal. Me echó un chorro de *whisky* en el café—. Le da un poco de sabor —me explicó; y se sirvió una generosa dosis en su taza.

Yo asentí y di un sorbo. ¡Puaf! Sabor ya tenía, pero desde luego aquel *whisky* era capaz de matar los gérmenes. Levanté la vista y sonreí.

—Desde luego, da en el blanco —le indiqué.

—Ya lo sé —dijo él; y dio un trago de *whisky* directamente de la botella. Trató de volver a ponerle el tapón, pero le costó hacerlo. Estaba borracho, aunque había pasado mucho tiempo aprendiendo a disimular los efectos—. Mire, aunque Petrovitch matase a Jack Piech, yo no quiero meterme en ese asunto.

Borracho y muy parlanchín. Yo había llegado en el preciso momento para oír un montón de cosas.

—¿Matarlo? —le pregunté. No respondió. Durante unos instantes pensé que había enmudecido. A los borrachos les pasa eso a veces: hablan como si no hubiera un mañana, y luego, de repente, se atascan como un motor lleno de arena—. ¿Cómo lo mató?

—¿No se lo ha contado Ingrid? Petrovitch se abrió camino en la sociedad de los Piech a base de dinero. Así es como se puso en marcha en el camino hacia el triunfo. Ganó cinco millones, según me contó Ingrid.

—¿Ingrid se lo dijo?

—Puede que no fuera Ingrid quien me lo dijera. Ella es más bien discreta en lo referente al dinero.

—No lo cojo —observé.

—No, el que lo cogió bien fue Petrovitch.

—¿Cómo?

—Con la sociedad inmobiliaria. No tengo que dibujarle un diagrama, ¿verdad? Abrieron un montón de cuentas falsas; siempre unos cuantos pavos por debajo de los cien mil con el fin de obtener el seguro federal. Luego prestaron los fondos basándose en la seguridad de las escrituras de los terrenos para futuros tratos comerciales. —Se detuvo como si estuviera agotado, pero otro trago de combustible volvió a ponerlo en marcha—. No tengo que decirle a un tipo listo como usted cómo funciona. El negocio de los terrenos se pone mal; las autoridades locales no conceden permiso para construir algún edificio grande de oficinas o unas galerías comerciales. La sociedad inmobiliaria se queda con las escrituras de un montón de parcelas de tierra que nadie quiere. El gobierno paga el seguro, los socios pierden un poco de pasta y Petrovitch se sienta a contar el dinero. El gobierno federal resuelve el lío de la deuda y se lo vuelve a pagar todo otra vez. Eso es lo que hacen esos tipos de Washington todo el día. ¿Se había creído usted que estaban para hacer leyes que protejan la Constitución o algo así?

—¿Y mató a Jack Piech?

—No me malinterprete. Piech disfrutó cada minuto del asunto hasta que vio que se estaban metiendo en el fango.

—¿Quién mató a Jack Piech?

Mi pregunta cayó en el vacío. La mente de aquel tipo seguía en piloto automático.

—Un bombón, ¿eh? Hasta la compañía de seguros más tonta sólo pagaría un tanto por ciento de las pérdidas aseguradas... sesenta centavos por dólar, o algo así; pero el tío Sam paga cien centavos por dólar. Límite: cien por cuenta. ¡Así que fijaron todas las cuentas en noventa y cinco de los grandes! —Se echó a reír—. Esos peces gordos de Washington tienen el ritmo de la Mafia en lo que se refiere al latrocinio.

—¿Mataron a Jack Piech?

Me miró y frunció el entrecejo mientras intentaba recordar quién era yo y qué podría estar haciendo allí. Luego, de repente, le vino la iluminación.

—Sí, sí, sí. A Jack había que liquidarlo. Jack iba a contarle toda la historia a los inspectores bancarios. Iba a ir con el soplo a los del comité. Jack y su padre habían vivido en aquel vecindario toda la vida. Eran los líderes de la sociedad del club de campo: cenas de quinientos dólares el cubierto para recaudar fondos para un hospital nuevo, un comité para comprar pinturas valiosas para el museo del condado. Puede que fuera todo demasiado fácil o que fueran muy religiosos o algo así, pero aquellos petimetres sufrieron un repentino ataque de remordimiento. Celebraron una confabulación familiar con Ingrid presente, y luego Jack e Ingrid volaron hasta Nueva York para darle la noticia a Petrovitch. Jack le dijo que los Piech iban a deshacer todo el tinglado. Que iban a devolver todo el dinero. Que iban a conservar la solvencia del banco.

Y que ellos poseían acciones suficientes para forzar la decisión.

Suspiró; la cabeza se le cayó hacia atrás y la boca se le abrió ligeramente. Permaneció de ese modo durante un rato y por un momento creí que iba a sumirse en el sueño producido por la borrachera. Luego emitió un potente eructo. Eso pareció despertarle.

—¿Qué le pasó a Jack Piech? —repetí.

—Un camión de cerveza le atropelló cuando cruzaba la Sexta Avenida. Murió de camino a Bellevue.

—¿Me está diciendo que Petrovitch arregló lo de ese camión?

—Desde luego, no lo arrastró para apartarlo del camino del camión. Pregúntele a Ingrid.

—¿Y luego Ingrid se casó con el hombre que había asesinado a su marido?

—Fue un accidente —me indicó con sarcasmo—. Petrovitch lo lloró profundamente, pagó el funeral y organizó una exhibición de pena y mortificación digna de ganar un Oscar. Consoló a Ingrid. ¿No es así como se hace?

—¿Quién le ha contado a usted todo eso? —quise saber—. ¿Se lo ha explicado su hermano?

—¿O fue Ingrid quién lo dirigió todo? Puede que ella engatusara a Zachary Petrovitch para llegar a un acuerdo con él. Puede que fuera ella quien animara a Jack Piech a meterse en el timo y luego, cuando Jack empezó a tener dudas, organizó una conspiración con Petrovitch para matarle. ¿A usted qué le parece? ¿Cree que la señorita podría llegar a ser tan intrigante?

No contesté. Noté que aquel hombre disfrutaba con la perplejidad que debió de reflejarse en la cara. Se hallaba en ese estado de ánimo en el cual sería capaz de decir cualquier cosa con tal de obtener una reacción.

Agitó un dedo ante mí.

—Pregúntele a Ingrid; ella lo sabe. A mí me costó bastante tiempo calarla, pero vaya si la calé. Es una damita peligrosa. Dispéñeme, ¿quiere?

Con una extraordinaria demostración de actividad, cogió el teléfono y llamó a alguien para preguntarle el precio de unas bujías y un silenciador. Era un individuo de los que telefonean siguiendo impulsos irrefrenables. Hollywood está lleno de personas así: hombres que no pueden estarse quietos sentados durante cinco minutos sin hacer una llamada telefónica.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —le pregunté.

—Yo antes era un asesino a sueldo. Ingrid intentó contratarme; le dije que no. No me meto en asuntos de familia.

—Déjese de tonterías y dígamelo. Quiero saberlo —insistí.

Levantó la vista y me sonrió.

—Ya se lo he dicho. Fui asesino a sueldo. Trabajé para la mafia. Así se conoce a un montón de gente influyente. Lo malo es que luego vuelve a perder uno el contacto con ellos.

Otra amplia sonrisa.

¿Por qué seguía yo perdiendo el tiempo con el parloteo de un hombre borracho? Aquel tipo estaba echando veneno, y yo no era lo bastante listo como para cerrar el grifo.

—Las cosas que está diciendo...

Pindero levantó una mano para hacerme callar. Se quedó escuchando por el auricular, escribió unos precios y luego colgó el teléfono. Después de un largo silencio, durante el cual se quedó contemplando el fondo de la taza de *whisky* como si intentase leer allí su futuro, levantó la vista.

—Así es como hace las cosas Petrovitch. Ése es el nuevo modo de hacer negocios. Rápido, sin obstáculos y sin demasiado papeleo. Se asesina a la oposición. —Se echó a reír—. Se les asesina. Fue un matrimonio hecho en el cielo.

—Está usted loco.

—No estoy loco. Ya lo averiguará usted un día de éstos. Es la gente así la que está haciendo que los pistoleros a sueldo nos quedemos sin trabajo. —Se removió en el sillón y me clavó una mirada intensa—. Usted dígame a Ingrid que no ha podido encontrarme. No pienso hacerle daño; dígaselo. Pero ella tiene que resolver sus propios problemas. —Me encontraba cerca de él; alargó una mano para agarrarme por el brazo, pero me aparté—. Nunca hay que meterse en peleas familiares. Primera ley de supervivencia, ¿verdad?

—¿Todo eso se lo ha contado el padre de Jack Piech?

A veces un pariente afligido quiere encontrar un chivo expiatorio y echarle encima toda su desgracia.

—¡No! Todo es como le he dicho. El padre de Jack le firmó el traspaso del negocio a Petrovitch. Ahora vive en un remolque en El Paso y le tiene miedo hasta a su propia sombra. Fui hasta allí para verle; apenas me habló. Estaba asustado. Insistió en que estaba contento con el trato que había hecho con Petrovitch, pero ese viejo se pasó todo el tiempo mirando por encima del hombro. Mientras estábamos sentados allí, en el remolque, vino un tipo a entregarle una dentadura reparada. ¿Se lo imagina usted? Después de toda la pasta que habían tenido, entonces ya no podía ni comprarse unos dientes postizos nuevos.

—¿Y cómo figura usted en todo esto? —le pregunté.

Me miró como quien mira fijamente una luz deslumbrante.

—Yo no figuro en ello; estoy retirado. Usted dígame a la señora Ingrid Petrovitch que estoy perfectamente. Pero no le diga a ninguno de los dos dónde pueden encontrarme. Pienso continuar perfectamente bien. No quiero parte alguna en el negocio de ella. Y si Ingrid acepta mi consejo desaparecerá también. No se puede luchar contra el mundo entero.

Olvidándome por un momento del sabor que tenía aquello, di un gran trago de la mezcla de café con *whisky*, chisporroteé y me puse en pie.

—Tiene usted un coche estupendo, señor Pindero —le dije—. Pero llama demasiado la atención. Si de verdad está escondiéndose del mundo, haría usted mejor en vendérmelo a mí y marcharse de la ciudad para siempre.

—¿De veras quiere usted comprarlo?

—Desde luego.

Muy lentamente, como si se lo estuviera aprendiendo de memoria, me dijo:

—Es puñeteramente llamativo. Tiene usted razón en eso. —Se tomó un poco de tiempo para arreglar unos lápices sobre el escritorio—. Estaría dispuesto a aceptar doscientos mil pavos por él.

—Vale más que eso —observé.

—¿Quién es usted, la madre Teresa de vacaciones? Sí, vale más, pero a mí no me conviene poner anuncios ni entenderme con los vendedores y todo eso. Usted tráigame doscientos de los grandes en metálico y hablaremos. Pero digo en metálico: billetes usados de cien dólares.

La idea de poseer una auténtica pieza de museo como aquel coche suscitó en mí una codicia de la peor clase. Con el dinero que iba a conseguir del trato con Petrovitch podría permitírmelo.

—Guárdemelo —le pedí—. Reuniré el dinero como sea, aunque tenga que solicitar otra hipoteca.

Sonrió al ver mi excitación. Yo no sabía si pretendía embaucarme o no.

—Usted tráigame el dinero en metálico. Pero no vuelva aquí de la mano de la familia Petrovitch.

—No. —No serviría de nada cerrar un trato con él en las condiciones en que se hallaba. Me dieron ganas de decirle que se espabilase la borrachera, pero yo sabía que ésa es una de las peores cosas que se le pueden decir a un borracho—. Odio a Petrovitch. Está en tratos para comprar ni bufete de abogados. Cuando hayamos liquidado el acuerdo, me mantendré bien alejado de él.

—Liquidado —repitió con desprecio—. ¿No le han enseñado a usted nada en la universidad? ¡Mierda! Se lo he explicado con la mayor claridad que he podido. —Levantó las manos como un maestro de párvulos que quiere dar ritmo a una clase—. Petrovitch no liquida los tratos. Liquida a las personas.

Desde el exterior me llegó un sonido como de ramitas al romperse. Supuse que sería el tipo de la puerta que estaba haciendo más agujeros en las dianas de papel. Puede que no estuvieran allí sólo para guardar las apariencias.

## CAPÍTULO 8

Me fui a mi casa de Woodland Hills y estuve comprobando algunas facturas recién llegadas. Después de abrir una lata de comida de perros para Rex le conté mi excursión a Topanga Canyon. Rex estaba enfadado porque no lo había llevado conmigo, pero le expliqué que allí había otros perros, unos monstruos grandes que podrían haberlo hecho pedazos. Rex meneó el rabo; comprendió que lo que le decía tenía sentido.

Encendí el televisor. Daban un debate sobre los padres que no pasan suficiente tiempo con sus hijos. ¿Y las madres que entran en la oficina de uno y fingen que van a tirarse desde el alféizar de la ventana?

Quitó el sonido. Mi televisor es uno de esos que tienen una gran pantalla de proyección. Las personas parecen de tamaño casi real. Con el sonido apagado proporciona compañía de amigos y vecinos sin que exijan comida, bebida y halagos. Me senté a contemplar aquel programa mudo. Un tipo con el pelo liso que llevaba un micrófono corría por todas partes ligero y alegre, seleccionando a unas madres y a unos niños entre el público, que se ponían en pie en el momento justo, abrían la boca y gesticulaban con los brazos. Era descansado mirar aquello.

Y pensé en el viejo de Topanga y en su precioso coche. A veces, cuando uno se aleja de un encuentro, lo ve todo desde una perspectiva diferente. Desde luego, Pindero estaba fuera de sus cabales, borracho como una cuba, pero eso no explicaba por qué se trasladaba de un sitio a otro borrando sus huellas y dando nombres falsos. ¿Y realmente habría querido Petrovitch empujar a Jack Piech debajo de un camión de cerveza? Aquello no eran más que disparates, pero casi todo es posible. Sólo tienen que sentarse en mi despacho una semana y se convencerán.

Yo había estado pensando mucho en Ingrid. La amaba. En realidad la adoraba. Incluso era reacio a salir de casa para hacer recados no fuera a ser que me llamase y yo no estuviera para contestar al teléfono. Ya sé que ésas son cosas de adolescentes, pero el reencuentro con ella había revivido toda la adoración que yo había almacenado durante años. Incluso la perspectiva de

hablar con ella bastaba para darme una sensación de bienestar. Llamé a Ingrid a la casa de Aspen.

—Me parece que he encontrado a ese individuo que querías —la informé cuando ella hubo pronunciado un cauteloso «¿Diga?» que me produjo un hormigueo en el cuero cabelludo.

—Debe de haberse equivocado usted de número —dijo ella—. Tenga la bondad de consultar la guía telefónica y no vuelva a llamar a este número.

Desde luego, Ingrid me había reconocido la voz. O estaba asustada o yo estaba muy equivocado. Muy, muy asustada, a juzgar por su voz. Y eso me produjo una sensación de náusea en el estómago. Ya saben lo que se siente cuando se ama a alguien desesperadamente y se presiente que esa persona se encuentra en un apuro de algún tipo.

Colgué el teléfono y me quedé allí sentado pensando en ello. Pobre Ingrid. Nadie más que yo comprendía cómo era ella en realidad: vulnerable e infantil. Hice café y estuve mirando un poco más la televisión. La programación era malísima; eso siempre me ayuda a pensar. Debates, más información acerca del juicio de Rodney King, una reposición de *Cosby* y luego las noticias. Subí el volumen. Dos tipos se habían colocado en primer plano al atracar una tienda de licores equipada con cámara de vídeo. ¡Ya nos veremos, muchachos! Un tiroteo desde un automóvil relacionado con las pandillas en South Central y un miembro del Ayuntamiento hablando de subir los impuestos sobre las ventas. Supongo que sería para pagar uno de esos lujosos viajes por el extranjero que solían hacer las personas nombradas por el alcalde. Apreté el botón para suprimir el sonido: a veces la vida es mejor sin sonido.

Sonó el teléfono. Rex ladró para demostrarme lo buen perro guardián de la casa que era. Siempre digo que lo voy a mandar a una de esas escuelas de adiestramiento para perros, pero no sé si Rex tendrá la puntuación adecuada en la prueba de aptitud escolar. Y, como me dijo él una vez que hablamos de ello: ¿acaso me gustaría a mí pasarme una semana con el Cuerpo de Infantería de Marina en Parris Island?

—¿Diga? —inquirí con cautela.

—Siento haberte colgado. —Se trataba de Ingrid, pero la voz le sonaba diferente. Debía de haberse ido a otro teléfono—. ¿Así que lo has encontrado?

—¿A Pindero? Sí, eso es —respondí—. No me ha sido demasiado difícil. Está bien, realmente bien. Pero no te comportaste con franqueza conmigo, Ingrid. No me dijiste que lo habías conocido en Chicago.

Hubo una larga pausa.

—Ya lo sé. Puede que hubiera debido contarte más cosas. ¿Qué te dijo?

—No te preocupes tanto, nena. No dijo mucho. Estaba como una cuba. Sólo me aseguré de que se encontraba bien, como me dijiste.

—¿Vas a verlo otra vez?

—Puedo hacerlo, si tú quieres que lo haga. No está demasiado lejos.

—¿Dónde?

Al principio tenía intención de no decírselo. Luego pensé que qué diantres.

—En Topanga Canyon. El único motivo por el que no habías podido encontrarlo es porque se hace llamar Panter. Y la casa tiene un letrero en el que pone Panter... en la parte del océano Pacífico de Topanga.

—Qué listo eres, Mickey.

—Fue fácil —le aseguré yo regodeándome en aquella cálida admiración—. Puertas de la verja de hierro forjado, cámara de televisión y una especie de guarda de seguridad rondando por el terreno. Pero logré convencerlo para que me dejara entrar a verle. Está bien; o lo estará cuando se recupere de la resaca. ¿Vas a venir a Los Ángeles?

—Sí. Vamos a quedar para vemos. Este fin de semana estaré en la ciudad. ¿Te iría bien el domingo, alrededor de mediodía?

Le había prometido a Danny llevarlo a almorzar al Beverly Hilton. Era un sitio elegante y sofisticado que ofrecía el mayor banquetazo de la ciudad, y a Danny le gustaba ir por eso. No podía decirle que lo dejábamos para otra ocasión otra vez. Así que dije:

—En el Beverly Hilton para un almuerzo a mediodía. Estaré con mi hijo, pero podemos hablar mientras él vuelve a llenar el plato. Lo hace muy a menudo. No tienes que reservar mesa, sólo ven y búscame detrás de un montón de bollos irlandeses.

—Eso es maravilloso —dijo Ingrid—. Gracias. No me has dicho qué te dijo el señor Pindero cuando lo encontraste.

—Pues lo que te he contado: no mucho, sólo que te conoció en Chicago. Debiste decírmelo, Ingrid.

—¿Por qué?

Yo ya estaba que reventaba por preguntarle si Petrovitch se encontraba con el primer marido de ella cuando murió, pero aquél no era el momento oportuno.

—No sé.

Ingrid tenía razón. No estaba sometida a juicio, ni siquiera era mi cliente. No tenía que decirme toda la verdad, ni tan sólo gran parte de ella.

—Eres un amigo maravilloso, Mickey. No hay nadie como tú, ni parecido. Te adoro de verdad.

—Sí, ya lo sé.

—El único amigo verdadero que tengo. Bueno, tengo que dejarte. Adiós.

—Adiós —dije.

Ingrid colgó inmediatamente el teléfono. Me pregunté adónde habría tenido que ir para encontrar un teléfono que pudiera usar con libertad. Pobre Ingrid. Yo estaba preocupado por ella.

Es un lamentable pensamiento acerca de la naturaleza humana el hecho de que mientras yo estaba enormemente preocupado por Ingrid y por su amigo Pindero, gran parte de mi mente había estado puesta en la perspectiva de comprar aquel magnífico Packard. Verán, es la clase de oportunidad que sólo se presenta una vez en la vida, y que a mí me llegase cuando estaba a punto de embolsarme una considerable suma de dinero parecía una señal del cielo. Era una pieza de museo; hasta soñé con aquel Packard.

El sábado, en lugar de acudir a una cita en Santa Mónica, por fin sucumbí a la tentación y me dirigí hacia Topanga. Cogí la carretera de la Costa del Pacífico. Desde aquel extremo se puede entrar en el cañón, y en un día bueno se disfruta de una fantástica vista del océano. Aquél no era un día bueno. Una capa de nubes altas dejaba el sol reducido a una mera luz gris sin sombras, mientras por debajo de esa capa otras nubes deshilachadas venían corriendo empujadas por el viento desde el océano hacia tierra adentro. En la carretera de la Costa del Pacífico hacía mucho frío, así que dejé puesta la capota del coche.

No me fue tan difícil encontrar la casa de Pindero esta segunda vez, pero las puertas de la verja de hierro estaban cerradas con uno de esos candados de acero de cincuenta dólares que resistió todos los esfuerzos que llevé a cabo para abrirlas. Así que dejé el coche, me encaramé a la valla y salté por encima con la intención de recorrer a pie el resto del camino hasta la casa. A los hambrientos perros dobermans no se les veía por ninguna parte, ni se oía ruido de obreros de la construcción. El viento había amainado, pero la persistente lluvia de toda la noche había dejado el suelo lleno de charcos, y olía a tierra mojada. Incluso allí, en la cima de la colina, la atmósfera estaba cargada y húmeda.

No había señales de vida por ninguna parte: ni camioneta Ford, ni Jeep. Empujé la gran puerta principal y entré. Aquel día la casa estaba más oscura y menos ventilada, y la cocina olía peor. Yo no necesitaba investigar más para deducir que Pindero había levantado el vuelo. Experimenté un hormigqueo

escalofriante de esos que le ponen a uno la piel de gallina, que es la manera ingeniosa que tiene la naturaleza de decirle a uno que está cagado de miedo. Incluso en aquella penumbra se podía ver que todos los muebles y trastos — hasta los mismísimos cojines— estaban intactos, pero no había ni señal de Pindero. El recargado piano seguía en el mismo lugar, y el acuario, aunque sin iluminar, burbujeaba como una botella de champán recién abierta. Había papeles arrugados por todo el suelo. Abrí uno; era una factura de la empresa que se encargaba de la basura. Esta vez se llamaba Pinter. No había fuego en la gran chimenea de piedra, sólo cenizas esparcidas de forma descuidada por todo el hogar y sobre la alfombra. Miré por la ventana de vidrios dobles. Mucho más abajo una larga hilera de tráfico serpenteaba por la carretera del cañón como una columna de hormigas.

Miré por todas partes por si había dejado alguna pista, alguna dirección a la cual enviarle las cartas que llegasen. Incluso tenía la esperanza de que me hubiera dejado un mensaje a mí acerca del coche, pero no había nada de eso. Quizá debería haber adivinado que me había estado llevando al retortero.

Volví al escritorio. En la pared de al lado había uñas tomas de corriente con tal revoltijo de enchufes eléctricos que le habrían causado un ataque de apoplejía al jefe de bomberos. Le di al interruptor de la luz y de repente se produjo un sonido discordante de animada música de piano a todo volumen. El sonido me atravesó de tal modo la cabeza que di un grito. Uno de los enchufes correspondía a la pianola, y el teclado había cobrado vida vibrando con un solo rápido de Scott Joplin. Lo apagué rápidamente; la música cesó y la luz se apagó. Dejé escapar un suspiro de alivio. El segundo interruptor que probé controlaba las luces del acuario. Los peces se despertaron sobresaltados, se pusieron a nadar veloces por entre las piedras cuidadosamente dispuestas y se acercaron al cristal para dedicarme obscenidades con la boca. Cogí el paquete de comida para peces y eché un poco para que se esparciera por el agua. Los peces se pusieron en posición vertical para engullirla.

Registré todos los cajones del escritorio. No había nada en ellos excepto unos bolígrafos de regalo de Citibank, un gastado diccionario de bolsillo Heritage al que le faltaba la tapa de atrás y, al fondo del cajón inferior, unos cuantos rollos más de pianola: Lehár, Gershwin y Strauss.

Quizá si yo hubiera sido un detective con experiencia habría detectado algo significativo en todo aquello, pero nada de lo que vi me decía nada excepto que Pindero —o Pinter, o Panter o como quiera que se llamase en realidad— había levantado el vuelo con cierta prisa. Tan súbita partida hacía

parecer que hubiera salido huyendo asustado; me pregunté si la causa de aquello habría sido mi visita.

Entré en la cocina y toqué los fuegos, como hacen en las películas. Estaban fríos. Había alimentos apilados sobre la mesa: dos paquetes de seis envases de Coors, un cartón de leche de cuarto de litro, una tarrina de margarina, un plato pequeño con una lata abierta de comida para gatos encima y una caja que contenía unos trozos de pollo frito. Ninguna de aquellas cosas estaba tan fría como si hubiera estado en la nevera hacía poco tiempo. Todo estaba pulcramente almacenado en una tapa de cartón, como si alguien hubiera limpiado el frigorífico antes de marcharse. Habían metido en el fregadero, listos para lavarlos, los estantes de vidrio de la nevera, que estaban manchados con cercos de comida derramada. Bonita manera de marcharse, señor Pindero, amigo mío. Resultaba evidente que no te habías especializado en ciencias domésticas.

Todo parecía estar bien y la cocina ronroneaba contenta.

Entré en el dormitorio. Habían arrancado del colchón la ropa de cama, unas sábanas y almohadas de color rosa con estampado de flores y aspecto caro, y la habían arrojado a la alfombra. Toda la habitación llevaba la marca del hombre que ha aprendido a hacer de ama de casa sin que le enseñe nadie. En la mesilla de noche, junto a la cama, había una lámpara y algunos libros de bolsillo que eran novelas de detectives, una de ellas a medio leer y puesta boca abajo. Al lado del libro había un vaso y una botella vacía de Chivas Regal junto con otras siete botellas llenas, de la misma marca, que se encontraban en una caja de cartón en el suelo, en un rincón. En unas perchas dentro del armario había camisas sin planchar, pantalones de dril y una cazadora de cuero. En el estante del armario había ropa interior limpia, mientras que en un cesto situado en el suelo del mismo armario habían echado calcetines y pañuelos sucios. Una papelerera que se encontraba en el cuarto de baño no contenía nada más que paquetes vacíos de cigarrillos y hojas de afeitar desechadas. ¿Por qué se marcharía con tanta prisa un tipo que ni siquiera se llevaba el jabón y la maquinilla de afeitar?

De pronto sonó un trueno, o puede que fuera un avión; el modo en que retumbó el sonido entre las colinas y los valles hizo que resultase difícil distinguirlo con precisión. Fuera como fuese, me sobresaltó. Miré hacia el cielo, pero el avión debía de estar por encima de las nubes. Hiciera lo que hiciera me resultaba imposible quitarme de la cabeza la impresión de que no estaba solo. Llegué a convencerme de que yo había llegado para interrumpir a Pindero mientras hacía las maletas y de que él estaba mirando todo lo que yo

hacía mientras esperaba a que me marchase. ¿Por qué, si no, iban a seguir allí el jabón y la maquinilla de afeitarse?

Me dirigí a la puerta trasera y salí al exterior para dar la vuelta a la casa. No llovía, pero el aire tenía esa sedosa humedad que anuncia lluvia. Traté de decidir qué era lo que había suscitado en mí aquella sensación de desasosiego. No soy de los que acuden a lo sobrenatural en busca de ayuda; siempre dejé esas cosas para Betty. Inhalé el aire impregnado de aroma de pinos. La casa estaba construida en lo que calculé que sería aproximadamente media hectárea de la empinada cima de la montaña. Caminé sobre el césped marrón para asomarme y mirar por una polvorienta ventana el interior del estupendo garaje de tablillas. Había un coche dentro; no el Packard Darrin, sino uno de esos caros coches británicos de tracción a las cuatro ruedas, un Range Rover. Una colección de martillos y herramientas estaban sujetos a la pared, y en los estantes había aerosoles y botes viejos de veneno para hormigas, tinte y pintura.

Ninguno de los edificios de por allí era viejo, sólo parecían viejos, tal como a la gente le gusta que parezcan las cosas cuando se va a vivir fuera de la ciudad. Mientras caminaba despacio aparecieron ante mi vista otras casas, de madera oscura y tejados grises, astutamente integradas en el paisaje, en medio de los árboles. Cuando llegué al lugar donde había dejado mi *Caddie* me detuve. No había movimiento alguno por ninguna parte. Incluso un gran mirlo al pie de un roble estaba parado, muy quieto, y miraba el suelo con tanta atención que no notó que me aproximaba. Me pregunté qué vería. ¿Un pequeño roedor? ¿Una serpiente? En el calor del verano un terreno como aquél, sembrado de rocas, estaría lleno de vida con víboras y serpientes de cascabel, pero ahora incluso los gusanos permanecían a cubierto.

Me di la vuelta y miré hacia la casa. Todo me decía que me subiera al coche y me marchara de allí, pero no podía hacerlo. Había algo raro en aquella casa. Si me marchaba sin averiguar qué era no podría dormir en toda la noche, pues me preguntaría qué era lo que había visto y que, sin embargo, me había pasado inadvertido.

Así que regresé a la casa y volví a entrar. Era la cocina lo que me llamaba la atención. Me senté a la mesa y me puse a jugar con la cerveza y con aquellas cosas que evidentemente alguien había sacado de la nevera. Tenía la impresión de que un investigador habilidoso habría descubierto algún indicio que revelase adónde se había ido el señor Pindero. Coche. Coche. Coche. Desde que hablé con él la idea de comprarle el Packard me había cuajado en la mente. Si pudiera encontrarlo de nuevo estaba seguro de que podría

convencerle para que me vendiera aquel coche. Con el dinero al contado en la mano seguro que cedería. Yo había comprado muchos coches. Sabía cuándo un hombre tenía ganas de vender.

Y Pindero vendería; yo estaba convencido de ello. Tenía que encontrarlo.

Con aquellos pensamientos dándome vueltas en la cabeza volví al escritorio y me senté como se habría sentado él, a un brazo de distancia del piano. ¡Qué vista! A medida que la tarde se iba haciendo más fría el cañón se llenaba de una bruma blanca que bajaba desde la cima de las colinas. Puede que fuese un trueno lo que había oído; habíamos tenido lluvia cuatro días seguidos. Quizá Pindero sólo hubiera salido un momento a hacer un recado; puede que volviera en cualquier momento. Podía dejarle una nota. Era una idea estúpida; todo lo que yo tenía a la vista indicaba que había levantado el vuelo sin intención de regresar nunca. Quizá tuviera otra casa, un lugar en la playa o en alguna estación de esquí que estuviera equipada con jabón, maquinilla de afeitar, ropa y demás.

Era aquel condenado ruido lo que me inquietaba. Había algo poco usual —por no decir poco natural— en aquel ruido. Lo que quiero decir es que todos los ruidos que hacen las cocinas titubean, se detienen, vuelven a empezar, ¿no? No continúan eternamente a menos que alguien se haya marchado dejándose un grifo abierto o una batidora o cualquier otra cosa enchufada y en marcha. Me acerqué al reluciente homo, que tenía la puerta de vidrio negro; toqué la puerta y la abrí, de manera que la luz interior se encendió: nada. El lavaplatos estaba apagado. Miré la luz del techo, pensando que podía tratarse de un transformador ruidoso, pero cuando apagué los tubos fluorescentes el zumbido continuó. Comprobé el microondas, la cafetera eléctrica y el condensador, pero ninguno de ellos era al parecer la fuente de aquel ruido.

Sólo entonces localicé el sonido y me di cuenta de que no había ningún misterio, después de todo. Era el compresor del frigorífico congelador de puertas verticales Admiral lo que estaba produciendo aquel ruido. Yo tenía en mi casa el mismo modelo de dos puertas. Pero incluso el compresor de un frigorífico grande se apaga mediante el termostato cuando los alimentos que hay dentro están muy fríos. Acaricié la pesada puerta y miré hacia el fregadero, donde los estantes de cristal del frigorífico, llenos de cercos de alimentos derramados, esperaban a que alguien los lavase, y tiré de ella para ver el interior de la nevera.

Parecía que se hubiera fundido la bombilla de la luz, porque el interior estaba oscuro; pero luego vi que todo el oscuro espacio interior, de unos

quinientos litros cúbicos, estaba relleno con un enorme bulto envuelto en plástico negro. Mientras yo, allí parado, lo miraba, se movió. Con una lentitud angustiosa todo aquel bulto brillante cayó pesadamente fuera del frigorífico.

Me eché hacia atrás para evitarlo cuando cayó, produciendo un chasquido, al suelo de la cocina; se movió y se extendió como brillante lava derretida. Pero no era ninguna clase de líquido lo que se esparció por el suelo; eran los brazos y las piernas de Pindero. Las manos, frías y grises, se me acercaron por el suelo como si trataran de agarrarme por los tobillos. Tenía los pies descalzos y azulados, los dedos de los pies brillantes y rojos. Sin dejar de moverse, el bulto emitió el sonido que produce el plástico al romperse al tiempo que el cuerpo de Pindero salía al reventar la improvisada bolsa para cadáveres que habían confeccionado con bolsas negras de basura. Sólo podía verle un ojo y un pedazo de la cara mientras se asomaba por un roto de la bolsa. Estaba muerto, y bien muerto. Tenía los ojos abiertos de par en par y los labios contraídos hacia atrás sobre la boca entreabierta hasta formar una feroz sonrisa en aquella pálida y cerúlea cara, y diminutos copos de escarcha se le habían empezado a formar en el rizado bigote.

Toqué el cuerpo. Estaba frío, pero puede que no lo suficientemente frío. Metí los dedos dentro de la bolsa hasta que llegué a la axila. No estaba frío por completo. ¡Dios mío! Me puse en pie de un salto y miré a mi alrededor. No era de extrañar que hubiera tenido la sensación de que me estaban observando; si el cuerpo aún estaba caliente, el asesino seguiría por allí cerca. ¿Cuánto tiempo llevaría Pindero en la nevera? Me aparté. Ni siquiera tenía intención de intentar volver a meterlo en aquel angosto hueco.

Casi sin saber lo que hacía me encontré con un paño de cocina en la mano limpiando las largas asas del frigorífico. ¿Qué más había tocado? Todos los aparatos y las puertas. Volví sobre mis pasos, utilizando el pañuelo en lugar del paño. Limpié todo lo que hubiera podido tocar, incluidos los interruptores de la luz y hasta las teclas del piano, y me aseguré de que no había pisadas de barro en la alfombra que pudieran ver los de la oficina del forense. ¿Qué más? Retrocedí muy lentamente por el pasillo. Cuando llegué a la puerta principal la franqué con mucho cuidado y tiré de ella con fuerza hasta que oí el chasquido de la cerradura. Limpié el pomo. La puerta estaba firmemente cerrada. La siguiente persona que quisiera entrar tendría que forzar la entrada.

Regresé sin apresurarme hasta el coche y limpié la valla en el lugar por donde había saltado. Luego subí al coche y me quedé un momento allí sentado tratando de poner en orden mis pensamientos. Tenía las manos temblorosas, la boca seca y me sentía mareado con la inconfundible náusea

que produce el miedo. ¿No sería mejor regresar a la casa y llamar a la policía? Y un cuerno. Yo había visto cazar a gente en investigaciones de asesinato. El que encontraba el cadáver era el principal sospechoso mientras no se juzgara al autor y se le declarase culpable. Si la policía no llegaba a encontrar nunca al autor, o si los tribunales no lo hallaban culpable, el que encontraba el cadáver tenía que vivir bajo sospecha para siempre. Puede que un librero de Jackson, Wyoming, felizmente casado, pudiera quitarle importancia a una cosa así e incluso disfrutar un poco de ser tristemente famoso, puede que hasta convertirlo en una ventaja social. Pero para un abogado del centro de Los Ángeles la vida diaria, en apoyo de la ley y el orden, podría hacerse un poco complicada. No me gustaba la perspectiva de entrar en un juzgado para que algún joven fiscal ambicioso me hiciera pedazos en una intrépida exhibición de cómo la ley no concede privilegios a los suyos.

Cerré la capota del coche, encendí la radio y puse en marcha la calefacción. Hacía mucho frío y cada minuto que pasaba se hacía más oscuro. Todos esos árboles que a la luz del día parecen tan verdes y acogedores son como el telón de fondo de Macbeth cuando el sol se oculta tras una nube. Encendí el motor y le di la vuelta al coche. Sólo durante un instante, al mirar fijamente en dirección a la casa, consideré la idea de volver allí una vez más. Luego vi el mirlo, que seguía inmóvil al pie del roble. No estaba esperando nada que fuera agradable. Desde donde me encontraba ahora pude ver que el mirlo estaba muerto, que no era más que un montón de plumas, y que las entrañas no eran más que una cavidad devorada por las termitas. ¡Yo me largo de aquí!

Bajé aquella colina como nunca había conducido en mi vida. Todo era cosa de mi cabeza, ya lo sé, pero eso no me ayudaba a dejar de temblar. Las nubes grises pasaban por encima de mí como un abultado techo empapelado cuando el cuarto de baño del piso de arriba está inundado. Cuando llegué al fondo del cañón empezaron las goteras. Grandes gotas aisladas al principio, pero cuando salí a la carretera del cañón el papel se rompió de verdad. El limpiaparabrisas no podía con aquello, y el parabrisas me mostraba el paisaje convertido en gelatina. Las ruedas siseaban como serpientes, el agua resonaba en el techo de lona como un tambor y aporreaba la pintura del capó hasta formar salpicaduras blancas. Cuando la tormenta viene como un trueno procedente de China a través de la bahía es cuando uno se da verdadera cuenta de que vive al borde del océano Pacífico.

En el cañón la lluvia escurría desde terreno más alto, formando cascadas que se convertían en fangosos ríos marrones al llegar a la carretera y hacían

saltar piedras y escombros por doquier. Enormes hojas de palmera yacían como caimanes muertos en la mojada calzada y crujían cuando las ruedas les pasaban por encima. Al final del cañón surgió ante mi vista el océano Pacífico y los dientes de la tormenta. El mundo se volvió brillante, y el océano color de acero tenía un aspecto feroz.

Llevé a lavar el *Caddie* a un lugar en que hacían lavado a mano en Marina del Rey. Los tipos que trabajaban allí estaban todos sentados, riendo y bromeando. Debieron de pensar que yo estaba loco por ir a lavar el coche en mitad de una tormenta con lluvia, pero quería asegurarme de que no hubiera hojas, ramitas ni rastros de barro en la carrocería ni en los neumáticos, nada que me relacionase con el escondite de la colina de Pindero. Le hicieron la limpieza especial de interiores y le pasaron el aspirador por todos los rincones del suelo y de la tapicería. Sólo entonces me marché con el coche a casa. Y cuando llegué me metí en la bañera y luego llevé a la tintorería del barrio hasta la última puntada de la ropa que llevaba puesta. Quería quitarme por completo de la cabeza aquel viaje a Topanga.

Sólo que no es tan fácil quitarse las cosas de la cabeza. Pasé toda la velada con el cadáver de Pindero grabado en el cerebro. Miré la televisión sin saber lo que había en la pantalla. Me preparé un bistec con ensalada, chamuscado y crudo como a mí me gusta. Me toqué los dedos de los pies con las manos e hice los ejercicios rutinarios de zapateado hasta que el sudor empezó a chorrear, pero hiciera lo que hiciese no podía apartar la idea de que en cualquier momento sonaría el timbre de la puerta y aparecería ante mí un policía. Me preguntaba cómo habría muerto Pindero. Me preguntaba si alguien me habría estado viendo todo el tiempo que estuve allí arriba, o si sólo era cosa de mi estado de nervios. Me preguntaba hasta qué punto dependería el asesino de que el frigorífico conservase frío y escondido el cadáver para huir. Porque con el cadáver tendido en el suelo de la cocina descomponiéndose en el aire californiano, el plan iba a cambiar de un modo drástico.

## CAPÍTULO 9

El día siguiente era domingo. Del fondo del armario ropero seleccioné un traje deportivo de lino verde pálido. Me lo había comprado con los sustanciosos honorarios que cobrara en cierta ocasión por sacar a un maduro ejecutivo de unos estudios cinematográficos del apuro que suponía que lo hubiesen detenido por un desagradable asunto de drogas; habría podido hacer que le declarasen culpable del cargo de tráfico de drogas. Seis meses después fue detenido en Atlantic City con una maleta llena de aquella sustancia, motivo por el que lo metieron cinco años a la sombra.

Me lo había puesto unas cuantas veces con ocasión de las comidas del día de San Patricio que solíamos celebrar un grupo de abogados irlandeses en Jimmy's. Luego empezaron a venir también las esposas, por lo que la cosa se puso formal, diferente y sobria, todos teníamos cuidado con lo que decíamos, y después de un par de reuniones aburridas ya no se celebraron más aquellos jolgorios. La crisis empezó a enseñar los dientes, el traje verde pálido fue a parar al fondo del ropero y desde entonces yo celebro el día de San Pat sentado ante mi escritorio con un sándwich de carne enlatada acompañada de pan de centeno.

Mientras desempolvaba el traje verde me sentía bastante bajo de ánimo; me encontré mirando por la ventana delantera y me fijé en una bolsa de plástico de aspecto extraño que estaba apoyada contra el buzón de mi casa. Era negra y brillante, con forma de rosquilla, y estaba atada con alambre. En cuanto empecé a maldecir a la empresa de basuras por no llevarse los desperdicios caí en la cuenta de que Rex no estaba por allí.

—¡Rex! ¡Rex!

Ninguno de mis vecinos tenía bolsas de plástico, cubos de basura, cajas ni ninguna otra cosa que obstruyese la acera delante de sus casas. Entonces me di cuenta de que la bolsa de plástico negro tenía una forma que me era conocida.

—¡Rex! ¡Rex! ¡Ven aquí, muchacho!

Agarré un cuchillo del cajón de la cocina y salí corriendo por la puerta principal.

—¡Rex, Rex, Rex!

Intenté levantar el peso muerto y luego me rompí una uña al intentar desatar el alambre que sujetaba la parte superior de la bolsa.

—¡Rex!

Corté el plástico negro a fin de hacer un agujero lo bastante grande como para meter por él los dedos y rasgar el plástico. A mis pies se derramaron la hierba, las ramitas, las hojas y otros desechos que los jardineros deberían haberse llevado al marcharse.

—¡Rex! —Oí un ladrido de contento y Rex salió dando botes de la casa, riéndose y meneando el rabo—. ¡Maldito chucho inútil! —Quise darle un puntapié, pero no atiné. Se alejó dando un salto y, rodeándome, volvió, metió el morro entre los recortes de césped y lo esparció todo por la acera—. ¿Dónde has estado? —Vi que tenía hilas en el pelo—. ¡Sabes que el armario de la ropa de casa está prohibido, perro de mala raza! —Rex se agachó acobardado y apretó una oreja contra el suelo, como si yo lo hubiera destrozado. Aquélla era su astuta manera de intentar inspirar compasión. Sabía perfectamente que no podía ni acercarse a aquel armario de la ropa de la casa y, sin embargo, en cuanto veía que yo me iba a la cama se dirigía allí y se acomodaba en el mejor rincón de la casa—. A la primera ocasión que se me presente te voy a cambiar por uno de esos cerdos de cuero rellenos —le dije.

Era un día despejado típico del sur de California. Un almuerzo en el Beverly Hilton era una ocasión que merecía ir bien vestido: el traje todavía me quedaba bien y me sentía a gusto con él puesto. Ingrid apareció puntualmente; ella siempre llegaba puntuada y me alegré de estar ataviado con mis mejores galas. Ingrid tenía un aspecto fantástico; llevaba puesto un conjunto de dos piezas de seda de color gris ahumado y perlas auténticas. Nos dieron una de las mesas junto a las ventanas que se alineaban a uno de los lados del restaurante; teníamos vista a la piscina y a las palmeras. La luz del sol que entraba en el salón se reflejaba en el pelo de Ingrid y en los vasos de agua, y formaba intrincados dibujos sobre el mantel.

La vida era estupenda.

—Me llamo Vicky y soy su camarera.

Desde luego no era verdad, pues la muchacha que revoloteaba cerca de nosotros no era más camarera que cualquiera de las jóvenes actrices y modelos que uno se encontraba sirviendo mesas en los restaurantes de Los

Ángeles, pero tenía una sonrisa dulce y nos sirvió champán a Ingrid y a mí, y zumo de naranja en los vasos que se encontraban en los lugares que ocuparían Danny y Robyna cuando volvieran del bufet libre.

—Estás maravillosa, Ingrid.

Esperó a que se alejase la camarera para que no pudiera oír lo que decíamos.

—Cuando me llamaste no podía hablar.

—Claro, ya lo entendí.

—Suelo oír chasquidos en la línea cuando Zach descuelga el otro teléfono, pero en la segunda llamada creo que no sucedió nada. Aunque nunca consigo estar segura de ello. —Me miró—. ¿Qué te dijo el señor Pindero?

Aquello era lo que me temía. No tenía intención alguna de contarle la verdad acerca de mi segunda visita a aquel lugar.

—No mucho. Se ve que había estado bebiendo. No estaba en muy buena forma. No pasé mucho tiempo con él.

—¿Estaba solo?

—Un gato, dos perros dobermans y una fila de coro de peces tropicales.

Dejó sobre la mesa la copa de champán con la que había estado jugueteando y me miró; sonreía soñadoramente, como si se estuviera despertando.

—Es un hombre agradable —afirmó.

La imagen de la preciosa cara de Ingrid y el soleado paisaje que había detrás de ella se desvanecieron de pronto, y yo sólo podía ver una imagen sin color del cuerpo de Pindero tendido sobre las baldosas del suelo. Me la quité de la cabeza. No quería pensar en ello ni en lo que había sucedido allí arriba.

Quizá Ingrid viera algún aspecto de aquel miedo reflejado en mi rostro, porque se puso seria y dijo:

—Yo no quería involucrarte, Mickey. De veras que no. Pero no tenía a nadie más a quien recurrir.

Me miró, esbozó una sonrisita triste y giró la cabeza para mirar a Robyna y a Danny, que se encontraban ante el mostrador del bufet apilando comida en los respectivos platos. Supongo que no fue una buena idea invitarla a almorzar con Danny y Robyna. Ingrid necesitaba tener la oportunidad de hablar conmigo en privado.

—Ayudaré en todo lo que pueda —le aseguré.

—Creo que estoy en peligro —me confió. Alargó la mano y me tocó la mía, y aquel ligero contacto físico bastó para que yo sintiera un

estremecimiento. Puede que Ingrid lo notase, porque, como si lamentase el gesto, retiró la mano y miró hacia otra parte.

—¿Cómo, en peligro?

—No puedo explicártelo..., ahora no.

—¿Es a causa de ese tal Pindero? —le pregunté.

Dijo que no con un movimiento de cabeza y miró por la ventana. El agua de la piscina se rizaba a la luz del sol. Ya saben lo que pasa cuando se construye una piscina en Hollywood; antes de que esté llena de agua ya hay tipos sentados alrededor hablando de contratos. Aquel día había mucha actividad de autopromoción allí afuera: artistas de los ejercicios gimnásticos que se daban aceite en los bíceps bronceados por el sol, algunos tipos que hablaban por teléfono y, más cerca de nosotros, un magnate envuelto en una toalla que observaba a un tipo gordo y bajo vestido con ropa de hacer *jogging*, el tipo gordo llevaba el cabello recogido en una cola de caballo y estaba arrodillado mientras hacía caminar un lápiz sobre los planos de la planta de una mansión.

Ingrid los estudiaba a todos y se volvía constantemente para observar con movimientos furtivos que captaban todo lo que nos rodeaba. Supongo que temía que la siguieran. Jugeteaba con el cuchillo y el tenedor. Ni ella ni yo nos habíamos levantado todavía para ir a buscar comida.

—Es a causa de Zach —me susurró—. El peligro proviene de mi marido.

—¿Peligro? ¿Por qué?

—No debería haber dicho peligro. No puedo explicártelo.

—Inténtalo.

—Soy un estorbo para él. Le gustaría quitarme de en medio.

—¿Zach? ¿Tu marido?

—Sí.

Intenté conservar la calma.

—¿Tienes alguna prueba en la que basar esa idea?

—No. Ninguna capaz de convencer a un abogado.

—Ingrid —comencé a decir haciendo caso omiso de la pulla y esforzándome por sonreír—, puede que sólo estés pasando por unos momentos difíciles. En los matrimonios ocurre eso a menudo. Si lo sabré yo.

—No, Mickey, no soy una esposa histérica ni desairada, si es eso lo que estás pensando.

—Me dices que él te quiere y yo te creo. He visto cómo te mira. Estoy seguro de que sí. —Me dolía decirlo, pero, tal como yo lo veía, era la verdad—. ¿Crees que hay otra mujer?

—Tiene que haberla. Él es muy misterioso y yo soy muy confiada. Durante todas aquellas semanas que mantuvo una aventura con Felicity yo ni siquiera lo sospeché.

—¿Felicity Weingartner?

—Si no me lo hubiera confesado ella misma yo no lo habría descubierto. Nunca he podido volver a confiar de verdad en ella después de aquello. —Miró a lo lejos—. Zach nunca me cuenta nada de nada. Después de hablar yo contigo por teléfono, de pronto me dijo que teníamos que venir a Los Ángeles. Luego, ayer, cuando yo había reservado una mesa para comer en un sitio precioso, de repente se acordó de que tenía que ver a alguien. Volvió por la tarde tan nervioso, aturrullado y culpable que estoy segura de que tiene a otra mujer aquí.

—¿Ayer a qué hora?

—¿A qué hora? Oh, pues no lo sé exactamente. Fue mientras yo estaba en la peluquería. Volví dispuesta para salir a comer y me encontré con un mensaje que decía que había tenido que marcharse por cuestiones de negocios.

—Puede que fuera así.

—Cuando un marido es infiel la esposa lo nota, Mickey. Zach estaba muy excitado. Cuando regresó me dio un pellizco en la mejilla y se fue derecho al despacho. Lo oí pasear arriba y abajo. Luego, por la noche, me explicó que si alguien empezaba a hacer preguntas yo debería decir que él no había salido en todo el día. —Bebió un poco de champán—. Le pregunté que quién habría de querer saber dónde había estado, si el marido airado de alguna mujer, pero él se limitó a dirigirme una sonrisita y dijo que no se trataba de nada de eso. Me aseguró que era cosa de negocios.

—¿Significa esto que vas a divorciarte de él?

—No puedo, Mickey. Tengo un hijo de mi primer marido. Zach es su padrino y su principal fideicomisario. Si yo pidiera el divorcio podría perder a mi hijo. Ya sabes cómo son los tribunales, y Zach le hace a John tantos regalos caros que estoy segura de que mi hijo prefiere quedarse con él.

—No sabía que tuvieras un hijo.

—Es un chico precioso. Está en Connecticut, en un colegio. Zach tiene hacia él una mezcla de sentimientos. Odia que yo tenga por la casa fotos de John júnior. Tengo que esconderlas.

—Eso es terrible.

Ni siquiera Felicity sabía que Ingrid tuviera un hijo. ¿O es que estaba guardándole el secreto a Ingrid?

—No, es muy humano. Zach deseaba muchísimo tener un hijo propio; quiere mucho a John júnior, pero también ve en mi hijo una especie de reproche a su hombría. Si él y yo hubiéramos tenido hijos quizá hubiera sido diferente.

Aún estáis a tiempo.

—No. Hemos visitado a toda clase de especialistas. Zach no puede tener hijos.

—Eso es muy duro.

—Y le afecta, no se puede negar. Ya sabes cómo es él; es un macho. Lucha por todo aquello que quiere, y tiene que ganar. —Bebió un poco de champán—. ¡No puedo abandonar a mi hijo!... al hijo de Jack. Jack fue un buen marido y adoraba al chico. Sólo tengo que mantenerme firme, pero a veces me deprimó mucho.

—¿Cómo murió tu primer marido? —quise saber.

—Un camión le atropelló cuando cruzaba la calle. Era un hombre encantador.

—Eso sí que fue mala suerte —observé.

—Estuve tentada de confiarle algunos de mis problemas a ese encantador señor Pindero, pero supongo que el pobre viejo no quería verse involucrado en mis líos. Ese hombre no es como tú, Mickey. Tú te preocupas de verdad, sé que es así.

—¿Dónde está Zach ahora?

—Hablando con unos abogados en Sacramento. Ojalá yo supiera con quién estuvo ayer. Si esa mujer supiera lo que le está haciendo a mi matrimonio, no me torturaría de este modo.

La miré. Ahora sabía quién me estaba espiando allí arriba en la casa de Pindero el día anterior: Zach Petrovitch. Debía de haber estado escuchando también la segunda llamada, me habría oído hacer la descripción del lugar donde vivía Pindero, y habría actuado en consecuencia.

—No pongas nada por escrito que proporcione una coartada para tu marido con respecto al día de ayer, Ingrid —le recomendé.

—Siempre hablas como un abogado.

—Lo digo en serio. Si estaba cometiendo algún delito a aquellas horas, te podrían acusar de complicidad.

—No se trata de ningún delito. Es otra mujer. ¿No te das cuenta? —Luchó consigo misma antes de añadir—: Zach está convencido de que es culpa mía que no hayamos tenido hijos.

—Viene Danny —le advertí al ver que éste se aproximaba.

—Las gambas son realmente buenas —observó Danny al tiempo que dejaba caer el plato sobre la mesa y se sentaba.

—Y tienen unas costillas de primera calidad con un aspecto estupendo y la mejor tarta de queso del mundo.

El plato de Robyna contenía una modesta ración de ensaladas, frutos secos y cereales. Se sentó y miró a Ingrid con un interés descarado.

Ingrid le sonrió. Cuando se le daba la oportunidad de comer cuanto quisiera de sus platos favoritos, Danny se volvía como un niño. Y, mirando por todo el restaurante, pensé que quizá le ocurriera lo mismo a todo el mundo.

—Ahora nos toca a nosotros, Ingrid —le dije con una alegría forzada.

—Estoy impaciente por probar los fiambres —aseguró Ingrid con cortesía, aunque no sonó muy convincente.

Capté una expresión en el rostro de Danny que decía que había hallado en Ingrid un objeto de curiosidad y admiración. La ropa cara y el esmerado maquillaje la señalaban como a una forastera. Allí no eran muy frecuentes. Estábamos en el fin del mundo, un lugar donde la gente guapa iba a la playa con gorras de diseño para el sol, no a la ópera con trajes de Chanel y perlas.

Le había dicho a Danny que Ingrid era la mujer de un cliente, pero me daba cuenta de que ambos pensaban que se trataba de una amiga de lujo de la que yo estaba presumiendo ante ellos. A Danny eso no parecía hacerle mucha gracia. No estaba preparado para pensar que cualquiera podría sustituir a su madre. Cuando me levanté para seguir a Ingrid hasta el mostrador de la comida, le dirigí una mirada intensa. Desde luego, confiaba en que él no le dijera ninguna estupidez a Ingrid. Podía ponerse grosero si veía amenazado el lugar de su madre.

Contemplé a Ingrid mientras se servía un poco de salmón hervido en el plato y cogía ensalada de roble, zanahoria rallada, aceitunas rellenas de jalapeño y otras cosas, y lo colocaba todo hasta conseguir que tuviera buena presencia. Yo cogí arenques con salsa de crema agria con anguila *ainmunt* y ensalada de patata.

Ingrid fingía que estaba estudiando el bufet con gran atención; cuando estuvo segura de que nadie la podía oír me cogió aparte y me dijo:

—Hace unos seis meses bajé a coger algo de beber del frigorífico. Estábamos en la casa de Aspen. Ya sabes dónde está situada la cocina. Pude oír a Zach hablando con unas personas sentadas alrededor del bar. Le oí decir algo así como «vosotros aseguraos de que esté muerto de verdad». Goldie también estaba allí. En cierto modo ese tal Goldie me asusta.

—Produce ese efecto en mucha gente.

—Sí. Bueno, Goldie dijo entonces: «No queremos otra metedura de pata como la otra vez». El otro hombre, no reconocí la voz, no era ninguno de los amigos habituales de Zach ni nada de eso, comentó: «Así es como yo me gano la vida, señor Petrovitch». Y Zach le dijo: «La próxima vez lo haré yo mismo». Puede que no fueran ésas las palabras exactas, pero en esencia eso era lo que decían.

Dejó de hablar mientras pasaban dos personas junto a nosotros; ambas estaban amontonando salmón y queso cremoso en los platos.

—Es fácil malinterpretar las conversaciones que se oven casualmente —observé—. En los juicios tenemos ocasión de ver ejemplos de ello a diario.

—No me crees.

—Intento tranquilizarte —le aseguré. Se había enojado conmigo porque le parecía que no la estaba tratando con suficiente seriedad—. Sólo intento aclarar bien los hechos.

En un susurro turbado e impaciente Ingrid me dijo:

—Sé que mi marido está planeando matarme. El único «hecho» que probará tal cosa será mi cadáver.

A pesar de lo agitado de su semblante, Ingrid aún tenía controladas las emociones.

—Eso no ocurrirá.

—¿Por qué no? ¿Qué estás haciendo tú para impedirlo? Estoy asustada, Mickey. Nunca he tenido miedo de nada en toda mi vida, pero ahora estoy asustada.

—Quizá deberías coger a tu hijo y marcharte de casa Separarte de Zach.

—Eso es una tontería. —La profunda desesperación que sentía podía apreciarse en el modo llano como pronunció aquellas palabras—. Ya te lo he explicado. John júnior no tiene pasaporte, y Zach, como tutor, tendrá que presentar la solicitud. Si yo huyera, Zach solicitaría la custodia legal basándose en que yo no estoy en mis cabales, o en que no soy la persona idónea para ser tutora, o en algún otro truco legal que le permitiera quedarse con el niño. Estoy atrapada.

—Quizá exista alguna posibilidad de llegar a un acuerdo. ¿Quieres que hable yo con tu marido y le diga que eres desesperadamente desgraciada? ¿Quieres que le pida que te deje marchar?

Ingrid me miró con desprecio.

—Si Zach supiera que te estoy contando estas cosas, también se libraría de ti. He hecho ver que venía a hacerte más preguntas acerca de la normativa

de la institución benéfica.

—Y o no le tengo miedo, Ingrid.

—Pues yo sí. —Miró el reloj—. El coche me estará esperando. Tengo que marcharme. —No puedes hacerlo— le dije.

—No sucederá nada durante una o dos semanas. Estoy a salvo. No me ocurrirá nada hasta que haya firmado el traspaso de esas empresas que tanto le preocupan. Está organizando alguna clase de *holding* con personas interpuestas; me lo ha contado todo. Quiere que vaya con él a Sudamérica y firme un montón de documentos en los que establece las jurisdicciones adecuadas. —Miró hacia la puerta—. Mira, ahí está Goldie —observó. Dejó el plato a medio llenar encima de la mesa—. Tengo que irme. Hoy se celebra el aniversario de bodas de unas personas a las que hace siglos que conozco.

Y prometí que me asomaría un momento a la fiesta de Budd Byron. No hay amigos como los viejos amigos, Mickey. Hasta ahora no lo había descubierto.

—Espera un minuto —le dije.

Se me hacía insoportable que se marchase en aquel momento de tanta tensión. Para convencerla de que se quedase tuve ganas de contarle lo que me había encontrado en la nevera de la cima de aquella colina de Topanga, pero había resuelto no decírselo a nadie; todavía no disponía de pruebas de que Petrovitch hubiese asesinado a Pindero y lo hubiera empotrado en el frigorífico. Por otra parte, estaba realmente preocupado por ella.

—Sé lo que hago —me aseguró Ingrid. Hizo un repentino esfuerzo por cambiar de humor—. Quizá esté exagerando. Zach es encantador casi siempre.

Al otro lado de la sala, en la entrada, estaba de pie Goldie con el sombrero en la mano, una expresión de criado fiel en el rostro y el abrigo de pieles de Ingrid colgado de un brazo.

—Lláname a cualquier hora —le ofrecí.

Me dio un pellizco en la mejilla.

—No te pongas tan solemne. No pasará nada.

La estuve observando mientras se marchaba. Las mujeres como Ingrid deberían exhibir una advertencia de parte del médico de cabecera: «Relacionarse con esta mujer disminuirá su capacidad de raciocinio y le inducirá a cometer locuras que ponen en peligro su salud».

Volví a la mesa y me senté con Danny y Robyna.

—¿Vas a ir a la fiesta de Budd Byron? —me preguntó Danny.

—¿Cómo te has enterado tú de eso?

—Me mandó una invitación, pero nosotros no podemos ir. Tengo un examen mañana por la mañana y he de mejorar la nota como sea. ¿Harás el favor de darle esto? —me pidió Danny.

Sacó una hoja de papel amarillo y la alisó encima del mantel. Era una papeleta de empeño que tenía impresa la frase «Esto es un empeño, no una venta»; también había un número de cinco cifras a lo largo del borde. Tardé unos instantes en descifrar la letra de una impresora de ordenador. TRESCIENTOS VEINTICINCO DÓLARES. PISTOLA DE 9 MM. BROWNING MODELO 35. DANIEL M. MURPHY. SEXO: VARÓN; RAZA: BLANCA; PELO: CASTAÑO, OJOS: NEGROS; PESO: 80 KILOS; FECHA DE NACIMIENTO: 23/01/70.

—¿Has empeñado la pistola!

—No te alteres, papá. La casa de empeños tiene toda la trastienda llena de ellas.

—No bromees con las armas de fuego, Danny. ¿No te lo he dicho mil veces?

—El tipo de la casa de empeños prefirió la pistola al estéreo. Dice que los clientes siempre vuelven a buscar las pistolas, pero que los estéreos se pasan de moda.

—Déjame verla otra vez. —Cogí la papeleta de empeño y la examiné con atención—. Ésa no es tu fecha de nacimiento. ¿Le enseñaste un carnet de identidad falso?

—Todos los chicos de la facultad tienen uno.

—Entras allí con una pipa, dejas que archiven en su ordenador tu nombre y tu dirección, y utilizas un carnet de identidad falso. ¿Has perdido el juicio?

—Necesitaba el dinero, papá. Tenía que llevar el coche a que le revisaran los frenos.

—¿No te ha dicho ninguno de esos amigos tuyos que saben tanto de todo que la policía tiene una relación de casas de empeños dónde llevan el registro de todos los informes rutinarios sobre mercancía sospechosa? El policía que se encargue de eso cogerá la matriz de la papeleta, meterá tu nombre en el ordenador, encontrará tu permiso de conducir y verá que has dado una edad falsa.

Danny se humedeció los labios con nerviosismo, igual que hacía cuando era niño.

—Lo siento, papá.

—Esto no te lo puedo arreglar yo. No es lo mismo que una multa por exceso de velocidad.

—Necesitaban una revisión a fondo.

Siempre le había dicho que el mantenimiento de los frenos, de la dirección y de las demás partes vitales del coche eran la máxima prioridad, así que Danny, invariablemente, utilizaba eso como defensa. Cogí la papeleta de empeño, la doblé por la mitad y me la metí en la cartera.

—La desempeñaré.

Sentí deseos de irme inmediatamente a la casa de empeños.

—No hace falta que la desempeñes. Budd quiere la pistola. Va a comprarme la papeleta a mí y la recogerá él mismo.

—Pero no puede hacer eso, ¿no? Es ilegal.

—A veces hablas como un paleta, papá. ¿Por qué no habría de ser eso legal? Lo único que tengo que hacer es firmar el impreso, nada más.

—Vale, le diré a Budd que la desempeñe mañana sin falta, antes de que la policía se interese por ella.

Budd necesita desesperadamente una pistola. Dice que le da mucho miedo el vecindario.

—No le llames Budd cuando hables con él. Es mejor que te dirijas a él como señor Byron."

—Me ha dicho que lo llame Budd.

—¿Dice que le da miedo? Lo que le pasa es que está muy nervioso. — Danny miraba con anhelo mi billetero. Añadí—. ¿Quieres que te adelante el dinero? ¿Es eso?

—Budd te pagará cuando le des la papeleta.

—¿Cuánto?

—Cuatrocientos.

—¡Cuatrocientos! ¿Qué clase de usurero he criado?

—Budd insistió.

—Vale. —Eché cuatro billetes de cien sobre la mesa—. Tú aléjate de esa casa de empeños. Que sea Budd quien desempeñe la pistola. Por lo menos él puede probar que tiene más de veintiún años.

—Gracias, papá.

—Déjame que te diga una cosa, Danny. Hasta el año pasado la policía iba a recoger las matrices de las papeletas cada día. Ahora las casas de empeño se las mandan por correo. Agradéceles a tus astros afortunados que es probable que logremos salir de ésta antes de que la mierda empiece a caer sobre tu cabeza.

—¿Adónde se ha ido tu amiga Ingrid? —me preguntó Danny.

—Tenía que ir a una reunión.

Le dejé cambiar de tema. No quería hacerle pasar un mal rato.

—¿Esnifa? —quiso saber Robyna.

—¿Cómo dices?

Era el modo que tenía Robyna de hacer que me subiera por las paredes.

—Me ha parecido que estaba colocada —me confió Robyna—. Es algo rara, ¿no?

Es cierto que Ingrid tiene un porte tranquilo e inescrutable. Ya era así de joven. Yo siempre había creído que era el legado de sus misteriosos ancestros escandinavos: el resultado de interminables extensiones de nieve y hielo y de la implacable melancolía. Me había hecho una idea extraña de cómo era Suecia cuando iba a la escuela secundaria, pero nunca me había alejado de casa más allá del lago Havasu.

—No, no está colocada, Robyna, lo único que le pasa es que tiene muchas preocupaciones. Dime, ¿puedo hacer algo más por ti?

—¡Cabrón! —se oyó que decía una voz a mi espalda. Levanté la vista y me encontré con mi esposa, Betty. Exesposa, quiero decir—. Ya sabía yo que tenías una querida, Mickey. ¿Por qué me tienes que mentir siempre?

—¿De qué hablas? —le pregunté, aunque ya sabía que ella debía de haber estado espiándome y habría presenciado mi tête-a-tête con Ingrid—. Era una cliente... —Al darme cuenta de que Ingrid no querría que nadie supiera que me estaba consultando, enmendé lo que decía—. Mejor dicho, la mujer de un cliente.

En el rostro de Betty se reflejaban la ira y la satisfacción a partes iguales.

—Ahora está saliendo a la luz la verdad —sentenció Betty—. Te ves con la mujer de un cliente. Espero que estés orgulloso de ti mismo.

Miré a mi alrededor. ¿Dónde estarían los chicos? Se habían largado. Las personas de la mesa de al lado nos estaban mirando, pero cuando yo a mi vez me quedé mirándolos fijamente se ocuparon de nuevo de comerse el almuerzo.

—Felicity la conoce —dije—. Pregúntale a ella.

—Eres un cabrón con dos caras. Deberían expulsarte del colegio de abogados.

—Contrólate, Betty.

—Pensar cómo le mientes al pobrecito Danny... —se quejó.

Y se marchitó como si el mero hecho de pensarlo fuera demasiado para ella. Así que era eso. Danny había invitado a Betty a comer con nosotros. Era otro de sus interminables intentos de volver a unir a sus padres. No es de

extrañar que se pusiera tan pálido cuando me vio llegar en compañía de Ingrid. Y tampoco era de extrañar que ahora se hubiera quitado de en medio.

—¡Mujeriego! —me gritó Betty.

Dio media vuelta y se dirigió con paso enérgico a la piscina, como si estuviera a punto de arrojarse a ella por el lado más profundo. En cierto modo yo no podía evitar sentir lástima por ella. Por lo menos eso era lo que sentiría al día siguiente. Estuve observando a Betty mientras ella elegía una silla junto a la piscina y se sentaba.

Danny también la estaba mirando mientras volvía con el plato.

—¿Has invitado tú a tu madre a venir aquí? —le pregunté.

—Me dijo que tenía que verte. Estaba preocupada porque la policía ha estado cavando en el jardín.

—¿Qué?

—Ha alquilado esa casa de Mulholland donde vivisteis hace tiempo. La policía ha ido allí y ha levantado todo el jardín cavando en busca de un cadáver. Ella quiere saber si puede obligarles a que vuelvan a dejar los parterres y todo lo demás como estaba.

—Espera un minuto, espera un minuto. ¿La policía ha estado buscando un cadáver? ¿Qué es todo esto?

—Le dije a ella que lo más probable era que tú estuvieras al corriente de todo. —No parecía preocupado—. La camarera me ha preguntado si somos cuatro o cinco para el almuerzo.

—Dile a la camarera que no sé cuántos somos. Di le que dentro de un minuto vuelvo para arreglar la cuenta.

Me levanté y salí a toda prisa hacia el lugar donde Betty estaba repanchigada en una tumbona. Ya se había tranquilizado.

—Lo siento —se excusó—. Lo siento de veras, Mickey. Y te pido perdón.

—¿Has estado bebiendo? —le pregunté. Nunca la había oído pedir perdón antes.

—Claro que no.

Levantó un vaso de zumo de naranja que había cogido de la jarra del desayuno.

—¿Qué es eso de que la policía ha estado cavando en el jardín?

—Sí, eso es lo que quería preguntarte. ¿Puedo cobrarle al Ayuntamiento los parterres de flores? ¿Te acuerdas de aquellas dos preciosas camelias? Nunca se volverán a recuperar.

—¿Qué fue lo que dijo la policía?

—Es una investigación de Homicidios. Fueron allí con un equipo y máquinas. Preguntaron por ti, y cuando les dije que no estabas me indicaron que querían cavar. ¿Qué podía hacer yo más que decir que sí? Ahora el dueño quiere volver a plantar y que sea yo quien pague la cuenta.

—¿Preguntaron por mí por mi nombre?

La idea de que la policía creyera que yo estaba muerto y enterrado en un jardín trasero de Mulholland Drive era completamente espeluznante, pero no quería que Betty se diera cuenta de que yo me sentía preocupado. Con frecuencia se iba de la lengua.

—Creían que era tu casa. Me preguntaron si yo era la señora Murphy.

—¿Y tú qué les dijiste?

—¿Qué querías que les dijera? Que sí.

—¿No les dijiste que estábamos divorciados?

—No me lo preguntaron.

—¿Les dejaste que creyeran que aquélla era mi casa?

—Yo no les dejé que creyeran nada. Entraron como Pedro por su casa, se pusieron a registrar los armarios y estuvieron buscando por todas partes. Volvieron a ponerlo todo en su sitio, pero cuando una no se espera una cosa así...

—¿Se llevaron algo?

—¿Qué enterraste en el jardín, Mickey?

—No enterré nada en el jardín. Hace por lo menos diez años que no he estado en Mulholland.

—Se llevaron algunas muestras de tierra y otras cosas en bolsas de esas que utilizan para guardar pruebas. Estaban buscando un cadáver.

—¿Qué está pasando? —inquirí dirigiéndome al mundo en general.

Betty me sonrió como si yo estuviera bromeando. Nunca se tomaba las cosas en serio.

—Fue idea de Danny que yo viniera a almorzar con vosotros —me aseguró—. Creí que estaríamos solos. Sólo tú, Danny y yo. Tengo que pedirte un favor.

—No puedo seguir aflojando pasta. Son tiempos difíciles. Hay crisis, recuérdalo. No importa lo que diga el portavoz de la Casa Blanca, yo tengo una crisis en la vida real, aquí, en la cuenta de ahorro, que es donde duele.

—No se trata de dinero —me indicó.

—¿No se trata de dinero?

—No tienes que ponerte sarcástico —dijo.

—Dame un respiro, ¿quieres? Te mando el dinero con regularidad. No tienes que decirle a cualquier vieja gloria profesional del boxeo que intente sacarme más con una palanca.

—¿Profesional del boxeo? —Betty arrugó el entrecejo y luego se echó a reír—. ¡Profesional del boxeo!

—¿Qué tiene de gracioso?

—Esa «vieja gloria profesional del boxeo» no es otro que Juan, mi astrólogo.

—Debí imaginármelo. Juan, el único astrólogo de la ciudad que lleva los bíceps untados de aceite. Oh, vaya por Dios. Ahí es donde va a parar mi dinero. Siempre es algún místico, algún gurú, algún adivino o alguna otra clase de farsante. ¿Por qué no creces de una vez, Betty?

—Sólo quería ayudarme. No es un avaro ni nada de eso. Es un hombre encantador.

Ahora se había puesto a la defensiva.

—Oh, ya lo creo. Supe que se trataba de un altruista de alguna clase cuando lo vi alejarse en aquel Sel quinientos de color plateado. ¿Sabes lo que cuesta un coche importado como ése?

—No empieces a enrollarte con los coches de importación. Hablas exactamente igual que tu padre.

—¿Y qué hay de malo en eso?

—Nada. A mí me caía bien, ya lo sabes, en sus últimos meses de vida fui a verlo al hospital más veces que tú. Tú siempre tenías algún trabajo urgente los domingos por la mañana.

—Creo que es verdad. —Aquella fue una puñalada verdaderamente profunda. Betty sabía cómo penetrar entre las costillas. Papá era un gran tipo, pero yo no fuí precisamente un hijo perfecto; no me esforcé lo suficiente. Le pregunté—: ¿Te acuerdas de la cara del cirujano cuando le pusieron el marcapasos y preguntó si tenía garantía para toda la vida?

—A veces me pregunto si yo estaré tan alegre como él sé acabo en una residencia para ancianos —comentó Betty—; espero que Danny no encuentre trabajo urgente que hacer los domingos por la mañana.

Era una idea que daba escalofríos. Diez minutos con Betty y yo necesitaba ir a tumbarme en una habitación a oscuras. Realmente sabía cómo castigarme.

—Sí, es nuestro castigo, supongo. Lo echo de menos.

—¿A Danny o a tu padre?

—A los dos —confesé de corazón.

—Danny tiene su propia vida, Mickey. Cuando no era más que un niño estábamos todos juntos, como si estuviéramos en el muelle o algo así. Pero de pronto él da un pasito y se sube a una barca. Al principio no parece que haya mucha diferencia, pero luego la barca y el muelle empiezan a alejarse entre sí. Hay agua de por medio. Y de repente nos encontramos con que la barca casi se ha perdido de vista y él se ha marchado a vivir su propia vida. Pronto estará casado, quizá, con hijos propios. Y ya no formará parte de nuestra vida. ¿Suenas como una locura lo que digo?

—No.

—He intentado escribir un poema sobre ello, pero no logré encontrar la rima.

—No suena como una locura, Betty. Supongo que a todos los padres se les hace duro.

—Eso dijo Felicity. —Bebió un poco de zumo de naranja—. Ha vuelto con Paul otra vez.

—¿De verdad? Parecía muy despegada cuando la vi en Aspen.

—¿Podríamos volver a intentarlo nosotros? —me preguntó—. ¿Cómo una especie de segunda luna de miel? Ya sabes, irnos a algún sitio e intentarlo de nuevo. Tú y yo, como en los viejos tiempos. Pasábamos buenos ratos, ¿no?

—¿Irnos adónde? —No estaba dispuesto a volver a Las Vegas. Una luna de miel en Las Vegas es más que suficiente. ¿A cuántos juegos de azar se puede perder en un fin de semana?—. Estoy muy ocupado; no podría ir aunque quisiera.

Al menor parpadeo de interés por mi parte, ella haría que compartiéramos una cabaña con el techo de paja en Kauai o alquilaría una góndola sin gondolero en Venecia.

—No tiene que ser a ningún sitio especial. Podríamos ir al Hilton de Anaheim.

—¿Al Hilton de Anaheim?

No conseguí mantener la voz serena.

Pero ella no pareció notar mi sorpresa.

—Haré la reserva y pagaré. Tienen una tarifa especial de fin de semana en el Anaheim Hilton y obsequian con champán en el desayuno. Sábado y domingo.

—Como si obsequian con orejas de ratón en Disneylandia y tarta gratis en la Knott's Berry Farm, la respuesta es no. No, Betty, ni hablar. —Lo dije con convicción. Puede que les suene cruel, pero hay que ir con mucho cuidado con Betty. Cualquier reacción dudosa y ella empezaría a pensar que yo estaba

deseando que me atara de nuevo al arnés y me pusiera otra vez las anteojeras y las riendas—. Como te he dicho, en este momento tengo muchísimo trabajo.

—Felicity y Paul hicieron las paces en el Anaheim Hilton. Vuelven a ser felices de verdad.

Un tipo gordo con tatuajes en los brazos pasó corriendo a nuestro lado, chapoteando con los pies en el suelo; saltó a la piscina aleteando con los brazos. ¡Splash! Sobresaltó a Betty y nos roció de agua.

—Eso es estupendo —le dije mientras me enjugaba el agua de los brazos.

Ahora todo estaba explicado. Felicity Weingartner se había reconciliado a lo grande con su novio en el Anaheim Hilton, de manera que nosotros teníamos que ir al Anaheim Hilton. Para Betty las cosas siempre tenían que ser metafísicas. Tenía que ser a base de buenos auspicios o vibraciones, de algo en las líneas de las manos o en las estrellas. O numerología. ¿Cuál era el número de la habitación en que habían estado ellos?

—Ven a cenar conmigo esta noche. Róballo de mar al horno con salsa de judías negras. Uso la receta que nos dio aquel camarero en el Mandarín.

—Hoy es la fiesta de cumpleaños de Budd.

—Sí, a mí también me ha invitado —confesó Betty—. A comer.

—Le dije que irla tarde.

—Está raro.

—Lo vi la semana pasada en la televisión. Era un policía al que mataban a tiros en Corrupción en Miami.

—Lo vi. Apareció con los títulos, leyó los derechos, luego hizo gluglú y desapareció.

—Tenía un aspecto realmente estupendo —observé.

—Porque son reposiciones; por eso estaba tan estupendo. Eso fue hace años, cuando era más joven. ¿Qué ha hecho últimamente?

—Se deja el culo trabajando. Lo sé con toda certeza.

Betty me miró para ver si era sincero.

—Siempre le eres fiel —dijo con una voz que indicaba que le extrañaba que no le fuera igualmente fiel a ella.

—Pues tú antes siempre estabas machacando con lo atractivo que era.

—¿Ah, sí? —Alzó las cejas y esbozó una sonrisita reflexiva mientras recordaba—. Puede que sí.

Estaba bonita..., casi guapa, cuando sonreía. Me resultaba fácil recordar el día que la conocí y pensé que ella era la única para mí. Se levantó.

—¿Vas a ir a la fiesta de Budd? —quise saber.

—Tengo invitados a cenar. Tengo que cocinar.

Asentí. No pensaba presionarla para que viniera a ver a Budd conmigo. Una velada con una habitación llena de actores de cine era una perspectiva bastante pesada de por sí sin tener al lado a Betty haciendo comentarios de todo lo que sucedía.

—Te llamaré —le aseguré.

Levantó una mano y se pasó suavemente los dedos por el cabello para ahuecarlo.

—Olvídate de Budd Byron. Estarán con él todos esos actores amigos suyos. En vez de eso cenemos tú y yo juntos. Dile que estás enfermo o algo así.

Tenía un aspecto estupendo; debía de haber vuelto a hacer gimnasia.

—Creía que tenías gente a cenar. Me has dicho que tenías que cocinar.

—Puedo cambiar los planes.

—No —dije yo.

—Cariño..., estar juntos de nuevo te ahorraría mucho dinero —me indicó.

—No. No me agobies, Betty, ¿quieres? Estoy muy bajo en cuanto a motivación conyugal últimamente.

—¿Qué significa eso?

—Significa que hemos terminado. Que no hay nada que hacer.

## CAPÍTULO 10

La fiesta de Budd no fue de la clase de celebraciones típicas de Hollywood sobre las cuales Betty se había mostrado tan cáustica. No había superestrellas que desfilaran acompañadas de un séquito de agentes de prensa y recaderos, ni ejecutivos de los estudios con cola de caballo y barba de diseño, ni comida servida por un *catering* de moda, ni habitaciones en el piso de arriba con lindos muchachos, chicas exuberantes y pequeños recipientes con polvo blanco dispuestos para que los invitados se sirvieran a su gusto.

Hacía casi veinte años que Budd tenía aquella vieja y desvencijada casa encaramada en las colinas de Hollywood, cerca del cruce de Laurel Canyon. Estaba sólo a un tiro de piedra de toda la basura, el tráfico y el horror mendigante de Sunset, pero era un mundo aparte.

Manderley. ¿Qué romántico iluminado por los astros le habría puesto aquel nombre? Era una casa antigua que seguía las pautas de Hollywood. Se puede adivinar la edad de esas casas de las colinas por los árboles maduros que forman parte de su entorno paisajístico. Manderley se cobijaba bajo las copas de tres castaños de Indias. Por dentro estaba atiborrada de alfombras orientales y pesados muebles que Budd había comprado baratos allá por los años setenta, cuando los estudios hambrientos de dinero en metálico entregaron sus solares traseros a los especuladores y abrieron sus almacenes de propiedades a los subastadores. Pues sí, se trataba de un decorado de película: un incongruente apiñamiento de muebles huérfanos que nunca estarían en consonancia unos con otros. Pero todos los amigos y visitantes escapaban de sus castos decorados de interiores diseñados conscientemente para deleitarse en la novedad que constituía aquella casa abarrotada de muebles.

Y de todos modos, ¿a quién le apetece entrar en la casa cuando uno se encuentra de pie al sol templado con una bebida bien fría en la mano, intercambiando pullas con una muchedumbre de viejos amigos y maravillándose ante una vista que alcanza todo el panorama de la ciudad? Budd había instalado un elaborado bar portátil que tenía la forma de uno de

aquellos antiguos carros de helados de Nueva York. Había toda clase de bebidas que a uno se le puedan pasar por la cabeza; patatas fritas, frutos secos, palomitas templadas, palitos de queso y esos diminutos aperitivos japoneses que parecen de plástico y saben a algas.

Llegué tarde. Era bastante después de la hora de comer y la barbacoa hacía mucho tiempo que se había enfriado y la habían cerrado. Al lado había bollos tostados, mostaza y una enorme fuente con estampado floral llena de hamburguesas y perritos calientes que se habían quedado fríos. Estaban sirviendo champán mientras que, para aquéllos a quienes no les gustaban las burbujas, se habían puesto a enfriar media docena de botellas de Mondavi Chardonnay en una cubitera de plástico con hielo, y otras botellas de Beaulieu Cabemet Sauvignon estaban en fila listas para que las descorchasen. Todo estaba dispuesto para continuar hasta tarde. Pero pasé allí de pie la tarde, transfigurado por aquella vista. Las tormentas se habían alejado; las nubes deshilachadas se sumergían en un rojo sangre y el sol goteaba de ellas como un dólar de plata que saliera de una caja de colección puesta boca abajo.

—Nunca se acostumbra uno —comentó Budd.

Después de saludarme y traerme una copa respondió a aquella pregunta que yo no había llegado a formularle. Budd se había liberado de un grupo de actores boquiabiertos, en su mayoría jóvenes, que estaban escuchando a Pop Pedersen, un tipo de cincuenta años de rostro colorado que contaba chistes con mucha gracia y que había sido agente de Budd siempre, desde que empezó a trabajar.

—Es un sitio estupendo, Budd —le dije—. Tienes la casa más espectacular de la ciudad.

Ante aquel cumplido corriente él dio la respuesta que daba siempre:

—Es mi vista de un millón de dólares.

Budd tenía un aspecto magnífico; aquel grandote siempre estaba estupendo. Llevaba puesto un esmoquin hecho a medida —chaqueta blanca y pantalones negros—, una camisa, muy moderna, de cuello alto y una corbata color vino burdeos. Budd se negaba a someterse a esa norma según la cual el anfitrión nunca debe ir mejor vestido que los invitados.

—Me alegro de verte, Budd. —No teníamos mucho que decimos; éramos amigos—. Danny tenía que estudiar. Siente no estar aquí. Te he traído una papeleta de empeño.

—¿Cuánto te debo?

—Feliz cumpleaños —le contesté.

Detrás de Budd, Pop Pedersen respondía a su agradecido auditorio. Estaba representando con gestos un asunto sobre una puerta, una chica y una cama. Los agentes del mundo del espectáculo son todos actores en el fondo. ¿Cómo, si no, van a poder permanecer en ese negocio tan estresante?

Tras examinar durante un par de segundos la papeleta para asegurarse de que estaba firmada, Budd se la metió en el bolsillo.

—Es un regalo de cumpleaños maravilloso. Ya sabía yo que tú me lo solucionarías, Mickey. Cuando me dijiste que Danny tenía una pistola, adiviné enseguida cuánto deseabas que alguien se la quitase de las manos.

—Ya.

—¿Lo entendí mal?

—¿Te dije yo que Danny tenía una pistola, Budd? No recuerdo habértelo dicho.

—Puede que me lo dijera Danny. Me llamó por teléfono para darme las gracias por invitarlo.

—A lo mejor fue eso —dije yo.

Situado detrás de él, Pop estaba acabando la historia agarrando por las solapas a un imaginario director de hotel y gritando:

—Regla número uno para los hoteles de la playa, hijo de perra: ¡Imprimir los carteles de «No molesten» en algún idioma que las camareras de las habitaciones entiendan!

Todos se echaron a reír mientras Pop bebía un poco de vino y se regodeaba ante aquella reacción.

—Me alegro de que tú pudieras escaparte y venir —me indicó Budd—. Tú más que nadie.

Yo sabía que lo decía de corazón. Tenía una enorme vena sentimental.

—Todo el mundo viene siempre, Budd. Es todo un acontecimiento —le dije—. ¿Ha aparecido por aquí Ingrid?

—Sólo viejos amigos —contestó Budd al tiempo que asentía con la cabeza y miraba alrededor—. Se reúnen los sospechosos habituales. Eso es, ¿verdad? —Y luego, reaccionando con retraso a mi pregunta, añadió—: ¿Ingrid? Pues sí; sí que ha venido.

Lo miré extrañado. Yo habría dicho que una visita de Ingrid debería haber provocado una reacción más fuerte. Aparte de ser una celebridad menor, Ingrid era una persona a la que Budd adoraba casi tanto como yo.

Paseé la mirada por los amigos comunes que había allí reunidos: amigos de la facultad y amigos de Budd que eran actores. Ninguno parecía estar buscando asilo para refugiarse de los cazadores de autógrafos, pero reconocí

unos cuantos rostros que regularmente pronunciaban frases en los culebrones. Y, esparcidas por el patio, había mujeres jóvenes y hermosas en abundancia. Algunas llevaban camisetas y tejanos descoloridos de firma, otras lucían escotados vestidos de audición de lo más elegantes. Las chicas de largas piernas con buena dentadura y joyas macizas siempre perdían la cabeza por Budd. Con aquellos hombros anchos y el rubio cabello ondulado él era el accesorio de moda definitivo.

—Felicidades, Budd —le saludó desde lejos otro que también había llegado tarde. Era un inspector de Homicidios llamado Félix Chiaputti que se había especializado en historia con nosotros en la universidad. Nunca había tenido pinta de policía; supongo que por eso llegó a inspector. Llevaba un polo azul oscuro y un traje de pana de algodón azul claro, con la chaqueta echada al hombro de tal manera que se le podía ver la Smith & Wesson de cañón corto en la pistolera que llevaba en el cinturón.

—¡Hombre, Félix! Precisamente el hombre al que quería ver yo —dije. La noticia de que la policía había estado cavando en el jardín de la casa de Betty, en Mulholland, me había alarmado, pero era mejor que me fuera haciendo a la idea poco a poco—. ¿Qué tal va el negocio de los homicidios?

—Bastante movido —respondió Félix después de tragarse buena parte de la copa de *bourbon*—. ¿Qué tal te van las cosas a ti?

—No me puedo quejar.

—Me hacía falta —comentó tras acabarse la copa de un segundo trago y hacerse a un lado para servirse otra de una botella que había cogido del bar.

—¿Ha sido un día duro? No sabía que los policías trabajasen los domingos. —Se volvió contra mí y me apuntó con el dedo, la boca abierta y los ojos entornados. Yo sabía cómo hacerle rabiar—. Sólo bromeaba, Félix —me apresuré a añadir.

—Me he pasado la tarde hablando de veleros y catamaranes y adónde es mejor llevarlos en el Caribe.

—¿Ahora tienes un barco?

—Un tipo bajo y rollizo con los dientes muy blancos y las muelas de oro... con acento del sur, de muy al sur. ¿Un barco? ¿Estás de broma o qué? Tengo problemas hasta para hacer frente al pago de los recibos de la comunidad de vecinos.

—¿Entonces?

—Ese tipo dice que lo que más le gusta es Haití; que hay montones de playitas tranquilas de aguas transparentes donde puedes bucear con tubo. Por eso se ha comprado allí una casa para las vacaciones, pero claro, le gustan los

sitios en su estado natural. No va buscando caviar y *nouvelle cuisine*; es un hombre corriente. Como tú y como yo, sólo que tiene un trimarán de diez metros llamado Pegasus y se conoce todas las islitas del Caribe mejor que yo los bares para solteros de Santa Mónica.

—¿Es eso cierto? —¿Por qué conocería Félix los bares para solteros? ¿Estaría engañando a Maureen, su esposa? Me fijé en que ahora Félix iba peinado hacia adelante desde la nuca para disimular la calvicie que tenía en la coronilla, así que puede que la respuesta fuera sí—. ¿Qué tiene ese tipo que no tenga yo?

—Recursos, Mickey, eso es lo que tiene. Se casó con la heredera de una fortuna que se amasó vendiendo *panties*.

—¿Qué relación tienes tú con ese tipo?

—En su última travesía cortó en pedacitos a su esposa con un cuchillo de carnicero que compró en un mercado chino de Broadway y se la echó a los tiburones. Hay muchos tiburones alrededor de Haití y los pedacitos del tamaño que le convienen a un tiburón son muy grandes. Los animalitos se acostumbran a la idea de que los barcos echen desperdicios por la borda y les van detrás. Así se lo dije a él. Y el tipo asintió. Tenía libros sobre tiburones y sus hábitats en la mesilla de noche. Me dijo que eran una especie en peligro de extinción. Por lo visto ha perdido el cuchillo de carnicero. Debí de irse por la borda junto con los desperdicios, según él.

—Dios mío. ¿Qué le ocurrirá?

—Heredará diez millones setecientos mil dólares de su esposa. Principalmente en bonos del Tesoro, pero un tipo con una caradura semejante los cambiará por acciones a menos que yo lo haya interpretado todo mal.

—Quiero decir, ¿cuánto tiempo de cárcel le caerá?

—¿Caerle? Ni siquiera irá a juicio. Si yo le pidiera a la oficina del fiscal que intentara acusarle, mi jefe me mandaría al sicólogo y luego me despediría. La única prueba que tengo es un Rolex de señora con la pulsera de oro que, según los forenses, alguien cortó limpiamente con una pesada hoja de acero. Sobre el oro hay restos diminutos de un característico acero de baja calidad exactamente igual al del cuchillo de carnicero chino que yo compré en la misma tienda. Con esa prueba yo ni siquiera podría atrapar a ese cabrón por contaminar el océano. Nunca seremos capaces de colgarle ese asunto. Lo ha hecho todo bien. Incluso me ha pedido que le devuelva el reloj de su esposa. Dice que tiene un valor sentimental para él y me dio a entender que si no se lo devolvía a lo mejor se lo quedaba algún policía. No sé cómo pude aguantarme sin ponerle las manos encima al muy cabrón. Antes era médico, ¿puedes

creerlo? —Félix sacudió la botella para hacer caer hasta la última gota—. Ya estaba casi vacía cuando la cogí —añadió al ver que yo lo miraba.

—A juzgar por las facturas que me pasa a mí el médico, no sé cómo ese tipo no tiene ya diez millones propios —comenté.

—Puede que los tenga.

Félix se acercó al bar y cogió otra botella de *bourbon*, se sirvió un poco y se lo bebió también rápidamente.

—Si tienes que conducir para volver a casa, yo que tú me lo tomaría con más calma —observé.

—Pegasus es como se llama el barco. Lo he buscado en la enciclopedia. Era un caballo alado e inmortal que brotó de la sangre de la Medusa muerta. Luego busqué Medusa y descubrí que no era ningún dios, era una mujer mortal.

Lo miré.

—Eso es muy bonito incluso para un licenciado en historia —le dije—. ¿Estás diciéndome que ese tipo le puso el nombre al barco con la idea del asesinato en la cabeza?

—Es una posibilidad, ¿no? —Miró a su alrededor—. Supongo que todos nos hacemos viejos.

—Habla por ti —le indiqué—. Dime, ¿sucede a menudo que los hombres maten a sus esposas para librarse de ellas?

—Tú no te has vuelto a casar, ¿verdad? ¿Sigues divorciado de Betty?

—Tranquilo, Félix. Sólo te lo pregunto porque tengo una cliente que se siente amenazada. Cree que su marido va a matarla.

—Puede que esté chillada —apuntó.

—Eres un hombre duro, Félix. Pero ¿qué clase de coñac puedo darle en el caso de que no esté chiflada?

—¿Por qué no se larga, sencillamente?

—Porque hay de por medio la custodia de un hijo. Si se larga, supone que su marido dirá que ella es una irresponsable mentalmente inestable y convencerá al tribunal para que le concedan a él la custodia del hijo.

Me miró y se frotó la cara durante unos instantes antes de responder.

—El cincuenta y ocho por ciento de los asesínalos en Estados Unidos los cometen amigos íntimos o parientes de la víctima. En la familia y en el lugar de trabajo: ahí es donde empieza todo. No hay muchos chiflados que salgan por ahí a matar sin razón alguna a alguien a quien no conocen. Estadísticamente tiene más probabilidades de que la liquide su marido que

ninguna otra persona. Y si hay dinero de por medio las posibilidades aumentan considerablemente. Di me, ¿es alguien que yo conozca?

—No, se trata de una clienta.

Me miró con recelo.

—No serás otro de esos que van por ahí con un guión de película secreto, ¿verdad? Esta ciudad está llena de personas así. ¿Algo entre Budd y tú, quizá? Budd me estuvo haciendo esa clase de preguntas hace sólo dos semanas.

—¿Budd?

—Vale, ya veo que es un secreto. Os lo guardaré.

—Escucha, Félix. No estoy escribiendo el guión de una película. Tengo problemas y necesito tu consejo.

—¡Adelante!

—Betty está viviendo ahora en la casa que antes teníamos los dos alquilada en Mulholland. Un equipo de Homicidios subió allí el otro día. Estuvieron registrando la casa y se pusieron a cavar en el jardín. ¿Sabes tú algo de eso?

—Ni una palabra. ¿Qué buscaban?

—Tú sabrás. Dice Betty que preguntaron por mí. Eso es lo único que sé.

—¿Ningún mensaje? ¿Nada por correo? ¿Nada por fax? ¿No se pusieron en contacto con tu despacho?

—Hace un par de días que no voy por el despacho.

—Estas cosas siempre tienen una explicación sencilla —dijo Félix, como si la policía estuviera constantemente ocupada haciendo ataques de excavación por sorpresa en los tantanes de toda la ciudad—. Ya sabes cómo está el correo en estos tiempos.

Antes de que yo pudiera decir nada más llegó Maureen, su mujer, con tres miniperritos calientes. Yo la conocía. Era una decidida ejecutiva de una agencia que buscaba talentos; tenía treinta años, los ojos azules, pequeños y brillantes, y el cabello con una permanente a la moda. Mona en un estilo feroz.

—Le estoy contando a Mickey lo del asesino de la esposa.

—Félix tenía la esperanza de hacer un viaje con los gastos pagados al Caribe —dijo Maureen—. Cuando ese tipo regresó por su propia voluntad, Félix tomó la determinación de mandarlo a la cámara de gas como venganza.

—Maureen nunca ha perdido el sentido del humor —dijo Félix—. Eso es lo que sostiene nuestro matrimonio. ¿Verdad, Maureen?

—Nunca he hablado más en serio en mi vida —aseguró ella al tiempo que me ofrecía un perrito caliente puesto encima de un panecillo. Yo no tenía

hambre, pero era un gesto tan amistoso por su parte incluirme a mí en la logística que lo acepté.

—¿Le has puesto mostaza, cariño? —le preguntó Félix.

—¿Iba a defraudarte yo después de tantos años de vivir como una esclava por ti?

Félix dio un mordisco al perrito caliente; luego cerró los ojos y frunció los labios mientras lo saboreaba.

—Es de Gelson —fue el veredicto que pronunció sobre el perrito caliente—. Mis favoritos: y los de Safeway como subcampeones. Maureen tiene ahora su propio equipo. ¿Lo sabías?

—¿Cómo agente?

Pues, desde luego, a mí no me confiaba ninguno de sus asuntos legales.

Maureen asintió.

—Sí. Nos ocupamos sobre todo de escritores y directores. Tengo proyectos para incluir también productores, lo haré en cuanto consiga un trato de promoción que esté bien. De momento dejo fuera a los actores: son demasiado temperamentales.

Tenía una voz baja, clara y atractiva. Durante una temporada había trabajado en la radio en un programa de cuentos infantiles, pero cuando se negaron a darle un programa propio se marchó.

—Vaya, enhorabuena, Maureen —le dije—. ¿No estás engordando un poco?

—Sí, así es, cabrón. —Dejó de comerse el perrito caliente y le dirigió a éste una mirada acusadora. Puede que me leyera el pensamiento en lo de que no me confiaba nunca ninguna migaja legal de las que barría de su mesa de agente—. Soy víctima de los almuerzos de negocios de Hollywood. Pero me va estupendamente y es bueno trabajar por cuenta propia.

¡Fastídate!

—Deberías ver su despacho, Mickey —comentó el orgulloso marido—. En el bulevar Santa Mónica, cerca de Rodeo. Paneles de roble, alfombras hasta los tobillos, cuadros pintados a mano en las paredes; ¡deberíamos vivir así de bien en casa!

—No seas mezquino, cariño —apuntó Maureen—. Debo tener un lugar decente donde llevar a los ejecutivos y a los talentos. Los clientes necesitan la impresión de seguridad que proporciona tener un representante con aspecto próspero. La clase de clientes que a mí me interesa no quiere un agente que trabaje en un salón de cócteles con un teléfono móvil.

—Cuando tengas un empleo vacante házmelo saber —le dije para tomarle el pelo.

—Pues mira, en este momento necesito a alguien inmediatamente —respondió Maureen.

Sacó el perrito caliente del panecillo, se lo comió y dejó caer el pan en una papelerera cercana.

—¿Qué clase de persona? —le pregunté.

—Alguien dispuesto a destrozar zapatos. Alguien capaz de calcular un porcentaje sin una calculadora japonesa y que sepa moverse por los estudios y los restaurantes. Algunos días como dos o tres veces, y eso me está matando. ¿Tienes alguna idea?

—Mi ex, Betty, está disponible; y está buscando un empleo.

Aquello no era exactamente cierto. Betty no había dado ninguna muestra de estar buscando trabajo, ni siquiera de que estuviera dispuesta a aceptar uno si se le presentaba. Pero a mí me resultaba atrayente la idea de que Betty tuviera un empleo remunerado. Si tenía ingresos de algún tipo quizá dejara de darme la lata.

—¿Betty? ¿La que fue Betty Murphy?

Me miró intrigada. Creo que se daba cuenta de lo que a mí me rondaba por la cabeza.

—La que es Betty Murphy —la corregí—. Le gusta mi apellido más que el suyo, Vanderbilt. Los empleados de los parlamentos de créditos siempre hacían bromas con los planes de amortización.

—¿Tiene experiencia?

—¿En comer tres comidas al día? Claro que sí. Y algunos días cuatro. Y también en asaltar frigoríficos de madrugada. Ya te enseñaré los resguardos de mis cheques.

—¡Eres un canalla! ¿Hablas en serio?

—Betty podría hacerlo —insistí. Me estaba empezando a interesar la cosa.

—Necesito un negociador. Un catalizador; un mediador. El trabajo de agente no es cosa de coser y cantar, como parece que la gente se cree. Es muy duro, y tienes que ser rápido de piernas en lo referente a los contratos de las películas.

—¡Negociador! Las negociaciones que hizo conmigo me dejaron en la miseria.

—Y en una época fue tu secretaria, así que supongo que sabrá escribir cartas en tono legal.

—Sabe redactar un contrato. Trabajó para Pop Pedersen antes de que naciera Danny.

—Si me estás tomando el pelo, Murphy...

—Te estoy diciendo la verdad.

—¿Está aquí Betty?

—No, pero acabo de comer con ella. Llámala. Te irá de maravilla con ella. Es muy tenaz, ya sabes a qué me refiero.

—Conozco a Betty —dijo Maureen con ese tono resentido de solidaridad entre mujeres—. Tú eres un cabrón, Mickey. Comprendo por qué te dejó.

—Llámala. Éste es el número donde puedes encontrarla.

Garabateé el número de Betty en el dorso de una tarjeta de visita mía y se la di a Maureen, quien se la guardó en el elegante bolso de piel de caimán.

—A lo mejor le doy a Betty un empleo y ella te hará tragar tus palabras.

—Me da lo mismo, siempre que sea ella quien pague la cuenta de lo que yo me coma.

Mientras yo estaba hablando, Budd gritó desde el otro extremo del patio:

—¡Félix! ¡Ven aquí y detén a este tipo!

Félix me sonrió, cogió del brazo a su mujer y se alejó.

—Tengo que preguntarte una cosa, Félix —le dije—. Habla conmigo antes de marcharte, ¿quieres?

Asintió y se alejó. Pero me dio la impresión de que no quería reanudar la conversación.

—No hay mucha gente aquí —me comentó un hombre al que Budd me había presentado como un famoso productor de cine. Yo no lo había visto nunca antes. Era un hombrecillo de aspecto curtido de espaldas muy anchas. De cerca se le notaba que le habían hecho un *lifting* en la cara en algún momento. Y ya le hacía falta otro. Tenía el cabello perfecto, ondulado y con canas en las sienes, y un rostro de facciones marcadas y distinguidas—. Harold Torvik.

—Me alegro de conocerte, Harry —le saludé—. Me llamo Mickey Murphy.

—No conozco a ninguna de esas personas.

Resultaba difícil decir si se estaba quejando o alardeaba de ello. Miré hacia el otro lado del patio al mismo tiempo que él y observé a los demás invitados.

—Sólo es para amigos íntimos.

—Así parece —asintió. Diestramente cogió una copa de champán recién servido de la bandeja que llevaba un camarero—. ¿Eres actor?

—Abogado. Fui a la universidad con Budd.

—Me ha dicho que fue a la universidad —dijo como si le resultase difícil de creer.

—Una beca de fútbol —le indiqué—. Budd y yo fuimos los dos con una beca de fútbol.

—¿Fútbol? ¿Consiguió una carta de recomendación?

—Pues sí, así fue.

No era exactamente cierto. Yo siempre había sospechado que Budd había conseguido la beca más porque tenía pinta de estrella de fútbol que porque tuviera probabilidades de convertirse en un jugador profesional. Ver a Budd tan esmeradamente acicalado, ataviado con su uniforme, con el casco debajo del brazo y una mirada distante y decidida era algo que nos inspiraba a todos. Él personificaba el amor que todos sentíamos hacia aquel deporte.

—¿Y se graduó?

—Tuvo tantas ofertas para hacer películas que lo dejó.

—Su agente me envió un vídeo de actuaciones suyas. ¿Ha hecho alguna vez un papel de protagonista?

—Claro, muchos —repuse. Aquel tipo me estaba sonsacando, pero si estaban pensando en Budd para ofrecerle algo importante me parecía que lo mejor sería quedarme allí y cantar sus alabanzas.

—Quiero decir en alguna producción importante.

—Oh, ya lo creo —dije con lealtad—. Ha hecho de todo.

Para los vídeos de muestra —dije improvisando desesperadamente—, a los actores les gusta enseñar una variedad de papeles de poca importancia a fin de dar énfasis a la versatilidad.

—Dime algunos títulos.

—Tengo una memoria terrible —le confié—. Y a decir verdad, no voy al cine más que para ver musicales.

—Yo tampoco; las películas no son más que un montón de mierda. Nunca voy al cine; ni veo películas en la televisión, ni tampoco en vídeo.

—Creía que eras productor de películas —le dije.

—No, eso es la ilusión de Budd. Me dedico a las boleras. Muchas personas han intentado convencerme para que invierta en el cine. Pero yo eso no quiero tocarlo.

Hizo una pausa y aguardó.

—¿Por qué?

—Porque los contables de las películas son capaces de enseñarle a uno pérdidas dolorosas sobre una mina de oro. Yo tengo ocho boleras: Chicago,

San Diego, Dallas... de un lado a otro del país. Si quieres ganar un poco de pasta extra déjame que yo te invierta en el negocio de las boleras. Es una inversión maravillosa, y te garantizo que no te estafarán. Mis libros están abiertos a todos los inversores. Dirijo un negocio limpio, y eso siempre compensa. —Sacó una cartera de piel que parecía muy cara y tendió una tarjeta—. Budd será mi invitado cuando inauguraremos la bolera más nueva y la mayor de mi grupo: la de Albany.

—Felicidades.

Esbozó el fantasma de una sonrisa.

—Yo creía que tu amigo era una gran estrella de cine, pero estoy empezando a pensar que es un don nadie.

—Te equivocas, Harry. Budd Byron es un rostro famoso —le aseguré—. Según me has dicho, tú no ves muchas películas, pero los cinéfilos sí que conocen ese rostro, aunque al principio no les suene el nombre. Y es un actor buenísimo.

Me miró.

—¿Es cierto?

—Sí, lo es. Budd es una de las personalidades más famosas de Hollywood.

Me miró. Aquello estaba llegando demasiado lejos y los dos lo sabíamos. Sorbió por la nariz, dio un trago de champán y luego se limpió la boca con un pañuelo de seda de pequeños lunares.

—Puede que tengas razón. De todos modos lo único que puedo permitirme es el precio que pide Budd. No estoy dispuesto a dilapidar una fortuna en la inauguración. Y, mierda, ¿qué saben de estrellas de cine los aficionados a los bolos de Albany?

Permanecimos un rato allí de pie mientras él sometía a un detenido examen a los demás invitados. Luego, de pronto, se separó de mí y se puso a hablar con una joven que llevaba una blusa transparente y que estaba intentando abrir una lata de 7-Up ella sola. La muchacha advirtió que alguien se acercaba para ayudarla y le dedicó una radiante sonrisa. Supongo que vio el abrelatas que llevaba aquel tipo dentro de los pantalones.

Budd se acercaba a unos y a otros; era un anfitrión concienzudo. Para redondear la fiesta, Pop Pedersen iba a llevar a Budd y a un grupo de invitados a Morton's. Budd me pidió que fuera con ellos, pero le dije que no. Yo veía que iba a ser una de esas veladas que acaban en algún bar pequeño de Santa Mónica con un montón de tipos hechos puré, todos con llorera y sentados por allí con los teléfonos móviles encima de la barra prometiendo

llevar una docena de bellísimas y *sexies* muchachas que no contestaban al teléfono.

—En otra ocasión, quizá. Tengo cosas que hacer en casa.

—¡Vamos, Mickey! ¿Qué cosas?

—¿Que qué cosas? Escucha, o me detengo por el camino cuando vuelva a casa a comprar más platos o encuentro el manual de instrucciones del lavavajillas. Tengo la secadora estropeada, y estoy hasta aquí de ropa sucia. Mi asistenta está en su casa cuidando a una de sus hijas que está enferma, y como yo no empiece a limpiar pronto me denunciarán los de sanidad por intentar provocar una epidemia de cólera.

—Venga, Mickey. Olvídate de esas labores rutinarias. A Pop le encantará que vengas.

Budd no me creía, me di cuenta de ello. Pensó que estaba rechazándole a él y a nuestros amigos.

—Mira, Budd —le expliqué—. La verdad es que he quedado con una rubia de enormes tetas en Marina del Rey. Su marido está en una convención de fabricantes de pintura en Dallas, y ésta podría ser mi gran oportunidad.

—Comprendido —dijo Budd.

Y me dedicó una sonrisa fija e insegura. No sabía qué creer. Ni siquiera era capaz de distinguir qué era lo que yo quería que creyera. Y eso era bueno. La interacción beneficiosa de la vida urbana americana sólo tiene éxito porque no sabemos qué creer. Si supiéramos qué creer, estaríamos echando abajo la puerta de nuestro vecino.

—Bueno, serás bien recibido si decides cambiar de idea y unirse a nosotros —me dijo Budd—. ¿Quieres una copa?

—Ya he bebido bastante.

Pop Pedersen me caía bastante bien, pero era uno de esos tipos que tiene que convencerte de su insaciable libido, y yo no podía afrontar una noche esforzándome por reír las historias graciosas que acabarían todas con Pop actuando enérgicamente en la cama, en la playa o en el asiento de atrás de un coche con alguna bella starlet.

El sol se ponía con rapidez y la luz era dorada. Me trasladé hasta la barandilla de la terraza y me senté en una de las tumbonas. Qué ciudad: la mayor colección de desconocidos del mundo, gente procedente de todas partes del globo sin nada más en común que el convencimiento de que ganar dinero al sol no resulta más estresante que hacerlo bajo la lluvia y la nieve. La ciudad se extendía ante mí. Desde allí arriba se podía ver que la mayor parte de ella estaba formada por edificios bajos prefabricados, parecidos a cabañas,

que producían el efecto de un inmenso campamento del ejército. Alrededor de éstos, como adultos en una fiesta infantil, se alzaban unos cuantos elegantes rascacielos de cristal: un puñado de ellos relucían a lo lejos entre la neblina de Century City y algunos más alrededor del Ayuntamiento, en el centro de la ciudad. Y por todas partes, marcando los dibujos de parrilla que forman las largas avenidas, había puntiagudas hileras de palmeras que se alzaban hasta gran altura entre el aire contaminado. Y cuando el sol estaba muy bajo como entonces, el rosado resplandor que producía se filtraba entre la neblina y daba la impresión de que toda la ciudad estuviese en llamas, desde Pasadena hasta el aeropuerto de Los Ángeles.

Era la hora del crepúsculo cuando me fui de la fiesta de Budd y me dirigí en coche hacia mi despacho. Subí y me senté ante el escritorio de la señorita Huth para examinar el correo y los mensajes. Allí no había nada que explicase que la policía hubiera estado excavando agujeros en Mulholland.

Mientras estaba allí sentado oí voces en el despacho contiguo. Era Billy Kim, que hablaba con Vic Crichton. Yo no había visto a mi socio desde que lo dieran de alta en el hospital de Phoenix. Tenía muchas cosas que decirle, así que llamé a la puerta con breves y rápidos golpecitos y luego entré.

—Billy —le dije—. ¿Por qué no me dijiste que habías vuelto?

Billy le dirigió una mirada a Vic Crichton y éste bajó los ojos. La clase de silencio que se produjo a continuación y el semblante de los dos hombres me indicó que yo había interrumpido alguna clase de discusión, una de esas discusiones feroces que se llevan a cabo en voz baja.

—Hola, Mickey —me saludó Billy Kim con suavidad. Estaba de pie detrás del escritorio. A modo de saludo levantó la mano izquierda, envuelta en escayola—. Cuando me quiten esto me encontraré en buena forma. Tenía pensado ir a verte.

Vic Crichton estaba repantigado en una butaca; empuñaba una copa en la mano.

—Me alegro de que hayas venido, Mickey —dijo—. Habla con tu socio e intenta meterle en la cabeza un poco de sentido común.

—Mickey no tiene nada que ver en el asunto que estamos tratando, Vic. Déjalo al margen.

—No me vengas con esa mierda —le contestó Vic con el rostro enrojecido por la excitación y el esfuerzo, y quizá también por el alcohol—. Hablé con Mickey en Aspen, ¿no es cierto, Mickey? Él se encargó de llevar el fiambre a la funeraria. ¿Es que crees que no lo sé? Nosotros somos los dueños de esa funeraria; sabemos todo lo que ocurre.

Había una botella de coñac y un vaso sobre el escritorio, delante de Billy, pero él rara vez bebía alcohol y su evidente ira no había sido provocada por la bebida.

—No te necesito, Vic —le dijo Billy Kim lenta y deliberadamente—. Tú me necesitas a mí, pero yo no te necesito a ti. Te convendría recordarlo.

—No hay escasez de fiambres —dijo Vic escupiendo las palabras como si fueran pepitas de papaya. Se levantó de la butaca y se acercó a la ventana. Fuera era de noche, y las luces de la ciudad, con las vallas publicitarias, los letreros de los anuncios y los movimientos de los coches por las autopistas elevadas, chispeaban como los puntos en una máquina tragaperras—. Date un paseo por esta ciudad durante las primeras horas de una mañana fría y te tropezarás con una docena de muertos. Puedes escoger forma y tamaño antes de que el Ayuntamiento vaya a recogerlos.

—Quizá se te haya olvidado que necesitas un certificado de defunción en regla para la aduana de los Estados Unidos —le recordó Billy Kim con esa calma oriental que yo sabía que era el preludio de una demostración de violento mal genio—. Tengo que pagarle al médico por los certificados. Tengo que pagarlos todos.

—Escúchame, canalla —dijo Vic mientras se daba media vuelta desde la posición que ocupaba ante la ventana—. Las líneas aéreas no aceptarán transportar un cadáver si éste no procede de una funeraria. —Se acercó a Billy—. Y antes de que me digas lo fácil que sería sobornar a alguien de las líneas aéreas, permíteme que te recuerde que tiene que consignarse igualmente a una funeraria en el punto de destino, y la ley dice que la funeraria extranjera tiene que enviar a alguien a recogerlo. —Levantó una mano para apuntar con un dedo a la cara de Billy—. Tu contribución fue mínima. Puede que el accidente de coche te haya sacudido ese pequeño cerebro oriental más de lo que han revelado los exámenes médicos.

Billy parpadeó cuando el dedo casi le rozó la nariz. Apartó la mano de Vic de un golpe y temió que el inglés echara mano de la pistola que le gustaba llevar debajo del brazo. Pero Crichton no manifestó temor. Dio un paso atrás, levantó los brazos en un gesto de rendición y sonrió en actitud desafiante.

—Me parece que hay una especie de dicho chino que dice que una pelea significa que un tonto ha perdido una discusión.

—Te mataré, cabrón —le amenazó Billy.

—No, no me matarás —repuso alegremente Vic—. Voy a ver tu farol y tendrás que echarte atrás.

—Escuchad, imbéciles cabrones —intervine yo—. Conseguir una nueva identidad para *sir* Jeremy parece que se os ha subido a la cabeza. Pero hay demasiada gente enterada de lo que habéis hecho. Deberíais estar borrando vuestras huellas y no peleándoos por dinero. Stojil os complació eligiendo un vagabundo muerto de la forma y el tamaño apropiado, y consiguió el pasaporte y todo lo demás que *sir* Jeremy necesitaba. Pero eso no significa que Stojil vaya a quedarse sentado y a pagar el pato por vosotros si la policía va a olfatear por la pensión Rainbow. Y tampoco el complaciente director de pompas fúnebres amigo de Vic hará eso por mucho que esté en nómina. Si vosotros dos tenéis una discusión por dinero, será mejor que la zanjéis tranquila y rápidamente; os resultará más barato.

—No te andes con bromas, Mickey —me interrumpió Vic—. ¿Es ésta la escena que sigue en el chantaje? ¿Lo habéis estado tramando todo entre los dos?

—No seas necio, Vic —le recomendé—. Los timbres de alarma están sonando y tú tienes todas las de perder. ¿Por cuánto dinero estáis discutiendo?

—No me gusta que me timen —aseguró Vic con un gruñido. Pero había cambiado de actitud. Quizá fuera él el que había estado tirándose faroles.

—Escuchadme los dos con atención —les dije—. La policía ha estado excavando en el jardín trasero de una casa en la que yo vivía antes, en Mulholland. ¿Tenéis alguna idea de lo que andaban buscando?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Billy.

—Creo que a la policía británica le ha llegado el soplo de vuestro fraude. Si le hicieran una autopsia a ese cadáver que habéis mandado en avión a Londres y comparasen las radiografías dentales con las de *sir* Jeremy, empezarán a preguntarse quién diantres será ese cadáver y qué le habrá pasado al verdadero *sir* Jeremy. Por lo que parece, han abierto una investigación por homicidio que los conducirá a Stojil.

Se oyeron sirenas que sonaban desde algún lugar al otro lado del mundo.

—¿Asesinato? —inquirió Vic con la frente arrugada y la voz quebradiza—. ¿Detener a Stojil por asesinato?

—Si tu amigo, *sir* Jeremy, se esconde en alguna parte al otro lado del mundo, podría resultar un asunto muy espinoso para cualquiera probar que continúa vivo —le indiqué—. Y si Stojil los convence de que él no fue quien lo mató, la policía empezará a volver la cabeza hacia nosotros.

—¿Es eso cierto, Mickey? —me preguntó Billy Kim—. ¿La policía estaba buscando un cadáver?

—Lo averiguarás cuando vayan a excavar en tu jardín trasero. Mientras tanto, será mejor que te deshagas de cualquier prueba que no te gustaría que fuese sometida a inspección por parte del jurado. Daos un beso y haced las paces, muchachos. Cerrad filas, sentaos con firmeza y rezad.

—Creo que tienes razón, Mickey —dijo Billy Kim con aire arrepentido.

Vic asintió. Cuando me marché del despacho, creo que ya había conseguido hacer que ambos entrasen en razón. En realidad estaban esperando a que yo me marchase de allí para ponerse a planear su próxima escapada.

## CAPÍTULO 11

Cuando mis vecinos de al lado, los Klopstock, recibían a gente en su casa, siempre aparcaban sus tres coches delante de la mía. Así la fachada y la rampa les quedaban libres para aparcar los coches de los invitados. Yo no podía hacer nada al respecto, pero mirar por la ventana y ver el gran Mercedes blanco de los Klopstock plantado delante de mi puerta era algo que me exasperaba. Sabían lo que yo pensaba de los coches importados. A veces me preguntaba si no lo harían a propósito, pero no había ninguna ordenanza municipal, ni normativa local que impidiera que la gente aparcara el coche en cualquier lugar que se le antojara de la calle, excepto cuando los camiones municipales venían a recoger la basura los viernes por la mañana. Pero con aquellos coches colocados ante el bordillo de mi casa era difícil entrar en mi pequeño garaje, y eso me sacaba de mis casillas.

Así que estaba bastante cabreado unos días más tarde cuando llegué a casa muy tarde y me encontré la calle como si fuera un aparcamiento. Era una noche de clara luz de luna y soplaban una ligera brisa; me llegó el olor a pollo chamuscado y a ponche de vino caliente. Aquella mañana yo ya había sospechado que se avecinaba una de las caprichosas fiestas de los Klopstock. De pronto los árboles de su jardín aparecieron engalanados con colgaduras de luces de colores, y les habían llevado en un camión varias pilas de sillas y mesas alquiladas.

—¡Eh, hola, Mickey, querido!

Binnie Klopstock estaba de pie a la puerta despidiendo a unos invitados.

Henry Klopstock también se encontraba allí, ataviado con un esmoquin — ¡un esmoquin!—. Ayudaba a una mujer que estaba un poco bebida a entrar en un Lexus.

—¿De verdad tenéis que marcharos tan temprano?

Estuve observando a Henry mientras éste metía debajo del asiento del coche el largo abrigo ribeteado de la mujer para que ésta no se lo pillase al cerrar la puerta. Ella se reía como una tonta, y el conductor del coche, su marido, supongo, dijo:

—Compórtate como es debido, Fleur. —Al ver que su advertencia no surtía efecto y con la voz amplificada por el alcohol, repitió—: Compórtate como es debido y di que lo hemos pasado estupendamente.

Binnie y sus hijas llevaban todas vestidos cortos, a la moda de los años veinte, que destellaban a causa de las lentejuelas y los ribetes de vidrio y cuentas cilíndricas. Binnie se acercó a mí mientras yo metía despacio el coche en la rampa de mi casa. Estaba atrapado.

Bajé la ventanilla.

—¡Hola, Binnie! —la saludé.

—¿Has vuelto a quedarte trabajando hasta tarde en el despacho? Tú siempre tan trabajador.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Lo he sabido porque llevas ropa de ir a trabajar. Deberías salir más y darte algunos caprichos.

Tenía caradura. Ropa de ir a trabajar. Aquél era el mejor de mis trajes, un traje oscuro de lana de tres piezas que me había comprado para ponérmelo en los juicios. Sonreí y apreté el botón que abría la puerta del garaje. Ésta se enrolló hacia arriba con gran estrépito y puso a la vista el terrible desorden que había en mi garaje. Dejando a un lado los periódicos manchados de aceite que se encontraban diseminados por todo el suelo, la parte de atrás se había convertido en un espacio para almacenar cosas viejas, rotas y polvorientas: una bicicleta que Danny había utilizado hasta que se le quedó pequeña, un león de juguete relleno que mi familia le había regalado a mi hijo en su noveno cumpleaños, algunos neumáticos con un montón de kilómetros encima. Eran cosas que yo no necesitaba, pero que no era capaz de tirar.

Binnie contempló con tristeza todo aquel desorden. Los Klopstock eran obsesivamente ordenados: incluso guardaban los adornos de papel de Navidad.

—Ya sabía que no te importaría que hubiese tantos coches —dijo. Meforcé por mantener la sonrisa, pero no me resultó fácil—. Ahora que tu esposa se ha marchado y Danny ha volado del gallinero, hay sitio de sobra.

—Sí, sí —convine en mi habitual estilo cobarde.

—Y tener un Sel quinientos aparcado a la puerta le confiere a esta vieja chabola un toque de distinción, ¿verdad?

Se dio la vuelta y lo repitió en voz bien alta para que pudieran oírla sus amigos.

—Que lo pases bien, Binnie —le dije; y proseguí con mi intento de meter el coche en el garaje.

—Ven a tomar una copa —me gritó.

—Y a hace rato que debería estar en la cama.

—Nosotros continuaremos todavía durante horas —amenazó.

Oh, Dios mío. Apreté el control del garaje y la puerta se cerró con estrépito.

Cuando entré en la casa por el garaje encendí la luz del recibidor y vi en el suelo una hoja de papel naranja. La habían metido por debajo de la puerta principal en lugar de echarla al buzón. La cogí y la leí. Un dibujo de palmeras enmarcaba una invitación escrita a mano para una fiesta en casa de los Klopstock. Con fecha de aquel mismo día: un recurso de último momento. «¡Por favor, veen, queridísimo Mickey!». Lo había garabateado Binnie al margen con rotulador. Bueno, todo habitante de los suburbios sabe qué clase de ultimátum es ése. Cuando las manillas del reloj se acercaban lentamente a la hora cero, mis vecinos habían decidido hacer un ataque preventivo que me privase de la oportunidad de quejarme ante los mil vatios de altavoz para graves y altas frecuencias de fabricación japonesa que metería en mi casa conmigo a Cher y a sus mayores éxitos. La música continuaba sonando. Cher había dado paso a música heavy metal, a un «bum, bum, bum» sin melodía y a Colé Porter en un pulmón artificial.

Me senté y me puse a escuchar los mensajes del contestador automático con la esperanza de que hubiera llamado Danny. Me gustaba oír su voz. Pero no había nada de parte de Danny. Me hice café y empecé a cargar el lavavajillas. No era broma lo que le había dicho a Budd sobre el estado en que se encontraba mi casa. Necesitaba con auténtica desesperación a la señora Santos. Me pregunté cuánto tardaría en recuperarse su hija, pero no se me ocurrió ninguna manera delicada de llamarla para preguntárselo. ¿Tendría de verdad una hija enferma? Puede que aquello no fuera más que su manera latina de decirme que se iba a trabajar para otro por más dinero. Quizás yo debería poner un anuncio. Quizá debería organizar un festival de señoras de la limpieza: música latina caliente, pulimento para muebles como premio de pista al mejor baile. Y todo el mundo trae una botella de Palmolive.

Me acosté y estuve leyendo en la cama hasta medianoche; luego apagué la luz y empecé a sentirme preocupado. A veces me ocurre cuando tomo demasiada cafeína. Cuando por fin empezaba a conciliar el sueño sonó el teléfono. No tenía intención de contestar, pero entonces pensé que quizá fuera Danny, y a éste no le gustaba dejar mensajes en el contestador. —¿Sí?

—¿Mickey?

—Sí, soy Mickey. ¿Cómo estás?

—Soy Ingrid.

Tenía la voz tenue y tensa.

—Claro, ya lo sé.

¿Acaso creía que no iba a reconocer aquella voz suya de terciopelo?

—¿Qué ruido es ése? —me preguntó—. ¿Qué está ocurriendo ahí?

El ruido de la casa de al lado alcanzaba el número seis en la escala de Richter y le llegaba a Ingrid a través de la línea telefónica.

—Es que le he alquilado la habitación de huéspedes a la Filarmónica.

—Necesito tu ayuda, Mickey.

Parecía muy nerviosa.

—¿De qué se trata?

Encendí la luz, miré la hora y bostecé con nerviosismo.

Ingrid no contestó. Era como si estuviera pensando mejor lo de haberme llamado y estuviera debatiendo sobre si colgar el teléfono o no.

—¿Qué puedo hacer por ti, Ingrid, cariño?

—Mickey... —La dejé hacer una pausa y luego ella añadió con cierto apresuramiento—: ¿Podrías venir hasta aquí a recogerme con el coche?

—¿Dónde estás? Es decir, claro que puedo ir; pero dime dónde tengo que ir. ¿No estás en Aspen?

—Estoy a la puerta de Alice's.

—¿En Malibú, en el muelle?

—Sí.

—¿Sola?

—Sí. No. Hay unas personas pescando.

—¿Está todavía abierto Alice's?

No creo. Las ventanas están todas oscuras. ¿Por qué?

—¿Cómo has encontrado un teléfono?

—En mi bolso. Es mi teléfono, tonto.

Era la primera vez que se le alegraba la voz. Casi se estaba riendo.

—¿El muelle de Malibú?

—Deja de repetir las mismas preguntas, Mickey. ¿Puedes venir o no?

—Claro, pero tardaré treinta minutos. Puede que más.

—Puedo esperar. Ven pronto, cariño.

—¿Te encuentras bien?

—No quiero hablar por teléfono.

—Ahí estaré.

Sentí un estremecimiento y colgué. Me vestí apresuradamente; elegí un jersey de cuello alto y una cazadora de piloto de nailon color verde que

pertenecía a Danny. En conjunto yo estaba que daba pena, pero no tenía tiempo para afeitarme. Mientras sacaba el coche del garaje la música procedente de la casa de al lado hacía temblar el asfalto.

Topanga y Malibú son ambos tortuosos y llenos de inconvenientes en una noche oscura, así que subí por la 101, por Kanan, que es una carretera más ancha y recta. Tras manipular los botones de la radio di con una emisora nocturna que emitía éxitos de los años cincuenta. Supongo que los geriatras no pueden dormir.

Pronto apareció ante mi vista el océano. Hay algo que infunde un pavoroso respeto en el hecho de encontrarse al borde del Pacífico de noche. El cielo negro se alarga hasta unirse con el igualmente negro océano, así que es como un paseo por el espacio. En Malibú, apretadas muy juntas a lo largo de la carretera de la Costa del Pacífico, se alzan las casuchas de un millón de dólares de las personas ricas y de éxito. Y enfrente de estas casas, al otro lado de la carretera, se encuentra una variada colección de restaurantes, tiendas, moteles y gasolineras.

Las luces nunca se apagan en la carretera de la Costa del Pacífico, pero en aquel momento había poco o ningún tráfico. De pie, debajo del parpadeante letrero de neón de un restaurante, unos juerguistas que llevaban abrigos de pieles y esmóquines permanecían de pie junto a sus resplandecientes coches nuevos salpicados de luz; se despedían interminablemente. Dejaron de hablar y se volvieron para mirar hacia mí cuando pasé en busca de Ingrid. Qué escena constituía todo aquello; igual que una de esas grandes óperas italianas que se representan al aire libre para los turistas en Varona: el cielo atiborrado de estrellas, las almenas salpicadas de luces teatrales, el coro, en silencio y ataviado con trajes de época, colocado con esmero y sin dejar de mirar fijamente hacia el callado auditorio a la espera de que la *prima donna* hiciera su dramática entrada. Y allí estaba ella.

Ingrid me estaba esperando al lado de la carretera. Vestida con un abrigo verde que le llegaba hasta los tobillos y con el cabello metido en un gorro negro bien encajado sobre la cabeza, se parecía a Marlene Dietrich en una antigua película de espías en blanco y negro. Iba descalza, sostenía en la mano los zapatos, muy caros, y un teléfono móvil le sobresalía de un bolsillo. Una vieja grabación de Perfidia sonaba suavemente en la radio de mi coche, pero cuando abrí la puerta, el rugido del océano entró, inundó el coche y apagó el sonido de Dorsey.

—¡Salta dentro! —la conminé. Ingrid metió consigo en el coche una ráfaga de aire frío—. ¿Qué haces aquí sola en la calle a estas horas de la

noche?

Cerró violentamente la puerta y no me contestó, sólo dejó caer los zapatos en el asiento, a mi lado, conectó la calefacción, la puso al máximo y colocó la mano junto a una de las salidas de aire caliente para comprobar si, en efecto, salía pendía aire caliente. Aguardé allí un momento para permitir que Ingrid recobrase el aliento. Al otro lado de la carretera el coro se dispersó y se marchó en los coches. Un momento después el letrero de neón se apagó y dos camareros salieron y se pusieron a apilar bolsas de basura al lado de la carretera. La ópera había finalizado.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—No, no me encuentro bien.

Estaba encogida en el asiento y se daba masajes en los dedos de los pies descalzos.

—¿Adónde quieres ir?

—¿Podemos ir a tu casa, Mickey?

—Si eso es lo que quieres, sí.

—Necesito tiempo para pensar —me confió. Abrió la guantera y miró en el interior.

—Como tú digas, Ingrid.

—¿Tienes una pistola? —me preguntó al tiempo que cerraba la guantera.

—No, no tengo pistola.

—Budd va a conseguir una —me indicó.

—¿Verdad que estuvo bien la fiesta del otro día? Siento que no coincidiéramos.

—Budd dice que todo el mundo debería tener una pistola —insistió Ingrid—. Dice que ésta es una ciudad peligrosa.

—Y lo será mucho más cuando Budd consiga una pistola —puntalicé yo.

—Gracias por venir a buscarme, Mickey. Eres la primera persona a quien pensé en telefonar. También pensé en llamar a Budd, pero te llamé a ti.

—Me alegro de que lo hicieras, Ingrid. Budd se encuentra en Albany.

La fiesta continuaba en la casa de al lado. Un pequeño grupo de invitados tambaleantes se había congregado en la acera, donde se despedían ruidosamente de los Klopstock. Éstos les devolvían las despedidas. Los Klopstock eran las personas más ruidosas que he conocido. No podían ni tirar un pañuelo de papel a la basura sin producir un fuerte estruendo capaz de alborotar a toda la calle. Pero ¿qué podía decir yo? Danny había estado aporreando durante años una guitarra capaz de producir megadecibelios. No

podía empezar a representar de pronto el papel de señor «Callen, callen, hablen bajo, cómo se atreven».

Binnie Klopstock me vio, naturalmente. Es imposible esquivar los ojos de barrena de esa mujer. Me saludó con la mano y se agachó para ver quién iba conmigo en el coche. Cuando vio que se trataba de una mujer atractiva, sonrió con malicia y agitó los dedos largos y delgados.

Cuando entramos en la casa Ingrid se quedó allí de pie, parpadeando a la luz y abrazándose como alguien a quien acaban de salvar de morir ahogado. Se acercó a la ventana y apretó la nariz contra el cristal tratando de ver el jardín. No había nada que ver, aparte de las luces colgadas en el jardín de al lado.

—¿Café? ¿Una copa? —le pregunté.

Ingrid permaneció con la cara apoyada contra el cristal.

—¿Dónde estamos? —me preguntó finalmente.

—¿Qué quieres decir? Ésta es mi casa.

—Esto no es Mulholland. Desde allí se ve todo el valle.

—Vivo en Woodland Hills —le expliqué.

—Creía que vivías en Mulholland.

—Eso era hace años. ¿Café? —Le di al botón de la cafetera—. Tengo que beber algo caliente.

Se dio la vuelta y quedó frente a mí.

—Sí, café. Gracias, Mickey. ¿Te he sacado de la cama?

—Ingrid, ¿le has dicho tú a alguien que yo vivía en Mulholland? Quiero decir, ¿le has dado a alguien esa dirección hace poco?

—Puede que sí.

—¿A quién?

—No me acuerdo.

—Inténtalo. Por favor, intenta recordarlo.

—Pobre Mickey. Sólo soy una molestia para ti. —Se alejó de la ventana—. Tengo mucho frío. ¿Puedo tomar un baño? ¿Está el agua caliente?

Ahora se movía por allí, inquieta, apretándose el abrigo por delante como si todos los botones se le hubieran caído.

—¿Quieres quitarte el abrigo? ¿Quieres sentarte? El café estará listo en un minuto. ¿Quieres que llamemos a Zach y le digamos que estás sana y salva?

—Se ha ido a Minneapolis en viaje de negocios.

Otra vez se hizo un silencio incómodo. Ingrid estaba de pie bajo la luz; se sujetaba el abrigo con ambas manos y tenía un aspecto muy vulnerable; estaba despeinada, aunque muy hermosa.

—¿Qué ocurre?

—No llevo puesto nada de ropa —dijo con una vocecita infantil—. Voy desnuda debajo de este abrigo.

—¿Bromeas?

—Ojalá.

Oh, Dios mío, ¿cómo había llegado a meterme en semejante situación?

—¿Qué hacías desnuda en el muelle?

—Sólo tengo el abrigo... y estos zapatos.

Levantó un pie en un gesto infantil.

—¿Qué ocurre, Ingrid? Dime a quién le diste la dirección de Mulholland. Es importante.

Soltó un profundo suspiro.

—Iba a ahogarme, iba a suicidarme esta noche.

—¿Ibas a qué?

—Lo tenía todo preparado. Tiré la ropa al océano en cuanto llegué allí.

—¿Para qué?

Dio media vuelta y me habló por encima del hombro.

—Era como el punto sin retomo. Me imaginé que no tendría valor para volver atrás desnuda por el muelle.

Se acercó más a mí.

—Lo que quiero decir es, ¿por qué ibas a querer ahogarte? Me dijiste que tenías que cuidar de John júnior.

Me tendió las manos y me rodeó el cuello con los brazos como si estuviera hundiéndose en el océano por tercera vez.

—Pero no he podido hacerlo. Soy una cobarde. No he tenido el valor suficiente para suicidarme. Hacía mucho frío, Mickey. Abrázame fuerte.

La abracé con fuerza y noté el calor de su cuerpo.

—Hacía viento procedente del océano; miré hacia el agua y me pareció muy gris y muy violenta —me dijo en un susurro—. No pude saltar. No pude. No te rías de mí.

—No me río.

Ingrid tenía la cara muy fría, y yo podía oler su perfume y los olores del océano en aquellos cabellos suyos.

—Ingrid —susurré a mi vez—, ¿alguna vez has intentado matar a tu marido?

Creía que ella reaccionaría con fiereza, pero permaneció muy quieta.

—He pensado en ello, Mickey. Que Dios me perdone, pero lo he pensado muchas veces.

—Aquella bomba en el teléfono la noche de la fiesta..., ¿te acuerdas?

—Tú la encontraste.

—Sí, yo la encontré. Quienquiera que la pusiera allí tendría que haber hecho que tu marido usase el teléfono. ¿Quién le habría convencido para que subiese a aquel despacho? Alguien muy cercano a él, creo yo.

Sin dejar de abrazarme, Ingrid inclinó la cabeza para mirarme a la cara.

—¿Goldie? ¿Te refieres a él?

—Sí, Goldie pudo arreglarlo. Pero fue Goldie quién se fijó en los cables. Ya ves, Ingrid, supongo que tú también podías haber hallado una manera de llevar a tu marido hasta allí.

—¿Cómo?

—Podrías haber inventado un motivo.

—No lo dirás en serio.

Me miró directamente a los ojos.

—Sólo intento mostrarte la manera cómo un investigador se las podría arreglar para hacer que el caso se volviera contra ti y acusarte.

—Pero es Zach quien quiere librarse de mí —me aseguró Ingrid con enojo y entre lágrimas.

—Cálmate, Ingrid. Quiero que recuerdes a quién le has dado esa dirección de Mulholland. Todas esas cosas pueden estar relacionadas entre sí.

—No querrás que me invente un nombre, ¿verdad, Mickey?

—Quiero que recuerdes a quién se la diste.

—Dame un poco de tiempo y me acordaré —prometió—. Pero déjame usar la bañera. Cuando vuelva a entrar en calor podré pensar como es debido.

—Usa el cuarto de baño principal. A la izquierda. Hay toallas limpias allí mismo, en el armario. El otro no se usa desde que Danny se marchó de casa, así que no hay jabón ni nada.

El café había salido y serví un poco para cada uno.

—¿Te estoy resultando una terrible molestia? —Entre sorbo y sorbo de café consultó el pequeño reloj de oro que llevaba en la muñeca—. Mira qué hora es; pronto se hará de día. ¿Puedo dormir aquí esta noche? Tengo que pensar en cómo resolver este problema, Mickey. Tú eres la única persona a la que podía recurrir sabiendo con toda seguridad que estaría a salvo.

¿Qué clase de reputación tienes, Murphy? Si llega a correrse la voz de que una hermosa mujer desnuda te ha dicho eso en mitad de la noche, vas a tener que irte a vivir a otra ciudad.

Pero yo seguía aturdido a causa de Ingrid. No podía pensar como es debido. Tenerla allí de aquel modo era lo que siempre había soñado, pero

aquella demente situación era justo lo que yo menos necesitaba en aquellos momentos.

—Claro, Ingrid. Siempre tengo hecha la cama de Danny. Puedes dormir en su habitación si logras abrirte camino entre los modelos de aviones, los amplificadores y los relojes rotos que piensa arreglar algún día.

—Gracias, Mickey. Siempre has sido un encanto.

—Hay pijamas limpios en el armario, y te buscaré un jersey.

Entró en el cuarto de baño y oí correr el agua. Mientras estaba sentado tratando de poner en orden mis pensamientos, sonó el teléfono. Era una voz de mujer.

—¿Señor Murphy?

—En efecto.

—¿Michael Murphy? ¿El abogado?

—Ha acertado.

—Le llamo de la oficina del *sheriff* en Malibú, señor Murphy. ¿Tendría la bondad de decirle a la señora Petrovitch que se ponga al teléfono?

—Ahora mismo no puede ponerse —le dije—. Yo hablo en su nombre. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Tengo aquí al médico de la señora Petrovitch. Dice que su paciente se halla en un estado mental de gran turbación y que necesita atención médica.

—¿Es cierto eso?

—Sí, así es —insistió la mujer de la oficina del *sheriff*.

—Bien, pues dígame que yo soy su abogado y que creo que se encuentra bien y que es perfectamente capaz de decidir por sí misma si necesita tratamiento médico, de elegir médico y de llamar a uno si cree que es capaz de pagar los honorarios. Así que dígame que buenas noches.

—No cuelgue, señor. ¿Ha recogido usted a esa señora del muelle esta noche?

—¿Por qué?

—Alguien la ha recogido. Alguien con un Cadillac Coupé de 1959, como el que está registrado a su nombre.

—De acuerdo, de manera que tiene usted acceso al ordenador de vehículos. Sí, la he recogido yo. ¿Y qué?

—El señor Petrovitch irá a su casa a buscar a su esposa. ¿Puedo suponer que usted está dispuesto a cooperar? No quiero mandar un agente con él a menos que tenga usted intención de crear dificultades.

—¿Ahora?

—Eso es.

Así que, después de todo, Zach Petrovitch no estaba en Minneapolis.

—Estaré en casa. De acuerdo.

—Gracias, señor Murphy.

Me acerqué a la puerta del baño y llamé.

—Tu marido viene a buscarte —le informé a Ingrid.

Temía que se tomara a mal la idea, pero a juzgar por el tono de voz que empleó, lo aceptó con suavidad.

—Se dará cuenta de que no llevo ropa —comentó.

—Sí, yo también he pensado en eso.

—Ya recordé lo de la dirección de Mulholland —me dijo Ingrid a través de la puerta—. Zach la estuvo copiando de una vieja agenda de direcciones mía. Me dijo que tenía que mandarte unos documentos legales.

No sé si ustedes habrán entregado una mujer desnuda a su marido alguna vez en horas nocturnas, pero es algo que no les recomiendo.

—Te he cogido prestado un pijama —me dijo Ingrid mientras esperábamos sentados.

—Sí, ya lo veo.

—Y este precioso jersey. Es de cachemir, ¿verdad? Te los mandaré, desde luego.

Tenía la inocente sinceridad de una niña. Y, como una niña, parecía incapaz de comprender el desagradable y único mundo que la rodeaba.

—Ingrid —le dije—, ¿te deprimas a menudo hasta el punto de ir al océano con intención de suicidarte?

—Para ti todo está bien, Mickey. Tú eres un tipo alegre al que le gusta salir. Eres fuerte, agresivo e independiente. Siempre lo has sido. Pero no todos podemos ser como tú.

—Pero ¿estás contenta de volver a casa con tu marido?

—Es mi problema, y tengo que resolverlo a mi manera.

Fue la limusina blanca la que vino a recogerla. Goldie iba sentado al lado del chófer y Petrovitch en la parte de atrás. Tenía un aspecto afligido. Salí yo en primer lugar para hablar con él.

—Ingrid está bien —le indiqué a Petrovitch.

Éste se quedó sentado, muy quieto. Tenía una elegante bolsa a los pies, de las que llevaría una mujer para pasar un fin de semana. Había una bebida dispuesta en la pequeña mesa frigorífico que había delante de él. Petrovitch tenía el rostro serio como un busto de granito, pero no había en él señales de ira. Era un hombre que sabía reprimir sus emociones... o cuando menos disimularlas. Supongo que ése es el secreto de los grandes negocios. Debería

ser ilegal; llevar una emoción disimulada es duro para aquellos que quieren saber lo que se avecina.

—¿Tú has recogido a Ingrid en el muelle?

—Estaba muy turbada —le indiqué.

Esperaba que Zach estallase, pero fue una mirada de sufrimiento en lugar de enojo la que le cruzó por el rostro.

Cogió la bolsa y me la pasó.

—Aquí están sus cosas. Y dile a Ingrid que se ponga algo de ropa —me pidió.

—¿Sabes lo que ha ocurrido?

—Me llamó desde el muelle —me explicó.

—¿Ingrid sabía que estabas aquí, en la ciudad?

—No debes creerte todo lo que te diga Ingrid. Es una chica muy dulce, pero al parecer posee un sentido melodramático muy desarrollado.

Sonrió. Aquel tipo era realmente indomable. Dada la situación, lo propio sería que casi cualquier marido del mundo estuviera hecho pedazos. Petrovitch se mostraba reservado y racional, y casi era capaz de sonreír.

—Ingrid me ha dicho que me enviaste unos documentos a la casa de Mulholland, donde yo vivía antes —le dije.

—Nunca envió documentos a direcciones particulares. Tú tienes un despacho, ¿no?

—Eso es lo que me parecía. La iré a buscar.

—No hace falta —apuntó.

Miraba a algún punto detrás de mí. Me di la vuelta y vi a Ingrid de pie a la puerta. Llevaba en la mano los zapatos y ahora se apoyaba con una mano mientras se los ponía.

—Estoy preocupado por Ingrid. ¿Cómo vas a cuidar de ella? —le pregunté a Petrovitch. Éste me miró sin responder—. Ella tiene muchos amigos —añadí—. Si le ocurriera algo mucha gente se disgustaría. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sé exactamente lo que quieres decir, Mickey.

Retrocedí para permitir que Ingrid subiera al asiento de atrás para colocarse junto a Petrovitch. Éste la agarró y la apretó con fuerza.

—¿Qué le has estado contando de mí a este hombre, nena?

—Nada, querido. Sólo que eres un encanto.

Ingrid me dedicó una gran sonrisa y besó a su marido en la mejilla.

—Yo la cuidaré, Mickey —me dijo Petrovitch—. Puedes estar tranquilo.

—Buenas noches, Ingrid —me despedí al tiempo que cerraba la puerta de la limusina; pero no dio muestras de haberme oído.

Cuando el coche se alejaba ví cómo ella se abrazaba a Petrovitch como una adolescente en un cine. ¡Se estaban besando! Esa Ingrid debía de ser la actriz más grande desde Sarah Bernhardt. Pero eso seguía sin explicar cómo la policía tenía aquella dirección mía de Mulholland o qué era lo que buscaban. ¿Y qué era todo aquello de que oía chasquidos en el teléfono cuando Zach descolgaba la extensión para oír lo que ella decía? Ingrid tenía su propio teléfono móvil.

## CAPÍTULO 12

Mi secretaria, la indomable Magda Huth, salió corriendo del despacho para alcanzarme en el pasillo. Su acento era más pronunciado que nunca.

—La mujer de la ventana está aquí otra vez, señor Murphy. No he podido detenerla. Lo he intentado, pero no he podido.

—¿Ha llegado ya el señor Kim?

—No.

—¿Qué ha dicho usted de la ventana?

—Esa mujer.

—¿Qué mujer?

—La que se tira de la ventana. Está aquí otra vez. Está en su despacho.

—Está bien, señorita Huth —dije mostrando más compostura de la que sentía.

—¿Quiere que llame a los bomberos?

—De momento, no. Tráigame lo de siempre.

Me asomé al despacho de Billy Kim. No había nadie. La idea de que existiera cualquier clase de combinación entre Vic Crichton y Billy Kim me inquietaba. Aunque procediesen de lugares opuestos de la tierra eran muy parecidos: mujeriegos muy inteligentes que buscaban atajos para conseguir fama y fortuna. Cuando las personas así se asocian resultan peligrosas.

—¿Dos Tony-ccinos y dos *croissant* de almendra?

Cada mañana verificaba dos veces el pedido.

—Díales que o *croissant* de almendra o nada. No quiero pastelillos rancios.

La señorita Huth me miraba con ansiedad cuando abrí la puerta del despacho y entré a saludar a Betty.

—Hola, Betty —dije. Ella estaba de pie esperándome. Me sentía muy cansado. No dormía lo suficiente. La miré con cautela mientras me instalaba detrás del escritorio y le echaba un vistazo al correo—. Siéntate, Betty, cielo —le indiqué. Pero se quedó de pie.

—No había reconocido a Ingrid Petrovitch. El año pasado le dedicaron por lo menos seis páginas en la revista People. Yo estaba hablando con Felicity Weingartner y de pronto me acordé. Ingrid Petrovitch fue contigo al colegio... Y te tenía embobado, ¿no? No sé cómo no la había reconocido.

—¿Qué pasa, Betty? —le pregunté con impaciencia—. ¿Ha vuelto a excavar la policía en el jardín?

Negó con la cabeza.

—¿Te gusta mi conjunto?

Me había estado preguntando por qué Betty se habría quedado de pie en aquella postura tan rara; estaba posando como una modelo para que yo pudiera admirar su traje nuevo. Era verde oscuro y la chaqueta era demasiado grande, como dictaba la moda, mientras que la falda ajustada era demasiado corta.

—Es estupendo —le dije.

—He tenido que renovar todo el vestuario y cambiarme de peinado. ¿Qué te parece?

Se dio la vuelta para que pudiera verle el nuevo corte de pelo en forma de burbuja. Le proporcionaba cierto parecido con Shirley Temple.

—Sencillamente estupendo —insistí con aire distraído; luego asimilé lo que me había dicho—. ¿Por qué tienes que renovar el vestuario?

—Por mi trabajo con Maureen.

—¿En la agencia de Maureen Chiaputti?

—Lebowitz Talent International. Lebowitz es el verdadero apellido de Maureen.

—¿Ah, sí? Creía que estaba casada con Félix. Creía que Chiaputti era su verdadero apellido.

—Eres un machista arquetípico —me soltó Betty.

Vi a la señorita Huth curioseando por encima de la separación de vidrio esmerilado, y cuando la miré a los ojos ella levantó las cejas. Le hice una seña para que nos trajera el café.

—¿Y Maureen te paga dinero de verdad? —le pregunté decidido a no permitir que desviase el tema.

—Todavía no. Estoy a prueba a cambio de una prima por los contratos que consiga. Trabajo mucho allí. Le estoy enseñando a meter la contabilidad en el ordenador y a establecer un sistema de archivo como es debido. Y también salgo para hablar con algunos clientes. Me gusta.

—Eso es estupendo, Betty —le dije mientras la señorita Huth colocaba los cafés sobre el escritorio. Lo hizo con esa clase de esmero diferente que

mostraba exclusivamente cuando había visitas delante. Le dedicó una sonrisa a Betty y luego volvió a salir de puntillas.

—¿Café para mí? —me preguntó Betty con un recato que sugería que ella era una huérfana de cuyo cumpleaños nunca se había acordado nadie.

—Coge lo que quieras —le sugerí.

—Reuniremos a las estrellas, actrices y actores, el argumento, los derechos de pantalla, el guión y el director para vendérselo todo junto a un estudio. El embalaje. Ahí es donde está el dinero de verdad.

—¿Estrellas? Espera un momento, esto no son *croissant* de almendra. — En mitad de un mordisco descolgué el teléfono—. Esto no son *croissant* de almendra.

Los *croissant* de almendra tienen relleno de mazapán.

—Son de avellana —confesó la señorita Huth.

—Con relleno de gelatina.

—Con relleno de gelatina, sí.

—No me gusta la gelatina. No me gusta en los pastelillos y no me gusta en los *croissant* de avellana. ¿Me entiende ahora? ¡No te lo comas, Betty! Tendrán que cambiarlos.

—A mí me parece muy bueno —comentó Betty mientras mordisqueaba con satisfacción.

—Se lo diré a ellos ahora mismo —dijo la señorita Huth, que se apresuró a entrar para llevarse la pasta que me correspondía.

La miré mientras se marchaba. Luego le dije a Betty:

—Me gustaría saber qué es lo que se está comiendo ella ahí afuera. Apostaría un millón de dólares a que es un *croissant* de almendra.

—Eso te pasa porque estás paranoico —me indicó Betty con calma. Después de comerse medio *croissant* se limpió cuidadosamente los dedos en la servilleta de papel—. Todavía no tenemos ningún actor. Ése será el paso siguiente.

Unas luces rojas destellaron y una sonora campana empezó a retumbarme en la oreja.

—¿Tiene eso algo que ver con tu visita?

Esbozó una suave y maravillosa sonrisa amorosa.

—Nos encantaría firmar con Budd Byron.

Budd lleva años con Pop. Ya lo sabes.

—Nos repartiríamos la comisión con Pop.

—¿Y crees que Pop se conformaría con la mitad en lugar de tener toda la comisión? ¿Por qué me cuentas esto?

—Porque Budd va a venir aquí esta mañana y quiero que tú me ayudes.

Confieso que me hundí ante la inminente llegada de Budd. Se me había olvidado que iba a venir a verme.

—¿Es Budd lo bastante importante?

—Puede que no. Pero es muy conocido en toda la ciudad y a los demás actores les cae bastante bien. Tenemos algunos directores de renombre y también buenos guionistas, pero no podemos hacer ningún trato sin tener actores. Si firmamos con Budd saldremos de ese punto muerto.

—No, no, no —le dije—. Si algo saliera mal yo me sentiría culpable.

—Tú nunca te has sentido culpable de nada en toda tu vida —me aseguré ella—. Lo que quieres decir es que si algo saliera mal sería negativo para el negocio.

—Ése también es un buen motivo —le aseguré.

—Esperaré fuera y lo atraparé cuando salga.

Betty estaba guapísima últimamente. Supongo que la ropa nueva y el cambio de peinado le había proporcionado una nueva vitalidad. Siempre decía que la asignación que yo le daba para ropa no era suficiente.

—Ahora me voy, pero volveré cuando Budd esté aquí contigo. Haré ver que acabo de llegar.

Descolgué el teléfono.

—¿Dónde demonios están esos *croissant* de almendra?

—Se les han acabado todos los *croissant* dulces —me comunicó la señorita Huth—. Sólo les quedan *croissant* sencillos o pastelillos. Les he dicho que usted no quería eso.

—¡Qué te parece!

Colgué el teléfono.

—¿Qué pasa?

—Nada —dije—. ¿Vas a dejar ese *croissant*?

—Sí —respondió Betty; y me lo pasó. Se levantó dispuesta a marcharse.

Entre mordisco y mordisco le dije con desenfado:

—Alguien me ha contado que Felicity tuvo una aventura con Zachary Petrovitch.

Betty me miró intentando descubrir alguna intención detrás de aquel comentario mío.

—¿Petrovitch? ¿Y Felicity? No me hagas reír. ¿Quién se ha inventado eso?

—No me acuerdo. Quizá uno de los tipos con los que trabajo.

—Pues ese tipo no está en su sano juicio.

—Sí, eso le dije yo.

—Si Felicity se hubiera ido a la cama con Petrovitch yo me habría enterado.

—Eso es lo que suponía.

Budd llegó puntual. Siempre lo hacía. Llevaba ropa informal típica de California: pantalones a medida a anchas rayas azules y blancas, una suave chaqueta de ante azul oscuro y mocasines. Estaba bronceado uniformemente y el peinado de aquel ondulado cabello suyo podía ser, o quizá no, el resultado de una hora con el peluquero.

—Menuda fiesta —le comenté al tiempo que me adelantaba hacia él para saludarlo.

Antes de que pudiera darle la mano me envolvió en uno de esos abrazos corporales propios del mundo del espectáculo que le hacen a uno pensar que la otra persona va a hundirle los colmillos en el cuello.

—¡Me alegro de verte, Mickey! —me dijo al oído en voz muy alta mientras me mantenía cautivo y me aporreaba la espalda.

Tenía una voz baja, vibrante y cuidadosamente modulada. Era la voz de un actor y tenía la cadencia de un actor. Me abrazaba con fuerza y él era un hombre fuerte. Siempre alardeaba de las horas que pasaba con las pesas y la máquina de remar.

Me soltó, y me separé tambaleante tratando de recuperar el aliento.

—¿Una copa? —le pregunté; y justo entonces fui presa de un ataque de tos.

Me miró, mientras yo estaba doblado hacia adelante tosiendo, con el refrenado interés con que los actores contemplan toda actividad humana que quizá un día se vean llamados a simular.

—Para mí agua Perrier —dijo cuando por fin me hube recuperado y conseguí ponerme derecho, sin aliento, parpadeando y con los ojos lacrimosos.

Le llevé el agua burbujeante y yo también bebí un poco de la misma para aliviarme la garganta. Cuando volví a situarme detrás del escritorio Budd ya se había sentado en el sillón de los clientes.

—¡Sí, menuda fiesta! —repetí suavemente cuando me sentí recuperado por completo.

Budd medio se volvió en el asiento y, con un movimiento ensayado, se echó hacia atrás la chaqueta de ante para que se le viera la pistolera de bandolera que llevaba debajo del brazo.

—¡Jesús! —exclamé—. ¿Es ésa la pistola de Danny? ¿Estás loco? Deja esas cosas para las películas, Budd. Llevar un arma oculta te meterá en muchos problemas. Y yo no podré sacarte de ellos.

Se abotonó la chaqueta para ocultar la pistola.

—Quiero hablar contigo sobre Ingrid. Tenemos que ayudarla.

—¿Ayudarla a qué?

—Tú crees que es feliz —me dijo Budd en tono acusador—, pero su vida es una completa miseria. Ese marido suyo es un gánster. Alguien debería quitarlo de en medio.

Le salió todo como un torrente; luego me miró y se quedó esperando mi reacción.

—No lo dices en serio —le sugerí.

—Sí, lo digo en serio.

—Mira, Budd, ha habido un par de intentos de asesinar a Petrovitch. Alguien le puso una llave inglesa en el avión y una bomba en el teléfono. Yo soy tu abogado, y no quiero que digas nunca más nada como lo que acabas de decir, a nadie. ¿Lo entiendes?

—Fui yo quien puso la llave inglesa en el motor de su avión.

—¿Que tú qué?

—No te enfades. Alguien tiene que hacer algo antes de que mate a Ingrid.

—¿Que tú pusiste una llave inglesa en el motor de su avión?

—Fui a Camarillo el mes pasado. Su avión estaba en el hangar. Eché una llave inglesa por la válvula de admisión. Más tarde la encontraron. Yo estaba seguro de que la encontrarían. Tienen que hacer siempre un chequeo previo a cualquier vuelo. Tranquilo, Mickey. No pasó nada.

—¿Dejaste huellas en la llave inglesa?

—No soy tan estúpido.

—¿En alguna de las puertas o entradas?

—Me había puesto guantes.

—No puedo ocuparme de esa clase de cosas, Budd. Puede que necesites un siquiatra.

—No volveré a hacerlo. Sólo quería darle un susto.

—¿Lo sabe alguien más?

—Nadie.

—¿No fuiste tú quien puso la bomba en el teléfono?

—No. Lo he oído contar, pero yo no tuve nada que ver en eso. Creo que lo más probable es que fuera una venganza por algún asunto de negocios.

—¿Así que sólo has intentado matar a Petrovitch una vez?

Me esforcé por mantener la voz tranquila y formal.

—No hace falta que me mires así —me dijo Budd con cierta indignación—. Ese tipo acabará por matar a Ingrid. Puede que a ti no te importe, pero a mí sí. Esperaba de ti alguna clase de ayuda y de ánimo.

—¿Ayuda y ánimo para matar a Petrovitch?

—¿Sabes quién empujó al primer marido de Ingrid y lo arrojó debajo de un camión?

—Créeme, Budd, cuando los tipos como Petrovitch te liquidan no van por ahí haciendo el tonto en los pasos de peatones. Será mejor que te mantengas alejado de él.

—Te digo que fue él quien lo hizo.

—Alguien me ha contado ya ese cuento, pero no es tan fácil arreglar las cosas para que un camión articulado atropelle a alguien mientras cruza la calle. ¿Puedes imaginarte la de veces que habría que dar la vuelta a la manzana conduciendo el camión para atropellar a un peatón ágil que no está dispuesto a dejarse atropellar?

—Tendría que haber supuesto que sería inútil hablar contigo, Mickey.

Aquella súbita pérdida de confianza en mí se hizo evidente en el modo como se le desplomaron los hombros y en que dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Pues por qué lo has hecho?

—Porque eres mi abogado.

—Pero no soy tu niñera —le recordé.

—No necesito una niñera —dijo. ¡Corten! ¡Toma dos! Budd se hinchó. Sonrió y enfocó todo el encanto de Budd Byron en mi dirección—. ¿Cómo van esas excursiones a Marina del Rey?

—¿Marina del Rey?

—Tú y esa rubia con las tetas grandes que tienes preparada en Marina del Rey. Su marido estaba en un congreso de fabricantes de pinturas en Dallas la noche de mi fiesta. ¿No fue para verla por lo que te fuiste con tanta prisa?

No se podía hacer ninguna clase de chiste con Budd. Se lo tomaba todo al pie de la letra; y así era como se estaba tomando los problemas de Ingrid con su marido.

—Va de primera —respondí.

—¿Puedo entrar? —se oyó preguntar a Betty con aquella vocecita suya de niña. Naturalmente, Betty había elegido el peor momento para entrar en el despacho sin previo aviso. Budd se encogió. Se alisó la chaqueta, se la colocó sobre la pistola y se puso en pie de un salto—. Sólo quiero saludar a mi

encantador amigo Budd, será un momento —añadió como si se pasara la vida entrando y saliendo de mi despacho y fijándose en quién tenía asuntos conmigo. Se arrojó en los brazos abiertos de Budd, le besó y proclamó—: He visto Fuego y luciérnagas y estabas maravilloso.

—Todavía no la ponen —le aclaró Budd.

—En Westwood. La estrenaron ayer. —Budd la miró con profundo respeto. Betty continuó hablando—: Puedo decirte que la escena de la chica en la escalera de incendios hizo tambalearse a los espectadores. Ésa es la película de tu vida, Budd.

—Todavía no la he visto.

—Pues ve a verla —le dijo Betty—. Es un clásico. —Se volvió hacia mí—. ¿Tú la has visto?

—No —repuse yo. No tenía la menor idea de qué estaba hablando Betty—. Acabas de decir que la estrenaron ayer —añadí a la defensiva.

—El sábado, en realidad —aclaró Budd—. Hay una semana de preestreno.

—Un clásico —repitió Betty—. ¿Has pensado alguna vez en hacer papeles más sustanciales? Papeles de protagonista, quiero decir. Podrías ser una estrella de primera, un Cary Grant, si quisieras moldear de esa forma tu carrera.

—¿Tú crees?

—Escucha —le dijo Betty—. Estoy desarrollando un relato que trata de un vendedor de seguros. De lo que estoy hablando es de un drama intenso. —Budd hizo un gesto afirmativo con la cabeza y Betty continuó hablando—. Últimamente trabajo en Lebowitz Talent International. ¿Te suena? —Budd asintió—. Tengo un guión verdaderamente maravilloso, y cierto director de renombre lo está leyendo ahora. Es la historia de un tipo que vende seguros de vida de puerta en puerta, pero también es un malvado asesino múltiple que descuartiza a sus víctimas. Un sicópata. Extravagante. Y sin embargo todo está hecho con una ligera vena cómica. Es un comentario acerca del mundo en el que vivimos.

—Maravilloso —convino Budd—. Suena maravilloso.

Su apagada ira era una declaración de la postura que estaba dispuesto a adoptar contra el mundo en que vivimos.

—Puedo verte en ese papel, Budd —le indicó Betty.

—Betty, no tenía ni idea de que estuvieras...

Todavía de pie, Budd se interrumpió un momento e hizo una pirueta con las manos en alto. Yo sabía que aquello era un trozo de la actuación que había

hecho en la película.

Betty resplandecía.

—¡Eso es!

Recuerdo que Betty se había quedado atónita por Budd cuando se conocieron. Budd producía el mismo efecto en todas las mujeres del mundo. Era el capitán del equipo de fútbol americano educado en la universidad y de vida limpia que tenía aspecto de saber cómo actuar en la cama. Ingrid tampoco se pudo resistir a aquellos encantos. La primera vez que Ingrid vio a Budd pasó siglos sin poder hablar de otra cosa. Por suerte para mí, Budd nunca había intentado quitarme a ninguna de mis chicas. Podía haber conseguido a cualquiera de ellas sólo con levantar una ceja.

Betty sonrió. Miraba a Budd como si fuera un nuevo vestido de St. Laurent que acabase de descubrir en las rebajas. Estaba apoyada en la pared debajo del grabado de Cork enmarcado en un acero muy caro, con una mano puesta en la cadera mientras gesticulaba con la otra de forma extravagante.

—Ojalá me hubieras dicho que tenías esa clase de talento. Es lo más difícil de encontrar en esta ciudad. Sólo uno entre un millón de actores tiene ese..., bueno, déjame que te lo diga abiertamente: ese genio cómico. — Luego, en voz más baja y reverente, añadió—: Es algo muy valioso. Muy, muy valioso.

Yo estaba observando la actuación de Betty con gran interés. Si había a la vista algún genio en acción, ése era el de Betty para manejar, sin aparente esfuerzo, a Budd. Aquél era el fuerte de Betty. Y había algo sensual, por no decir sexual, en aquella danza que estaba llevando a cabo. Cuanto más excitaba a Budd, más se excitaba ella misma. Yo nunca había visto antes aquella faceta de Betty. Puede que a eso se debiera el fracaso de nuestro matrimonio.

—¿Hay alguna posibilidad de que dispongas de cinco minutos esta mañana? —le preguntó Betty a Budd—. Me encantaría hablar contigo del proyecto; quizá así podrías darme tu opinión y consejo sobre algunos otros tratos que estoy haciendo.

—¿Y Pop? —pregunté yo.

No estaba dispuesto a permitir que se pusiera en circulación la historia de que mi exesposa le había robado a Budd a su agente precisamente en mi oficina. Pueden apostar a que cualquier listillo embellecería la historia para que apareciera yo en ella con una Montblanc completamente llena de tinta y el contrato, y me llevase una buena tajada del acto.

—¿Pop? —preguntó Budd inocentemente, como si nunca hubiera oído aquel nombre.

Justo delante de mis ojos mi esposa está poniéndole la zapatilla de cristal en el pie a aquel tipo. Miré por la ventana, sólo por si la carroza dorada y los caballos tenían problemas para aparcar. ¿Cómo se llamaban a sí mismas aquellas dos maduras y feas hermanastras? ¿Lebowitz Talent International? Maureen y Betty deberían estar repantigadas en sus asientos preocupándose por los exámenes de mitad de trimestre de los chicos y esperando la menopausia. En cambio andaban alborotando los estudios presentándose como un par de quinceañeras aceleradas. ¡Dios mío, qué efecto produce esta ciudad en la gente!

Los dos me miraron con los ojos muy abiertos.

—Pop Pedersen —dijo Betty en voz baja y reverente—. ¡Un profesional de primera magnitud! Me encanta ese hombre. Aprendí todo lo que sé de ese caballero. Era un hombre grande y poderoso cuando yo trabajaba para él. Yo no era más que un bebé por entonces, pero... ¡cuántas cosas aprendí! Hace años y años que la industria debería haberle erigido una estatua a ese tipo.

Bueno, *requiescat in pace*, Pop Pedersen. Por lo menos no había dicho de aquel viejo cabrón que era un ser humano maravilloso.

—Ahora le va muy bien —dijo Budd, que había captado la insinuación de que Pop era viejo y estaba pasado.

—Un caballero —sentenció Betty reflexivamente. Se volvió hacia mí y añadió con desdén—: ¿Crees que voy a hacer un trato así con Budd sin incluir a Pop en el mismo?

—Supuse que quizá se te pasaba por alto que tiene a Budd comprometido con él —dije.

—Me encanta —proclamó Betty al mundo.

—Puedo volver contigo ahora mismo —le indicó Budd—. ¿Dónde está vuestro despacho?

—Aquí cerca. Llegaremos en tres minutos. Voy a enseñarte unos vídeos. Quiero que veas la magia que ese director les confiere a los actores. Y te presentaré a mi socia. Supongo que no podrás quedarte a comer. El aeropuerto de Tokio está paralizado por malas condiciones climatológicas y mi hombre de Sony ha tenido que cancelar todo lo que había programado.

—Estoy libre para comer —confesó Budd.

—Pues hay una pandilla muy divertida en el Grill a la hora de comer.

—Me gustaría ir —dijo Budd.

—Pues vayamos —concluyó Betty. Se dio la vuelta hacia mí y añadió en voz baja—: He cargado todos mis trapos nuevos en tu tarjeta de crédito, así que no te cabrees cuando llegue el recibo.

—¿Qué has hecho qué?

—Las cosas se están poniendo muy bien para mí, Mickey. Negocios grandes. Si, como dices que deseas, voy a independizarme, necesito ropa buena.

Budd se había apartado discretamente y estaba examinando con una intensidad casi sobrenatural un grabado en acero de Limerick, uno de una serie de seis láminas de ciudades irlandesas que el decorador me había asegurado que encajaba perfectamente con mi imagen. Había sido muy astuto por parte de Betty elegir aquel momento para hacerme la revelación de su extravagancia, de modo que Budd estuviera delante para presenciar cómo se me ponía roja la cara y me refrenaba para no golpear a Betty en la cabeza con mi edición encuadernada en piel de Jurisprudencia americana.

—Ya veré —respondí—. Pero eso será en lugar del dentista, no además del dentista.

Betty miró por encima del hombro para ver a qué distancia se encontraba Budd y bajó la voz en consonancia.

—¿Puedes adelantarme cincuenta dólares?

—No irás a pagar la comida en el Grill, ¿verdad?

Betty esbozó una sonrisa lobuna.

—Maureen tiene cuenta allí. Pero necesito calderilla para las propinas y para el tocador de señoras.

—¿Y te metes en una cosa así sin llevar nada de dinero? ¿Qué harás si te digo que no?

Le di cinco billetes de veinte dólares.

—Eres un encanto —me aseguró Betty; y me dio un pellizco en la mejilla, al cual no reaccioné—. Vamos, Budd, cariño.

Budd me miró fijamente desde el lugar donde se encontraba al otro extremo de la habitación.

—¿Estás bien, Mickey?

—Claro que estoy bien.

—No tienes buen aspecto.

Se echó el cabello hacia atrás. Estaba muy atractivo. Posiblemente se convertiría en otro Cary Grant.

—Estoy bien —repetí.

—Bebes demasiado café —me indicó—. A mí me produce el mismo efecto.

Me senté detrás de mi escritorio y les sonreí mientras se marchaban.

—Señorita Huth —le dije tras llamarla por teléfono—, ¿puede dejarme cincuenta dólares del dinero que tenemos para gastos menores? Voy a invitarme a una buena comida.

—Tendrá que devolvérmelos esta tarde, señor Murphy. Hoy es el día que hago la contabilidad.

—Pensándolo bien, mejor me tomaré un sándwich de pastrami con pan de centeno tostado de Tony's. Póngalo en la cuenta.

## CAPÍTULO 13

Una semana después una llamada de Félix Chiaputti tuvo como resultado una cita para comer, pero cuando se trata de Félix incluso los encuentros más rutinarios se pueden ir de las manos. O bien ha decidido que es un día estupendo para ir a la playa o te arrastra con él a la habitación de un hotel en Century City para sentarte a una partida de póquer que lleva jugándose tres días y tres noches sin interrupción. O llega con dos bailarinas exóticas y entradas gratis para una matinal, o agita ante ti invitaciones para una fiesta de la prensa con vídeos de *rock* de regalo. Lo que estoy intentando decir es que Félix es un hombre de infinitos recursos. Siempre ha sido así. Incluso en la época en que estábamos en la facultad él conocía lugares donde podía comer a crédito o beber alcohol sin enseñar el carnet de identidad.

Ahora Félix estaba sentado en un reservado en *Cy's Steak and Sandwich*, en Pico, a escasa distancia a pie desde mi despacho. Era tan normal como cualquier otra comida que yo hubiera tomado en mi vida; pero yo sabía que aquel día habría una dimensión añadida. Félix levantó la rebanada de pan de encima de su bistec de Nueva York poco hecho con pan de centeno tostado y se puso a examinar la carne de buey a la parrilla con mucha atención. Félix nunca hacía nada sin inspeccionarlo todo previamente, ni siquiera dar un mordisco a un sándwich de carne.

—Qué buen aspecto tenía Budd, ¿verdad? —comenté.

—Ese tipo está un poco chiflado. Esos entusiasmos repentinos que le entran... De pronto le ha dado por las pistolas. ¿Sabes que va casi cada día al club de tiro a intentar arrancarles el centro a las dianas?

—¿Te lo ha contado él?

—¿Lo del club de tiro? Los policías siempre andan entrando y saliendo de esos clubes. La mayoría de mis muchachos conocen a Budd y saben que yo lo conozco.

—¿Le pasa algo a tu sándwich?

—No, está estupendo.

La decoración de Cy's es propia de la carretera 66, pero los precios son de Century City. Las paredes están atiborradas de placas de matrículas antiguas de fuera del Estado, primeras páginas de periódicos de los años cincuenta y fotografías de ídolos con el pelo engominado como James Dean, además de una bulbosa máquina de discos iluminada que emite a todo volumen descubrimientos como Rock Around the Clock. Pero Félix mostraba tal interés en las fotografías y artefactos de las paredes que llegaba a un punto que no resultaba natural.

—¿Qué miras con tanto interés? —le pregunté.

Sonrió.

—¿Que qué miro?

Abrió una Coors y se limpió los labios delicadamente.

—Sí —insistí—. Qué miras.

—Hay un tipo que quizá se asome por aquí a saludarnos.

—Creía que esto de venir a tomar un sándwich de carne a Cy's había sido una idea espontánea.

Volvió a sonreír.

—Sí, bueno, es un amigo mío de borracheras. Creí que a lo mejor querrías hablar con él.

—¿Yo? ¿Y de qué quiere hablar él? ¿Es que quiere venderme un seguro?

—Quiere hablar contigo extraoficialmente. No sabe que eres abogado.

—Gracias, amigo. Haré lo mismo por ti alguna vez.

—No te pongas sentimental, Mickey. Será mejor que hables con él de forma extraoficial.

—¿Mejor? ¿Mejor?

Le di un mordisco al sándwich.

—Cy tiene aquí una pequeña mina de oro —comentó Félix mientras echaba otra ojeada.

Félix aseguraba que Cy era amigo de un conocido suyo, pero a pesar de todo aquel folclorismo fingido yo soy de la opinión de que Cy's es una franquicia de comida rápida hábilmente ideada, con concesionarios por toda la nación y una cotización en la bolsa de Nueva York. Félix tiene tendencia a veces a adornar los hechos con detalles ficticios. Era la proximidad de la industria del cine; le sucedía a todo el mundo, en particular a los testigos que yo solía interrogar.

—Me gustaría que me contases de qué va a hablarme ese tipo —le dije.

—Va a hablarte de una investigación de homicidio —me explicó Félix con la boca llena—. Está bueno, ¿eh?

—¿El tipo que echó a su esposa a los tiburones?

Bebí un poco de mi Coors. La cerveza engorda. Me había puesto el límite de tomarme sólo una al día.

—No tiene nada que ver con eso. —Félix abrió el sándwich y puso más mostaza en la carne—. Me preguntaste por los tipos que estuvieron excavando en tu antigua vivienda de Mulholland. Un viejo amigo mío está a cargo de esa investigación. Le pregunté al respecto, y quería verte. Quizá puedas ayudarle.

—¿Ayudarle cómo?

—Tú habla con él, Mickey.

—¿Por qué?

—Porque es mejor así.

—¿Mejor que qué?

—Mejor que hacer que ese tipo te lleve a la comisaría a la fuerza para interrogarte.

—Parece una amenaza.

—No era mi intención. Yo no sé nada de eso.

Félix podía resultar el hombre más exasperante del mundo. Le hice una seña a la camarera y le dije que queríamos tarta de manzana y café inmediatamente.

—¿Cuál es el gran secreto?

—Rutina. Haz que te eliminen de la lista de detenidos mientras te tomas un sándwich y una cerveza.

Miré el plato que tenía delante y respiré hondo.

—Como tú digas, Félix.

—Confía en mí.

—¿Qué alternativa me queda?

Llegó la camarera con la tarta de manzana y dos tazas de café. Parecía decepcionada porque yo lo quisiera descafeinado. Félix quería del auténtico, y la muchacha se animó.

—Tú y yo somos prácticamente de la familia —dijo Félix con lo que yo interpreté como una curiosa y oblicua referencia a Maureen y Betty. Al oírlo, la camarera nos miró a uno y a otro, sonrió y asintió con malicia.

Cuando la camarera se hubo marchado yo hablé:

—Dile que venga, hablaré con él. ¿Dónde y cuándo?

—Está esperando ahí afuera.

—Ya me parecía a mí.

Félix se puso un poco nervioso.

—No empieces a comportarte como si mi amigo fuera una molestia para ti.

—Dile que venga. ¿Qué es lo que estáis buscando, una confesión del asesinato de Hoffa?

Félix hizo una seña y su amigo, el teniente Pete Laird —que había estado mirando por la ventana desde el exterior—, entró y se sentó en el reservado con nosotros. Laird era alto y delgado, y tendría unos cuarenta años; llevaba una cazadora de golf de color crema con una cremallera delante sobre una camisa roja, pantalones blancos y gafas de las que llevan los policías de tráfico. Tenía el pelo negro y lo llevaba pulcramente peinado; lucía un anillo de sello y un reloj de pulsera de oro.

—Hola, Mickey —saludó. Se sentó y se frotó las manos—. Cómo eres amigo de Félix supuse que podríamos zanjar este asunto con la mayor rapidez posible.

—¿Qué te ronda por la cabeza? —quise saber.

—¿Utilizas habitualmente la carretera de Topanga para volver a tu casa?

Los timbres de alarma empezaron a sonar.

—No, normalmente no. Lo que se gana en la carretera de la Costa del Pacífico se pierde en el cañón. Yo prefiero la 101. Si me la encuentro demasiado cargada de tráfico me salgo de ella y atajo por el bulevar Ventura, y a veces me detengo a tomar un café.

Laird asintió. Como explicación resultaba, con mucho, excesivamente larga. Después de la cantidad de veces que yo le había dicho a los testigos en los juicios que dieran respuestas breves, cualquiera pensaría que yo haría lo propio llegado el caso. A un policía una explicación larga le suena a culpabilidad.

—¿Conoces a un tipo llamado Pindero? O puede que Pinter. Vive en las colinas, no lejos del océano.

—Conocerlo, no. Fui a hacerle una visita. Tiene un coche que me gustaría comprar.

—¿Un coche?

Se acercó la camarera.

—¿Lo pagarán todo junto? —preguntó.

—Cuentas separadas —le dijo Félix.

—Yo sólo quiero un café normal —le indicó Laird; pero la camarera le dio un menú y él se puso a leerlo muy absorto.

—Un Packard muy especial —le expliqué—. A mí me gustan los Packards.

—¿El que tú conduces es uno de esos?

—No —repuse—. Yo tengo un *Caddie* de la serie sesenta y dos del cincuenta y nueve.

—¿Quieres decir que eres un coleccionista? ¿Un traficante de coches?

—Se me conoce por haber comprado y vendido. Me gustan los Cadillacs antiguos.

—Aparte de los Packards —puntualizó Laird.

—Exacto.

—Tenemos un testigo que dice que estuviste allí arriba —me informó Laird.

—¿Un testigo? ¿A quién le hace falta un testigo? Acabo de decirte que estuve allí.

—¿Con el Cadillac?

Vino la camarera con el café de Laird y volvió a llenar mi taza de la jarra de café descafeinado que tenía la tapa naranja. Nos sonrió y le dijo a Laird que el plato especial del día era un sándwich de albóndigas con guarnición de ensalada de col y pepinillos en vinagre. Laird dijo que se tomaría un sándwich con pan de centeno tostado.

—No, fui con el Mercedes plateado Sel quinientos —dije con sarcasmo—. Hace juego con las uñas de mi esposa.

Laird lo dejó pasar.

—¿Hablaste con Pindero?

—Me enteré de que era probable que sacase al mercado un bonito coche antiguo. Pero cuando hablé con él me dijo que no estaba en venta.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Ese tipo estaba muy borracho. Me di cuenta de que no ganaría nada prolongando la charla.

—¿Estuviste bebiendo con él? —me preguntó Laird.

¡Mierda! Las huellas en la taza de café.

—Me ofreció una taza de café y le echó *whisky*. Pero no me lo acabé.

—¿Porque tenías que volver conduciendo otra vez ese Mercedes plateado tuyo colina abajo?

—Eso mismo.

—Mi testigo dice que estuviste allí una hora.

—Bueno, dile a tu testigo que se compre un Casio de plástico nuevo.

—¿Había alguien más allí arriba?

—Había un tipo a la entrada.

—¿Lo viste bien?

—Tendría unos cuarenta años, pesaría unos ochenta kilos y estaba en buena forma. Tenía el pelo castaño y corto, e iba muy bien afeitado.

—Vale. A ése ya lo hemos localizado.

—¿Quieres decirme a qué viene todo esto?

—A Pindero se lo cargaron allí arriba entre las once de la mañana del viernes y las nueve de la mañana del lunes.

—Entre visita y visita de la asistenta, ¿eh?

—No parece que te disguste mucho.

—¿Quieres que me aflija profundamente? Ya te lo he dicho, no es más que un individuo al que fui a visitar para comprarle un coche. ¿Cómo lo mataron?

—Un intruso le puso una bolsa de plástico en la cabeza.

—¿Bromeas? Yo creí que eso quedaba sólo para gente de los geriátricos.

—El forense cree que lo más probable era que ese tipo estuviera paralítico. Los niveles de la sangre eran invisibles. Un borracho indefenso como ése no podría ofrecer ninguna resistencia ante un hombre decidido a matarlo con una bolsa de plástico.

—¿Y si fue una mujer decidida?

Laird me miró.

—No, no a menos que fuera una mujer grande y fuerte. El asesino tuvo que levantar y mover mucho peso allí arriba.

No me habló del frigorífico. Supongo que esperaba que yo dijera algo que revelase que sabía más de lo que admitía saber.

—Dime la verdad. ¿Cómo es que me has arrastrado a mí en esta investigación?

—Ya te lo he dicho. Hay un testigo.

—De acuerdo. Si así es como quieres jugar, vale.

Yo sabía que seguramente alguien habría visto mi gran *Caddie*. Laird no se habría creído mis bromas acerca del Mercedes plateado si de verdad hubiese un testigo. Pero si no había sido un testigo, ¿cómo sabían que yo había estado allí?

Llegó el sándwich de albóndigas de Laird y éste comenzó a morderlo como si hiciera días que no comía. Le dejé comer tranquilo. Los policías y los abogados aprenden a engullir de pasada; por eso tienen úlcera de estómago.

—Esperaba que pudieras sernos útil —dijo Laird.

Lo miré tragar el final del sándwich y apartar la ensalada de col y los pepinillos en vinagre. Yo ahora acostumbro a comer despacio y todo sabe mejor.

—Bueno, venga, tú sabes que no pienso derrumbarme y confesar. Deberías echarle un vistazo al recibo del teléfono de ese tipo; eso posiblemente indicaría la hora de la muerte con más exactitud. Ese hombre no dejó de llamar por teléfono mientras yo estuve allí. Y no me preguntes a quién llamaba, porque no lo sé.

—De acuerdo, señor Murphy. Espero no tener que volver a molestarte.

Cambió de idea acerca de los pepinillos en vinagre y se puso a morder el extremo de uno de ellos.

—¿Tiene ese tal Pindero antecedentes penales? —le pregunté.

—¿Qué sabes tú de eso? —quiso saber Laird.

—¿Que qué sé yo de eso? —repetí con brusquedad—. No sé nada, por eso te lo pregunto.

Félix trató de calmar los ánimos.

—Sí, Pindero era un matón de poca monta. Cumplió cinco años de cárcel por saquear un almacén junto con cuatro tipos más; el vigilante nocturno quedó gravemente lisiado. Se decía que Pindero había sido experto en explosivos para la mafia hacía mucho tiempo. Alguien contó que había volado a algunos corredores de apuestas poniéndoles bombas dentro del teléfono. Pero no tenemos constancia de eso, y ese tipo era un bocazas. Puede que no fueran más que habladurías. Ya sabes que a algunos de esos gorilas de poca monta les gusta hacerse una reputación.

—Alguien os ha dado alguna especie de soplo sobre mí, ¿no es cierto?

—¿Por qué lo dices? —me preguntó Laird con mucha calma. Comprendí que había dado en el clavo.

—¿Qué otra cosa puedo sacar en conclusión? Ni siquiera tienes mi número de matrícula para buscarme en el ordenador. Luego vais y levantáis el jardín de una casa en la que hace muchos años que ya no vivo. Fue una llamada anónima, ¿me equivoco? Alguien está intentando que me la cargue. Si me equivoco, di meló.

—No ha habido ningún informador, señor Murphy.

—Sé sincero conmigo, teniente —le dije—. Si estuvieras actuando basándote en información recibida de algún gamberro majareta, ¿lo admitirías?

—Puede que sí —repuso Laird. Utilizando la punta del dedo humedecida, recogió las migas del plato hasta que no quedó ninguna—. Supuse que querría usted ayudarnos.

—Sí, bueno, si me acuerdo de alguna otra cosa ya se lo comunicaré —dije.

Laird sacó la cartera y me dio su tarjeta con la insignia del Departamento de Policía.

—Mi hijo se graduará este año por la Universidad de California en Los Ángeles. Arte dramático, con periodismo como especialidad secundaria. El proyecto que hizo para el curso de guión cinematográfico sería un excelente vehículo para Harrison Ford, con Shirley MacLaine en el papel de abuela joven. —Debió de ver la cara que puse, porque se apresuró a añadir—: Sé que usted hace muchos negocios con los estudios...

—Cualquier vagabundo en esta ciudad quiere ser productor de películas. La expresión de Laird no varió.

—Estoy hablando de una oportunidad para mi hijo —insistió—. Es un guión muy bueno. Tiene ritmo y sensibilidad. Por lo menos podría usted leerlo.

—Vosotros no distinguís la diferencia entre una investigación y una audición —le dije.

—Bueno, gracias de todos modos —dijo Laird; y se levantó. Félix también.

—¿Vas en la misma dirección que yo? —le preguntó Félix a Laird. Éste asintió con la cabeza. Debían de haber llegado en el mismo coche. ¡Este Félix es de lo más enrevesado!

Félix se inclinó hacia mí y puso dos billetes de diez dólares sobre la mesa.

—Más vale que seas inocente, amigo —me susurró con voz a la vez compasiva y amenazadora. Luego se fue detrás de Laird.

Mientras franqueaban la puerta toda la tensión y el miedo comenzaron a burbujear en mi interior, de manera que de pronto me encontré muy enfadado. Dejé en la mesa el dinero de la comida y los seguí hasta la puerta. Vi que se dirigían hacia el coche de Laird, un vehículo sin distintivos.

—¡Eh, compadre! —les grité.

Laird no me hizo caso hasta que Félix le tocó en el hombro, tras lo cual levantó la vista y, entornando los ojos a causa del sol, se llevó la mano a la oreja.

—¿Y si hacemos que tu hijo escriba una historia real para el cine...? Algo en lo que quizá a mí me sea posible hacer que alguien se interese.

—¿Por ejemplo? —gritó Laird. La gente que pasaba se volvía a mirarnos.

—Un relato donde un abogado es el protagonista. Un abogado de California, muy trabajador, al que la policía persigue, que captura a un asesino, o se lleva a todas las mujeres, o salva al mundo o algo así.

—¿Un abogado? —repitió Laird al tiempo que fruncía mucho el entrecejo a causa del esfuerzo que le suponía pensar en ello.

—Un abogado. Un abogado de California.

—Debes de estar fuera de tus puñeteros cabales —me gritó Laird con enojo. Se subió al asiento del conductor y cerró de golpe la puerta del coche.

Félix me miró y se encogió de hombros.

Mientras me quedaba de pie allí mirando cómo se alejaban en el coche y se adentraban en el tráfico oí una voz de mujer que me llamaba.

—¡Eh, tío! ¿Qué te cuentas, Perry Masón?

Me di la vuelta y al principio no conseguí ver quién hablaba a voces, pero luego oí una sonora y estridente risa y vi que era una mujer que estaba en un coche deportivo descapotable de color amarillo canario y que se había detenido junto al bordillo.

—Perry Masón —voceó de nuevo como si le hiciera mucha gracia su propio chiste—. ¡Nos veremos en el juzgado! —Tocó la bocina varias veces y gritó muy fuerte—: ¡Mickey!

Después de ponerme las gafas de sol pude ver que se trataba de Felicity Weingartner, que estaba sentada al volante de un Corvette de aspecto deplorable.

—¿Quieres que te lleve a tu oficina, Mickey?

Vestía un traje de chaqueta a cuadros y llevaba un broche de oro y un reloj de pulsera de fantasía; justo el modelo de mujer que hace carrera en Hollywood según el modelo de Central Casting. Me hizo un gesto con las gafas Ray-Ban de espejo para que pudiera verle el nuevo modelo de uñas.

—¿En este armatoste? ¿Cómo puedo rechazar un ofrecimiento así? —Abrí la puerta y me senté a su lado. Debía de venir del salón de belleza, pues tenía las mejillas perfectamente maquilladas, llevaba pestañas postizas con abundante máscara y el pelo le brillaba con reflejos color bronce que antes no tenía. Acaricié el salpicadero. Ella se puso las gafas de sol y apretó el acelerador de manera que el V-8 nos lanzó en medio del tráfico como si nos hubieran disparado desde cabo Kennedy—. Calma, Felicity —le recomendé mientras me abrochaba bien fuerte el cinturón de seguridad—. Esto no es como ir pedaleando en tu Escarabajo.

—No seas machista. Yo nunca en mi vida he tenido un Escarabajo. Fue un Conejo.

—A mí esos animales domésticos alemanes me parecen todos iguales. ¿Cuánto tiempo hace que tienes esta máquina?

—Tres días y cuatro horas. Mi agente de prensa me dijo que sería bueno para mi imagen.

—¿Tu agente de prensa dijo eso?

—¿No lo has oído?

—¿Lo de tu agente de prensa? ¿Tiene un coche que le vaya bien a mi imagen?

—Éste había sido de Robert Redford.

—¿Ah, sí?

—¿O era de Richard Gere? De uno de los dos. Por lo menos eso es lo que me dijo el vendedor. Pero lo que me hizo comprarlo fue el color. ¿Qué te parece? Me va bien con el pelo, ¿verdad?

—¿Oscuro en la raíz y con las puntas estropeadas?

—¡Cabrón! —Me soltó una bofetada y me dio de lleno—. Estoy en preproducción para mi película. He conseguido un contrato; mi nombre aparece sólo en los créditos y también en el guión, aunque compartido. ¿No te lo ha dicho Betty?

—¿Tu película?

—Veinte millones de dólares de gastos por debajo de los costos. Incluso he puesto a Sheree en la producción por uno de los grandes a la semana.

—Pensaba que desaprobabas el nepotismo. ¿Sheree? ¿Para qué haga qué?

—Ella puede localizar los exteriores o algo así.

—¿Y sabrá qué buscar?

—Ello le dará oportunidad de romper con ese hombre casado —me aseguró Felicity—. Es un cabrón.

Era la clase de respuesta irrelevante y chiflada que dan las mujeres.

—Veinte millones. ¡Vaya!

—Por debajo de los costos. A eso hay que añadir las estrellas y demás, y estaré más cerca de los treinta.

—Eso sí que es dinero. ¿Es ésa la película de la que me hablaste en Aspen? ¿La que tú querías dirigir?

—No puedo creer que no lo sepas. —Movi6 la cabeza para enfatizar su incredulidad. Con las palmas de las manos apretadas sobre el volante estir6 los dedos para enseñarme sus maravillosas uñas de color carmesí—. Todo el mundo en esta ciudad se ha enterado de lo que Betty me ha conseguido. Sali6 una página entera en Billboard y un gran anuncio en Variety.

—En la Gaceta de Derecho no sali6 nada.

—Deberías comprar las revistas especializadas; así sabrías que tu mujer es muy buena, ¡verdaderamente buena!

—Exmujer —corregí automáticamente—. ¿Betty te ha conseguido ese negocio? ¿No será lo del vendedor de seguros de puerta en puerta que resulta ser un sicópata asesino en serie, con Budd Byron como vendedor?

—¡Así que estás enterado! —Soltó una risita de alivio—. Supongo que el éxito de Betty te resulta difícil de digerir. Siempre fuiste un machista asqueroso.

—No me resulta difícil de digerir —dije—. Siempre he tenido debilidad por las mujeres ricas. ¡Cuidado con ese camión, Felicity! Va a cambiar de carril.

Delante, muy alto en comparación con nosotros, iba un camión enorme cuya cabina brillante y reluciente parecía un contendiente de un Cours d'Élégance. El chófer tenía un brazo tatuado y un tubo de escape en el techo por el cual podía rociar negras nubes de diésel sobre el tráfico que iba detrás de él.

Felicity se volvió hacia mí con cara de sufrimiento.

—Sí, pobre Budd. Tuvimos que dejarlo ir.

—Pero si todo lo estaban componiendo en torno a Budd. Betty se tomó como una gran cosa convencerlo para que se uniera a ella.

—Sí, así es como van las cosas algunas veces. Pero cuando nos enteramos de que a Meryl Streep podía interesarle, hicimos que volvieran a escribir el guión para ella.

—¿Quieres decir que ella va a ser el asesino múltiple?

—No ha firmado todavía. —Felicity cruzó los dedos y los levantó mientras adelantábamos el camión. El conductor del vehículo, quizá malinterpretando el gesto, hizo un concienzudo esfuerzo por aplastar el Corvette contra una fila de coches aparcados a un lado. Pero Felicity apretó el acelerador y saltamos delante de él, pasando por el estrecho hueco con gran estruendo y un chirrido de goma de neumáticos. Cerré los ojos, pero la voz de Felicity no dio muestras de alarma—. En el nuevo guión ella es una encantadora científica nuclear rusa sin empleo, que es madre soltera y vive en Baltimore.

Betty dice que a Streep le encantará el desafío del acento que tendrá que adoptar.

—Pobre Budd. Traicionó a su agente para hacer ese trato con Betty.

—Lo superará —me dijo Felicity con dureza. Se detuvo bruscamente a la puerta del edificio donde se encontraba mi oficina.

Noté algo extraño en su voz.

—¿Me estás diciendo que va a demandaros a las dos?

Quería estar preparado para cuando Budd entrara como una tromba en mi despacho y me pidiera que ordenase, demandase o pusiera piquetes a la puerta de los estudios. Yo sabía muy bien por experiencias pasadas que cualquier clase de rechazo hacía que Budd se pusiera muy excitado.

—Le escribiremos un papel breve, pero muy bueno, para que pueda demostrar su talento. Podría hacer de policía de paisano, ¿no?

...—Podría hacer de policía —convine. Cuando estaba abriendo la puerta del coche añadí—: Felicity, tú conoces muy bien a Ingrid. ¿Tuvo algún hijo en su primer matrimonio?

—¿Con Jack Piech? Claro que no. Nunca ha tenido ningún hijo. Por eso siente tanta pena de sí misma.

—¿Estás segura?

—Claro que estoy segura. ¿Por qué lo preguntas?

—Tengo muchos juguetes viejos en el garaje —dije.

—¿Por qué nunca puedes decir la verdad, Mickey Murphy?

—La verdad siempre hace que yo parezca un idiota —le indiqué.

—Sí. Bueno, eso no lo puedo remediar —dijo Felicity; y me tiró un beso con la mano antes de marcharse con el coche.

Felicity y su coche causaron una leve sensación entre una pandilla de muchachos que utilizaban mi portal como guarida. Corrieron tras ella cuando aceleró y discutieron acerca de si era o no Diane Keaton.

Le pregunté a la señorita Huth si había habido alguna llamada. Hasta el momento no había ningún mensaje urgente de Budd Byron, lo cual era un gran alivio. Continué con la selección de los documentos concernientes a la empresa de Vic Crichton. Ahora que les había dicho que se buscasen otro abogado, cuanto antes me librase de ellos mejor. Estaba decidido a tenerlo todo preparado, de modo que en cuanto me pagasen mi liquidación y me dieran los detalles de su nuevo abogado podría darles el beso de despedida para siempre.

Pero había que firmar documentos para confirmar y legalizar los nuevos acuerdos. Y además estaba la compañía de ultramar en Lima, Perú. Estos tipos se siguen unos a otros como ovejas. ¿Saben ustedes eso? Petrovitch usa personas interpuestas —que firman cosas en nombre de otras personas— como signatarios para la empresa *holding* y sus propiedades negociables. La siguiente cosa que yo sé es que Crichton decide que quieren que las propiedades negociables del *holding* se inviertan en una compañía de reciente fundación en Lima con personas interpuestas que tengan en su poder un buen pedazo de todo. Luego, cuando se cierra el trato Petrovitch-Westbridge,

vuelven a utilizar personas interpuestas. Como digo, siguen la moda como ovejas. Siempre aconsejo a mis clientes que eviten hacer documentos con personas interpuestas que tengan poder para firmar. Es como darle a alguien un cheque en blanco; es buscarse problemas.

A las cuatro yo estaba mirando el reloj de pared mientras esperaba a Víctor Crichton, que se suponía que había de repasar el acuerdo de fusión párrafo a párrafo. Sería el último trabajo que yo haría para ellos y no quería que ningún altercado nos impidiera zanjar el asunto en el último minuto. Vic se retrasaba. Era una cita para las tres y media, pero los británicos siempre llegan tarde. Yo estaba muy enfadado conmigo mismo. Lo que tenía que haber hecho era concertar la cita para media hora antes de la hora en que yo en realidad deseaba que viniera.

—¿No ha llamado Crichton, verdad? —le pregunté a la señorita Huth cuando entró para que firmara unas cartas. Se había pasado todo el día transcribiéndolas desde la grabadora.

—¿Cómo está esto, por favor? —me preguntó. Dios mío, ¿por qué no puedo encontrar una secretaria que sepa hablar y escribir el idioma inglés?

—¿Es lo mejor que sabe hacerlo? —quise saber mientras miraba las cartas. La señorita Huth no lograba entender cómo funcionaba el procesador de textos, y lo que escribía a máquina estaba lleno de errores y salpicado de faltas de ortografía.

—¿Quiere que las repita otra vez? Las haré una y otra vez hasta que estén bien.

—Algunas ya las ha escrito dos veces. Vamos a quedarnos sin papel si continúa repitiéndolas hasta que consiga que queden correctamente.

Sonrió como si aquello fuera un maravilloso tributo a la forma de trabajar alemana.

—Eso es cierto —convino.

Sonó el teléfono; era Vic.

—Siento llegar tarde, amigo —se disculpó.

—¿Qué te ha retrasado esta vez? ¿Estaban sacándole brillo a tu estrella en la acera de Hollywood Boulevard? ¿O estabas rescatando a un niño que se ahogaba?

—Eso será la semana que viene —me dijo Vic—. Pero ahora mismo tengo un pequeño problema con la transmisión. Estoy esperando a la grúa.

—¿Qué coche llevas? —le pregunté cómo sin darle importancia.

—¡Ah! Sabía que me lo preguntarías. Voy en el BMW de mi difunto jefe.

—Te está bien empleado —le comenté.

—Sabía que el hecho de que tuviera una avería en un coche importado te ablandaría el corazón, Mickey. Que te pondría de buen humor.

—¿Y qué pasa?

—Estoy en el cruce de Wilshire y Westwood. No puedo tomar un taxi, y tengo que encontrar algún sitio donde pueda alquilar otro coche.

—Iré a buscarte —le dije—. Te daré un paseo en un coche de verdad. ¿Estás en el cruce?

—Me detuve en el semáforo y luego parece que el coche no ha querido andar más —me dijo Vic.

—Espérame ahí.

En cuanto colgué el teléfono la señorita Huth me llamó.

—El señor Byron está en la línea tres —me comunicó.

—Dígale que estoy en una reunión.

—Ya le he dicho que estaba usted reunido. Pero dice que es muy urgente.

—Oh, no. Dígale que le llamaré en cuanto disponga de cinco minutos.

—Parece muy preocupado.

—Dígale que en este momento un amigo muy querido se encuentra herido en un accidente de tráfico y que tengo que ir allí a toda prisa. Si puedo lo llamaré esta noche desde mi casa.

—¿Es cierto? ¿Un accidente?

—Usted dígaselo, señorita Huth.

El cruce de Westwood y Wilshire es la única zona de Los Ángeles que se parece al centro de Nueva York. Los rascacielos con la superficie de las fachadas de vidrio y los peatones completan el espejismo. Crichton me estaba esperando allí lo que hacía que el cruce se pareciera todavía más a Sueva York, pues Vic llevaba un traje de lana inglés y la corbata a rayas.

Subió al coche.

—Ojalá no hubiera vendido mi viejo Range Rover, él nunca me dejaba tirado. Llévame a Santa Mónica y encontraré una empresa de alquiler de coches en algún hotel.

Me adentré en el tráfico y me alejé. Santa Mónica estaba atascada a causa de que cada vez son más las personas que trabajan en un sitio y viven en otro; se agolpan allí para coger la autopista de San Diego y regresar a casa.

—Si no quieres que volvamos a mi despacho podemos sentarnos en algún lugar tranquilo. He traído todos los papeles.

—Antes de que empecemos a hablar del acuerdo de fusión, ¿estás «cableado», amigo?

—¿«Cableado»? ¿Qué quieres decir con eso de «cableado»?

—Ya sabes a qué me refiero —contestó.

—¿«Cableado»? No, y te diré por qué. El esparadrapo me arranca todo el vello del pecho.

—Hablo en serio, Mickey.

—¿Ah, sí? Creí que estabas intentando hacerme reír. No Vic, no estoy cableado, si con eso te refieres a si llevo una grabadora oculta pegada con esparadrapo a mi cuerpo. Yo no espío a mis clientes. Y no informo al Departamento de Justicia de lo que me dicen. ¿Tú sí lo haces?

No se inmutó.

—No, en Inglaterra nos falta tecnología. Tienes que meterte una pluma de ganso por el culo y menearte.

—¿Estamos hablando de la policía?

—Creía que quizá se hubieran puesto en contacto contigo.

—¿Quién?

—Olvídalo. Tengo muchas cosas en la cabeza últimamente. ¿Está todo listo?

—Permite que te lo repita una vez más —le dije—. No me gustan estos montajes con personas interpuestas que firmen y acciones al portador.

—Ya lo sé, ya me lo has dicho diez mil veces.

—Una vez que Petrovitch, los demás signatarios y tú hayáis firmado y el trato esté completo, tú te conviertes en una persona muy vulnerable.

—Tú atente a lo que sabes, Mickey. Esto no es de tu competencia. Déjame decirte cómo funciona. Yo firmo los papeles y quedo desposeído de todas las propiedades; y lo mismo ocurre con Petrovitch. Todo lo que tiene valor está en esas acciones al portador, y se encuentran en un cajón en algún banco de ultramar. No son de nadie. Ahora llego yo a Perú, por tanto soy un indigente, y encuentro las acciones al portador en un cajón. De esta manera tengo el control de una inmensa compañía, pero la riqueza surgió en Perú y eso quiere decir que no está sujeta más que a impuestos nominales.

—Estamos hablando de casi cien millones de dólares —le recordé—. Será más seguro que tenga un poder notarial autenticado en toda regla, sólo por si algún otro payaso abre el cajón antes de que tú llegues.

Vic lo estuvo pensando durante unos instantes y luego asintió con la cabeza.

—Cualquiera que sea el instrumento, asegúrate de que me conceda el derecho de tomar posesión con el nombre que me plazca.

—El poder notarial partirá de Ingrid y de ti, firmado en el mismo momento en que os deshacéis de todas las propiedades. Tú tendrás el poder

notarial en el bolsillo, no te preocupes por un cajón en una tierra lejana.

—¿Por qué estás tan nervioso? —se guaseó Vic.

Aquella sonrisita suya me irritó.

—Te estoy dando consejo profesional —le dije.

—Ya lo sé, Mickey, ya lo sé. Y te lo agradezco. Pero no vamos a hacer nada que no hayamos hecho antes. Todo saldrá bien.

—Probablemente tendrán un despacho de alquiler de coches en el Loews de Santa Mónica —dije—. Podemos sentarnos en el salón del hotel y repararlo todo.

—Este puñetero asunto de la avería del coche me ha dejado un poco apurado de tiempo. ¿Hay necesidad de que lo repase línea por línea? Tú lo has comprobado todo, ¿no es así?

—Hay muchas cosas —le expliqué—. Enmiendas y cartas que modifican algunas de las condiciones. Es muy complicado.

—Lo haremos cuando yo tenga la mente más despejada —me indicó—. Mientras tanto no dejes que te asusten; mantente firme.

—No tengo por qué preocuparme —le dije.

—No te pongas antipático, viejo. Cuando alguien descubre que el gobierno federal se ha equivocado en los números, los burócratas se encogen de hombros y dicen que todos nos equivocamos alguna vez. Pero cuando los encargados de los números del gobierno federal se encuentran con que tu secretaria ha escrito mal la fecha, o tú has descrito a una testigo como rubia el día en que se tiñó de pelirroja, los federales gritan que ahí hay conspiración criminal y te ponen a la sombra para veinticinco años.

—Nadie va a ver nuestros archivos confidenciales —le dije—. Hay una pequeña cuestión de secreto profesional entre cliente y abogado. Estarían violando la quinta y sexta enmiendas.

—Tu fe y tu erudición te honran, viejo, pero eso no los detendrá, créeme. Nada los detiene hoy día, ni siquiera el doble riesgo. El Tribunal Supremo se ha asegurado de que si el Estado de California no te coge, te cogerá el Tío Sam.

—Primero me dices que no tengo nada de qué preocuparme y luego me aseguras que van a meterme en la cárcel.

—Quiero que te des cuenta de la seriedad del asunto. Pero verás qué bien lo resolvemos todo pegándole fuego a tu oficina. Billy Kim dice que por su parte, adelante.

—¿Incendio?

Apenas si podía creerlo.

—Ni documentos ni nada.

—¿Sabes cómo se castiga el incendio provocado?

—No, ¿cómo?

—No lo sé —confesé—, pero estoy seguro de que ahí no acabaría todo. Me detendrían por ocultar pruebas, por complicidad..., me expulsarían del colegio de abogados. Es una idea desquiciada y no quiero tomar parte en ella. Petrovitch es prácticamente el dueño de ese bufete. Te quitaría de en medio si intentases una cosa así.

—No creo que lo hiciera —dijo Crichton.

—¿Le has hablado de ello? —Crichton me miró como si yo fuera idiota—. ¿Así que de eso se trataba? ¿Me compró la firma para poder quemar la oficina, destruir toda la documentación y así no dejar rastro?

—Tendrás que preguntárselo tú —me dijo Vic—. Pero yo diría que es evidente. Petrovitch está hasta el culo de abogados, tiene un montón de bufetes; no le haces ninguna falta. Sólo empezó a darte jabón porque tú actuabas para nosotros y así podíamos hacerlo todo bajo el mismo techo.

—No.

—¿Pues qué, si no, creías que le había llamado la atención? ¿Tu innato encanto irlandés? ¿Tu experiencia con compañías internacionales? ¿O quizá tus lujosas oficinas del centro de la ciudad?

—Yo no soy vuestro perrito faldero.

—Estás demasiado metido en esto para marcharte ahora.

—Vete a la mierda.

—No tengo tiempo para discutir. Tengo que alquilar un coche y ponerme de nuevo en la carretera. —Me sonrió mucho, como si una gran sonrisa fuera a sellar nuestra amistad para siempre—. ¿Qué me dices de la señora Petrovitch? ¿Ingrid Petrovitch?

—La conozco. Fuimos juntos al colegio.

—Ella firma por Petrovitch. ¿Tiene la autoridad necesaria? ¿Lo has comprobado todo?

—Pues claro que lo he comprobado. Tendrá el cuarenta y nueve por ciento, igual que tú, y la sociedad se queda con el dos por ciento por si hay un empate en la votación.

—Parece factible. —Abrió la puerta, salió del coche y luego me dirigió otra de aquellas sonrisas alegres—. Gracias por el paseo, amigo. Bonito coche. —Hizo una pausa significativa mientras acariciaba la pintura de la puerta—. Se parece mucho a uno que vi hace poco a la puerta de una casa en las colinas de Topanga.

—Esta vez alquila uno que no sea importado —le aconsejé.

Sólo cuando se hubo alejado caí en la cuenta de lo que me había dicho. Pensé en salir tras él, pero supuse que eso sería seguirle el juego.

Debí de estar allí sentado en el coche diez minutos o más. Luego, en vez de dirigirme a mi casa por la carretera de la Costa del Pacífico, volví a la oficina y, sentado ante el procesador de textos, saqué los documentos en pantalla y los leí todos. Después redacté un poder para que las dos personas principales, Vic e Ingrid, los firmasen. Ello dejaría toda la fortuna flotando en el aire durante aquel breve período en que se formase la compañía peruana, pero supuse que todos los implicados sabrían lo que se hacían. Luego imprimí cuatro copias del acuerdo y de todos los demás documentos e hice trizas los antiguos. Después de eso me sentí mejor; odio las acciones al portador.

Aquella noche, ya tarde, recibí una llamada de Goldie.

—El señor Petrovitch llega a la ciudad mañana. —El coche te recogerá a mediodía. ¿Te lo mando a la oficina o a tu casa?

—Espera un minuto, Goldie. Tengo que mirar la agenda.

A Goldie siempre se le pasaba por alto el sarcasmo.

—Viene en avión directamente a California.

—¿Y qué?

—Directo. Coge un vuelo en Roma y no va a Nueva York. Viene sólo para hablar contigo.

Goldie lo dijo en un tono lleno de pavoroso respeto.

—¿De qué quiere hablar?

—No estoy seguro —me informó Goldie con una voz que indicaba que lo sabía de sobra—. Pero te recibirá en la mansión. Eso es un gran honor.

—Oye, no exageremos, Goldie. Se trata de una reunión con Zachary Petrovitch, no de una audiencia con el papa.

—Escucha, irlandés idiota. El jefe nunca vuela desde Europa a California sin hacer un alto en Nueva York. Y ha cancelado una reunión de la junta de accionistas y una sesión con los abogados, que ya han volado desde Washington a Nueva York y lo están esperando allí gastando dinero como si no existiera el día de mañana.

—Pareces estar un poco crispado, Goldie. ¿Hay algo que te preocupa?

Se hizo un largo silencio. Luego Goldie dijo:

—Tengo en la cabeza a la señora Petrovitch. Tiene tal vida social que está perdida en una nube borrosa. Es una señora ingeniosa y enérgica. Yo no puedo estar a su altura, y el jefe tampoco puede seguir su ritmo.

—Tendrá que estar aquí para firmar. Hay un poder recién redactado que el señor Petrovitch o alguien en su nombre tendrá que leer. Es en lugar de las acciones al portador. Se lo he explicado por fax.

Hubo un largo silencio.

—Espero que hayamos hecho bien eligiéndote, Mickey. Yo siempre he estado en desventaja contigo, pero cuando me sales con esas rutinas me sacas de quicio.

—¿Rutinas?

—No te hagas el ingenuo ofendido, Mickey, o mañana estarás demasiado cansado.

—Manda el coche a la oficina —le dije.

—A mediodía —me indicó Goldie—. Y nada de artillería.

—Tómate un par de tabletas de tranquilizantes y tumbate en una habitación a oscuras. A lo mejor se te pasa.

—Lo digo en serio. Nada de artillería. Te registraremos. —Buenas noches, Goldie. Siempre resulta agradable charlar contigo.

## CAPÍTULO 14

Petrovitch tenía una casa en lo alto de Hillcrest, donde la gente de Bel Air se va a vivir cuando se hacen ricos. Las puertas eléctricas de la verja se abrieron para dejar pasar el coche. Un muro exterior de cuatro metros, salpicado de juguetonas cámaras de vídeo, rodeaba la hectárea más o menos de césped bien regado, las vistosas fuentes renacentistas y los arbustos de esos que se reemplazan cuando no florecen.

Era un día soleado y el hombre del tiempo predecía temperaturas máximas de veinticuatro grados que se aproximarían a los veintiséis en los valles. Estas extensas mansiones tenían vistas a toda la ciudad, y solía haber una brisa procedente del océano que a veces daba en el agua de las fuentes y salpicaba la hierba. En la base de la fuente más cercana tres hombres fornidos andaban por allí como si fueran jardineros, pero no se inclinaban para quitar las malas hierbas, no fuera a ser que las metralletas se les cayeran de los monos de trabajo.

La casa era como Disneylandia pero en neoclásico: seis altas columnas aflautadas servían de apoyo a un ornamentado frontón, con escalones de mármol que llevaban hasta la puerta principal, situada a tres metros de altura. Un garaje con cabida para cuatro coches se levantaba al lado, un santuario pagano para dioses menores. El chófer oprimió un botón y una de las puertas elevadas del garaje se elevó y se tragó la limusina blanca, produciendo un sonido de maquinaria a presión mientras se oía el crujido de la carpintería sometida a tensión. Cuando se cerró estrepitosamente de nuevo, la oscuridad no duró más que un momento antes de que unas luces fluorescentes se encendieran con un parpadeo para dejar a la vista una gran zona de garaje de hormigón en la que se veían dos coches más, un banco de reparaciones, fajos de papel apilados y varias cajas que estaban marcadas con los letreros «VIDRIO y PLÁSTICO» para reciclar. Goldie estaba allí de pie y me sonreía.

—¡Hola, Mickey! ¿De modo que pudiste hacer un hueco en la agenda? — me comentó con sarcasmo.

Sonreí y me acerqué para ponerme de pie dentro de la estructura del detector de metales mientras él se cercioraba de que yo no iba armado. Le dejé disfrutar. Aquél era su territorio, y quería asegurarse de que yo lo sabía.

El tema romano continuaba en el interior, donde en un gran vestíbulo se exhibían los bustos a tamaño natural de pálidos emperadores colocados sobre columnas de mármol rojo dispuestas entre incómodos tronos. Unos cortinajes festoneados que se encontraban a ambos lados introducían cierta nota turbadora de la Francia napoleónica.

Más allá del vestíbulo una grandiosa escalinata curvada subía hasta una galería alargada. Goldie me condujo hasta una habitación del primer piso que Petrovitch había convertido en despacho. El tema romano se hallaba ligeramente modificado en aquel lugar, lo cual no estaba mal, porque no me apetecía celebrar mi conferencia con el viejo Petey arrellanado en la terracota, yo vestido con toga y vomitando después de cada bocado de pavo real asado. Una gran sala de estar contenía dos sofás de piel suave, un mueble bar y cuatro pinturas llenas de movimiento que representaban, según rezaban las placas de latón grabado, cuatro batallas decisivas de la Roma imperial. Las ventanas daban al jardín; como acostumbra a pasar en las casas construidas para multimillonarios del sur de California, ninguna ventana daba a la calle, donde es posible que acechen secuestradores y autobuses llenos de turistas.

La larga pared que no tenía ventanas contenía dos vitrinas de roble en las cuales se hallaban expuestas monedas romanas sobre cojines de terciopelo rojo bajo focos diminutos. Entre las vitrinas había un armario con el frente de vidrio donde se exhibían un cáliz policromado para beber, una estatuilla etrusca, un busto retrato de bronce, fragmentos de mármol y tesoros parecidos de incalculable valor con la estudiada despreocupación con que los decoradores exhiben las posesiones de los millonarios.

Petrovitch se hallaba de pie al fondo de la sala de estar. Detrás de él, a través de una puerta de doble hoja, pude ver un escritorio de ejecutivo, de metal y en forma de ele, con asientos para el amo y la secretaria. Al alcance de ambos se veía un teclado de ordenador con una pantalla sobre una bandeja giratoria, para que pudiera colocarse en una u otra dirección. Sobre el escritorio había más o menos una docena de fotografías de Ingrid y Petrovitch enmarcadas en plata, y otras de algunas personas cuya prominencia allí parecía deberse más al parentesco que a la belleza física.

—Tienes un aspecto estupendo, Mickey —me saludó Petrovitch con voz ronca. Estaba fresco, de buen talante y hacía gala de cierto estilo británico,

pues llevaba unos tirantes rojos, una camisa a anchas rayas azules y un cuello duro con corbata—. ¿Te apetece algo de beber?

—Café.

—Tráele a Mickey una taza de café, ¿quieres, Goldie?

Cuando Goldie desapareció en el despacho propiamente dicho, Petrovitch se sentó y estiró las largas y delgadas piernas para admirar sus zapatos, tipo mocasín, de piel de Gucci auténticos. Por encima de su cabeza Marco Aurelio expulsaba a los germanos de las provincias del Danubio; el río era muy azul, tal como a Johann Strauss le había gustado siempre el Danubio.

—¿Eres aficionado al juego, Mickey?

—No.

—Yo tampoco. Me parece que ya corro bastantes riesgos todo el día sin necesidad de ir a un intermediario para buscar más. —Goldie me trajo una taza de café. Supongo que Petey no quería que yo anduviera metiendo la nariz en su despacho—. Pero he apostado con Goldie cien pavos sobre el modo como responderás a una pregunta.

Lo miré y bebí un poco de café.

—Dice Goldie que no responderás con sinceridad; y yo digo que sí. El problema es que no sé cómo vamos a dejar en claro la apuesta. Nunca podremos estar seguros de si respondes con la verdad o no. ¿No te parece?

—Es lo mismo que estar en un juicio —le comenté.

—Lo que quiero saber es si tú me odias, Mickey.

Sonrió.

—¿Odiarte?

—No ganes tiempo. Contéstame.

—¿Por qué iba a odiarte?

—¿Acaso sólo me desprecias?

—No me pongas entre la espada y la pared, señor Petrovitch —le dije.

—¿Has oído, Goldie? Ahora me llama señor Petrovitch. ¿Eso es señal de algo?

—Eres mi cliente —le dije—. Trabajo para ti de abogado; no dirijo una agencia de citas.

—¿Quieres decir que no te importo una mierda, ni en un sentido ni en el otro? Haces tu trabajo, archivas tus papeletas con el tiempo que has dedicado, he observado que en segmentos de seis minutos, supongo que eso facilita calcular la base por hora de tiempo, y esperas que ocurra lo mejor.

—Si quieres trabajar con otro abogado...

—Nada de eso. Tú tienes todos los atributos que yo estoy buscando.

—¿Por ejemplo?

—Quiero que me aconsejes alguien a quien yo le importe una mierda. Tengo a mi alrededor tantas personas con opiniones diferentes que se me hace cada vez más difícil distinguir a los amigos de los enemigos.

—No te odio —le dije sinceramente.

—Nunca has hecho mucho por disimular el desagrado que sientes hacia mí, Mickey. Antes no hacía mucho caso de ello, pero luego empecé a pensar que quizá tu desenfadada hostilidad formaba parte de tu disposición agresiva, y puede que fuese una indicación fiable de que no estabas tramando nada contra mí.

—No estoy tramando nada contra ti —le aseguré mirándole a la cara y tratando de decidir con qué tipo de personalidad paranoica me las estaba viendo.

—No, si estuvieras tramando algo contra mí serías lo bastante listo como para no poner de manifiesto tu hostilidad.

—¿Cómo has eliminado a Goldie de esa maquinación?

Petrovitch miró a Goldie y luego me miró a mí de nuevo.

—Tenía que empezar por alguna parte. Y Goldie y yo llevamos mucho tiempo juntos.

—¿Y bajo qué clase de maquinación te hayas? —le pregunté.

—No hace falta que te diga que alguien intenta matarme; tú mismo encontraste la bomba en el teléfono. Y creo que mi esposa está implicada en ello.

Lo dijo tranquilamente, sin levantar la voz.

—¿Qué pruebas tienes de ello?

—Cuéntaselo, Goldie.

Éste tosió y se aclaró la garganta.

—La señora Petrovitch contrató a un asesino a sueldo —comenzó a decir con incomodidad.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—No empieces a hacer la puñeta —respondió—. Tú ya sabes todo esto. La señora Petrovitch conoció a Pindero cuando ella era joven. Cuando volvió a encontrárselo en ese comité de beneficencia al que está tan dedicada, le cuenta alguna historia, y él le dice que tiempo atrás ha sido asesino a sueldo. Ella le paga cinco de los grandes como primer plazo. Pindero puso la bomba en el teléfono, pero como no dio resultado se largó. Y entonces fuiste tú y se lo encontraste. No vengas con puñetas.

—Yo no sabía todo eso —dije.

—Has hablado con la policía, ¿no?

—¿Con Laird? Eso sólo fue un asunto de rutina porque algún gusano les había dado mi nombre por teléfono. ¿Fuiste tú, Goldie?

—No empecemos a jugar a verdad o mentira —me aconsejó Goldie—. Hay demasiado en juego.

—Ingrid fue a Topanga Canyon con alguien, y cuando volvieron a bajar Pindero estaba muerto y metido en la nevera —intervino Petrovitch—. Creíamos que habías sido tú quien la ayudó.

—¡Dios mío!

La pintura que había encima de mi asiento era una turbulenta versión de la toma de Roma por los godos, y había oscuras llamas que se elevaban hasta el cielo. La traición de los esclavos había marcado la perdición de la ciudad.

—¿No te ha pedido Ingrid que me liquides? —me preguntó Petrovitch.

—No. Por lo menos, no con esas palabras —le aseguré.

—Lo que te dijo es que yo intentaba asesinarla, ¿verdad? —No le contesté—. Ése es probablemente el modo en que está utilizando a su nuevo asesino —dijo—. Supongo que eso hace la cosa más fácil para ellos. Y ella planea fugarse con ellos..., lo planea todo, hasta el último detalle.

—¿Y ahora estoy libre de sospechas? —quise saber.

—Oímos cómo Ingrid le daba tu nombre a la policía. Fue ella quien les dijo que estuviste en Topanga.

—¿Y les dio mi dirección de Mulholland? Ya me extrañaba a mí eso. —Miré a uno y a otro y traté de meterles prisa para que siguieran adelante—. ¿Y quién más estuvo allí con ella?

—¡Eso no lo sabemos! —reconoció Goldie; y se puso a morderse las uñas.

—Tiene más de un cómplice —me aseguró Petrovitch—. Eso es lo que nos desconcertó al principio. No podíamos colocarle a una persona sola todas las cosas que se estaban haciendo.

—¿Dónde se encuentra Ingrid ahora?

—Vuelve aquí esta noche.

—Bueno, supongo que no tienes que temer nada de ella directamente —le dije—. Si se tomó tantas molestias para conseguir a alguien que te matase, no es probable que lo haga ella misma.

—No, ella necesita estar muy lejos cuando ocurra. La compañía de seguros la investigará con microscopio.

—¿Cómo han llegado a ponerse así las cosas entre vosotros? —le pregunté.

Me levanté y atravesé la habitación. Necesitaba desesperadamente estirar las piernas.

—Está enferma —repuso Petrovitch—. Supongo que es por culpa mía. La descuidé cuando necesitaba cariño y atención.

—¿Es por el dinero? —pregunté.

Miré las monedas de la vitrina. Los emperadores romanos tenían todos el entrecejo fruncido. Quizá la luz de los focos les dañase la vista.

—Ingrid se siente rechazada y eso le corroe el alma. Es taimada y manipuladora. Al principio incluso me gustaba eso, me parecía muy femenino, muy infantil. Pero cuando empezó a hacer cosas malas ya no fui capaz de controlarlo.

—¿La ha visitado un siquiatra? —pregunté mientras abandonaba el mundo antiguo por problemas más urgentes.

—Se niega a que la vean. Pero su médico habitual es un viejo muy inteligente. Me ha ayudado mucho.

—¿No toma ninguna medicina?

Me senté a su lado con los pies estirados. Comparamos nuestros zapatos.

—Ella no, sólo yo. —Esbozó una triste sonrisa—. Yo estoy bajo sicoanálisis. Ella también ha concertado ayuda siquiátrica. Es bastante traumático.

—Me lo imagino.

—Lo que me atormenta es el asesinato del viejo en Topanga. ¿Lo mataría ella o sólo estaría por allí cuando ocurrió?

—Puede que nunca lo averigüemos —dije.

—Goldie, ¿quieres ir a llamar al chófer?

Era una bonita manera de decirme a mí que la audiencia había llegado a su fin y de decirle a Goldie que el amo quería hablar conmigo en privado.

Me levanté. Petrovitch también se levantó. Sí le quitásemos la barba rizada y el cabello de aspecto noble se haría evidente un claro parecido con Marco Aurelio. De todos los emperadores romanos, a aquél era a quien había de parecerse: humano, estudioso, modesto y dispuesto a compartir el poder. El bueno de Zach Petrovitch, desde luego, elegía con acierto a los decoradores.

—En cuanto a la firma —dijo Petrovitch como si acabase de acordarse—, ¿has preparado los testigos y todo lo que haga falta? ¿Está dispuesta la otra parte?

—Puede estar preparado mañana —ofrecí—. Vic Crichton está en la ciudad y me gustaría quitarme de encima todo ese asunto. Tiene que hacerse

mediante un poder. Supongo que recibirías mi mensaje.

—Está bien. Mañana me va muy bien. A cualquier hora por la tarde. Tenlo listo. ¿En tu despacho?

Estaba a punto de decirle lo cutre que era y de sugerir otro lugar, pero en vista de que Petrovitch estaba a punto de pagar una buena cantidad de dinero por aquellos locales, me pareció inapropiado.

—Estupendo —dije.

Cuando nos dimos la mano y nos despedimos Petrovitch terminó diciéndome:

—Sigo queriéndola, Mickey. Tú puedes comprenderlo, lo sé. Por eso estoy aguantando el golpe.

—Ya lo sé —le dije.

Goldie apareció y me acompañó hasta el garaje; le dijo al chófer que me llevase adónde yo quisiera.

—A ciudad de México —le dije—. ¿Conoce alguna casa de putas que esté bien?

Cuando me instalé en el asiento de atrás de la limusina, Goldie entró detrás de mí; dejó la puerta del coche abierta para hacer ver que iba a volver a salir.

—Es de verdad —me aseguró Goldie—. No importa lo que tú pienses, es cierto.

—¿De verdad, Goldie?

—No voy a quedarme sentado esperando a que ocurra. No es sólo cuestión de que me tenga en nómina; es el tipo al que cuido. Me cae simpático: se ganó una estrella de plata pilotando un helicóptero en Vietnam. Y también lo hago porque está en juego mi reputación. ¿Me comprendes?

—¿Sigues pensando que yo tomo parte en ello? —le pregunté esforzándome por no dar ninguna muestra de pánico—• ¿Crees que intento derribar a mi propio cliente?

Forcé una sonrisa. Alargó el brazo muy lentamente y me cogió el brazo con aquella mano de gorila.

Goldie tenía unos fríos ojos grises, y mirarlos no resultaba cómodo.

—No estoy seguro —respondió—. Pero voy a decirte una cosa, Mickey. Estoy en camino de averiguarlo, y cuando encuentre a esas personas me las cargaré.

—¿Cómo te cargaste a Pindero?

—Me parece que los dos conocemos al hijo de perra del que estoy hablando.

—¿Fuiste tú quién le dio mi nombre a la policía acerca de Pindero?

—Ya te lo he dicho antes, fue la señora Petrovitch quien lo hizo.

—Sí, se me había olvidado. Ya me lo habías dicho.

—Voy a cargarme a ese cabrón. Lo digo en serio, Mickey. Tú eres un amigo, pero eso me da igual.

Me soltó el brazo y salió del coche retrocediendo sin dejar de mirarme.

—Dime una cosa, Goldie. ¿Cuál es la institución benéfica a la que la señora Petrovitch parece estar tan dedicada? Me refiero a ésa en la que conoció al hermano Pindero, el cual resultó muerto tan trágicamente.

Hacerle a Goldie cualquier pregunta, incluso aquélla tan sencilla, hacía que frunciera el entrecejo con recelo, como si yo ya conociera la respuesta y estuviera intentando pincharle.

—La de Rainbow Stojil —me contestó—. El Refugio del Final del Arco Iris para Hombres sin Hogar. No me digas que no has oído hablar de ello.

—¿Que si he oído hablar? Hace poco le di un gran donativo.

Cerró la puerta del coche con más fuerza de la necesaria. ¿Stojil? ¿Ingrid? ¿Más de un cómplice? ¿Qué parte de la vida de Petrovitch formaba parte de la vida real? Ninguna, quizá. Ninguna de aquellas personas ricas era real, no eran más que pobre gente que actuaba.

—¿Adónde ha dicho, amigo?

—A mi oficina —le indiqué.

—Ése es un barrio de lo más cutre —me dijo el chófer.

—¿Y usted qué es, corredor de fincas?

Me hundí en el cuero del asiento y me puse a pensar en Zachary Petrovitch de pie en aquella sala llena de imágenes romanas. De semejante paranoico me habría esperado un mural de Julio César apuñalado de muerte en las gradas del edificio del Capitolio, pero me parece que ésa no fue una de las batallas decisivas de la Roma imperial. Fue sólo un crimen.

## CAPÍTULO 15

Estaban emitiendo el juicio del policía acusado de apalea a Rodney King por el canal de la Fox. La transmisión era en directo y estaba en pantalla todo el día. Hacía semanas que se estaba celebrando el juicio. Los informativos de la noche a menudo presentaban imágenes día a día del juicio, pero yo no miraba con regularidad los informativos. Quizá debería haberlo hecho, pero, como la mayoría de la gente de Los Ángeles, me figuraba que un juicio en el Simi Valley, en el condado de Ventura, no era algo por lo que mereciera la pena perderse los deportes. Y para los que son como yo ver la ley en acción se parecía demasiado a nuestro trabajo diario.

El veredicto se emitió a eso de las tres de la tarde. Yo había estado en el aeropuerto de Los Ángeles y me encontraba de camino desde el aeropuerto a mi oficina para acudir a la cita con el señor y la señora Petrovitch y con Crichton. Habíamos de leer y firmar el acuerdo y los demás documentos.

Hacía sol, y me tomé un buen almuerzo en el aeropuerto con un cliente satisfecho que estaba de paso. Cuando tengo reuniones allí me gusta utilizar el restaurante principal porque tienen servicio de aparcamiento y así puedo salir a la carretera con mayor rapidez. El tráfico del aeropuerto no era denso, y pasé por debajo de la 405 con una cinta de Mercer sonando en el equipo estéreo del coche y la sensación de que todo iba de primera. Y ése siempre resulta ser un estado mental peligroso.

La primera vez que me di cuenta de que ocurría algo raro fue cuando divisé un nutrido grupo de personas que miraban el escaparate de una tienda de electrodomésticos en el que docenas de televisores tenían sintonizada la transmisión en directo de la Fox. Tardé unos momentos en adivinar qué era lo que atraía a aquellas pequeñas multitudes.

Una vez que el veredicto se hubo emitido, la noticia corrió por la ciudad como una marea. La gente que no había mostrado interés por el juicio durante toda la semana, de pronto estaba inflamada, indignada o excitada.

La primera prueba que tuve de la histeria de la ciudad llegó una mañana o dos después, cuando media docena de muchachos negros —tipos grandotes

de unos dieciocho o diecinueve años— se acercaron corriendo a mi coche al detenerme en un semáforo en rojo. Eran cuatro; empezaron a golpear el cristal con los puños e intentaron abrir las puertas a la fuerza. Quizá me hubiera mantenido firme, pero un quinto individuo llegó agitando un bate de béisbol y lo blandió contra el parabrisas. Les solté unas imprecaciones y apreté con fuerza el pedal del acelerador de manera que el coche salió disparado hacia adelante y el bate de béisbol dio contra el metal en lugar de hacerlo contra el vidrio. El tráfico que venía por el cruce tuvo que hacer bruscas maniobras mientras yo serpenteaba entre los coches. Se oyeron gritos de enojo y disonancia de bocinas, pero llegué al otro lado y continué adelante.

Empecé a comprender que no me había topado con un gesto de hostilidad aislado de algún chiflado. Tuve ocasión de ver otros signos de agitación. La gente discutía y daba voces, y a una figura que había emprendido la huida — un joven blanco— se le perseguía por la calle delante de mí, así que tuve que frenar para no atropellarlo a él y a los que le perseguían. Seguí conduciendo y supuse que mientras no me detuviese estaría a salvo. Vi un coche de policía que venía en dirección opuesta a mí con la luz lanzando destellos y la sirena conectada. Fui cambiando de emisora en emisora de la radio pero no encontré ningún boletín de noticias. En el cruce siguiente aminoré la velocidad y cogí el lateral derecho. Recé una oración de agradecimiento a aquel tipo desconocido que había puesto en el código de circulación la posibilidad de girar a la derecha en una señal en rojo. Eso me permitía seguir conduciendo, y ahora había multitudes congregadas en todos los cruces para molestar y atacar a cualquier automovilista que se detuviera en un semáforo.

Era un barrio peligroso para atravesarlo en coche. Si el tráfico de la ciudad hubiera sido denso, quizá me habría tentado coger la ruta desde el aeropuerto de Los Ángeles hasta mi oficina por la autopista, pero eso supone un largo rodeo. El boletín radiofónico de mediodía prometía que el tráfico en todas partes era poco denso, así que yo había tomado la ruta más directa. Nadie me había dicho en confianza que la ciudad estaba a punto de desaparecer entre el humo y las llamas.

Al doblar la esquina y acercarme a mi oficina vi a un grupo de hombres con camisetas y tejanos que hacían pedazos el escaparate de una tintorería cuyos servicios yo había utilizado de vez en cuando. El propietario coreano y sus dos musculosos hijos salieron por la puerta empuñando escopetas y los hombres que aplastaban el escaparate salieron corriendo, mientras gritaban y se reían. A lo largo de toda la calle había otros escaparates rotos. Las aceras estaban salpicadas de charcos blancos de vidrios rotos, y al final de la

manzana había llamas que salían ondeando de la tiendecita de ultramarinos de la esquina.

Sonó el teléfono de mi coche. Pensé que sería la señorita Huth, que querría quejarse otra vez del deterioro social del vecindario, pero no era ella.

—¿Murphy?

—El mismo —dije.

Reconocí enseguida la voz de Goldie, así que adiviné lo que se avecinaba.

—El señor Petrovitch quiere hablar contigo —me comunicó Goldie.

Sin más preámbulos, Petrovitch comenzó a hablar:

—¿Dónde estás, Mickey?

—South Central, y está muy activo. ¿Y tú?

—Estoy en la autopista del Puerto y me dirijo al norte.

—Desde ahí tienes buena vista —dije.

—Hay incendios en todo el distrito South Central, a nuestra izquierda y a nuestra derecha. ¿Está bien tu oficina?

—Llegaré dentro de un par de minutos —le indiqué—. Pero me parece que no es un buen lugar para celebrar la reunión. Quédate en la autopista y sigue adelante; aquí las calles no están demasiado transitables.

—No consigo comunicarme con Ingrid, —me explicó—. La perdí en el restaurante. Se dirige en coche a tu oficina, pero no contesta al teléfono.

—Iré a la oficina y la esperaré. Es mejor que yo esté allí. Mi secretaria estará que se le saldrán los ojos, pues no se creará lo que está viendo; nunca ha tenido oportunidad de ver nuestra bonita ciudad en *fête*.

—Quizá Ingrid haya oído la noticia por la radio y se haya marchado directamente a casa.

—Vete a casa tú también —le indiqué—. Le pediré a Ingrid que te llame si llega a la oficina.

—Hazlo —dijo Petrovitch; y colgó. No era un hombre que se distinguiese por las despedidas prolongadas.

Vi una pandilla de aproximadamente una docena de hombres en un aparcamiento; se dedicaban a aplastar coches sistemáticamente, abrían los maleteros con palancas y los desvalijaban. Luego vi el primero de muchos saqueadores. Esquivando el tráfico llegaban individuos, primero de uno en uno, después verdaderos ríos de hombres, mujeres y niños, y hasta el último de ellos iba doblado bajo el peso de algún artículo u otro, desde baterías de coche hasta máquinas de coser. El saqueo había dado comienzo; la ciencia política dejaba paso a la economía doméstica. Al ver tantas posesiones relucientes acunadas en los amorosos brazos de sus nuevos propietarios, los

grupos que vagaban por las calles sintieron un irresistible deseo de desviarse de la violencia al robo.

A medida que me acercaba a mi oficina el cielo se iba oscureciendo a causa del humo, y también vi más violencia. Pasaban corriendo personas ensangrentadas. Había un hombre blanco sangrando en el suelo, y una mujer, que estaba de pie junto a él, sollozaba. De un coche volcado, cuyas puertas estaban abiertas de par en par, se habían derramado sobre la calzada papeles, sombreros, zapatos, un periódico, un paraguas y cristales rotos. Muchos conductores de Los Ángeles suelen llevar pistolas en la guantera; aquel día todo el mundo buscaba armas de fuego. Por encima del ruido del motor oí el crepitar continuo, a intervalos regulares, de los disparos. En todas partes había señales de que se habían atacado las tiendas y las personas que se encontraban en el lugar inoportuno en el momento inoportuno. Algunos de los locales comerciales tenían la palabra «NEGRO» garabateada o escrita con aerosol en puertas y ventanas, pero eso no les había salvado en todos los casos de que les aplastasen los escaparates o les arrojasen bombas incendiarias. Cuando llegué a la oficina y torcí para entrar en el garaje, vi que habían destrozado e incendiado la furgoneta que solía estar aparcada en la acera de enfrente y que vendía tacos y refrescos. Ahora no era más que un cascarón ennegrecido con la pintura llena de ampollas y los neumáticos humeantes. En el aire flotaba el olor a quemado y el crepitar de los disparos se hacía cada vez más frecuente.

Di un suspiro de alivio cuando bajé con el coche por la rampa y me metí en el garaje que había en el sótano del edificio donde tenía la oficina. Estaba muy oscuro. Los tubos fluorescentes se habían apagado, de manera que sólo había la luz que entraba por las ventanas, que daban a la acera. No había ni señal del conserje; la pequeña oficina de vidrio a la que él llamaba su hogar estaba cerrada. Bajé del coche, le di la vuelta y me puse a examinar la abolladura que el muchacho me había hecho con el bate de béisbol; era del tamaño de un puño, pero la pintura estaba intacta y con suerte no se desconcharía antes de que pudiera arreglarla.

No todos los inquilinos del edificio habían huido a sus casas. Todavía quedaba allí media docena de coches. Vi el viejo Buick de la señorita Huth, y al fondo del garaje reconocí un BMW blanco y supe que Budd había ido a visitarme.

En las escaleras alcancé a dos de mis vecinos. Karen, una corpulenta enfermera nicaragüense que trabajaba en el centro de asistencia a madres solteras, llevaba una escopeta bajo el brazo. Clive, el arquitecto, acariciaba una metralleta grande con la recámara curvada y la culata de madera.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Qué diablos haces con una AK-47?

—¿No tienes un arma? —me preguntó Karen sorprendida.

—Como ésa, no —le contesté.

—Será mejor que te quedes con nosotros —me aconsejó Clive. Lo miré. La pajarita de llamativo estampado y la barba pulcramente recortada no iban de acuerdo con aquella vieja metralleta de combate usada—. Vamos a la azotea para proteger el edificio.

—Espero visitas.

—No vendrán —me aseguró Clive. Miró por la ventana. La calle se había quedado en calma.

—No me pasará nada. Vosotros seguid —les dije—. Y tened cuidado. Vais a matar a alguien.

—Taca-taca-taca-taca-taca —traqueteó Clive.

Oh, Dios mío, todo el mundo lleva un Rambo dentro.

—¿Está cargado eso, Karen?

No podía creer que mis vecinos estuvieran armados hasta los dientes.

—Pues claro —repuso ella al tiempo que se echaba hacia atrás el largo cabello negro que le quedaba libre—. La guardo debajo de mi escritorio. Siempre tengo gente que me amenaza e intenta robarme la caja.

—¿En la oficina del centro de asistencia a madres solteras?

—Tú eres abogado —dijo. Estaba muy susceptible, como se pone la gente cuando está nerviosa o asustada—. Así que no finjas que no sabes lo que ocurre en este barrio.

—Vale. Bueno, tened cuidado los dos —les recomendé.

—Deberías tener un arma en la oficina —me aconsejó Clive—. No es justo que tus empleados no estén protegidos.

—Me ocuparé de ello.

—Taca-taca-taca-taca-taca.

Su voz resonó en el estrecho hueco de la escalera mientras Clive subía a la azotea blandiendo la metralleta. Le puso un brazo alrededor a Karen en actitud protectora, pero me figuré que la piel oscura de Karen la protegería a ella más en las calles que Clive y su AK-47.

Cuando abría la puerta de mi despacho me encontré frente a Budd, que me miraba con una expresión agresiva en el rostro. Llevaba en la mano la Browning de Danny y me apuntaba a la barriga. Cuando vio que era yo, dijo:

—Oh, perdona, Mickey. He visto llegar tu coche.

—¿Quieres que me vaya y vuelva a conducir?

Odio que me apunten con pistolas.

Budd había estado sentado en la habitación que antes era el despacho de Korea Charlie, unas veces mirando el televisor y otras mirando por la ventana, alternativamente, e intercambiando ideas con la señorita Huth. Ahora la ví a ella, de pie de puntillas para mirar por encima de la separación de vidrio esmerilado. Moví los dedos para hacerle un saludo.

—¿Qué haces aquí, Budd? —le pregunté mientras apartaba suavemente la pistola para que no me apuntase con ella.

No hizo caso de mi pregunta.

—¡Mierda! ¿Has visto lo que está pasando ahí fuera?

—¿Que si lo he visto? Acabo de pasar por el medio con el coche, amigo mío.

Me acerqué al teléfono y marqué el número de Danny. Al cabo de unos minutos de oír la señal de que comunicaba volví a colgar el auricular.

Budd me estaba mirando.

—Nunca he visto nada parecido —me dijo—. ¿Estabas tú aquí cuando los disturbios de Watts?

—Sólo tenía catorce años —le recordé en tono cáustico—. Y tú debías de tener doce.

No estaba de humor para otro de los vuelos de la fantasía de Budd.

Ahora que ya estaba completamente segura de que mi llegada no era la visita de una turba agitada de un amistoso vecindario, la señorita Huth emergió de su guarida para saludarme.

—Estábamos preocupados por usted, señor Murphy —me dijo.

—La señorita Huth me dijo que llegarías de un momento a otro —me explicó Budd—. Me dijo que tenías una cita a las...

Consultó el reloj.

—Siéntate —le pedí—. Me estás poniendo nervioso dando por ahí esas zancadas con la pistola en la mano. Guarda ese maldito cacharro. —Y, refiriéndome a la señorita Huth, añadí—: ¿Funciona la cafetera? ¿Ha tenido usted noticias del señor Kim, de Vic Crichton o de algún otro?

—Le prepararé café recién hecho, señor Murphy. Estoy muy contenta de que se encuentre a salvo. El señor Kim se encuentra en la pensión Rainbow.

—¿Cómo lo sabe?

—Acaba de telefonar desde allí —repuso la señorita Huth—, y yo tuve que volver a llamarle allí para decirle la fecha de nacimiento del señor Crichton.

—¿Sabe si ha cogido dinero de la caja fuerte?

—Sí —dijo la señorita Huth—. Veinte mil dólares en efectivo. Tuve que ir a buscarlo al banco. Estoy preocupada por él, con tanto alboroto como hay por la calle.

El televisor que había en un rincón no paraba de parlotear. Agradecía haber conservado aquel antiguo aparato, aunque yo rara vez lo miraba, excepto cuando emitían un partido de fútbol verdaderamente importante.

Ahora la mayoría de los canales de televisión habían suspendido la programación normal. Las salas de redacción de noticias estaban permanentemente en el aire dando informes minuto a minuto procedentes de los equipos de cámaras móviles que utilizaban furgonetas con antenas portátiles. Resultaba terrible contemplar aquellas escenas sabiendo que aquello estaba ocurriendo en la calle, a la puerta de la casa de uno. La mayoría de aquellas transmisiones desde el frente de batalla eran temblorosas y tambaleantes. A veces la imagen se iba por completo y los presentadores en el estudio tenían que poner publicidad durante la avería o buscar imágenes anteriores para transmitir. En las emisoras de televisión todos los teléfonos estaban ocupados mientras los reporteros escuchaban —y grababan— informes de incendios y violencia por toda la ciudad. Otros miembros de la plantilla utilizaban los teléfonos para localizar a políticos, sociólogos, escritores y académicos: bustos parlantes llenos de sabiduría instantánea, siempre a punto para darle a una cámara de televisión sus opiniones sobre el mundo.

Los helicópteros normalmente encargados de vigilar la situación del tráfico en las autopistas proporcionaban imágenes en vivo del centro de Los Ángeles, imágenes en las que se veían columnas de humo que ascendían verticalmente en el aire. Yo estaba mirando por la ventana cuando entró la señorita Huth con una taza de café. Justo entonces un helicóptero se acercó rugiendo a la altura de los tejados, con las palas del rotor golpeando pesadamente contra el aire en calma. Describió un par de círculos y luego hubo un estallido de humo y una bola rodante de fuego apareció a sólo una manzana de distancia. El helicóptero se acercó para filmar las imágenes.

—Es una tienda de pintura —dijo Budd, que de tanto mirar la televisión se había convertido en un experto—. Hasta ahora la mayoría de los alborotadores han estado aporreando las tiendas de licores y haciéndose puré unos a otros. Pero si empiezan a incendiar las tiendas de pinturas y los almacenes de madera, van a convertir la ciudad en una bola de fuego.

—Si se meten con las gasolineras las explosiones echarán abajo manzanas enteras de edificios —comentó la siempre optimista señorita Huth—. Ya hay

muchos muertos.

—Calma —recomendé.

Estaba mirando por la ventana. Avanzando por la acera de enfrente se veía a unos muchachos que merodeaban en la esquina. Cuatro de ellos se tambaleaban bajo el peso de un frigorífico industrial con el frente de vidrio lleno de cerveza.

-Estos negros están incendiando sus propios barrios —comentó Budd—. ¿Están locos?

—No son negros —dije—. Por lo menos, no todos ellos. Mira la calle. Mira la televisión. Date una vuelta en coche alrededor de la manzana. Por lo menos la mitad de los agitadores tienen la piel clara: son latinos, y blancos también. No son disturbios raciales, sólo son disturbios.

—¿Podría extenderse esto por todo el Estado? —preguntó la señorita Huth.

—No, si tenemos en cuenta la forma en que estos tipos se emborrachan y saquean —le respondí—. Mañana por la mañana los que no estén herniados tendrán demasiada resaca para dedicarse a organizar disturbios.

—Eso espero —dijo ella.

Budd volvía a estar pegado al televisor, con una mezcla de miedo y orgullo.

—¡Hollywood! ¿En qué otro lugar del mundo podríamos encontrar media docena de cámaras aéreas filmando matanzas e incendios provocados a sólo unos cuantos metros del lugar donde están ocurriendo los hechos? Esto es terrible.

—Miren lo que está pasando ahí enfrente, en la calle —nos llamó la atención la señorita Huth.

En la acera opuesta y en el aparcamiento se había congregado una multitud. La mayoría de aquella gente llevaba una botella en la mano y bebían con aire alegre. La multitud miraba a unos hombres ataviados con gorras de béisbol, pantalón corto y camisetas que aporreaban la puerta de unos almacenes. Aquellos activos saqueadores no eran muchachos, parecían hombres de treinta y tantos años, y no daban la impresión de ser particularmente pobres. Ya habían hecho añicos las puertas de vidrio y ahora estaban usando gatos de automóvil para abrir la reja. Se oyó un fuerte golpe y uno de aquellos hombres perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse de bruces cuando la entrada se abrió. La multitud comenzó a lanzar vítores, empezaron a reírse desenfadadamente y se estuvieron dando unos a otros golpes en la espalda. Luego, educadamente, sin empujones, uno a uno

entraron por el hueco hecho en la reja y en las puertas. Llegaron más saqueadores, que se abrían camino entre los pedazos de vidrio y desaparecían en el interior de la tienda, muy oscura.

Debía de haber dentro una docena o más cuando un coche de policía se subió a la acera rebotando por encima del bordillo y se detuvo ante las puertas rotas. Del vehículo salió un policía. Durante un instante los saqueadores quedaron paralizados, como una película que se detiene en mitad de la acción. Una mujer hispana de mediana edad que llevaba un pañuelo alrededor de la cabeza salía en aquel momento con un televisor pequeño en los brazos. Lo dejó en el suelo y se quedó de pie al lado, en actitud posesiva. El segundo policía bajó del coche, y policías y multitud se miraron.

—¿Qué van a hacer? —preguntó Budd.

—¿Qué pueden hacer?

—Nada —reconoció Budd.

Evidentemente los policías llegaron a la misma conclusión, porque volvieron a meterse en el coche y éste comenzó a avanzar poco a poco y luego corrió por la acera y bajó de nuevo a la calzada. Cuando el coche dobló la esquina los saqueadores volvieron a cobrar vida de pronto; una película que se había vuelto a poner en marcha.

—¿Para eso pagamos a la policía? —comentó la señorita Huth. La miré. Siempre la había tenido por una inmigrante ilegal, pero quizá estuviera equivocado.

—A los policías siempre se les está diciendo que no provoquen a las multitudes étnicas —le expliqué—. Probablemente tendrán órdenes directas de no dejarse emocionar.

—¿No dejarse emocionar? —repitió—. ¿Qué es eso de no dejarse emocionar?

—Que no se metan —le explicó Budd por encima del hombro.

La señorita Huth se encogió de hombro. No entendía nada.

—¿Quiere que intente llamar al 911? —preguntó.

—No —dijo Budd—. Tienen radio en el coche de policía. No están en dificultades. No queremos policías aquí. —Miró el reloj—. ¿Dónde están las visitas que esperabas?

Antes de que yo pudiera responder, la señorita Huth dijo:

—Algo ocurre en el almacén.

Nos acercamos a la ventana, pero sólo pudimos ver el plano tejado gris del almacén Graham's, el lugar donde habíamos comprado todos los apliques

y los muebles después de que nuestra oficina fue asaltada por unos vándalos en Navidad.

Distinguí una neblina ligeramente azulada y fuera de lo normal que se elevaba desde el edificio.

—Están dentro de Graham's —dijo la señorita Huth.

—¿Qué buscan allí? —preguntó Budd.

—Quizá busquen dinero en efectivo en la oficina —repuse.

—Sale calor de la azotea —dijo la señorita Huth—. Pueden verlo ustedes mismos.

La neblina, cada vez más densa, hacía que el edificio se tambalease suavemente.

—¡Mierda!

No hubo aviso previo. Las tuberías y conductos de Graham's y la planta del aire acondicionado, que afean tanto los planos tejados de Los Ángeles, se ondularon de pronto, se rompieron y luego todo el tejado voló por los aires con una poderosa explosión que resonó en nuestros oídos e hizo que las puertas y las ventanas de nuestro edificio se tambaleasen.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó la señorita Huth—. ¿Qué se ha prendido fuego?

—¿Había gente dentro?

—Creo que sí —reconocí.

Toda la escena estaba ahora envuelta en humo.

—¿Llamamos a los bomberos? —preguntó la señorita Huth.

—No creo que podamos decirles nada que no sepan ya. Deben de estar recibiendo llamadas de todas partes de la ciudad.

La señorita Huth se retorció las manos.

—Esa mujer, Karen, vino aquí. Tenía una escopeta. Y también el arquitecto.

—Ya lo sé.

—¡El arquitecto! Tenía una metralleta. —La ira se iba generando en el interior de la señorita Huth, cuya voz se hizo más estridente—. No está bien, un arquitecto.

Sin dejar de mirar al televisor, Budd de pronto sacó un retazo de la nueva sabiduría que había adquirido.

—Esos incendios, allí, donde el aceitoso humo negro se está volviendo gris; eso es señal de que tienen mangueras dirigidas al fuego.

—No falta mucho para que oscurezca —comentó la señorita Huth—. ¿Esperamos a que se haga de noche para marcharnos? ¿O sería más prudente

conducir de día?

Me quedé pensando en ello. A lo lejos podía ver que el tráfico se movía en la autopista. Se movía veloz mientras cientos de conductores buscaban las salidas de la ciudad.

—Cuando esté oscuro tendremos más oportunidades —dijo la señorita Huth, que ya se había decidido. Nunca antes la había visto nerviosa; nunca la había visto otra cosa más que feroz.

—No estoy seguro de ello, señorita Huth —le dije—. Quizá sea mejor si ve usted por dónde va. Por la noche las calles estarán sembradas de toda clase de chatarra que podría llegar a detener a un coche del todo.

Budd no dejaba de asomarse a mirar el televisor, y cada vez que lo hacía volvía más nervioso.

—¿Habéis visto qué retazo de película han tomado desde el helicóptero? Estaban sacando a tipos de sus coches y matándolos a palos.

—Seguro que se está extendiendo por todo el Estado —dijo la señorita Huth—. Dicen por televisión que están recibiendo llamadas acerca de disturbios en algunos lugares de Ventura y de incendios en Huntington Beach.

—Pues apague ese maldito televisor. —Me acerqué a la ventana y volví a mirar a la calle—. Permaneced tranquilos.

Yo no había calculado que la cosa fuera a ponerse peor. Creía que sólo eran disturbios locales que la policía sofocaría en una o dos horas. Pero ahora toda la ciudad parecía inmersa en ellos. Cada vez había más columnas de humo que se elevaban en el cielo azul. Y algunas, no muchas, se estaban volviendo de color gris.

—¡Qué permanezcamos tranquilos! ¿Está usted loco? —dijo la señorita Huth—. ¿Quiere saber lo que el señor Byron y yo acabamos de ver en la televisión?

—No, no quiero saberlo. De nada servirá excitarse demasiado —le contesté.

—Tampoco servirá de nada quedarse sentado y negarse a afrontar los hechos —intervino Budd.

Me quedé de pie junto a la ventana, pero me di la vuelta para mirarlo.

—Yo conozco los hechos —le dije—. Por lo menos, puedo imaginármelos.

—Pues cuéntamelos —me pidió.

Esperé a que la señorita Huth volviera a su despacho.

—Estás esperando a Zach Petrovitch, ¿verdad?

—Voy a llevarme a Ingrid conmigo —me comunicó Budd—. Nos iremos a un lugar donde nadie pueda encontrarlos.

Lo había pensado mucho, supongo. Lo sentí por él. Nadie sabía mejor que yo lo que era estar enamorado de Ingrid.

—Conspirar para cometer asesinato es un delito capital. En este Estado lleva consigo la pena de muerte.

Sonó el teléfono. Era Vic Crichton.

—He alquilado un helicóptero. ¿Cómo están las cosas por ahí? —me preguntó.

—Poco saludables —le dije—, pero de momento están tranquilas. ¿Quieres que lo dejemos para la semana que viene?

—No —repuso Vic—. Voy hacia tu oficina. Es mejor que se firme todo hoy. ¿Está ya ahí la señora Petrovitch?

—Todavía no ha llegado.

—Aterrizaré en ese solar vacío que hay enfrente de tu edificio. ¿Está despejado?

—Está vacío.

—Trae los documentos cuando aterrice. Mi piloto se está poniendo muy nervioso por la letra pequeña de su póliza de seguros.

—Lo que tú digas —contesté; y colgué.

—¿Era su hijo? —preguntó la señorita Huth.

—No. ¿Adónde ha ido Budd Byron?

—No lo sé. Todo el mundo actúa de una manera muy rara hoy.

—Y que lo diga.

Metí las cuatro copias del acuerdo, los poderes y otros documentos en las impresionantes carpetas de piel que solemos utilizar para hacer que los clientes se sientan importantes. Afuera, en la calle, todo estaba tranquilo. Al parecer la actividad se había trasladado a la manzana de al lado, donde se estaba produciendo el saqueo más grave.

La señora Petrovitch llegó puntual. La vi al volante de un Honda cuando giró para meterse en la rampa y desapareció en el interior del garaje.

—Quédese aquí y cuide de todo —le dije a la señorita Huth.

Cogí las plumas Parker chapadas en plata que siempre utilizamos para las firmas, me puse las carpetas de piel debajo del brazo y bajé a recibir a Ingrid. Ésta llevaba puesta una trinchera con cinturón y estaba muy guapa, aunque algo deprimida.

—Los demás vienen en helicóptero —le comuniqué—. Lo haremos todo lo más rápidamente posible.

—Bien —repuso.

—Tu marido quiere que lo llames —le indiqué—. Está preocupado por ti. Me miró y asintió con la cabeza.

En cuanto asomé la nariz a la calle oí el helicóptero que había alquilado Crichton volando en círculo alrededor del edificio mientras el piloto echaba un vistazo al solar vacío. La explosión había destruido Graham's por completo. Lo único que quedaba del edificio era el esqueleto humeante. Y ello parecía haber alejado también a los mirones, porque todo el aparcamiento se encontraba vacío. Cualquiera otro día el aterrizaje habría causado sensación, pero hoy el cielo estaba lleno de helicópteros, mirases donde mirases.

Cuando consiguieron aterrizar en medio de una nube de polvo, cogí del brazo a Ingrid y me apresuré a cruzar la calle.

Vic Crichton estaba preparado y nos esperaba. Salió, y después de intercambiar unos saludos apresurados, colocó en el asiento, dentro del helicóptero, la carpeta de piel que yo le había entregado y se inclinó para firmar los documentos.

—Firma donde he puesto marcas a lápiz —le indiqué mientras le entregaba a Ingrid la otra carpeta—. Ya ha sido atestiguado.

—Sólo tardaremos un par de minutos en firmar y tener en regla los cuatro documentos, las cartas y las enmiendas.

—¿Por qué no se viene conmigo en el helicóptero, señora Petrovitch? —le ofreció Crichton con aquella caprichosa voz británica suya. Él volvió a entrar, pero mantuvo la puerta abierta.

—¿Puedo dejar aquí el coche, Mickey? Vendré a buscarlo mañana.

Me volví a mirar hacia mi edificio. Pude ver a Clive y a Karen en la azotea; blandían las armas en el aire y observaban todas nuestras actividades.

—Necesito mis dos copias del acuerdo —les dije—. Vosotros os quedáis con los poderes. Ahora os habéis deshecho de vuestras propiedades y ninguno de los dos posee participación alguna en ninguna de las compañías que se nombran en el proyecto. ¿El helicóptero? Claro, Ingrid. Tal como están hoy las cosas eso me parece lo más sensato.

Budd vino corriendo por el aparcamiento, sin duda con la esperanza de encontrar a Petrovitch ante los controles del helicóptero. Cuando vio a Vic Crichton sentado junto al piloto se detuvo bruscamente.

—¿Qué sucede?

—Déjalo para otra ocasión, Budd —le recomendé.

Se volvió hacia Ingrid, que se ató el cinturón de la trinchera con un gesto agitado que un siquiatra habría calificado como de renuncia.

—Todo ha terminado, Budd —le dijo apresuradamente—. Tú y yo hemos terminado. Amo a mi marido. Zach y yo nos hemos reconciliado. Nunca habría salido bien.

El rostro de Budd expresó asombro. Me miró, miró a Vic y luego otra vez a Ingrid.

—¿Te están obligando a decir eso? ¿Te están amenazando?

Ingrid me dirigió la más breve de las miradas; se humedeció los labios y añadió:

—No, Budd. Esta decisión la he tomado yo sola. He estado enferma, pero ahora voy a ponerme bien.

—No me lo puedo creer —dijo Budd—. ¿Quieres decir que no vamos a marcharnos juntos? Me lo prometiste.

Ingrid volvió a mirarme y se mordió el labio antes de decirle a Budd:

—Será mejor que sepas que he firmado una querrela jurada ante un magistrado.

—¿Qué has hecho qué? —preguntó Budd, que movió la cabeza violentamente—. Pero ¿qué se supone que he hecho?

Sus movimientos eran torpes y horribles de ver. No había en ellos nada de esa objetiva habilidad que utilizan los actores para dar pena. Budd chapoteaba, lisiado, sin coordinación e incontrolado.

—No te acusarán a menos que intentes acercarte de nuevo —le dijo Ingrid con calma.

—¿Q-qué? —nunca antes había oído tartamudear a Budd—. Pero ¿por qué?

—Por intentar convencerme a mí para que te ayudase —le informó Ingrid.

—¿Ayudarte a qué?

—A matar a mi marido.

Miré a Vic Crichtort. Estaba agazapado en el asiento delantero y se apretaba los auriculares contra las orejas como si estuviera completamente ajeno a lo que ocurría detrás de él.

Budd tenía aún la pistola en el bolsillo y pensé que la cogería, pero con la ansiedad parecía que se había olvidado de ella. Avanzó hacia Ingrid y, sin tocarla, le dijo en voz baja:

—¿Cómo puedes hacerme esto, Ingrid?

—Es mi matrimonio —repuso ella—. He tenido que hacer todo lo que estaba en mis manos para salvarlo.

Se dio la vuelta y trepó hasta el asiento trasero del helicóptero. Luego se abrochó el cinturón de seguridad como si lo hubiera hecho muchas veces con

anterioridad. Supongo que los paseos en helicóptero no son ninguna novedad para las damas ricas como Ingrid.

—No puedo soportar la peste que hace aquí —dijo Budd mirando hacia ella y con el rostro desfigurado por la rabia—. ¡Es el olor de la traición! —le gritó por encima del ruido del motor—. ¡Eres una puta podrida!

Ingrid lo miró a los ojos sin parpadear.

—El que es actor una vez lo es siempre —dijo; cerró la puerta y puso el seguro.

Nunca la perdonaré por aquella puñalada definitiva. Como una niña rica incapaz de aprender el valor del dinero, Ingrid se había convertido en una manirrota con el amor. Su provisión era infinita. Nunca había tenido que anhelarlo y cuidarlo como hacíamos los demás. Toda su vida le había llovido amor por todas partes. Siempre había estado rodeada de hombres capaces de morir por ella. Budd no era más que el siguiente en la fila.

—Vámonos —le dijo Vic al piloto—. ¡Adiós, viejo! —saludó educadamente a Budd por una ventana abierta—. Hasta la semana que viene, Mickey.

El piloto aceleró las aspas hasta que se pusieron a chillar, y la reluciente máquina comenzó a elevarse en el aire.

—No hagas promesas —le dije. La chispa de una sonrisa cruzó por el rostro de Ingrid, pero no me estaba mirando a mí.

—Volvamos a la oficina, Budd —le indiqué. Tendí la mano para tocarlo—. Te lo contaré todo.

—¡No, no, no!

Lo dijo a gritos, con los ojos muy abiertos y el cabello flotando alocadamente al viento que levantaban las aspas.

Cuando el helicóptero se encontraba justo en esa inclinación hacia adelante que adoptan cuando cabalgan en un cojín de aire, Budd echó a correr tras él por el aparcamiento vacío y lleno de baches. Sacó la pistola del bolsillo y disparó con tanta rapidez cómo podía apretar el gatillo. Por aquel suelo desigual no podía seguir la velocidad del helicóptero, y éste le sacó ventaja. A aquella distancia, y a la carrera, habría tenido que ser Annie Oakley para acertarle a algo. El helicóptero se elevó majestuosamente en el aire. No había muestras de que el piloto ni los pasajeros fueran conscientes de que les estaban disparando. Vi que Vic volvía tranquilamente la cabeza, como si le estuviera preguntando a Ingrid si iba cómoda en el asiento de atrás.

Miré a Budd mientras se alejaba calle abajo, todavía agitando la pistola. Le llamé, pero no pareció que me oyera. Cuando comprendí que no volvería

al lugar donde yo me encontraba, regresé a la oficina y volví a marcar el número de Danny. Seguía comunicando. Empecé a preguntarme qué clase de señal emitiría el teléfono si el edificio de Danny estuviera en llamas.

La señorita Huth me oyó intentando utilizar el teléfono y entró a preguntarme a quién quería llamar.

—Llame continuamente a mi hijo, ¿quiere, señorita Huth? Me gustaría saber si se encuentra a salvo.

Miré por la ventana. De pronto se había formado una oleada de tráfico. Algunos coches, obviamente robados, pasaban llenos hasta los topes de borrachos que iban voceando y cantando. Una vez pasó un coche de la policía a gran velocidad. Recibió unas cuantas pedradas mal dirigidas, y una botella chocó contra el techo del coche y rebotó para ir a aplastarse en la calle. Pero la mayor parte de la atención de aquellos tipos que quebrantaban la ley estaba puesta en el saqueo, y las calles estaban llenas de gente que acarreaban el botín hasta sus casas y volvía a buscar más. Lo que estaban desvalijando eran fundamentalmente tiendas más que hogares. La gente no quiere artículos usados cuando puede conseguirlos en sus embalajes de origen con su garantía y todo. Lo que estaba más solicitado eran los televisores, junto con vídeos y los equipos estéreos. Cámaras de vídeo, ordenadores y fax también resultaban tentadores por su tamaño, peso y forma. Cualquier cosa equipada con ruedas resultaba vulnerable a las codiciosas ambiciones de uno u otro. Un largo sofá de piel, un enorme congelador y una gran máquina fotocopidora habían pasado por allí manejadas gracias a las pequeñas ruedas que llevaban acopladas.

Resultaba tentador pegarse al televisor. Mirar el tubo lo convertía todo en un espectáculo y hacía que el entorno inmediato pareciera un poco menos peligroso, a pesar de que nuevos incendios estaban brotando en muchos puntos de la ciudad, pues desde coches en marcha se lanzaban bombas incendiarias al interior de tiendas y hoteles.

La señorita Huth me dijo:

—El teléfono de su hijo no deja de comunicar. Y ahora ya me voy a mi casa.

—¿Cree usted que estará bien allí?

—Claro que estaré bien.

Puso la funda a la máquina de escribir, le colocó la tapa a la lata de galletas, cerró la caja del dinero para gastos menores y se marchó como si no pasara nada anormal. Pero por el modo como efectuó su salida me dio la impresión de que me hacía responsable de los disturbios.

Había incendios y muchísimos coches destrozados, algunos de ellos robados y destrozados adrede por conductores borrachos. Los hospitales habían comenzado a proporcionar ya las cifras de los heridos y muertos a causa de los agitadores, pero yo fui en el coche a casa de Danny sin observar nada que pusiera en peligro mi vida. Desde luego, estaba muy preocupado al pensar que podía haberle ocurrido algo a Danny, pero cuando llegué a su apartamento encontré ya allí a Betty. Estaba sentada en el sofá hablando con él.

—¡Mickey, cariño! ¡Qué maravilloso! —Tenía un aspecto magnífico; el efecto combinado de haber perdido unos siete quilos y de haber llevado a cabo un irrefrenado saqueo por las *boutique* de diseño de Rodeo Drive—. Estaba preocupada por él —me explicó mientras le acariciaba la cabeza a Danny. Éste solía vociferar y protestar cuando Betty hacía esas cosas, pero aquel día sonreía—. Supongo que tú también estabas intranquilo.

—No, pasaba por aquí casualmente —dije.

—Robyna volverá dentro de un minuto —comentó Danny.

Se puso en pie y miró por la ventana para ver si la muchacha venía.

Betty me miró. Me encogí de hombros.

—No he venido a ver a Robyna —dije.

—Está empeorando la cosa —apuntó Danny mientras miraba por unos binoculares que había obtenido a cambio de los caros zapatos deportivos que su tío Sean le había enviado. ¿Era a la universidad o a una venta en un garaje adónde iba cada día?

Llegó Robyna toda despeinada, resoplando, resollando y con una bolsa de comestibles en los brazos.

—¿Todavía estás aquí? Qué bien —dijo.

Sin siquiera dar muestras de percatarse de mi presencia fue a darle un beso a Betty en la mejilla. Me daba cuenta de que Robyna se llevaba de primera con Betty. Robyna entró en la cocina, preparó unguís tazas y platitos y se puso a hacer té.

—Para mí nada —le grité desde la otra habitación—. Yo sólo estoy de paso.

—Ahí fuera están empeorando las cosas —repitió Danny—. El apartamento de al lado está desocupado. Tenemos la llave. Podríais quedaros ahí. Por dentro es muy agradable.

—¿Quedamos ahí al lado? —pregunté—. Gracias, pero yo tengo una casa como es debido adónde ir.

—A mí me encantaría quedarme, Danny —le dijo Betty—. Estoy muy nerviosa con todos esos incendios y tiroteos.

—Yo te cuidaré, mamá —dijo Danny; se acercó a ella y le puso un brazo alrededor.

—De acuerdo —dije yo—, me quedaré a tomar un poco de té siempre que no tenga que beberlo con leche.

—Creía que a los irlandeses os encantaba el té —gritó Robyna desde la cocina.

—No —le contesté—. Lo estás confundiendo con la col hervida. Es a los británicos a quienes les gusta el té.

Robyna entró con una enorme bandeja de madera. Encima había una tetera marrón y un pastel decorado con pacanas y alcorza. Danny estaba esperando con un cuchillo para cortar el pastel. Robyna levantó una de las tazas y dijo:

—Son un regalo para la casa de Betty. ¿Verdad que son monas?

Las tazas y platitos eran muy lujosos: unos chinos gordos de color azul sobre un puente desvencijado. ¡Un regalo para la casa! Espero que aquello no fuera una señal de que Robyna estuviera empezando a construir un nido.

—Es como una celebración —comentó Betty mientras Danny cortaba porciones de pastel y las repartía en platos con el mismo estampadito de chinos azules; los tenedores estaban bañados en plata.

—El pastel es sólo una tarta congelada —dijo Robyna—. Ya no quedaban de los buenos.

Yo estaba a punto de morder mi ración de pastel cuando me di cuenta de lo que quería decir.

—Espera un minuto, Robyna —dije al tiempo que tragaba con dificultad—. ¿Acabas de salir a robar este pastel que nos estamos comiendo?

—No hay otra manera de ir a la compra, señor Murphy —repuso ella con calma—. Las tiendas están cerradas a causa de los disturbios.

—Las tiendas están cerradas a causa de los disturbios —repetí—. ¿Y por eso sales a saquear los condenados comercios?

—No te metas con ella, querido —me recriminó Betty en ese tono soñador que adopta cuando no escucha lo que digo—. La tarta está buenísima, Robyna. Ha sido muy considerado por tu parte preparamos algo.

—Es como un té inglés —dijo Robyna—. Iba a hacer sándwiches de pepino también. Una de las chicas que va a clase de química conmigo es inglesa. Se especializa en nutrición.

—¡Especialista en nutrición!

—Cómete el pastel —dijo Betty—, y agradece que tu hijo viva con una chica tan sensata.

Oh, estaban compinchadas. Pobre Danny.

—¿Qué te parece la nueva profesión de mamá? —me preguntó Danny al tiempo que cogía otro pedazo de pastel—. Muy elegante, ¿verdad? Dicen que empaqueta producciones: estrellas, guionistas, directores, todo el tinglado.

—¿Debo entender que hay una carrera en el campo de La filosofía que cruje por los cimientos?

—Bueno, siempre me ha interesado la dirección de cine —reconoció Danny.

—Claro que sí —dije yo—. Sentir interés por dirigir películas es lo más parecido a estar sin empleo sin tener el estigma de estar parado.

—Ya le encontraré un trabajo —dijo Betty dándole una cariñosa palmadita en el brazo—. Con la condición de que primero acabe la carrera; si es así le encontraré alguna cosa.

Danny sonrió con presunción. Decirle esas cosas no iba a motivarle.

—Podría encargarse del almuerzo de los técnicos.

—¿Por qué no te quedas tú también a pasar la noche, papá? —me pidió Danny; quería ver si podía camelarme—. Podrías guardar el coche en mi garaje.

De modo que se había fijado en el modo en que yo iba a la ventana regularmente para asegurarme de que aquellos cabrones no habían arremetido contra mi coche.

—Es posible —contesté.

Había novedades en el eje de Robyna y Danny que no me gustaban. No quería que Betty estuviera allí lavándole a él el cerebro o confabulándose con Robyna sin que yo fuera capaz de dar mi opinión. La nueva profesión de Betty en el cine parecía haberle revuelto la cabeza al muchacho.

## CAPÍTULO 16

Como la mayoría de los habitantes de la ciudad, pasé muchas de aquellas primeras horas de los disturbios comparando la cobertura televisiva con cautelosas miradas por la ventana, hasta que al final apenas podía distinguir entre aquellas dos láminas de vidrio distorsionantes. Los moradores de las salas de redacción acogieron una riada de profesionales igualmente interminable. Reporteros y equipos de cámaras llegaban con los ojos muy abiertos y gozosamente sobrecargados de noticias que estaban allí, a su alcance, en cada esquina. Y por la noche mis recuerdos se fundían con los de ellos, e indiscriminadamente me apropiaba de sus historias y me las llevaba para contarlas como mías.

—Sepárate de la televisión, Danny. Robyna me ha ayudado y he preparado fiambre de carne de buey picada como a ti te gusta.

El cielo azul oscurecido por el humo cambió y se convirtió en noche. Cuando el cielo hubo desaparecido, la ciudad quedó entrecruzada por las líneas de puntos color naranja de las farolas de sodio, que se convertían en borrones cuando las cámaras se ladeaban y traqueteaban para captar un nuevo ángulo. Una cámara sigue al gentío: ¡bang!, uno casi siente el puño que la golpea. Carrera calle abajo, cámara que corre, gente que chillaba. ¿Es televisión, es la realidad o no es ninguna de las dos cosas?

—¡Dios mío, hay alguien en el tejado!

—No pasa nada, papá. No es más que mi vecino.

—¡Tiene una pistola, Danny!

—Todos mis vecinos tienen pistola. Estamos haciendo rondas de dos horas por turno. Dije que yo lo relevaría a medianoche.

—No te metas en eso, Danny.

—Puede que intenten incendiar los garajes —me explicó Danny, suponiendo que mi preocupación por el Caddie me ayudaría a verlo del mismo modo que él—. Eso es lo que hicieron ahí enfrente. La gente los utiliza como almacenes.

—Subiré contigo —le dije.

Aquellas horas nocturnas en la azotea con Danny nunca se me borrarán de la memoria. La panorámica de la ciudad en llamas daba pavor. A veces, durante una hora o así, parecía que la ciudad de Los Ángeles fuera a quedarse dormida, pero luego el súbito fulgor de llamas amarillas y rojas perforaba agujeros en la noche mostrando el punto donde habían incendiado y hecho volar por los aires otro edificio. Qué panorama; la ciudad estaba centelleante como el país de las hadas, y grandes sectores de South Central se encontraban totalmente a oscuras ya que los cortes de fluido eléctrico cercenaban las conexiones de energía.

Hacía frío en la azotea, pero era una oportunidad para hablar con Danny como no habíamos hablado en mucho tiempo. Era un buen chico. Estuvimos hablando de fútbol y de automóviles. Hablamos de política y de la asignación que yo le pasaba cada mes. Hablamos de todo menos de los disturbios y de las notas de Danny; él se encargó de ello.

—¿Has visto dónde ha encontrado la policía un Packard Darrin? Parece el que tú estabas buscando.

—¿Cómo lo sabes?

—Venía en el periódico. El dueño fue asesinado en una casa en Topanga. Iba a enviarte el recorte, pero me imaginé que lo habrías visto. ¿No lo has leído?

—No tengo tiempo de leer los periódicos.

—¿Qué hacen con esas cosas? ¿Venderán el coche en subasta?

—No lo sé.

—Creí que a lo mejor querías comprarlo.

—Antes sí quería hacerlo. Pero he perdido interés. Me gusta el *Caddie* que tengo.

Cuando llevábamos una hora y media en la azotea estaba muerto de frío. Dos vecinos de Danny vinieron a relevarnos y nos trajeron un poco de sopa caliente.

El apartamento que estaba al lado del de Danny resultó ser sorprendentemente cómodo. Supongo que las personas que residían allí —una pareja iraní más un cuñado que regentaba un salón de manicura y belleza en Beverly Hills— se ganaban bien la vida, pero eran lo bastante listos como para ocultar cualquier signo que lo pusiera de manifiesto hasta que uno se encontraba en el interior. Y entonces... ¡pow! Había bebidas, cigarrillos, paredes forradas de seda y alfombras mullidas en todos los rincones, y no importa en qué parte del apartamento te encontrases, porque siempre había un cenicero al alcance de la mano. ¡Menudos fumadores eran! Se olía por todas

partes. Y había ceniceros de todas las clases que uno pueda imaginar: de latón y de cerámica, de Mickey Mouse, unos que eran casas de campo con el techo de paja y otros que emitían una melodía. Debían de ser unos excéntricos del tabaco. Se habían ido todos de vacaciones a Las Vegas y le habían dejado a Danny la llave para que les cuidase el apartamento. Los iraníes habían llamado a Danny a medianoche. Habían visto por televisión las imágenes de los disturbios en Los Ángeles en la habitación que ocupaban en un hotel de Las Vegas y estaban preocupados.

Cuando bajé del tejado tiritando, asustado, eructando y con el sabor de la sopa de tomate, Betty ya se encontraba en la cama; estaba dormida en el gran dormitorio principal, que tenía una mullida alfombra y un enorme y grueso edredón. Debí de hacer algún ruido, porque se despertó cuando entré en la habitación.

—Hola, Mickey —me saludó—. ¿Está bien Danny? Pobre pequeño.

—Ya es un adulto —le recordé—. No podemos estar llamándole pequeño siempre. Tienes que dejarle volar, cariño.

Se sentó en la cama. Llevaba puesta una de las camisas a rayas de Danny a modo de camisón. Le quedaba muy bien.

—Ya no hablamos nunca —me dijo.

—Últimamente estás guapísima, Betty.

—Ojalá pudiera decir lo mismo de ti, Mickey. Tienes un aspecto horroroso.

—Hace mucho frío ahí afuera.

—Ya te dije que no fueras. ¿Quieres que te prepare algo caliente de beber? Tienen de todo aquí.

—Los vecinos nos prepararon un poco de sopa de tomate. —La sopa de tomate no te sienta bien, Mickey. Te produce indigestión.

—Y que lo digas. A lo mejor puedo cerrar los ojos durante unos minutos.

—Es bonito todo esto..., este apartamento, quiero decir. ¿Te lo he dicho? He tenido que irme de mi casa. Ahora el dueño la quiere para él.

—Puedes usar la casa de Woodland Hills si quieres.

—¿De verdad, Mickey? Te pagaré alquiler. Ahora gano bastante dinero.

—No tienes que pagarme nada. Esa casa es demasiado grande para una persona.

—¿Tú también te quedarás? ¿Es eso lo que quieres decir?

—No tengo otro sitio adónde ir —reconocí.

—Necesitaremos una cama nueva —dijo Betty—. Una como ésta sería estupenda, ¿no crees?

—Ya te lo diré por la mañana —le indiqué.

—Oh, Mickey. Cuánto te quiero.

No llegué a levantarme para apagar el televisor. Estuvo funcionando toda la noche. Quitaron toda la programación normal, y los principales canales locales pasaron a dar un servicio informativo minuto a minuto. Cada vez llegaban más imágenes procedentes de los helicópteros, que ahora tenían el cielo para ellos solos.

Cuando rompió el alba sobre la ciudad las cámaras mostraron calles vacías sembradas de inimaginables cantidades de escombros, envoltorios, basura y frutos desechados de los saqueos. Cientos de incendios ardían en la ciudad y producían un velo de gasa de cuento de hadas por encima de todo el valle hasta las colinas de Hollywood. El humo que se alzaba de los incendios era denso y negro, y los informativos de televisión informaron de que había disparos intermitentes y francotiradores tan activos que el personal del Departamento de Bomberos ya no estaba dispuesto a entrar en South Central sin escolta policial.

Los saqueadores mostraban una considerada voluntad de saquear exclusivamente en horario comercial normal, y las furgonetas de televisión sólo ponían a funcionar sus cámaras en algunos de los más populares escenarios de pillaje en pleno día. Hombres, mujeres y niños salían, saltando por encima de los obstáculos, de tiendas destrozadas, riéndose y bromeando mientras se alejaban tambaleantes bajo el peso de las bolsas de basura de plástico negro llenas a reventar de mercancías robadas. El botín que quedaba iba disminuyendo, pero los arriesgados todavía podían conseguir televisores. Otros tenían que conformarse con sartenes de teflón, tostadores y mantas; de una tienda salió una docena de muchachos jubilosos que hacían rodar neumáticos de coche sin estrenar. Las amas de casa hacían la compra sin lágrimas, y salían de los grandes supermercados con las bolsas llenas a rebosar de pizzas congeladas, filetes, Daz, Palmolive y helado. La violencia y el odio del día anterior parecían haber sido reemplazadas en gran medida por el alivio y el buen humor. Los policías, evidentemente, habían recibido órdenes de mantenerse apartados, y así lo hacían. Los saqueadores convocaban esa gozosa histeria que marca el final de un espectáculo de éxito.

De repente me desperté por completo. La cama estaba vacía.

La puerta se abrió de pronto.

—¡Mamá! Está aquí Felicity —anunció Danny. En la otra dirección, la cabeza de Betty emergió del cuarto de baño—. Quiere verte —le dijo Danny

—, y hay café recién hecho en el apartamento de al lado. ¿Cómo habéis dormido?

—Y a ti qué puñetas te importa —le respondió Betty; y volvió a desaparecer en el interior del cuarto de baño. Oí cómo el agua corría con furia.

Felicity apartó a Danny de un empujón y entró en el dormitorio para mirar los muebles.

—¡Vaya, no está nada mal! —sentenció. Me subí la ropa de la cama hasta la barbilla. Ella se echó a reír.

—Felicity quería ver el apartamento —me explicó Danny cuando vio que me había cabreado por haberla dejado entrar de aquel modo.

—¿Está Betty levantada? —preguntó Felicity.

—Hace horas —repuso Danny antes de que yo pudiera responder.

—No he dormido mucho esta noche —observé.

—¿Qué te parece? ¿Qué te parece?

Felicity le dio un puntapié al colchón que yo tenía debajo para llamarme la atención. Ella era así.

—¿Qué me parece qué?

—¿Qué te parezco yo, Rambo?

Se había puesto a hacer piruetas con los brazos en alto.

Yo reconocía cuando me daban pie para algo.

—Estás sensacional, Felicity. ¡Sensacional!

—¡Cabrón! —me insultó. Supongo que con algunas personas uno no acierta nunca.

—Estás más delgada, más guapa y eres rica. ¿Qué quieres que te diga?

—Me lo he hecho.

—¿El qué?

—¿Quieres café, papá? —me preguntó Danny, señal segura de que no esperaba que yo escapase apresuradamente de allí.

—Con crema y sin azúcar.

—Los michelines de la tripa; e implantes en las mejillas y cejas nuevas. Mi signo estaba en ascendente; el numerólogo me aseguró que los números cuadraban, así que me dije: «¡Háztelo todo, nena, háztelo todo!».

—Estupendo, estupendo —la felicité—. Pero deja de dar vueltas, ¿quieres, Felicity, encanto? Acabo de despertarme y me estás mareando.

—¿Notas todo ese olor a quemado y demás? Toda la ciudad apesta a humo y a cenizas esta mañana.

—¿Quién lo iba a notar en este apartamento? —dije.

Supongo que debí haberme fijado en toda aquélla cirugía plástica cuando estuve en su coche, pero me pasé todo el tiempo con los ojos fijos en la carretera.

Danny trajo dos tazas de café. Cogí las dos, empujé a Felicity suavemente fuera de la habitación y llamé a la puerta del cuarto de baño.

—Tu café está aquí, cariño —dije.

Betty volvió a salir; esta vez llevaba una ajustada bata de seda de color azul pálido. Sonrió, se tomó el café y se marchó a buscar a Felicity. Aquello parecía la Union Station, de tan concurrido como estaba.

—Felicity se levanta un poco temprano —comenté cuando Betty regresó. A Betty le sienta muy bien el azul pálido.

—Me ha traído el neceser. Me he estado alojando en su casa la última semana. Hemos estado preparando la preproducción de esta película. —Dio un sorbo de café—. ¿Qué le has hecho a Budd?

—¿Que qué le he hecho a Budd?

—Lo has entendido perfectamente; así que contesta.

—No le he hecho nada. ¿Qué le pasa?

—Llamó a Maureen anoche. Ahora somos sus agentes, ya sabes. Ha despedido a Pop Pedersen.

—Eso he oído.

—Dice que busca papeles maduros.

—Igual que todos nosotros —dije.

Danny asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

—Acaban de enseñar por televisión a un tipo que llega a la puerta de una tienda en South Central en taxi. Se busca un homo microondas, lo mete en el coche y se va. Lo han sacado por televisión mientras ocurría. ¿No es el colmo?

—Quédate en casa hoy, Danny —le sugerí—. Ahí afuera va a haber mucho alboroto.

—La policía no hace nada —dijo Danny.

—Los policías están enfadados con todo el mundo, desde el alcalde hasta el presidente de los Estados Unidos de América —comentó Betty—. La policía está muy cerca del público.

—Espera un momento, Betty —le dije—. Tú eres liberal. ¿No eras tú quién recogió cerca de mil firmas para protestar por la brutalidad policial?

Betty estaba mirándose las uñas de los pies.

—Un hombre ha estado diciendo en televisión que el presidente debería estar hablando con los incendiarios, no quejándose del veredicto emitido por

el jurado. Y, de todos modos, ¿para qué está la Constitución?

—No lo sé —dije—. Necesito por lo menos cuatro tazas de café y un afeitado antes de poder hablar de la Constitución. Pero dime, ¿qué es todo eso que decías acerca de Budd?

—Está escribiendo el guión de una película. Dice que tú le diste la idea. Una historia estrafalaria acerca de un ama de casa rica y chiflada que planea quitar de en medio a su marido mientras le va diciendo a todo el mundo que es él quien está intentando matarla a ella. Por teléfono me pareció todo un poco incoherente, pero la idea me entusiasma. Puede que sea un papel para Greta Scacchi. Lo único que recuerdo bien es que Budd dice que él quiere hacer el papel de matón.

—¿Budd quiere hacer el papel de matón?

—Por el modo como me lo dijo parecía que tú estabas enterado de todo —me comenté.

—No, yo no —protesté—. No sé nada de ninguna ama de casa chiflada, y mucho menos rica.

—Quiere que yo sea la productora ejecutiva. Me dijo que ha llegado la hora de que Hollywood haga una película en la que el malo sea adorable. ¿Crees que se propone algo?

—¿Tú estarías dispuesta a producirla?

Betty se alisó la bata sobre las caderas.

—A decir verdad, Mickey, estaba pensando en obtener un carnet del sindicato de actores.

—¿Un carnet del sindicato de actores?

—¿Cómo era ese paso que tú me enseñabas, Mickey? Saltito, arrastrar los pies, paso. Talón, talón. Punta, talón; punta, talón. ¿Es así como lo haces?

—Oye, Betty. Eso no está nada mal —observé—. Saltito, arrastrar, paso.

Me di cuenta de que Betty había estado tomando clases.

Me quedé en casa de Danny todo el día. A última hora de la tarde Zachary Petrovitch me localizó. Llegó zumbando a los mandos de su propio helicóptero de color rojo brillante y aterrizó en la calle. Goldie iba con él, naturalmente, sentado muy erguido en el asiento delantero y cargado con una metralleta Skorpion. Habían estado levantados toda la noche; estuvieron saltando en el helicóptero de un lugar a otro tratando de localizar a Ingrid, y ahora tenían los rostros agotados y grises.

Me subí al helicóptero y Petrovitch despegó inmediatamente. Las aspas golpearon el aire con furia; debajo de nosotros algunas pandillas de saqueadores nos saludaban con la mano y sonreían, pensando que éramos un

equipo de cámaras de televisión. Petrovitch y Goldie habían descubierto todo el timo: Vic Crichton e Ingrid habían sido íntimos durante mucho tiempo, y ahora habían adoptado nuevas identidades con la ayuda de Rainbow y habían partido para recoger el botín.

—Nunca pensé que ocurriera esto —dijo Petrovitch—. Ha sido más lista que yo.

—Es una mujer poco corriente, señor Petrovitch —comenté—. Te imaginaste que el hombre que ella convenciera para matarte sería la persona con la que huiría. Ha sido un error natural.

—¿Qué más sabes tú?

—Supongo que se ha fugado con Vic Crichton. Budd Byron, el tipo del que ella se estaba riendo, fue el que intentó matarte.

—Yo lo tenía todo previsto excepto la posibilidad de que ella cambiase de identidad. Conseguirán salirse con la suya. No puedo impedirselo. Esa compañía de Lima rendirá hasta cien millones en valores negociables. Ni siquiera puedo demandarlos, ni demandar al banco. Elegí Perú porque no tiene tratados efectivos con los Estados Unidos.

—Fue Vic Crichton quien estuvo con ella en la casa de Topanga. Él mató al viejo —intervino Goldie.

—¿Está Crichton enamorado de ella, o es por el dinero? —quiso saber Petrovitch.

—No lo sé —dije—. Crichton es británico. Los británicos nunca se enamoran; va contra la ley.

—Cuando lleguen a Lima seguro que usarán la autoridad que tienen para transferir los valores a otro banco o a otra empresa. ¿Ha montado Crichton algo así en Perú?

—No, que yo sepa —respondí—. Supuse que podría estar tramando algo de ese estilo, pero no acerté a comprender cómo funcionaría exactamente.

—Si te lo imaginabas, ¿por qué no hiciste algo al respecto? —me preguntó Petrovitch con una mala uva que no era propia de él—. Tú eres abogado, ¿no? Se supone que te dedicas a proteger al público de los timadores.

—Y sí que hice algo, en efecto —dije—. Hice que accedieran a llevarse un poder en lugar de acciones al portador.

—¿Qué quieres decir?

—Los valores pasaron de tu empresa y la empresa de Westbridge a Ingrid y a Crichton. Luego ellos firmaron los poderes. Vuelan a Perú y vuelven a comprarlo todo en esa nueva jurisdicción.

—No me lo recuerdes —dijo Petrovitch.

—Sabían que cambiarían de identidad. Accedieron en lo de los poderes porque eso les permitiría recibir el dinero por ellos mismos bajo sus nuevas identidades.

—Ya sé todo eso.

—Pero no pueden obtenerlo —le comunicué.

—¿Por qué no?

—Porque la autoridad otorgada en un poder termina con la muerte del signatario. El forense del condado de Los Ángeles ha emitido el certificado de defunción de Ingrid Petrovitch y Victor Crichton, y en ese caso no se puede estar más muerto. Por eso Rainbow gana tanto dinero: esos certificados son cien por cien legales, exactamente igual que los pasaportes y los números de la seguridad social que proporciona.

—Espera un minuto —me interrumpió Petrovitch.

—Tú asegúrate de que la gente de Lima se entere de que Ingrid Petrovitch y Victor Crichton están muertos. Mándales por fax copias de los certificados de defunción, y no habrá manera de que puedan utilizar los poderes para hacer nada.

—Creo que tienes razón. Pero no sé de qué manera voy a impedir la transferencia de los fondos.

—Con los dos beneficiarios muertos, todas las acciones, excepto el dos por ciento nominal que tiene en su poder la sociedad para resolver los empates en las votaciones, revierten a ti, en efecto. Las retendrá el banco según tus instrucciones.

Petrovitch me miró. Lo entendía, desde luego, pero aparte de una breve y no alegre sonrisita no dio muestras del torbellino en que debía de haberse convertido la cabeza.

—¿Y Crichton no puso objeciones a nada de eso?

Petrovitch concentraba toda su atención en pilotar el helicóptero. Había mucho humo, y tres helicópteros de televisión volaban cerca en círculos apretados, arriesgándolo todo para obtener primeros planos.

—Vic Crichton lo leyó muy deprisa, y la señora Petrovitch no llegó a leer nada. A Crichton lo que le preocupaba principalmente era poder transferir el poder a su identidad falsa; no cayó en la cuenta de que la vigencia del poder acabaría en la fecha del certificado de defunción proporcionado por Rainbow. De todas formas, las personas nunca se asustan de ver sus propios nombres. No les fue fácil ver que, de todos los nombres del mundo, los suyos eran los únicos capaces de estropearles el plan.

—Haz el favor de mirar allí —dijo Goldie—. Parece que tu oficina está ardiendo, Mickey.

Miré; tenía razón.

—No me sorprende —comenté.

—No —se mostró de acuerdo Goldie en un intento de mostrarse muy sutil—. Supongo que con todo este alboroto no tendrás dificultades con tu compañía de seguros.

—Ni con la policía, ni con el condado, ni con la Comisión de valores y cambio —dije yo.

Goldie me miró y luego miró a Petrovitch, que estaba muy concentrado en pilotar.

—Entonces, ¿qué les ha pasado? —quiso saber Goldie, que no había seguido la conversación porque estaba demasiado ansioso por mirar las calles destrozadas por los disturbios. Ahora, una vez que había visto todo lo que quería ver, se relajó—. Dímelo en inglés corriente, para que lo entienda.

—Vic Crichton e Ingrid Petrovitch están oficialmente muertos —le expliqué—. Los certificados de defunción ya habían sido proporcionados por el registro civil del condado. El médico que los atendió durante los días que prescribe la ley previos a la muerte había firmado garantizando que las muertes se debieron a causas naturales. Dos cadáveres, de aproximadamente la talla y el peso adecuados, se habrán embalsamado, estarán herméticamente sellados dentro de ataúdes y se les habrá embarcado en un avión con destino a Londres. —Consulté el reloj—. Y a estas horas ya los habrán recogido en el punto de destino, si mis cálculos son exactos y el aeropuerto de Los Ángeles vuelve a estar abierto.

—Deja de bromear —dijo Goldie.

—No pueden conseguir el dinero y tampoco pueden ejercer ninguna autoridad —le confirmó Petrovitch—. Murphy los ha puesto en un verdadero aprieto. Están muertos. —Hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. Te arriesgaste mucho para acertar —comentó con aire pensativo.

—No había tanto riesgo —dije yo—. Si esos dos no hubiesen tenido planeado engañarte y fingir que morían, tal como sospeché, los poderes seguirían siendo efectivos y estarían en vigencia.

—Entonces, ¿no hemos perdido el dinero? —preguntó Goldie.

—Habéis ganado tres millones —le dije— Ingrid y Crichton estaban asegurados por un millón y medio cada uno mientras actuasen como socios principales.

—Podemos calcular todos los detalles mientras volamos hacia Lima — dijo Petrovitch.

Ya había enfocado el helicóptero en dirección al aeropuerto de Camarillo.

—Será mejor que Mickey venga con nosotros. Es el único de por aquí que no ha cometido ninguna estupidez.

Noté que Goldie se ofendía al oír aquel veredicto. Para cambiar de tema dije:

—Por cierto, Goldie, ése es el mejor bisoñé que he visto en mi vida. Lo he estado admirando desde la noche de la fiesta. Goldie se pasó los dedos por la cabeza.

—El pelo es mío, gusano —me aseguró con incomodidad. Goldie nunca había sabido aceptar una broma.